

MUJER POLICÍA BUSCA PROBLEMAS

Amy Stewart

Siruela Nuevos Tiempos



Condado de Bergen (Nueva Jersey), diciembre de 1915.

Constance Kopp, ahora ayudante del *sheriff*, es el terror de los maleantes.

MUJER POLICÍA BUSCA PROBLEMAS

AMY STEWART

Amy Stewart

Mujer policía busca problemas

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 **Siruela**
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: mayo de 2017

Título original: *Lady Cop Makes Trouble*

Diseño gráfico: Ediciones siruela

En cubierta: textura de © iStock.com / Slavaleks

© 2016 by the Stewart-Brown Trust

© De la traducción, Carlos Jiménez Arribas

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17041-86-1

Conversión a formato digital: María Belloso.

Para Maria Hopper

«La señorita Constance Kopp, que en cierta ocasión se escondió detrás de un árbol junto a su casa en Wyckoff, Nueva Jersey, y esperó cinco horas hasta que tuvo a tiro a una banda de la Mano Negra que se había metido con ella, es ahora ayudante de *sheriff* en el condado de Bergen, Nueva Jersey, y el terror de los maleantes».

New York Press, 20 de diciembre de 1915

1

SE NECESITA CHICA. BUEN SALARIO. Hombre de posibles busca quien le lleve la casa con miras al matrimonio. Ofrece manutención y alojamiento. Interesadas, escriban al apartado de correos 4827.

Le devolví el periódico a la señora Headison y le pregunté:

—¿Supongo que habrá escrito usted a ese apartado de correos?

Ella dijo que sí con un movimiento brusco de la cabeza:

—Eso hice, y puse que era una chica que acababa de llegar de Búfalo y que no tenía experiencia en llevar una casa pero sí como bailarina, alguien que aspiraba a debutar en un escenario. Se puede una imaginar lo que habrá pensado él al recibirlo.

Yo prefería no imaginármelo, pues tenía a una aspirante a bailarina en casa, pero he de admitir que funcionó el truco. El *sheriff* Heath y yo leímos la respuesta del hombre, en la que la invitaba a ir a visitarlo tan pronto como le fuera posible y le prometía matrimonio si ella estaba a la altura.

—Hay bastantes chicas que acudieron a la entrevista y todavía están esperando que les pida la mano —dijo con un resoplido—. Las he visto entrar y salir de su casa. Como yo solo estoy en calidad de oteadora, mis instrucciones son que comunique cualquier cosa que levante mis sospechas al jefe de policía, y él manda a un agente a que haga el arresto. Pero ese hombre vive en mitad del campo, en el condado de Bergen, así que les transferimos a ustedes el caso.

Belle Headison era la primera mujer policía de Paterson. Más bien poquita cosa, tenía los hombros estrechos y el pelo del color del té flojo. Le enmarcaban los ojos unas gafas con montura de metal que parecían el mecanismo de un reloj de pie. Todo en ella tenía ese aspecto tieso, y parecía que le habían dado cuerda.

Yo fui la primera mujer ayudante de *sheriff* de Nueva Jersey. No había coincidido nunca antes con una agente del orden público. Era el verano de 1915, y parecía que estábamos en una época nueva y deslumbrante.

Habíamos quedado con la señora Headison en la estación de tren de Ridgewood, y la casa del hombre no quedaba lejos de allí. En el andén solo había un toldo, y a su sombra estábamos. Aunque era a finales de agosto y hacía calor, me daba escalofríos pensar que le seguíamos la pista a alguien capaz de buscar novia poniendo un anuncio en el periódico como si tal cosa.

El *sheriff* miró la carta otra vez.

—Señor Meeker —dijo—. Harold Meeker. Muy bien, señoras, vamos a hacerle una visita.

La señora Headison dio un paso atrás y dijo:

—Ah, pero yo no sé si les seré de mucha ayuda.

Aunque el *sheriff* no la dejó marchar.

—El caso es suyo —dijo sin poder ocultar su contento—. Debería sentirse usted dichosa de ver que se llega hasta el final. —Nada le hacía más feliz al *sheriff* que echarle el guante a un delincuente, y pensaba que a todo el mundo le pasaría lo mismo.

—Pero es que yo no suelo ir con los agentes —dijo la señora Headison—. ¿Por qué no va usted, y la señorita Kopp y yo esperamos aquí?

—A la señorita Kopp la traje por un motivo —dijo el *sheriff*, y nos llevó del brazo desde el andén hasta su coche. La señora Headison entró de mala gana, y nos adentramos en la ciudad.

De camino, la señora Headison nos habló de la labor que hacía en la Sociedad de Ayuda al Viajero, de su trabajo allí con chicas que venían a Paterson y no tenían ni familia ni trabajo.

—Se bajan del tren y van derechas a las pensiones de peor reputación y a los bailes más chabacanos —dijo—. Y, como la chica sea mona, los salones le dan de comer y de beber, y no le cobran. Claro que nadie da nada a cambio de nada, pero a las chicas no hay quien las convenza de eso. Es la primera vez que salen de casa y se les olvida todo lo que les enseñó su madre, si es que les enseñó algo.

La señora Headison, según contó, se había quedado viuda en 1914. Hacía un año que había muerto su marido, un policía jubilado, y leyó que en Nueva Jersey había una ley nueva según la cual se autorizaba a las mujeres a trabajar de policías.

—Era como si John me hablara desde el más allá y me dijera que ahí tenía yo una vocación. Me fui derecha al jefe de policía de Paterson y eché la instancia.

El *sheriff* Heath y yo íbamos a darle la enhorabuena, pero ella siguió hablando casi sin tomar aire:

—¿Saben que el buen hombre no se había planteado nunca admitir a una mujer en su equipo? Tuve que insistir, y vaya si lo hice. ¿Saben por qué era tan reacio? Me lo dijo el jefe de policía mismo: si las mujeres empiezan a salir a la calle vestidas de uniforme, pertrechadas de palos y pistolas, los hombres nos quedaremos pequeños.

Miré al *sheriff* con cara de horror pero él no apartó la vista del frente.

—Yo insistí en que mi puesto en la comisaría sería exactamente el mismo que el de una madre en el hogar. Tal y como una madre cuida de sus hijos y está ahí para animarlos o para prevenirlos, yo cumpliría con mis funciones de mujer y llevaría los ideales de toda madre al departamento de policía. ¿No le parece a usted que así tiene que ser, señorita Kopp? ¿A que también usted se ha convertido en la gran madre de todo el equipo del *sheriff*?

Nunca pensé que pudiera ser la madre de nadie, pero sí es verdad que había visto a una gallina picar tan fuerte a un pollito descarriado que le hizo sangre, o sea que quizá la señora Headison tenía razón. Yo llevaba dos meses de acá para allá cada vez que

una mujer o una chica tenían problemas con la ley. Ayudé con los papeles del divorcio a una mujer que estaba separándose; investigué un caso de cohabitación fuera del matrimonio; perseguí a una chica que quería escaparse en tren; ayudé a vestirse a una prostituta a la que hallaron desnuda y medio muerta, bajo el efecto del opio, en una timba montada encima de una sastrería; y vigilé a una mujer, madre de tres hijos, mientras el *sheriff* y sus hombres corrían por el bosque detrás de su marido, al que le había estampado una botella de coñac en la cabeza. Le devolvieron el marido, aunque no lo dejó pasar hasta que él no prometió, delante del *sheriff*, que no entraría más alcohol en aquella casa.

No sería exagerado decir que pasé los mejores momentos de mi vida. La prostituta se lo había hecho todo encima, y hubo que lavarla en un aseo que estaba más sucio que ella; y la chica del tren me mordió en el brazo cuando la cogí; sin embargo, sigo pensando que nunca había disfrutado tanto. Aunque parezca difícil de creer, al fin había encontrado un trabajo a mi medida.

No sabía cómo explicarle todo eso a la señora Headison. Afortunadamente, llegamos a casa del señor Meeker antes de que me viera obligada a hacerlo. El *sheriff* pasó por delante de la casa y aparcó el coche a varios portales de distancia.

Vivía en una casa modesta con listones de madera en las fachadas, tenía las contraventanas pintadas y un porche pequeño que parecía añadido en alguna reforma más reciente. Había una ventana abierta en el comedor, y la música de un piano llegaba hasta el jardín delantero.

—Sí que está en casa —dijo el *sheriff*—. Señorita Kopp, usted llame a la puerta, que nosotros nos quedaremos aquí. Si hay una chica ahí dentro, no quiero que se asuste. Intente ganársela. No vamos a arrestarla por rebeldía, pero eso ella no lo sabe.

—De acuerdo —dije.

La señora Headison nos miró a los dos como si le hubiéramos propuesto ir de safari a África.

—Supongo que no va a mandarla a ella sola a que llame a la puerta, ¿no? Imagínese que...

Calló al verme sacar el revólver del bolso y metérmelo en el bolsillo. Me lo había dado el *sheriff* hacía un año, cuando sufrimos acoso mis hermanas y yo: un Colt de la policía de color azul oscuro, de tamaño pequeño, ideal para esconderlo en los bolsillos que Fleurette me cosía a tal fin en el forro de las chaquetas y los vestidos.

—¿La obligan a usted a llevar un arma? Pero si el jefe de policía...

—Yo no trabajo para el jefe de policía. —Sentí que el *sheriff* clavaba en mí sus ojos al oírme decir eso. Estábamos haciendo algo que el jefe de policía no se habría atrevido a hacer, y eso me llenaba de contento.

Con el revólver en su sitio, me dirigí hacia la casa del hombre; y una vez allí miré hacia atrás, pero al *sheriff* y a la señora Headison no se los veía cuando paró la música del piano y abrieron la puerta.

Harold Meeker, un hombre paliducho de unos cuarenta años, abrió la puerta en mangas de camisa y con corbata. Tenía una pipa en una mano y los zapatos en la otra, y la frente, alta y lisa, se le llenó de arrugas al verme.

—Discúlpeme, señora —dijo, mirándose los pies descalzos—. Ha venido la chica que me limpia la casa, y estaba yo intentando no ser un estorbo.

Sonrió avergonzado. Yo no quería perder ni un minuto, no fuera a ser que la chica se escapara por la puerta de atrás.

—No se preocupe, señor Meeker —dije en alto para que el *sheriff* lo oyera—. De hecho, he venido a ver a esa chica suya. Me parece que tengo algo que es de ella.

Entré antes de que pudiera impedirlo. Una vez dentro, vi las alfombras gastadas y los típicos muebles desvencijados de un hombre que sigue viviendo en lo que fue la casa de su madre. Las tulipas de las lámparas lucían flores pintadas de color rosa. El piano de pared estaba cubierto con tapetes de ganchillo. Había hasta un dechado de punto de cruz enmarcado en la pared y cubierto de polvo que había cogido un color parduzco con el paso de los años.

El señor Meeker dio un salto y se plantó frente a mí. Era casi tan alto como yo, pero menos corpulento, y quizá quería intimidarme, pero no lo logró.

—Lettie estaba acabando —dijo, y miró hacia donde me pareció ver que estaba la cocina—. Si tiene la bondad de esperar fuera, saldrá enseguida. ¿Es usted familia suya, señora...?

No le hice caso y me fui derecha a la cocina.

—Lettie, ¿está usted ahí? —pregunté, y abrí la puerta.

Dentro, sentada a una mesa de madera pintada, había una chica de unos quince años con rulos en el pelo y un cigarrillo entre los dedos. Llevaba solo una bata fina de batista y zapatillas de damasco como las que le gustaban a Fleurette. La cocina era vieja, tenía un fogón de hierro y una tina de lavar que usaban de fregadero. Le hacía falta una buena limpieza, pero no sería Lettie la que se la diera.

Se puso en pie de un salto al verme.

—No tienes pinta de saber llevar una casa —dije, y me puse a su lado para sujetarla por el codo.

—No, yo solo... Solo he venido de visita hasta que...

Harold Meeker no había entrado conmigo en la cocina. Imaginé que al verse en apuros salió corriendo, y el *sheriff* Heath ya se encargaría de él.

La sujeté con firmeza por el brazo y me presenté:

—Soy de la oficina del *sheriff*, cariño. No tenemos nada contra ti; solo nos preocupa que hayas sido víctima de un engaño por un anuncio del señor Meeker en el que buscaba alguien que le llevara la casa.

Lettie adelantó el labio de abajo en un gesto de desafío, apoyó la mano que tenía libre en la cadera y dijo:

—Nada me impide buscar trabajo. Está permitido por la ley.

Oí voces en la habitación de al lado, y supe que Heath había atrapado al hombre y volvía con él.

—Creemos que se aprovecha de las chicas jóvenes, y eso sí que no está permitido por la ley. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Giró sobre sí misma y se quedó mirando hacia la puerta de atrás, pero le di la vuelta y la atraje hacia mí.

—¿Cuándo llegaste, Lettie?

Se dejó caer en la silla con un resoplido. Yo me senté a su lado.

—Hace solo una semana. —Toqueteó la lata de sardinas que usaba como cenicero—. Vine en el tren de Ohio. Iba a ir a Nueva York, pero me hice un lío con los billetes y aquí estoy, sin dinero y sin nadie que me dé cobijo; solo el señor Meeker.

Ya me caía mal el tal señor Meeker. ¿Qué clase de hombre se cree que puede poner anuncios en el periódico buscando chicas?

—¿Y qué pasó cuando quedó claro que buscaba algo más que una asistenta?

Por toda respuesta, se tapó la cara con las manos.

Busqué con la mirada algo que ponerle a Lettie y vi una bata vieja colgando de un clavo.

—Está bien. He venido con una señora que te llevará a un sitio mejor que este. —Le eché la bata por encima y la ayudé a levantarse. Tenía hombros de niña, pequeños y huesudos—. ¿Hay cosas tuyas en el piso de arriba?

Se secó los ojos y dijo:

—Lo perdí todo en el andén. La maleta se fue por un lado y yo por otro.

—Veremos qué se puede hacer. —La llevé al salón, donde Harold Meeker estaba esposado entre el *sheriff* Heath y una sorprendida señora Headison.

Cuando el señor Meeker nos vio, se lanzó hacia Lettie pero solo alcanzó a sacudir las cadenas delante de ella.

—¿Has llamado al *sheriff*? —gritó—. Eres una putilla de tres al cuarto; con todo lo que he hecho...

El *sheriff* Heath tiró de él hacia atrás con tan mala pata que cayeron los dos al suelo. El señor Meeker se zafó dando patadas y forcejeando entre los brazos del *sheriff*. Por un segundo, quedó libre, y quiso correr para ganar la puerta, pero me abalancé sobre él y lo empujé hasta un rincón. Lo tenía agarrado por el cuello de la

camisa, con el puño cerrado para que no escapara, pero aun así se revolvió e intentó abrirse camino a empujones. La señora Headison dio un grito ahogado y cruzó el salón para agarrar a Lettie.

Heath se acercó por detrás de mí y sujetó a Harold Meeker del brazo. Yo le tiré del cuello de la camisa un poco más, y lo obligué a ponerse de puntillas.

El *sheriff* y yo nos miramos una décima de segundo. Ninguno de los dos quería que se escapara. Lo estábamos pasando en grande. El hombre jadeaba y era como si se nos desinflara entre los brazos.

—A la nómina de cargos, añadiré que se resistió al arresto y que atacó a una agente —dijo el *sheriff* Heath—. Así estará en la cárcel un poco más.

Yo no le soltaba la camisa y, con el roce, le había dejado una marca roja en el cuello.

—¡Quíteme las manos de encima! —gritó el señor Meeker con un hilo de voz—. ¿Esta quién es, su enfermera?

—Pues resulta que es mi ayudante y que lo está arrestando a usted —dijo el *sheriff*—. Si tiene alguna queja, dígasela a ella.

Lettie dejó escapar una risita, pero ningún sonido salió de la boca de la señora Headison.

Formábamos un grupo de lo más curioso en el coche de vuelta a Paterson: Lettie y la señora Headison iban conmigo en el asiento de atrás; y los hombres, los dos juntos, en el de delante. No me convencía la idea de meter a la chica y al que la había estado atormentando en el mismo coche, pero no nos quedaba otra opción porque la señora Headison estaba demasiado aturdida para volver ella sola en tren con Lettie, y el *sheriff* Heath quería que yo fuera con él por si el señor Meeker intentaba huir.

El *sheriff* se quedó vigilándolo y yo acompañé a Lettie y a la señora Headison hasta la oficina de la Sociedad de Ayuda al Viajero.

—Sé que cuidará bien de la chica —dije—. Hizo bien en llamarnos.

La primera mujer policía de Paterson seguía en estado de nervios:

—Esta noche le hablaré de usted al señor Headison en mis oraciones, pero seguro que no me cree. Hay que ver lo que la obligan a hacer; vamos, que yo no lo haría ni aunque me pagaran.

La miré fijamente. Lettie no apartaba la vista de nosotras y tenía la boca abierta.

—¿Es que a usted no la pagan? —le pregunté. Mi sueldo era de 1.000 dólares al año, igual que el de los otros ayudantes.

—Bueno..., pues claro que no —dijo hablando despacio, como si todavía estuviera asimilándolo—. El jefe espera de mí un servicio por puro sentido del deber y del honor, y sin que le quite el sueldo a ningún agente.

No se me ocurrió nada amable que decir al oír eso; solo quería volver al furgón con mi detenido y meterlo entre rejas, que era donde tenía que estar.

—No dude en llamarnos otra vez si le hacemos falta, señora Headison —dije, y volví corriendo con el *sheriff* Heath.

Cuando llegamos a la prisión, Heath entregó al señor Meeker al ayudante de *sheriff* Morris, un hombre que llevaba con dignidad sus años y que se había hecho amigo mío y de mis hermanas cuando vigilaba la casa durante el acoso al que nos sometió Henry Kaufman el año anterior. Morris asintió todo serio y me dio la enhorabuena por el trabajo mientras se lo llevaba dentro.

Pero, cuando me disponía a seguirlo, me llamó el *sheriff*.

—Señorita Kopp.

Sonaba raro según lo dijo. Señaló con la cabeza el garaje, un edificio de piedra exento que había sido cochera y en el que había todavía dos boxes, con sus camas de heno, de cuando tenían caballos. Me llevaba allí para hablar en privado porque solo había una entrada y nadie se podía colar sin ser visto por la puerta de atrás.

En la penumbra, bajo el alero, el *sheriff* Heath me miró largo y tendido y dijo:

—Hay problemas con su placa.

Me quedé helada por dentro, pero intenté hacer una broma con lo que acababa de oír:

—¿Se han quedado sin oro y sin rubís? —La placa del *sheriff* Heath tenía solo un rubí, y él siempre estaba diciendo que se lo habían comprado sus avalistas, no los contribuyentes.

Tenía un gran bigote que solo se movía un poco por los lados cuando sonreía. Esta vez, el tono que utilizó parecía ensayado:

—Me ha hecho saber cierto abogado, uno que es amigo del departamento del *sheriff* y está muy de nuestra parte, que piso terreno movedizo en lo legal al nombrar ayudante a una mujer.

Me llevé instintivamente las manos al pecho. Lo palpé y las fui bajando hasta alisarme la falda y comprobar el cierre de un botón:

—¿Es que no me han nombrado ya? ¿No llevo trabajando desde mediados de junio?

Dio un paso atrás y caminó haciendo un pequeño círculo mientras decía que sí con la cabeza.

—Nombrada está. Pero no es oficial hasta que el funcionario del condado no redacta el contrato; y, claro, todavía no tenemos la placa. El problema es que el señor..., ese abogado amigo nuestro...

—¿No aprobó el estado una ley que permite el nombramiento de agentes de policía que sean mujeres? ¿No fue por eso por lo que me ofreció usted este trabajo? —Me temblaba la voz y no podía controlarla. Según lo decía, iba cayendo en la cuenta de qué había pasado.

—Sí. Pero eso es lo espinoso del asunto. El estatuto se refiere solo a los agentes de policía. Al *sheriff* lo eligen mediante un procedimiento legal completamente distinto, y por él se rige. En ningún momento se dice nada de que las mujeres puedan ser policías. De hecho, el *sheriff* de Nueva York intentó hacer algo parecido hace años, y tuvo que renunciar a ello porque la ley en ese estado exige que los agentes puedan votar en el condado en el que sirven, y eso quiere decir que las mujeres...

Lo interrumpí visiblemente irritada:

—No podían optar al puesto de ninguna de las maneras.

Lo tenía justo delante otra vez, pero no quise mirarlo. Entonces dijo:

—En Nueva Jersey no tenemos problemas con eso de la votación. En nuestras leyes no figura así escrito. Pero, si los legisladores en Trenton, la capital del estado, hubieran querido que las mujeres se presentaran al puesto de policías, es bien seguro que así lo habrían estipulado, y no lo hicieron.

Tenía mejor opinión de los legisladores de Trenton que yo.

—A lo mejor se les pasó por alto —casi grité.

—Sí. Y me han aconsejado que escriba al resto de *sheriffs* en Nueva Jersey y les pregunte si han nombrado a alguna mujer policía al amparo de la nueva ley. Ello nos daría un precedente.

—¿Y?

—No hay ninguno por el momento.

—Y usted no quiere ser el primero.

Alzó el sombrero con una mano y con la otra se echó el pelo hacia atrás, luego volvió a ponérselo.

—Señorita Kopp, puedo pelearme con los de la Comisión del Condado por el presupuesto económico que me asignan y por cómo desempeño mi cometido, pero no puedo quebrantar la ley a sabiendas.

Le di la espalda y traté de recuperar la compostura. Recordé el día en el que, con unos diez años, copié una lista que publicó el periódico bajo el título de «Lo que puede hacer una mujer». Escribí uno a uno cada punto con letra clara y pulida y luego los taché casi todos según los iba considerando. Así eliminé la profesión de músico, y la de retocadora de fotografías, y la de grabadora en madera. Lo de llevar la casa lo taché con tanto ahínco que rasgué el papel. La misma suerte corrió el trabajo de costurera, y el de jardinera. De hecho, el papel acabó hecho trizas por mi manita enfática.

Solo quedaron el ejercicio de la abogacía y la profesión de alta funcionaria del Gobierno, la de mujer periodista, y la de enfermera, a cada una de las cuales les puse un visto bueno no muy convencida.

Escondí la lista dentro de un guante blanco que estaba roto y no se la enseñé nunca a nadie. Allí quedaron todas las posibilidades que el mundo me ofrecía.

Porque nadie se habría atrevido, allá por el año 1887, a sugerir que una mujer pudiera ser ayudante de *sheriff*.

Y ahora me quitaban el trabajo con la misma rapidez con la que me lo habían dado. Ya me había acostumbrado a verme a mí misma como una de las primeras en demostrar que una mujer era capaz de hacer ese trabajo. Yo no era como la señora Headison, que hacía solo de carabina de chicas díscolas; no, yo llevaba pistola y esposas, y podía arrestar a la gente igual que cualquier ayudante de *sheriff*. Me pagaban el salario de un hombre y, aunque todo el mundo se sorprendía de eso, a mí no me importaba lo más mínimo.

Por encima del portón del garaje se recortaba un rectángulo azul de cielo. En cuanto saliese de allí volvería a caminar bajo ese cielo y a ser una mujer normal y corriente. No me había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que me fastidiaba ser normal y corriente.

Seguía dándole la espalda al *sheriff* Heath porque creí que sería mejor salir de allí sin dejar que me viera la cara.

—Vale, pues entonces me iré a casa.

—No hace falta —dijo rápidamente el *sheriff*—. Tengo otra cosa para usted, si acepta el puesto.

Con eso bastó para que me diera la vuelta.

—No pienso ser su secretaria. —No me seducía la idea de quedarme sentada entre cuatro paredes tomando notas de lo que hacían otros policías.

Entonces esbozó una leve sonrisa y dijo:

—No es tan malo como eso, y no será por mucho tiempo. Deme un mes y ya se me ocurrirá algo.

Por fin lo miré a los ojos y vi que los tenía hundidos y rodeados como tantas veces de círculos oscuros: parecían el espejo de su alma. Se podía confiar en un hombre con aquella expresión en la cara.

—¿Un mes?

—Un mes, eso es todo.

2

—Será más de un mes —dijo Norma cuando volví a casa por la noche.

Yo estaba tumbada en el diván, escuchando a mi hermana leer el periódico entre dientes. Solo le veía los pies, y los tenía cruzados a la altura de los tobillos, apoyados en un escabel de cuero con copete. En las manos, de dedos chatos y agrietados, sostenía abierto el periódico. A su lado había una lámpara de gas portátil que dejaba en el aire un aroma a queso Limburger.

—Claro que no —dije—. Es solo un problema legal, y el *sheriff* ya está buscando cómo solucionarlo.

—Más le valía que se buscara él las agallas. —Y sacudió el periódico otra vez para darles énfasis a esas palabras.

Norma era muy teatral a su manera, la reina de los efectos especiales, armada con un tremendo glosario de ronquidos, gruñidos y siseos, pronta siempre a darle un golpe a una cacerola o cerrar las tapas de un libro con fuerza para hacerse escuchar. Cuando no estábamos de acuerdo en algo, era de las que tenía a mano papel y lápiz y tomaba nota de los disparates que decía la otra parte en lo más acalorado de la discusión, para así poder guardarlo como prueba y soltarlo luego más tarde, cuando sirviera para reforzar sus argumentos.

Como no respondí, volvió a la carga:

—Si lo que pasa es que no se fía de ti, pues que lo diga. Puede que la mayor parte de las mujeres no tenga ni el temperamento, ni el coraje, ni la fuerza necesarios para hacer cumplir la ley, pero tú

tienes todo eso y más, y lo que no tiene el *sheriff* Heath es ningún derecho a ponerlo en duda.

—No lo pone en duda —dije—. Él sabe de lo que soy capaz. —O eso pensaba yo. La certeza con la que hablaba Norma caía a veces tan a plomo que me era imposible pasar por alto lo que decía cuando sentaba cátedra.

—¿Y por qué espera entonces a que sea otro *sheriff* el primero? ¿Es que le da miedo que salga su nombre en el periódico? ¿Cómo han podido los votantes del condado de Bergen elegir a un hombre con tan poco cuajo...?

—Lo que le da miedo es que salga el nombre de Constance en el periódico. —Metió baza Fleurette. Bajaba por la escalera descalza, dando saltitos y giros en los últimos escalones, de manera que el borde del vestido se le arrebolaba a la altura de las rodillas.

Lo había confeccionado con tela de guinga a cuadros azules y blancos y, a juzgar por eso y por el cántaro de leche que llevaba en un brazo, deduje que esta vez el papel que representaba era el de la hija de un granjero. Tenía el pelo recogido en dos trenzas, con lacitos de gruesa cinta de color rosa atados en los extremos, y zapatillas de *ballet* de satén blanco bordadas con una delicada labor de cañutillo que no duraría ni una hora en una granja.

—Mañana tengo un *casting* para la obra que estrenan este otoño —dijo, y vino dando saltitos hasta donde yo estaba para que pudiera admirar la labor de costura—. Helen quiere hacer de mi hermana gemela y, aunque no hace falta que vayamos vestidas de época, a mí no me cuesta nada hacer un vestido y yo creo que así no tendrán más remedio que cogernos, ¿no te parece?

Sostuve el borde entre los dedos y pude ver la pericia con la que había dado cada puntada. Norma miró el periódico que sostenía entre las manos y puso cara de concentración.

—No creo que nadie os quite el papel —dije.

El que Fleurette tuviera más público —aparte de nosotras dos cada vez que montaba sus actuaciones en la sala de estar— era una novedad en casa. Cuando, dos meses antes, el *sheriff* me ofreció el trabajo, yo bien sabía que tenía que buscarle algo a

Fleurette para que estuviera ocupada también. Dijo que se iba a ir a Nueva York, pero Norma y yo logramos convencerla de que las chicas de dieciocho años no se van solas a Nueva York si no son huérfanas que trabajan en las fábricas, o de las que se presentan en sociedad con su correspondiente carabina. Le dijimos que tendría que conformarse con Paterson y la apuntamos a la academia de danza de la señora Hansen. Se hizo amiga desde el primer día de Helen Stewart, una pelirroja escocesa que le ponía el contrapunto de luminosidad y delicadeza al temperamento oscuro y dramático de Fleurette. Las dos tenían grandes planes para la escena, que yo esperaba que no fueran más allá de las cuatro paredes de la academia.

Me daba pena saber que Fleurette nunca antes había tenido una amiga de su edad, debido a que la educamos en casa, y a que llevábamos una vida apartada en el campo. No me preocupaba el aislamiento, tampoco a Norma, pero a nosotras ya se nos había pasado la edad de tener amigas con las que compartir secretos. Mamá tampoco tuvo amigas, pero porque nunca había querido tenerlas. No le gustaban los extraños, y por eso tenía relación con poca gente que no fuera la que conocía de toda la vida o las que habíamos nacido de ella.

Salimos huyendo de Brooklyn y fuimos a Nueva Jersey precisamente para escapar de la poca gente que nos conocía y que podía haber preguntado cómo era posible que la familia se viera incrementada por la llegada de un bebé. Cuando mamá no tenía más remedio que ofrecer alguna explicación sobre nosotras a los vecinos de Wyckoff, daba a entender solo que su marido había muerto. Con esto tenía que conformarse cualquiera que preguntara qué hacía una mujer de cuarenta y tantos viviendo sola en una granja con dos hijas ya más que adolescentes, un hijo adulto (nuestro hermano, Francis, que se había casado y vivía en Hawthorne), y una niña de meses.

Fleurette creció creyendo que yo era su hermana. Los únicos que sabían la verdad eran Norma y Francis. Era un secreto que ejercía una influencia tremenda sobre mí cuando era más joven,

pero en los últimos años habíamos sobrevivido a la muerte de mi madre, a las amenazas de secuestro que nos pusieron por primera vez en contacto con el *sheriff* Heath y, más recientemente, al decimoctavo cumpleaños de Fleurette. Era la primera vez que nos abríamos paso en el mundo nosotras solas.

Hasta Norma le había dado un rumbo nuevo a su vida. Puso un anuncio en el *Paterson Evening News* en el que invitaba a hacerse miembro de la Asociación para el Desarrollo de la Colombofilia con Fines Civiles en Nueva Jersey, una organización que había creado y cuyo nombre se inventó ella solita, con aquella imaginación suya que no conocía estridencias ni tampoco grandes alegrías. Fleurette propuso algo más animado, como Criadores de Palomas de Paterson, que fue rechazado porque vivíamos en Wyckoff, no en Paterson. Entonces sugirió Mensajeras Aladas, pero, según Norma, sonaba muy místico; y por fin Fleurette salió con el que a mí más me gustaba, Asociación de Aves Inteligentes, y ya Norma ni se dignó a hacer comentario alguno.

—El nombre es solo explicativo de la empresa que acometemos —argumentaba Norma—, y no quiero nada que atraiga a criadores de aves de concurso. La nuestra es una labor más importante.

Casi dos docenas de personas respondieron al anuncio. Los periódicos escribieron mal el nombre, la llamaron Norman Kopp en vez de Norma y, como consecuencia de ello, hubo hombres que se echaron atrás al ver que sería una mujer la que llevase el cotarro. Porque su puesto al frente de los asuntos del club no estuvo nunca en duda: se nombró a sí misma tanto presidenta como secretaria y no se le pasó por la cabeza que hiciera falta nadie más, ni en la ejecutiva ni en la nómina de compromisarios.

—La verdad es que no es una asociación, ¿a que no? —dijo Fleurette al ver la circular que había mecanografiado pulcramente Norma, y en la que su nombre copaba todos los cargos—. Es más como un batallón, y tú eres el coronel al frente.

Los sábados, teníamos a catorce personas en casa nada más despuntar el alba, cada uno con varias cestas llenas de palomas listas para levantar el vuelo. Había media docena de mujeres en el

grupo. (Yo no tenía ni idea de que hubiera tantas mujeres entregadas a la colombofilia en los graneros del condado de Bergen). Algunas venían con el padre o con el hermano. El resto de la congregación lo formaban granjeros que criaban palomas pero también gallinas, patos, gansos, pintadas y toda clase de aves que no costase mucho sacar adelante y se pudiera vender generando algún beneficio.

Ninguno tenía mucha experiencia en cómo enseñar a las palomas lo que estas ya sabían de suyo, es decir, a volar derechas a casa en cuanto las soltaban a varios kilómetros de distancia. Mientras que esta habilidad era innata a todas las palomas, Norma estaba convencida últimamente de que mediante el uso de un programa metódico de entrenamiento, que empezara nada más romper el cascarón, las palomas volarían más rápido y a mayor altura; de lo que resultarían más útiles para los médicos, la policía y cualquiera que tuviera que mandar mensajes a sitios remotos a los que no llegaba el teléfono.

Era un alivio ver a Norma y a Fleurette enfrascadas cada una en sus asuntos. Francis solía preocuparse porque pensaba que no podíamos vivir solas, pero daba la impresión de que había aceptado que no sería él quien dirigiera nuestras vidas. Seguía viniendo por casa y nos traía algún pastel que había hecho su mujer, Bessie — por lo que le estábamos infinitamente agradecidas—, y se ponía a inspeccionar los alerones del tejado, o a darse una vuelta por el establo, con aires de propietario. A veces hacía preguntas sobre los pastos que rodeaban la casa, y que arrendábamos a los vecinos en lugar de usarlos para criar nosotras nuestro propio ganado. Las preguntas no nos molestaban. Cuidábamos de nosotras las tres solas, y yo ganaba lo suficiente para abastecer a Norma de pienso para las palomas y a Fleurette de lazos y botones.

Siempre y cuando, claro está, pudiera contar con esos ingresos.

Fleurette se contemplaba con arrobo en el pequeño espejo ovalado que había encima de la chimenea.

—Si me cogen en el *casting*, espero que vengáis a ver la obra todas las noches que esté en cartel. Tenemos dos meses de

ensayos y las funciones empiezan a finales de octubre. Según plan.

Norma miró por encima del periódico y puso cara de verdadero pánico.

—Mandaré a un representante.

—Si no vienes, haré que Constance te arreste.

Norma soltó un bufido:

—Constance no tiene autoridad ni para arrestar a un perro callejero.

Fleurette giró sobre sí misma y me miró, con las manos en jarras.

—Y, si no te dejan arrestar a la gente, ¿entonces se puede saber a qué te vas a dedicar?

3

—Es la primera vez que me ponen una mujer vigilante —dijo Mary Lisco.

—¿No tenían una en Newark? —preguntó Martha Hicks. A Martha la habían arrestado por robar medias en los grandes almacenes en los que trabajaba.

—No, y tampoco había en New Brunswick, ni en Yonkers.

—¡Ondia! ¡Pues sí que has estado en cárceles! —dijo Martha.

—Enseguida me sueltan y, si no, ya salgo yo solita.

Mary Lisco se había escapado de la cárcel de Newark y se dirigió a Hackensack, y allí la pillaron metiendo mano al bolso de la mujer del alcalde. Le brillaba el pelo, de color rubio oscuro, y tenía el tipo de una corista. Yo sospechaba que se las ingeniaba para salir de prisión con tanta facilidad precisamente porque los que la vigilaban no eran del sexo femenino.

Puede que Mary no diera con el nombre exacto de mi puesto, pero se acercaba bastante: era la supervisora de la cárcel, un trabajo completamente legal para una mujer, y el único trabajo, aparte del de secretaria, que el *sheriff* Heath me pudo ofrecer después de despojarme de mis funciones de ayudante. Estaba a cargo de la sección femenina en el quinto piso de la cárcel, en la que por lo general había tres o cuatro presas. Las mujeres solían portarse mejor que los hombres, y casi no daban problemas; y yo me las ingeniaba para tenerlas ocupadas, supervisaba las labores de limpieza que hacían, o les leía si no sabían leer. Era una tarea bien sencilla, al alcance de cualquier mujer que no estuviera

impedida; y ya me parecía que llevaba desempeñándola demasiado tiempo.

Odiaba admitirlo, pero Norma tenía razón. Un mes se acabó convirtiendo en dos. Estábamos a finales de octubre y seguía sin placa. Tenía autoridad para decidir si aquellas dos ladronzuelas podían salir de la celda a tomar el fresco, pero no la tenía para arrestarlas y eso me apocaba mucho.

Abrí de par en par la puerta de Mary y la de Martha. A Mary acababan de arrestarla la noche anterior y era la primera vez que salía de la celda.

—Por el día puedes caminar por el patio de la celda y así estiras las piernas —le dije—. ¿Te dejaban hacer eso en Newark?

Mary alzó una ceja por toda respuesta. Martha y ella salieron a la galería al unísono y se miraron de arriba abajo, pues solo se conocían por la voz hasta ese momento. Martha era de labios finos, tenía la nariz estrecha y se la habían partido. Los dedos ágiles, de largas falanges, parecían los de un pianista. Vi cómo Mary le daba un buen repaso con la mirada y calculaba si le podía ser de utilidad.

Las ventanas de la cárcel tenían bisagras y se abrían con una llave en poder de los guardias. Giré el pomo hasta la mitad, pues las rejas no daban para más, y subió hasta nosotras el ruido de la calle: el traqueteo de los coches a motor, las campanas de los tranvías, y un hombre que le gritaba algo ininteligible a un caballo.

Las dos chicas se asomaron a la ventana como dos amas de casa apoyadas una a cada lado de la valla que separa sus jardines traseros. Se coló dentro el ímpetu de la brisa otoñal, y Martha respiró hondo.

—¡Me encanta esto!

—Así huele la civilización —dijo Mary.

La cárcel estaba en el centro de Hackensack, y a los presos les gustaba mucho la caricia en la nariz del olor de la ciudad: olía a madera verde y húmeda de la carpintería, al pan destinado a los restaurantes que horneaba todo el día el panadero, cuyo negocio ocupaba un local largo y chato detrás de la calle Main; y hasta a los

sacos de carbón y a los humos y gases incesantes de los automóviles.

Era un olor que había pasado a formar parte de mi vida también. Entre mis funciones había estado siempre la de hacerme cargo de la sección femenina de la prisión, desde que el *sheriff* me ofreció el puesto, y tenía que cuidar a las presas cuando estaba de servicio. Jamás me importó, pues creía que en la cárcel tenía que haber una supervisora para el buen cuidado de las mujeres. Pero es que ahora no hacía otra cosa y, como había tan pocas, los días se me hacían interminables.

Empezaba a sospechar que al *sheriff* Heath no le haría mucha gracia ir a pleito si le tiraban abajo mi nombramiento como ayudante suyo. Todos los días tenía que hacer frente a alguna crítica nueva publicada en el periódico, o en boca de la Comisión del Condado, y podía pasarse sin el puesto que me ofrecía. Temía también la reacción de la señora Heath si la prensa sacaba alguna historia en la que la mujer policía recién nombrada en el condado de Bergen arrestaba a un hombre o se veía envuelta en alguna trifulca poco femenina con un delincuente. Su mujer no compartía sus ideas progresistas, ni el pábulo que daban al ridículo en manos de los periodistas. Habría que pagar un precio —en casa o en el ámbito público— a cambio de darme una placa y soltarme por las calles de Hackensack.

¿O era que albergaba dudas acerca de mi capacidad para desempeñar el trabajo? Nunca había dicho nada parecido, pero quizá no quería admitir que se había equivocado. No hacía más que pensar una y otra vez en los casos en los que habíamos trabajado juntos, y me preguntaba si había hecho algo mal. Tenía bastante fuerza —era de un tamaño considerablemente mayor que muchos de los otros ayudantes de *sheriff*—, y ya me había visto inmovilizar a un sospechoso. Además, debía de saber que yo no era de las que sufrían ataques de pánico o histeria. Sí que era cierto que no tenía experiencia, pero ¿cómo iba a tenerla si no me daban el trabajo?

Preocupaciones de este tipo eran las que me envenenaban el pensamiento, sobre todo porque tenía mucho tiempo para pensar. Si

me hubiera dado por el punto, le habría suministrado bufandas a la Cruz Roja para todo el invierno. En vez de eso fijé los ojos en Martha y Mary, quienes ya plantaban los codos en el alféizar y pegaban la frente al cristal, como dos conspiradoras que planeasen alguna treta en voz baja, y me pregunté qué actividad moralmente edificante se me podía ocurrir para ellas.

Solo tenía a dos reclusas más: Ida Higgins, acusada de prenderle fuego a la casa de su hermano por alguna disputa familiar que todavía no habíamos podido dilucidar; y una abuela acusada de abandonar a sus nietos, a los que hallaron encerrados en el granero comidos por los piojos. Casi con toda seguridad padecía demencia senil. Hablaba entre dientes ella sola, pero a las demás no nos dirigía la palabra. Si no lográbamos que nos dijera algo pronto, lo más seguro es que acabara en el asilo de Morris Plains; y sus nietos, en el orfanato.

Tanto ella como Ida roncaban a pierna suelta cada una en su celda. Yo misma estaba a punto de quedarme dormida cuando el *sheriff Heath* me llamó desde el rellano de la escalera. Había tomado por costumbre anunciarse antes de entrar en la sección femenina de la cárcel. A mí me extrañaba ese hábito suyo, sobre todo teniendo en cuenta que siempre había habido un hombre a cargo de esta planta. Pero allí estaba, tan modoso él, mirándose los zapatos; así que me excusé con mis reclusas y fui a su encuentro.

Tenía puesto el abrigo y el sombrero.

—Venga conmigo, necesito que me ayude con una señora en Garfield.

Vi por el tono que no quería darme más detalles para que no lo oyeran las reclusas, así que volví a meterlas a cada una en su celda.

—Hoy toca hacer la limpieza —les dije.

—Todos los días toca hacer la limpieza —protestó Martha—. No me vendría mal un poco de polvo aunque fuera para hacerme compañía.

—¿No tendrá usted un cigarrillo, no? —dijo Mary cuando me iba. Martha se echó a reír.

—¿Te daban cigarrillos en Newark? —pregunté.

—No. Por eso me fui de allí.

Ellas se quedaron con sus chistes y yo seguí al *sheriff* Heath escaleras abajo y luego hasta el garaje. Una vez allí, vi que el mecánico nos tenía el furgón preparado en el patio.

—Vamos solo hasta la avenida Malcolm. —Me abrió la puerta del copiloto y fue corriendo a montar por el otro lado—. Una casera le ha dado un tiro al inquilino.

—¿Por qué ha sido? —pregunté.

—Algo que ver con el alquiler.

—¿Seguro que quiere que vaya con usted? —Llevaba dos meses sin salir con él para intervenir en un caso, desde el arresto de Harold Meeker.

Se puso al volante y me miró por debajo del ala del sombrero.

—¿Cree usted que voy a permitir que sean los abogados los que dirijan mi departamento?

—Es usted un agente del orden público, se supone que además de aplicar la ley tiene que respetarla.

—Esto es un asesinato. El primero en el que se ve involucrada una mujer en lo que llevamos de año y hay más posibilidades de que confiese si la interroga alguien de su mismo sexo.

No me estaba pidiendo opinión, pero aun así esperó mi respuesta sin dejar de mirarme.

—Las hay.

—Además, ya la han arrestado. Eso la convierte en una de mis reclusas. Usted está a cargo de las mujeres, así que es su trabajo llevarla a la cárcel. Así lo veo yo.

Yo estaba encantada; por eso no dije nada más; y me entró de pronto el típico estado de nervios que acompaña a un crimen horrendo: la mujer acusada, la víctima en el suelo, los periodistas con sus titulares escabrosos. Era como montar un caballo justo en el momento en el que emprende el galope: al fin lograba ponerme otra vez en movimiento.

Cuando llegamos a la esquina de la avenida Malcolm con la calle Clark, había dos policías esperándonos en el jardín delantero de una pensión venida a menos ubicada en un edificio de ladrillo. Una ventana en uno de los pisos de arriba estaba rota, y la habían tapado con tablones; mientras que, con el abandono, las matas de hierbajos habían echado raíces en el tejado. Era el típico sitio en el que se lían a tiros tras una discusión por el dinero del alquiler.

Había dos zapatos de hombre en medio de un charco de sangre en la escalera de acceso a la casa. La sangre había llegado hasta la hierba que bordeaba los escalones, trébol y diente de león. Los policías tenían la vista fija en aquel estropicio; con las manos en las caderas, miraban al suelo como el que lee los posos del té. Uno de ellos, Stevens, tendría unos sesenta años y había empezado a trabajar como agente del orden público en Hackensack cuando el departamento del *sheriff* era poco más que un equipo de voluntarios que protegían a la gente equipados con rifles del ejército y caballos percherones. Al policía joven no lo conocía, imaginé que era nuevo en el cuerpo.

—¿Dónde la tenéis? —preguntó el *sheriff* Heath.

—En el sótano; está hablando con un agente —contestó Stevens—. Acaban de llevarse a la víctima al hospital.

—Imagino que esos zapatos son suyos —dijo el *sheriff*—. ¿Todavía está vivo?

El policía se encogió de hombros.

—Por el momento. Le dio en todo el hombro, y vaya si sangró. Para mí que va camino del otro barrio.

El *sheriff* Heath soltó un suspiro y me miró asintiendo con la cabeza. Saqué una libreta del bolso, porque había que ir preparada en caso de que confesara mientras estaba bajo nuestra custodia.

—¿Cómo se llama la víctima? —pregunté.

—Saverio Salino —dijo el policía joven—. ¿Es usted la nueva secretaria?

—Es la señorita Kopp —dijo el *sheriff* Heath—. Está a cargo de la sección femenina en la cárcel.

—¿Hay una mujer trabajando en la cárcel? ¿Dentro, se refiere?

Intervino el agente Stevens:

—En Paterson también tienen una mujer policía. Es la que vigila las salas de baile y esas cosas. Al alcalde no le gusta que las chicas vayan muy pintadas, y la tiene para que vaya de baile en baile con un pañuelo restregándoles la cara.

—A lo que íbamos —dijo el *sheriff*.

—Salino trabajaba en la fábrica de municiones con la señora Monafo —dijo Stevens—. Ella alquila habitaciones a algunos de los jóvenes que trabajan allí.

—¿Así se llama la que disparó —intervine—, Munafo?

—Monafo —repitió el policía joven, y lo deletreó—. De nombre de pila: Providencia.

—¿Española? —preguntó el *sheriff*.

El agente Stevens se encogió de hombros.

—Más bien italiana.

—Al otro lado del Atlántico no son partidarios de la guerra, pero lo cruzan y se ponen aquí a hacer balas y bombas —dijo el *sheriff* Heath—. ¿Qué más sabemos?

—La mujer dice que Salino tenía a una hermana viviendo con él, pero que no quería pagar más por el alquiler —dijo Stevens—. Se enzarzaron en una pelea por causa de eso y él amenazó con darle una paliza. Ahí fue cuando ella le disparó y, al ver lo que había hecho, le entró miedo, salió corriendo de aquí y se subió a un tranvía. Luego imagino que se lo pensó mejor y volvió.

—¿Volvió? —dijo el *sheriff*—. ¿Por qué?

—Puede que no tuviera otro sitio adonde ir, o puede que supiera que la íbamos a culpar del crimen de todas formas. Cuando regresó, Salino había subido arrastrándose los escalones, y ahí se quedó, a la vista de todo el mundo. Alguien lo vio y nos llamó.

—¿Dónde está la hermana? —preguntó el *sheriff*.

—Nadie la ha visto.

—¿Y cómo sabemos que de verdad era su hermana? —pregunté.

—¿Quién? —preguntó el policía joven.

Stevens le dio un puñetazo en el brazo.

—¿Quién va a ser? Pregunta que si la hermana era de verdad su hermana o una amiga que se había echado.

El policía joven se frotaba el brazo.

—No lo había pensado.

—¿Tú no piensas mucho, no? —dijo Stevens.

El *sheriff* Heath empezaba a impacientarse.

—Será mejor que vayamos a ver a la detenida. ¿Quién bajó con ella?

—John Courter. —Stevens puso cara de pocos amigos al decirlo.

El *sheriff* Heath se llevó una mano a la cabeza y se ajustó el sombrero.

—Nos apañaremos. Sígame, señorita Kopp.

Se solía decir en la cárcel de Hackensack que, para que reinara la paz en un sitio, el *sheriff* tenía que alterarla en otro. Aunque el nuestro era de talante conciliador y un hombre educado, no le faltaba su lista de enemigos. Desde que lo eligieron para el cargo y lo pusieron al frente de la cárcel, no había dejado de criticar a la Comisión del Condado porque se habían gastado mucho y, sin embargo, estaba muy mal construida. También se enemistó en público con el médico del condado por el cuidado que se les debía ofrecer a los reclusos; y había aireado en la prensa las negligencias cometidas por el agente de la Oficina del Fiscal John Courter.

Esta última disputa había sido la que le había pasado más factura, ya que a un *sheriff* le hacían falta amigos en la Oficina del Fiscal si quería ver que los casos que llevaba salían adelante, y el agente Courter se negaba a cooperar en cualquier investigación en manos del departamento del *sheriff*, además de ingeniárselas para hacer desaparecer pruebas y saltarse las sesiones del tribunal si eso le hacía quedar mal a Heath.

Habían entrado en conflicto por mi culpa. Cuando el señor Courter se negó a presentar cargos contra el hombre que amenazaba a mi familia, hice públicas mis quejas contra él en la prensa, y le cogió ojeriza al *sheriff* desde entonces. Llevaba meses sin verlo y no me apetecía nada encontrármelo otra vez.

El *sheriff* saltó por encima de los escalones para no pisar los zapatos de la víctima ni la mancha de sangre. Me tendió la mano, gesto que yo solía rechazar, pues no me hacía falta ayuda de nadie, pero me cogió del codo con fuerza antes de que pudiera decir nada y tiró de mí para que yo también pasara por encima.

Me vi junto a él dentro de la pensión, en un recibidor oscuro, con paredes forradas de madera. Una escalera que salía a la derecha llevaba al segundo piso, y a nuestra izquierda había una puerta que daba a un apartamento a pie de calle. En el techo se mecía una vieja lámpara de gas de tulipas amarillas y latón deslucido. Había una hilera de casilleros en la pared con los nombres de los inquilinos: la habitación de Saverio Salino estaba en el tercer piso; el señor y la señora Monafo vivían en el sótano.

Seguí a Heath hasta el final del pasillo, allí donde una puerta estrecha daba a una improvisada escalera. Aunque oíamos hablar al agente Courter, el piso de abajo parecía que estaba a oscuras, y antes de poner el pie en el primer escalón se volvió hacia mí.

—¿Ve usted bien dónde pisar?

—Pues claro. —No me gustaba que se ocupara tanto de mí.

Se detuvo e indicó con la cabeza el punto del que provenía la voz de John Courter.

—Creo que es mejor que hable yo con él.

—Sí, por favor. —No se me ocurría nada que decirle a aquel hombre que no fuera un improperio.

Cuando llegamos al final de la escalera, el *sheriff* tocó con los nudillos en la jamba de la puerta y, sin esperar respuesta, entró en el apartamento más cochambroso que jamás había visto. El suelo de hormigón lo tapaban capas y capas de alfombras con el aspecto de haber sido rescatadas de la basura varias veces antes de acabar en el hogar de los Monafo. Estaban llenas de agujeros obra de, al menos, dos generaciones de ratones: algunos, de antes de que el presidente Cleveland jurara el cargo; y otros, de la presidencia de Roosevelt. Puede que el papel tuviera en su día motivos de rosas rojas y blancas, pero ahora no era más que un conglomerado de

manchas de grasa y porquería de ignota procedencia entreverado del ocre persistente que deja el humo del tabaco.

La habitación —y solo era eso, una única pieza con una caldera al fondo— estaba repleta de muebles, cada uno de distinta procedencia, como si los moradores no pudieran permitirse ningún capricho y tuvieran que recoger todo lo más destartado y podrido que les salía al paso. Había sillas de tres patas, almohadas a las que se les salía el relleno, mesas llenas de quemaduras en el tablero, y una cama de hierro semihundida con los barrotes completamente oxidados. Una estufa vieja de carbón ocupaba un rincón, junto a una artesa de metal que hacía las veces de fregadero. A juzgar por el olor a leche agria, supuse que los Monafos no tenían ningún medio para refrigerar la comida. Tampoco tenían baño, y eso invitaba a pensar que usaban un retrete que compartían con los inquilinos en la planta de arriba, o una letrina en la parte de atrás de la casa.

En medio de todo aquel desbarajuste estaba John Courter, con las manos metidas en los bolsillos, mirando a un fardo de bufandas y trapos en el suelo debajo del que se guarecía Providencia Monafos. Entre ambos, sobre un tramo de suelo que no cubrían las jarapas, había otro charco de sangre seca y las moscas se iban acumulando encima.

—Espero que sea esta la escena del crimen —dije.

Es posible que el agente esperara solo al *sheriff* para llevarse a la detenida, pero a mí no me esperaba y dio un paso atrás al reconocermelo.

—¿No puede dejar a sus amiguitas en casa, *sheriff*? Esto es un asunto oficial.

—La señorita Kopp es la supervisora de la cárcel —dijo el *sheriff* con mala cara—. Cuando la detenida es una mujer, ella se encarga. ¿La señora Monafos va a quedar bajo mi custodia?

Pero el agente Courter no quería cambiar de tema.

—No es asunto mío si ha montado usted un club de costura en la prisión y ha puesto al frente a una chica, pero esto es un asesinato. Yo pedí un agente de policía.

Un año antes, había estampado a un hombre contra la pared porque me sacó de quicio. Desde entonces, intentaba contenerme. Sin embargo, había algo en el agente Courter que estaba pidiendo a gritos que lo zarandearan. El *sheriff* no le prestó atención, y yo hice un esfuerzo por imitarlo.

Me arrodillé frente a la mujer.

—Señora Monafo, estamos aquí para llevarla a la cárcel de Hackensack acusada de disparar contra Saverio Salino. ¿Quiere decir algo antes de que nos vayamos?

Se quitó un trapo de la cara y me miró. Era mayor de lo que esperaba, tenía pliegues debajo de la barbilla que temblaban cuando se movía, y los labios pálidos y hundidos. Una mata de pelo gris le caía sobre los ojos.

—Disparé para protegerme de él. —Hablabla inglés con acento italiano, como era común entre los migrantes que trabajaban en las fábricas—. Amenazó que me atacaba y me mataba después, y que mi marido no me encontraría nunca.

El agente Courter jugueteó con las monedas dentro de uno de sus bolsillos.

—Seguro que su marido se habría percatado de que su mujer estaba muerta, señora Monafo. —Era de esos que les hablan a voces a los migrantes porque piensan que solo entienden el inglés si uno les grita—. Me gustaría saber por dónde anda ese marido suyo. Si no encuentro sus huellas en la pistola, buscaré las de él. —Dio unos golpecitos en el bolsillo del abrigo, donde supuse que tenía a buen recaudo el arma.

Providencia Monafo se encogió con una leve sacudida. El *sheriff* Heath me tocó el hombro, y dije:

—El agente está aquí para tomarle declaración. —Puse cuidado en pronunciar cada palabra despacio y claramente—. Es posible que el señor Salino muera en el hospital.

Lo que intentaba decirle, sin hacerlo literalmente, era que si confesaba que había disparado contra Salino, se podía tomar como confesión de asesinato. Al *sheriff* Heath se le fue de las manos un caso parecido el año anterior, cuando un hombre confesó que le

había dado una paliza a un vigilante nocturno sin saber que este había muerto a causa de las heridas. La confesión fue desestimada porque había sido obtenida cuando el detenido no sabía que estaba confesando un asesinato. El hombre salió en libertad y el *sheriff* Heath no quería que a la señora Monafo hubiera que soltarla por idéntico motivo.

Parecía que mi aviso había hecho efecto, porque adelantó la mandíbula temblorosa y dijo:

—Yo le disparo. Si muere, lo entierran. Me importa poco.

El agente sonrió; el bigote se le tensaba sobre las comisuras de los labios con un contoneo mientras repetía para sí la declaración de la detenida y la apuntaba en su libreta. Luego la cerró y asintió con la cabeza.

—Son ustedes testigos de esta confesión. Espero que disfruten de la sin par compañía de la señora Monafo, porque la tendrán bajo su custodia un tiempcito.

—Estaremos encantados —solté entre dientes, y metí las manos en el fardo de trapos con el que la señora Monafo se había tapado. La cogí del brazo y tiré de él hasta ponerla en pie. Medía poco más de metro y medio, lo mismo que Fleurette, y soltó una risotada al ver que le sacaba dos cabezas:

—No me extraña que la hagan a usted policía —dijo.

4

Providencia Monafo se llevó consigo a la cárcel cientos de reclusos diminutos de la variedad de seis patas. Se aferraban todos a su piel y engullían sin parar lo que iba a ser su última comida. Por eso mismo, los presos tenían entrada aparte al edificio. Una vez dentro, una galería con paredes de ladrillo visto llevaba al cuarto de las duchas, alicatado de baldosines, y cuyo único mobiliario era una silla metálica y una papelera de alambre.

La silla era para mí. Me senté lo bastante apartada como para que no me salpicara la ducha y le mandé a la señora Monafo que se desvistiera y se pusiera debajo del chorro de agua caliente. Obedeció sin rechistar, y eso fue un alivio, pues no me apetecía ponerme a forcejear para quitarle la ropa. Se estuvo frotando con jabón Lagarto hasta que le dije que parara. Entonces le di una toalla y un albornoz de algodón de los que usan en los hospitales, y le cedí mi silla. Tomó asiento, le pedí que se tapara la cara con una toalla, y le peiné el pelo con unguento de mercurio. Los habitantes más pertinaces que tenía en el cuero cabelludo caían a montones, se agarraban a los pelos sueltos, y yo los iba metiendo en un frasco de alcohol según iban cayendo.

Por lo general el unguento producía ampollas, así que la mandé de vuelta a la ducha para que se diera otro remojón de jabón y agua caliente. Cuando acabó, le peiné el pelo con aceite de petróleo por si quedaba algún polizón a bordo.

La papelera de alambre era para la ropa de la señora Monafo; después la llevamos fuera, detrás del garaje, y allí la quemamos. El albornoz y la toalla fueron derechas a un cubo lleno de bórax y agua

caliente esa misma noche. Le di a la señora Monafo una muda a estrenar y un vestido cómodo, junto con un gorro para el pelo grasiento y un par de zapatillas de punto. La tranquilicé diciéndole que le buscaría un vestido más apañado a la mañana siguiente.

Así ingresaban todas las reclusas en la cárcel de Hackensack. Para mí era un procedimiento rutinario. Y hasta me daba cierta satisfacción seguirlo porque, aunque no viera a aquellas mujeres limpias del polvo y paja de sus crímenes y fechorías, ni lograra aliviar sus penas y desgracias, al menos las libraba de parásitos, y dormían en una cama limpia y plácida. Algunas llevaban años sin pasar la noche libres de tormento, fuera de la clase que fuera.

La señora Monafo me contó poco aquella tarde. Me había dado cuenta de que era mejor dejarlas solas al principio, y esperar a que vinieran ellas solas a mí si tenían que confiarme algo. La metí en una celda apartada del resto, al final de una de las galerías, y le llevé la cena que solían servir los lunes: pan, melaza y café. Quedaba estofado de oveja de la comida, así que le puse también un poco de eso en una taza. Lo olisqueó desconfiada.

—¿Le gusta a usted cocinar, señora Monafo? —pregunté.

Me miró sin responder.

—La comida aquí la hacen solo los reclusos. Es un programa piloto del *sheriff* Heath. El chef se ganaba la vida antes asaltando casas, pero hemos visto que no se le dan mal los guisos, ni las chuletas; así que quizá un día cocine usted para nosotros.

Pestañeó y no dijo nada. Aunque llevaba un vestido de algodón para andar por casa recién lavado, parecía envuelta en un fardo de trapos; y es que a veces una mujer arrastraba los vestigios de toda una vida, y tardaban semanas en desaparecer. A veces no desaparecían nunca.

Dejaría descansar a la señora Monafo unos días y no la molestaría con el programa de trabajo para los reclusos. Como supervisora de la cárcel, yo estaba a cargo de las tareas que llevaban a cabo las mujeres, y que no eran gran cosa en realidad; solo la rutina de cocinar, lavar la ropa y limpiar las celdas; algo, por

lo tanto, a lo que estaban acostumbradas. El *sheriff* Heath y otros *sheriffs* como él de mente reformista que había en el estado creían que a la mente criminal se la reformaba imponiéndole el orden que no había conocido una vida desordenada. Según esta teoría, las mujeres cometerían menos delitos precisamente porque tenían el día ocupado con tareas domésticas.

Pero había siempre uno o dos casos de mujeres que se las apañaban para quedarse en casa haciendo la comida y limpiando, y a la vez sacaban tiempo para cometer un crimen horrendo: alguna había cosido las sábanas mientras el marido dormía y lo había molido a escobazos; hubo quien envenenó a la suegra con cucharaditas de azúcar impregnadas en arsénico; también la que le prendió fuego a la casa. Y todo eso lo hacían sin abandonar en ningún momento el hogar.

Yo no estaba del todo convencida de que darles a las mujeres las mismas tareas domésticas que dejaron a un lado solo un momento para disparar una pistola o echarle el veneno al azúcar pudieran hacer gran cosa contra un carácter ya formado. Habría preferido que hicieran un curso o aprendieran un oficio, pero no había nada de ese jaez que ofrecerles. En vez de eso, las ocupaba en diversas tareas a lo largo del día. A todas salvo a las mujeres mayores como Providencia, a la que dejé que se echara un rato por la tarde para descansar la vista, tal y como había visto siempre hacer a las mujeres de esa edad. No veía ventaja alguna en privarle de una pequeña siesta a una mujer entrada en años y kilos que llevaba todo el día de pie. Y Providencia Monafó tenía pinta de haberse pasado de pie toda la vida.

Cuando fui a llevar los harapos que llevaba puestos a la incineradora detrás del garaje, me quedé observando un instante la fría grisura del cielo. Estábamos a las puertas del invierno, acababan de dar la calefacción, y en el piso de arriba de la prisión hacía un calor sofocante. El viento soplaba acerado de la parte del río Hackensack, pero era justo lo que necesitaba. Sacudí los faldones del vestido y me desabroché el cuello.

Acababan de dar la luz en el apartamento que ocupaba la familia Heath. El *sheriff*, su mujer y sus dos hijos vivían en unas habitaciones muy espartanas de la primera planta que daban al río y a la entrada de carruajes, por donde entraban todos los coches y los reclusos. No debía de ser un sitio muy agradable para morar, pero se le exigía al *sheriff* que viviera interno y que supervisara la cárcel de sol a sol.

Ya iba a volver adentro cuando vi dar la vuelta a la esquina a un policía joven que se llamaba Thomas English. Traía a un hombre esposado. Seguro que venían de la sala de los juzgados que estaba allí mismo, donde llevaban a los reclusos de vez en cuando para que estuvieran presentes en las vistas y apelaciones. Como iba pendiente del recluso, no vio a la criada de los Heath, una chica joven de nombre Grayce van Horn, que acababa de salir del apartamento a sacudir una alfombra. Sin darse cuenta, llevaba al preso derecho a ella.

Vi lo que pasó a continuación pero estaba demasiado lejos para impedirlo: el recluso se giró hacia la chica y le dijo algo que le hizo soltar la alfombra, dar un chillido y meterse dentro. El hombre intentó seguirla, y puede que el ayudante de *sheriff* English ya lo tuviera bien amarrado, pero la visión de aquello pudo hasta tal punto conmigo que atravesé a la carrera el camino de grava y me lancé sobre el recluso. Tropecé nada más agarrarlo y caímos los dos al suelo llevándonos por delante al ayudante de *sheriff*, de manera que formábamos los tres una figura bien poco digna amontonados en el suelo.

—¿Qué le ha dicho? —grité mientras le ponía la rodilla en la espalda, sin pararme a recogerme los faldones del vestido.

Tenía la cara contra la grava y hablaba con un hilo de voz que sonó metálico.

—*Fräulein Kopp, mein Engel!*

Me puse en pie de un salto tomando impulso sobre los talones. Era Herman Albert von Matthesius, un viejo alemán que llevaba encerrado desde el mes de junio. Tenía cara de intelectual, y el porte patricio que le daban la frente alta, una nariz afilada, la

mandíbula cuadrada y un hoyuelo justo en mitad del mentón. Llevaba gafas de montura metálica y se le habían descolocado con el revolcón.

—¡Yo no soy su ángel! —dije. No soportaba que me hablara siempre en alemán. La situación en Europa empeoraba día a día y a cualquiera que sorprendieran hablando en la lengua del Káiser podían acusarlo de espionaje o deslealtad. Pero el *sheriff* sabía que me había criado hablando francés y alemán, así que de vez en cuando me llamaba para que tradujera. Un día Von Matthesius me oyó hablar en su idioma con un trabajador del ferrocarril al que habían arrestado por robar carbón, y desde entonces me tomaba por su confidente.

Era un soplón y un manipulador, y cuando lo oía hablarme en la lengua que mi madre me enseñó, arcana e íntima para mí, era como si me desnudara. En la cárcel del *sheriff* Heath se hablaba inglés. El alemán era el idioma que empleábamos en casa a la hora de comer, y en la cama de mamá, o en el armario debajo de la escalera en el que nos escondíamos Norma y yo cuando éramos pequeñas y escuchábamos a nuestros padres discutir en su lengua materna, antes de que se enteraran de que habíamos absorbido todos los idiomas que se hablaban en casa.

El ayudante de *sheriff* se puso en pie como pudo y sacudió al recluso por un hombro.

—¿A santo de qué se nos ha echado encima? ¿Es que no tiene nada que hacer allá arriba en su gallinero? —Así llamaban los guardias a la sección femenina. En cuanto había más de una reclusa, ya era para ellos un gallinero. Solo el *sheriff* Heath y el ayudante Morris llamaban al quinto piso por su nombre.

Me sacudí la grava del vestido y volví a preguntar:

—¿Qué le ha dicho a esa chica?

El ayudante de *sheriff* Morris me miró con los ojos entrecerrados. Era uno de esos jóvenes nervudos y fibrosos de rasgos armónicos y pronunciados que podía pasar por guapo si se esforzaba; o por una mala bestia si montaba en cólera. Tenía los ojos castaños, carentes de toda expresión, y me irritaba mucho que no dijera nunca lo que

pensaba. Estaba demasiado seguro de sí mismo, convencido de que sabía más que el *sheriff* Heath y que todos nosotros.

—Ya me encargo yo de eso. —Tiró de las esposas de Von Matthesius con una mano, y le puso la otra en la espalda—. Y a ver si no va por ahí atropellando a la gente como si fuera la elefanta del circo.

El recluso sonrió y, con el hombro, se colocó las gafas como pudo encima de la nariz.

—Solo le ofrecía mis respetos a la señorita Van Horn, a ella y al bueno de su hermano que la cuida. —Le silbaba la voz entre los dientes al hablar, y el ayudante de *sheriff* Morris se lo llevó dentro de un empujón sin que mediara más palabra.

Ya decía yo: había averiguado algo de Grayce y lo usó para darle la lata y, de paso, intimidar al *sheriff* y a su familia. Algunos presos dejaban caer gustosos que contaban con ayuda fuera de la cárcel; y que quienes los ayudaban eran capaces de averiguar más cosas de nosotros que nosotros de ellos. El truco era viejo, pero a ninguno nos gustaba que lo pusieran en práctica.

Von Matthesius tenía la costumbre de pegar la oreja en la hora del paseo en el patio; allí le llegaban ecos de las conversaciones, y se acordaba de todo lo que oía. Yo tenía cuidado con no hablar de mi familia en el trabajo, pero antes de una semana ya sabía cómo se llamaban Norma y Fleurette, y se enteró de que vivíamos solas en el campo. También sabía cosas de la familia del *sheriff* Heath, y tuvo la cara dura de pedirle a su hermano Felix que le llevara un ramo de flores a la señora Heath en una de sus visitas semanales a la cárcel. En la tarjeta ponía: «A mi querida y agraciada Cordelia, con motivo de su cumpleaños, con el aprecio y los buenos deseos de su amigo y admirador, reverendo doctor barón Herman Albert von Matthesius».

La verdad era que la señora Heath hacía dos días que había cumplido años. Se puso tan nerviosa al recibir las flores que estuvo a punto de coger a los niños e irse a casa de su madre, y el *sheriff* se pasó una tarde entera intentando convencerla para que se quedara.

Llamé a la puerta del apartamento del *sheriff*. Grayce abrió, vio que era yo y me hizo pasar al salón de los Heath, y allí se dejó caer en una silla con los brazos cruzados y el mentón hundido en el pecho. Pese a sus diecisiete años, tenía los carrillos de un niño, y la boquita fruncida del que todavía no ha encontrado mucho que decir. Le colgaba el pelo en sendas trenzas atadas con dos lazos azules. De tanto tirar de ellas los niños de los Heath, llevaba las puntas hechas trizas.

Me senté frente a ella.

—Siento lo de ese viejo. Tú no deberías hacer nunca nada que te expusiera delante de los presos. Se lo diré al *sheriff*.

Sorbió por la nariz y dijo:

—Mi hermano no quiere que trabaje aquí, y yo creo que tiene razón. No sé cómo la señora Heath lo aguanta.

Me recliné en el asiento y paseé la vista por el salón. Casi no quedaba ningún rincón que Cordelia Heath no hubiera adornado de plumas de pavo real, mariposas y rosas de Damasco. Siempre era posible colegir la infelicidad de una mujer por la cantidad de bordados que cubría su salón, y me daba cierto agobio y desazón estar sentada entre tanta puntada frenética.

—La señora Heath ha convertido esto en un hogar muy mullido —fue lo único decoroso que se me ocurrió decir.

Se oyó el llanto de la niña pequeña en la habitación de al lado. Las dos nos levantamos al ver en el vano de la puerta a Willie, que tenía cinco años. Era como el *sheriff* Heath en miniatura, de pelo muy negro, con los ojos marrones y solemnes. Su hermana, que era la niña cuyo llanto se oía detrás de él, había salido a la madre, y tenía un halo de ricitos dorados y los rasgos finos y delicados.

—Vuelve a la cama, Willie —dijo Grayce—. Mamá no quiere que te levantes de la siesta.

El niño se quedó allí parado sin dejar de mirarnos y le daba tirones al camisón amarillo que tenía puesto. Normalmente solo lo veía de lejos, cuando la señora Heath llevaba a los niños por las tardes al parque de enfrente, y allí dejaba que Willie se subiera a la estatua de un general de la guerra de Independencia. A la niña no le

quedaba otra, en tardes soleadas, que sentarse en la hierba y darle tirones a los matojos, pues en la prisión no había jardín, ni patio para que jugara un niño.

Willie extendió los brazos sin decir palabra, y Grayce suspiró y lo cogió en los suyos. Nada más desaparecer con él detrás de la puerta del cuarto contiguo, oí una llave en la puerta, y entró la señora Heath. Estaba ocupada quitándose el sombrero y el abrigo y no me vio al principio; pero, en cuanto alzó los ojos, ahogó un grito, como si acabara de sorprender a un ladrón.

—¡Válgame Dios! —De un aleteo, se llevó la mano a la garganta y la dejó allí prendida, aferrada al cuello del vestido. Le gustaban las telas de encaje que ya no se llevaban, y eso le daba cierto pedigrí, de alguna abuela inglesa que gozó de cierta alcurnia, imaginaba yo.

Con un tono que esperaba sonara pausado y solícito, le dije:

—No pasa nada, señora. Uno de los reclusos le gritó algo a Grayce cuando salió a la puerta; ella se ha llevado un susto, y pensé que podía hacerle compañía aquí un rato.

—Creía que su sitio estaba en la planta de las mujeres.

Grayce volvió al salón y dijo:

—La señorita Kopp vino corriendo al ver lo sucedido. Ese hombre no tenía ningún derecho a dirigirse a mí.

—No lo esperaba de ti, Grayce —dijo la señora Heath más calmada, mientras recomponía su figura, se quitaba con parsimonia los pendientes y los dejaba encima de la mesa—. Pensaba que tenías la cabeza en su sitio. ¿Te vio alguien?

Grayce la miró perpleja.

—¿Que si me vieron? ¿Afuera?

—Nadie la vio, señora Heath, se lo aseguro —dije yo.

Nunca lo diría delante de alguien del servicio, pero lo que le preocupaba era que algún periodista de los que cubrían los juicios hubiera presenciado la escena. La señora Heath tenía un miedo cerval a la prensa, se pensaba que merodeaban a todas horas por los alrededores de la cárcel libreta en mano, atentos a si surgía una oportunidad de sacarle los colores al *sheriff* por cualquier percance.

—Muy bien, pues entonces —dijo la señora Heath—, vuelva usted arriba, señorita Kopp.

Yo lo estaba deseando. La puerta que daba a la galería interior era de hierro macizo, y tuve que apretar con todo el peso del cuerpo para poder abrirla.

—Aunque...

Sin poder disimular el fastidio, di la vuelta al oírla, y me quedé allí esperando. Frunció los labios y movió hacia un lado la cabeza, como si se le acabara de ocurrir.

—¿No sería mejor que las vigilara otra persona por la noche? Recuerdo que usted tiene familia a la que atender. Yo no he estado nunca en su casa, pero sí sé que mi marido se pasó allí buena parte del año pasado cuando tuvieron ustedes problemas con esos hombres.

Tenía ese tipo de cara delicada y aristocrática que aparece en los camafeos de porcelana; y sabía cómo apuntar los rasgos de manera que ocultaran el sentido subyacente a sus palabras. Tuve que recordarme a mí misma que estaba de servicio y debía comportarme como un miembro del cuerpo de policía.

—Sí, señora. Vivo en el campo, y queda demasiado lejos para ir todas las noches a dormir. Ahora que los días son más cortos, tendría que ir un trecho caminando y se me echaría la noche encima. El *sheriff* Heath pensó que mejor ocupase una de las celdas que están libres en la planta de las reclusas.

Acababa de equipar la celda con una lámpara, una colcha, y un puñado de libros y revistas. Ya no se me hacía raro quedarme dormida entre los sollozos de una carterista que acababa de ingresar en prisión, las oraciones que decía entre dientes una mujer solitaria aquejada de gota y con la mano muy suelta para la piromanía, y la sinfonía de ronquidos, quejidos y susurros que emanaban de la planta de abajo, donde dormían los hombres: allí siempre había ruidos, pero me acabé acostumbrando.

Me entró un escalofrío al darme cuenta de que le estaba diciendo nada menos que a la mujer del *sheriff* que su marido había

estado hablando conmigo de cómo pasaría yo las noches. Ojalá no viera que me estaba poniendo colorada.

Alzó las cejas y dijo:

—Vale. Si vive usted debajo de este mismo techo, seguro que ve de todo. Recuerde que no debe contarle a la prensa ningún altercado que ocurra aquí dentro, porque ya sabe cómo son los periodistas, y todo lo que preguntan.

Por cómo lo dijo, parecía un fastidio salir en la prensa; y en mi caso, así era: hay quien aspira a salir en la página de sociedad, pero yo solo había salido en la de sucesos.

5

La noche siguiente, vino a buscarme un guardia para que bajara a ver al *sheriff*.

—Está esperándola a la entrada, señorita. Quiere hablar con usted.

De todas formas ya iba a apagar las luces, así que comprobé que todas las reclusas estaban en la cama y bajé. El *sheriff* Heath tenía el coche listo y me esperaba en el garaje. No había parado de llover en toda la tarde, y el camino desde el edificio central estaba lleno de charcos. Entre ellos había pequeños archipiélagos de grava. Fui saltando de uno en otro, con las faldas remangadas todo lo que daban de sí, pero cuando llegué al garaje estaba empapada.

El *sheriff* me esperaba al lado de la chimenea, hablando con el mecánico. Agaché la cabeza debajo del alero para entrar, y me recibió el olor familiar de cuero y aceite de motor, madera quemada y sudor.

—Nos hace usted falta en el hospital —dijo el *sheriff*—. Von Matthesius está delirando, y no para de decir cosas en alemán. Tienen a una enfermera alemana que hace de traductora, pero hoy no está de guardia y no han podido dar con ella.

—No sabía que lo habían llevado al hospital. ¿Qué le pasa? — Me entró cierta preocupación de repente por si le había roto una costilla con el forcejeo en el suelo.

Se subió el sombrero y empezó a masajearse las sienes.

—Eso es lo que nos gustaría saber, señorita Kop; por eso la necesitamos. Tiene fiebre y sudores fríos, y el corazón muy débil, aunque los médicos no han encontrado nada que explique esos

síntomas. Le iban a dar el alta, pero empezó a toser sangre y a gritar en alemán.

—Pues podría decirlo en inglés —dije mientras subíamos al automóvil del *sheriff*—. Lo habla perfectamente.

—Pero no quiere hablar inglés. Nos está haciendo pasar por el aro. A mí tampoco me gusta, pero, si tiene algo importante que decirnos, quisiera saberlo antes de que le den el alta. Después de lo que pasó con Grayce ayer, por mí que se quede en el hospital. —Salimos por la entrada de carruajes, y me abroché el abrigo al sentir el frío.

—No me pareció que estuviera enfermo.

—¿Y cómo vamos a saberlo? No podemos seguir sin un médico interno en la cárcel. —El *sheriff* Heath hablaba con un hilo de voz, como si estuviera absorto en sus pensamientos—. No es justo para los reclusos que estén aquí encerrados y no puedan avisar al médico. Dependen de nosotros, pero yo no soy quién para decir si hay que llevarlos al hospital. Y todos los que ingresan en presidio tienen juanetes, o se les mueve un diente, o sufren de gota o de fiebres, o les pasa siempre algo, maldita sea. Es como tener una enfermería, solo que sin médicos, ni enfermeras ni boticario. El tiempo que están aquí, podríamos hacer algo por curarlos, y no solo porque sea nuestro deber como cristianos, sino porque tenemos ocasión de ponerlos en el buen camino hacia una vida más limpia. En vez de encerrar a un hombre en una mazmorra, dele usted una ducha, un plato de comida caliente, una biblia y trabajo duro para que tenga las manos ocupadas, y hará de un criminal un ciudadano.

El *sheriff* Heath no hablaba mucho, pero cuando lo hacía sabía ser convincente. Me fijé en el perfil de su rostro, que ya me era tan familiar como el de mi propio hermano. Se me ocurrió que un hombre a punto de cumplir los cuarenta tenía algo de admirable. Era ya lo suficientemente maduro como para tener criterio propio, y a la vez lo bastante joven para ponerlo en práctica.

—Están muy bien esas ideas —dije—. Por eso le dieron este puesto los votantes.

—Pues no estoy tan seguro. Cordelia dice que los votantes no me pusieron aquí para salvar almas; que solo quieren que retire a los delincuentes de la circulación. Y no le hizo ninguna gracia que eso que pasó con Grayce saliera en la prensa porque dice que da la impresión de que no sabemos controlar a los presos.

—¿Cómo es que salió en la prensa? No lo presencié nadie.
Se encogió de hombros.

—Me parece que Grayce habló con un periodista, o su hermano. Le dije a Cordelia que no se preocupara, que fue solo un recluso con alguna trastada, que ni merece la pena gastar pluma y papel en eso, a no ser que seas periodista y te paguen por palabras.

La calle Main estaba abarrotada de tráfico pese a la lluvia, y fuimos a paso lento un rato en silencio.

—¿Qué delito cometió Von Matthesius? Debo de haberlo leído en su día, pero no me acuerdo.

No era del todo cierto que no me acordara, la verdad era que nunca me lo habían dicho. Tenía algo de escandaloso, pero no me lo habían sabido explicar. Ninguno de ellos, ni el *sheriff*, ni los policías, ni los guardas se tomaban la molestia de decirme el motivo exacto por el que estaban en la cárcel algunos de los presos.

El *sheriff* Heath tosió y no me miró cuando dijo:

—Los cargos fueron graves.

Así daban indicio los periódicos de que un crimen era demasiado aberrante como para ofrecer detalles en un periódico que leía toda la familia. El *sheriff* nunca había pronunciado esas palabras en mi presencia, pero quizá porque hasta entonces no había tenido que hacerlo.

—Llevaba un sanatorio en Rutherford, y tres jóvenes que trabajaban para él lo acusaron.

—Lo acusaron de...

Pero el *sheriff* no quería decirlo.

—No creo ni que sea médico. Ya sabe usted que se hace llamar reverendo y barón, que lleva una colección de títulos aunque no los merezca. Me alegra que esté a buen recaudo y que el estado de

Nueva Jersey se vea libre de los hábitos delictivos de ese sujeto, pero no sé si vamos a poder aguantar otro año así.

—¿Y si paga la multa? —Había una serie de delitos en el condado de Bergen que conllevaban condena solo si no se pagaba la multa.

—Multa hubo, pero es que no tiene dinero. Oí que el sanatorio estaba lleno de cuadros y antigüedades, pero no sé qué habrá sido de ellos. —El *sheriff* no estaba dispuesto a contar nada más.

—Bueno, por lo menos estoy de nuevo en la calle —apunté con cautela—. Espero que sea porque ha encontrado usted la forma de confirmarme en mi puesto de antes.

—¿Es que el puesto de supervisora de la prisión es demasiado aburrido para usted? —preguntó con aire distraído, mientras se echaba hacia adelante para ver mejor por el parabrisas porque la lluvia dificultaba la visión.

—Solo digo que en dos días he salido dos veces, y que eso ya es un avance. Estoy convencida de que le seré más útil si...

—Eso seguro —dijo, pero ya casi no me estaba escuchando—. ¿Qué ha pasado ahí fuera?

El hospital de Hackensack era un impresionante edificio de seis pisos construido en ladrillo visto y rematado por columnas de hierro. La entrada para coches en forma de media luna estaba atestada de carruajes y pesados automóviles negros, y no había sitio para aparcar. Entre unos y otros, las enfermeras iban y venían gritándoles a los conductores. Pero estos, sordos a su llamada, lo único que hacían era tocar los cláxones. Los faroles pasaban de mano en mano con un balanceo que hacía bailar las sombras, y a la escasa luz que daban pude ver cómo llevaban a un hombre en vilo, cogido por los hombros y los pies, pero el gentío que se había formado a la entrada era tal que solo se distinguía la masa informe de la multitud presa del pánico.

El ayudante de *sheriff* English nos estaba esperando y echó a correr hacia nosotros bajo la lluvia esquivando los coches, y a los médicos que sacaban heridos de ellos.

—Ha habido un accidente en las vías —dijo, asomado a la ventanilla del conductor. Me dirigió una mirada rápida y volvió a mirar al *sheriff*—. Una camioneta atestada de italianos que venían de esas fábricas a las afueras de Newark se saltó un paso a nivel, y acaban de traer a ocho heridos, pero parece que hay más.

La lluvia le goteaba por el sombrero y caía en un reguero hasta la punta de la nariz. Dirigió una mirada expectante al *sheriff* Heath mientras detrás de nosotros sonó una bocina, y un hombre gritó que dejáramos la calle libre.

—Vaya a decirle a ese que se tranquilice y que si tiene algo que hacer en el hospital que dé la vuelta —dijo el *sheriff*. El ayudante salió a la carrera hacia el coche a nuestras espaldas.

Mientras esperábamos, retumbó un trueno en la distancia y un relámpago iluminó la mole del hospital, recortada contra el cielo, pero el resplandor duró tan poco que solo alcanzamos a ver una de las chimeneas, y nuevamente todo fue pasto de las sombras.

El *sheriff* meneó la cabeza.

—No puedo poner un hombre en cada paso a nivel —dijo como si hablara consigo mismo—. Si la gente no hace caso del aviso del tren, bien poco puedo hacer yo.

La cara del ayudante de *sheriff* English apareció de nuevo en la ventanilla.

—Será mejor que me quede aquí a ver si podemos poner un poco de orden —le dijo el *sheriff* Heath—. Lleve a la señorita Kopp donde está Von Matthesius.

Y añadió dirigiéndose a mí:

—Mire a ver qué averigua, y no se demore. Estaré con ustedes en un minuto.

—¿A ver qué averigua de qué? —preguntó el ayudante English, sin disimular la irritación.

Heath levantó el brazo para protegerse de una ráfaga de lluvia que entró por la ventanilla y dijo:

—¡Usted límitese a llevarla dentro!

Me subí el cuello del abrigo, salí corriendo con el ayudante de *sheriff* bajo la lluvia y atravesamos los charcos que se habían formado en las zonas peladas de césped mientras esquivábamos a las enfermeras y a los camilleros que llevaban a los heridos. En la entrada, pasamos por detrás de un médico que le estaba poniendo el hombro en su sitio a quien supuse que sería uno de los hombres de la fábrica, despatarrado encima de una camilla. Había dos enfermeras: una le sujetaba las piernas, y otra se hacía cargo del brazo derecho. Entonces el médico agarró el brazo izquierdo y cogió impulso para dar el tirón, pero ganamos el interior del hospital justo cuando iba a colocárselo, y solo oímos los gritos del paciente, aunque resonaban todavía cuando llegamos a la segunda planta.

Allí todo estaba más tranquilo que en el piso de abajo y eso era un alivio. Seguí al ayudante de *sheriff* English por un pasillo estrecho jalonado de bancos de madera, todos vacíos, y tenía que apurar el paso para poder ir a su ritmo. Las puertas que daban acceso a los distintos pabellones, numeradas con letras doradas, cada una con su ventanita para que las enfermeras pudieran asomarse, estaban todas cerradas, y parpadeaban las lámparas eléctricas en el techo, rodeadas de un halo de polvo.

—Por culpa de esa maldita tormenta —dijo—, nos tendremos que quedar aquí toda la noche.

Al final del pasillo, al dar la vuelta a la esquina, vimos a una enfermera sentada a una mesa.

—La señorita Kopp viene a ver al recluso —dijo el ayudante—. Son órdenes del *sheriff*.

La enfermera era una de esas mujeres inflexibles de pelo plateado que no les pasan ni una ni a los pacientes ni a los médicos. Alzó la vista hacia mí y me miró desde detrás de las gafas de montura metálica antes de decir:

—Pues dese prisa, y a ver si se lo llevan pronto de aquí, que nos va a hacer falta esa cama.

Dimos la vuelta a la esquina y echamos a correr por el pasillo que llevaba hasta la habitación de Von Matthesius. Había un ventanal al fondo, junto a una puerta que llevaba a otra galería y,

hecho un ocho en una silla de metal a la puerta de la habitación del preso, dormitaba un celador.

Thomas English dio una patada a la silla, y el celador se puso en pie de un salto.

—¡Andando al piso de abajo!

El hombre bostezó y se apartó un mechón de pelo rubio de los ojos.

—Me parece que todavía no me buscan.

—Pues búsquelos usted a ellos entonces —dijo el ayudante de *sheriff* English apretando con fuerza los dientes. Con eso bastó para que el celador saliera corriendo, dejándonos solos en el pasillo—. Solo hay una cosa peor que el que te toque guardia en la cárcel, y es tener que pasarse una tarde entera en este hospital solo para vigilar que no se levante de la cama alguien que ni siquiera se tiene en pie. ¿Y usted qué ha venido a hacer aquí?

—El *sheriff* Heath me pidió que hablara con él y que esperásemos aquí.

—Ya habló con él ayer y casi se lo carga.

—Pues haga de intérprete usted si es que sabe alemán.

Se giró y escupió en el suelo.

—Habría que meter a los alemanes en un barco y mandarlos a su casa. Aquí estoy perdiendo el tiempo. Donde tendría que estar es ahí abajo ayudando con los heridos, y no aquí sin hacer nada, con un viejo enfermo y la amiguita del *sheriff*.

—Pues váyase.

No iba a consentir que me enredara en una discusión. El *sheriff* Heath jamás debió darle a aquel muchacho una placa y una pistola porque no estaba a la altura. Había otros como él que lograban llegar al frente en Francia alistándose en el Ejército canadiense; tenían tantas ganas de darle un tiro a alguien que juraban fidelidad a otra nación con tal de hacerlo. Como los podía el ímpetu, no ponían cuidado, y eran los primeros en caer.

—Pero usted es la supervisora de la sección de mujeres y no puede quedarse a cargo de un preso —dijo, con voz afectada y

cantarina, como un niño pequeño que quiere hacerle burla a alguien —. Al *sheriff* no le haría ni pizca de gracia.

—Al *sheriff* no le importará —dije—, así que, venga, váyase.

Me miró de arriba abajo y luego fijó la vista en la puerta de la habitación de Von Matthesius. Por el rictus de la cara, vi que sopesaba las posibilidades.

—Vale, ya es todo suyo.

Giró sobre los talones y salió disparado mientras el temporal azotaba los ventanales al final del pasillo y el granizo golpeaba contra los cristales. Pasados unos instantes, retumbó otro trueno, y volvieron a parpadear las luces. Entonces el ayudante de *sheriff* echó a correr y miró atrás una única vez antes de dar la vuelta a la esquina y desaparecer.

Por fin abrí la puerta con cuidado y miré dentro: Von Matthesius estaba echado de espaldas en una cama de hierro. Lo habían ingresado en una habitación diminuta sin ventanas, de las que les reservaban a los enajenados, a los infecciosos y a los presos que mandaban desde la cárcel. No había ni silla ni mesa, y la ropa del enfermo colgaba de un gancho. Se había zafado de la manta de lana, tirada en el suelo junto a la cama.

Abrí la puerta del todo para entrar, y un haz de luz cayó sobre la cama. Von Matthesius abrió los ojos de par en par y los dirigió hacia donde yo estaba, pero no movió la cabeza; solo habló torciendo un poco la boca:

—*Ich bin sehr schwach auf den Beinen und es zieht sich bis in die Schultern hoch. Ich ertrage das nicht mehr lange.*

Enumeró toda una retahíla de síntomas: no podía mover las piernas, le dolían los hombros y pensaba que le quedaba poco de vida. La letanía seguía como un extraño encantamiento: se le habían entumecido los dedos de los pies, no le llegaba la sangre a los tobillos, tenía los labios secos y no sentía los dedos de las manos.

Me incliné sobre el lecho para verlo mejor, a conveniente distancia para que no me echara mano, y vi que no paraba de mover los labios, y los ojos le hacían chiribitas. Sudaba por la frente

con una profusión parecida al goteo de una manguera, le salía una sustancia oscura y densa por las comisuras de la boca; y con la tos, había manchado la almohada de sangre.

—*Sind sie durstig?* —le pregunté. No cesó en su cantilena, ni paró el ajetreo frenético de los ojos. Busqué un vaso con la mirada, pero no hallé nada—. Salgo un momento a por un poco de agua. Los médicos dicen que no le ven nada. ¿Sabe usted qué le pasa? Porque, si no es capaz de darme más detalles, volverá a la cárcel.

Entornó tanto los ojos que se le veía lo blanco: dos medialunas surcadas de venitas rojas como las grietas finas que le salen a la porcelana. Entonces empezó a temblar y eso le hizo castañetear los dientes; luego por fin se quedó inmóvil y cerró los ojos de golpe.

Quería que siguiera despierto y que no dejara de hablar hasta que llegara el *sheriff*, así que me arrodillé a su lado y le hablé en voz baja:

—¿No hay nada que se pueda hacer por usted?

—*Es is zu spät.* Ya es tarde para eso.

Me senté sobre los talones y lo vi respirar en la media luz turbia del cuarto. Daba largas inhalaciones poco profundas, con tanto espacio entre una y otra que no sabía si seguía respirando. En sus mejores tiempos, lució un bigote plateado recortado con esmero, pero en el hospital lo habían afeitado sin ningún miramiento y le habían dado varios tajos en el flequillo para que no se le metiera en los ojos. Era como si hubiera envejecido diez años de la noche a la mañana.

El estertor de la garganta se convirtió en el tipo de espasmo que suele acabar en un ataque agudo de tos.

—Tiene que beber agua —dije—. Enseguida vuelvo.

Salí al pasillo pero no vi a nadie; tampoco un lavabo ni un grifo. No me atrevía a aventurarme más lejos en busca de uno porque la puerta de acceso a la habitación de Matthesius tenía un pomo sencillo de cristal, y debajo había una cerradura, pero yo no tenía la llave y el ayudante de *sheriff* English no dijo que hubiera ninguna. Oí que alguien bajaba corriendo por las escaleras a la vuelta del pasillo, más allá de la mesa en la que estaba la enfermera, pero

pensé que no era lo propio pedir un vaso de agua a voces cuando había tantos pacientes en la planta de abajo en peor estado.

Cuando volví a su cuarto, Von Matthesius se había levantado y tenía una pierna desnuda apoyada en el suelo. Alzó la vista hacia mí y se llevó una mano a la garganta, en un gesto desesperado por recobrar el aliento. Puede que fuera la habitación a oscuras, pero habría jurado que se estaba poniendo un poco azul.

—Es mejor que no se mueva. —Le puse una mano en el pecho y lo recosté de nuevo en la cama—. Usted respire, que enseguida vendrá alguien.

Me hizo caso y lo oí respirar trabajosamente, así que volví hacia la puerta por si veía a alguien a quien pedir ayuda, y al instante regalaron mis oídos unos pasos en el pasillo: era un pequeño ejército de médicos y enfermeras que iban empujando dos carritos pero, como no me atreví a pararlos, desaparecieron al volver la esquina. Había una ventana al final de la galería, y oí un estruendo todavía mayor que llegaba de la calle, así que cerré la puerta de Von Matthesius y fui corriendo a ver qué pasaba.

Lo que vi podría haber sido una escena en un campo de batalla: la entrada semicircular al hospital estaba literalmente tomada por vehículos a motor y nerviosos caballos enganchados a los carruajes. Debía de haber llegado al menos otra docena de víctimas del accidente, y a algunas las estaban metiendo dentro; pero a otras las habían dejado tumbadas encima de la hierba, al abrigo de paraguas y tiendas de campaña improvisadas. Todo el personal del hospital, enfermeras, celadores, médicos, cocineros y conserjes, debía de estar allí fuera y se abría paso entre la multitud a codazos para meter a los heridos.

Miré en dirección a una hilera de automóviles aparcados enfrente y vi el del *sheriff*, o sea que tenía que andar por allí abajo, y alguno de aquellos sombreros negros que se movían en la oscuridad debía de ser el suyo. Desde donde me encontraba, veía el telón que formaba la lluvia al caer, y cómo lo atravesaba la luz que salía de las ventanas del hospital.

Cuando estaba de vuelta a la puerta de Von Matthesius, otro trueno hizo temblar las paredes, y se fue la luz; lo que provocó un gemido de la multitud afuera al comprender que tendrían que operar a la luz de velas y antorchas.

Abrí la puerta del recluso.

—¿Barón? Se ha ido la luz en todo el hospital.

Murmuró algo y me acerqué aguzando la vista hasta que pude distinguir su figura encima de la cama. Como no veía casi nada, recelosa, extendí una mano y palpé una rodilla huesuda, pero la apartó de golpe, y yo retiré la mano. Por lo menos había dejado de toser.

—Estaré fuera —dije, y salí al pasillo, que estaba completamente a oscuras. A través de la ventana no entraba nada de luz, por pálida que fuera, y comprendí que se habría ido también en las farolas de la calle, y en todo Hackensack seguramente.

De algún punto en el pasillo llegó el sonido metálico que hace una bandeja al caer al suelo, y la voz de una enfermera:

—¡Usted siga, que ya lo cojo yo!

—Déjelo —respondió la voz de un hombre, y salieron corriendo. Oí las ruedas de otro carrito al pasar, y el rumor de más pasos en su estela. Me pegué bien a la puerta y esperé aguzando el oído: cada pocos segundos sentía el halo de una bata blanca que desaparecía pasillo adelante, luego abrían una puerta de golpe a la altura del ventanal, y más ruedas pasaban raudas.

Por el andar pesado, sentí que se acercaba un hombre, y le pregunté:

—¿Qué pasa?

—Hay tres operaciones en curso en la planta de abajo, y tenemos una cola de heridos con las piernas machacadas que esperan turno. —Lo dijo sin detenerse mientras pasaba de largo a toda prisa, recortada su figura oscura contra las sombras.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? —pregunté, pero era inútil. Alguien tenía que quedarse a vigilar la puerta y, aparte de mí, no había nadie más.

Retumbó otro trueno y lo siguió un relámpago muy cerca, de manera que el pasillo quedó iluminado unos segundos. Vi una bandeja tirada, y los instrumentos de metal que había contenido desparramados por el suelo, un frasco roto y trozos de cristal marrón por todas partes.

Corrí hasta allí y con el pie metí los fragmentos debajo de un banco. Pasado el resplandor del relámpago, el hospital volvió a sumirse en la oscuridad, así que no podía estar segura de haber apartado todos los trozos de cristal. Pasó un rato largo y yo seguía en mi puesto, con las manos a la espalda, aferradas al pomo de la puerta de la habitación de Von Matthesius, conteniendo el aliento cada vez que iban y venían enfermeras y médicos y oía gritar los pacientes en las habitaciones del fondo.

Por fin oí al *sheriff* hablando con la enfermera en la mesa que había en el otro extremo del pasillo.

—Estoy aquí —dije, y al instante dio la vuelta a la esquina y vino hacia mí con un farol colgando de una mano.

—Tenga cuidado donde pisa —lo previne—, porque con el apagón se les han caído muchas cosas al suelo.

Fue alumbrando y apartó con el pie unas tijeras y un paquete de vendas para dejar libre el paso.

—Menudo caos tenemos ahí abajo. ¿Dónde está English?

—Bajó a ayudarlo a usted —dije.

El esfuerzo lo había dejado sin aliento, y un reguero de manchas de sangre le cubría la pechera del abrigo, de un hombro a otro. No tenía sombrero, pues posiblemente lo perdiera en el tumulto: la cara de susto que llevaba se la había visto yo solo una o dos veces.

—Pues no sé dónde está —dijo con un resuello—. Lo puse aquí para que vigilara al preso y no debía haberse ausentado de su puesto. Ya tengo más policías en la planta de abajo.

—Lo siento si...

—No importa. ¿Cómo está Von Matthesius?

—Ahora descansa. Dice que le cuesta mover las piernas y que no siente los dedos de las manos. Tiene, además, una tos muy

fuerte, y ahora que está usted aquí me gustaría ir a por un vaso de agua.

Oímos más pasos apresurados que venían hacia nosotros, y el *sheriff* alzó el farol para alumbrar el pasillo: era una enfermera que traía un bebé en brazos, y dos celadores cargados de vendas y equipo médico.

—Nos vendría bien ese farol —gritó la enfermera sin detener el paso.

—Ya se lo llevo yo —le respondió el *sheriff*. Se giró hacia mí y me dijo—: Quédese aquí hasta que vuelva English. No sabemos cuánto tiempo estaremos a oscuras, pero tengo a un hombre comprobando la instalación en este momento.

—Está bien —dije—, pero déjeme que le eche un vistazo al barón antes de llevarse el farol.

No había apartado la mano del pomo, así que lo giré y abrí la puerta. Entonces el *sheriff* levantó el farol y vimos que la habitación estaba vacía.

6

—Esta no es su habitación.

Ni siquiera estaba hecha la cama. Se veía el cutí del colchón, a rayas azules y blancas; y no había ninguna manta en el suelo, ni ropa colgada del gancho.

Me había agarrado al pomo de la puerta que no era, y la habitación del recluso estaba justo al lado.

Nos giramos al unísono y fuimos corriendo a abrir la otra puerta aunque yo sabía aun antes de abrirla que no habría nadie dentro: y así era, salvo por la manta, que seguía en el suelo, y el albornoz, tirado encima de la cama. No había sentido nunca tanto miedo al ver una habitación vacía.

El *sheriff* Heath sostuvo en alto el farol y lo paseó de arriba abajo por el pasillo vacío.

—¿No vio usted nada?

—¡No! Claro que no. De haberlo visto, lo habría detenido.

—Mire en las otras habitaciones.

Empecé por un extremo del pasillo y no dejé sin abrir ni una sola puerta, pero no había nada ni nadie en ninguna de las habitaciones, ni señal de que Von Matthesius hubiera estado en ninguna de ellas. El *sheriff* fue a abrir las que quedaban por el otro lado del pasillo cuando volví a la habitación del preso. Una vez dentro, sacudí la manta y el albornoz y quité las sábanas de la cama, me agaché para mirar por todos los rincones de la habitación por si se le hubiera caído algo, un pedazo de papel, un botón, lo que fuera. Pero Von Matthesius había sido rápido y meticoloso, y, cada vez que entraba

a echarle un ojo, seguro que estaba preparando la huida, listo para salir a la primera de cambio; hasta me lo imaginaba metiendo la ropa debajo de las sábanas por si entraba yo en ese momento. Cuando oyó la bandeja caer al suelo, y luego cómo salí corriendo hacia allí para apartar los cristales, debió de ver que era el momento y no lo desaprovechó.

Nada dejó a su paso: levanté el colchón y miré debajo de la cama, pasé los dedos por las llagas de las baldosas, como si fuera a encontrar alguna huella suya en el polvo.

Me reuní de nuevo con el *sheriff* Heath en el pasillo.

—Ha desaparecido —dije, tragando saliva para ocultar el pánico que me subía a la garganta. Tenía gotas de sudor en la frente—. Miraré en la primera planta por si...

Pero él ya se estaba dando la vuelta.

—Quédese aquí mejor.

Debí salir detrás de él, pero no me respondían las piernas, estaba como clavada al suelo. Lo oí bajar las escaleras a todo correr y llamar a voces a sus ayudantes. Entonces volvió la luz, y bajo el resplandor vi el alcance total de lo que yo había hecho: allí estaba el pasillo blanco y vacío, con todas las puertas abiertas, y mudas.

El *sheriff* estaría organizando la batida en el piso de abajo, y no tenía ningún sentido que siguiera esperando delante de una habitación vacía, así que fui hasta el final del pasillo, y allí, en la mesa de la enfermera, estaba el ayudante de *sheriff* Morris, hablando tranquilamente con ella. Cuando aparecí por la esquina alzaron los dos la vista, y la enfermera iba a decir algo, pero Morris negó con la cabeza y vino hasta mí.

Así que era él el que me tenía que dar las malas noticias. Me quedé parada, esperando.

No podía mirarlo a la cara y dejé la vista fija en sus zapatos: dio veintinueve pasos hasta que lo tuve delante, y cuando llegó hasta mí lo dijo con toda la calma y amabilidad del mundo.

—El *sheriff* quiere que le busque a usted un taxi.

La casa estaba a oscuras, pero seguro que hacía poco que se habían acostado porque los restos chamuscados de un tronco latían todavía en la chimenea. Tropecé al entrar en la sala de estar, y algo cayó al suelo, una parte del atrezzo para un decorado teatral, hecho de cartón piedra. Entonces oí el crujido de la tarima en la planta de arriba, y la voz de Norma:

—¿Qué haces en casa?

—Vuelve a la cama. —No me atrevía a contárselo.

Bajó descalza, ataviada con su bata de franela.

—¿Qué ha pasado? —Se quedó en el último escalón, con los brazos en cruz—. Parece que te haya dado algo. Espero que no me vengas con que el *sheriff* Heath te ha propuesto que os escapéis juntos, porque ya he visto que te mira de forma extraña, y a saber qué le pasa por la cabeza. Si se ha tomado alguna libertad contigo, voy allí ahora mismo y le...

—¡Cállate, Norma!

Intentaba zafarme de la maraña de papeles y telas que Fleurette había dejado tirada en medio de la sala. Se me pegó un retal de piel sintética, e imaginé que haría las veces de zorro o de lobo para su obra teatral.

—¿Entonces qué pasa?

—¿Que qué pasa? —Le di una patada al montón de harapos hecha una furia—. No pasa nada, solo que por fin me dejan salir de la prisión para hacer tareas de ayudante de *sheriff* con la esperanza de que me devuelvan la placa, y un alemán que está loco va y se escapa, y encima por culpa mía, y todo se ha ido a la porra.

—Estás pateando el perro pastor —dijo Norma, y quitó de en medio el atrezzo de Fleurette. Cogió un jersey que había encima del sofá y se lo echó por encima—. ¿Qué has dicho, que te van a devolver la placa?

Una puerta se cerró de golpe en el piso de arriba, y Fleurette preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Me parece que el perro pastor ha tenido un percance —gritó Norma.

—Es una cabra —dijo Fleurette, y en un santiamén estaba con nosotras en la planta de abajo, observando lo que quedaba de su criatura. Llevaba un chal de seda japonesa de color rojo, con flecos dorados que caían hasta rozarle los pies. Me recordaba un paño de esos caros que se usan para cubrir un piano.

—Lo siento —dije—. Es que entré a oscuras y no lo vi.

—Ya me compensarás por ello. —Se inclinó y le dio unas palmaditas a la criatura en lo que había sido la cabeza. Tenía dos botones a modo de ojos y, como uno de ellos había quedado colgando en precario equilibrio, se lo arrancó de un tirón antes de volver a fijar la vista en mí—. ¿Qué haces aquí a estas horas, hablando a voces de un viejo?

Coloqué el sombrero en el perchero y me dispuse a quitarme el abrigo, pero entonces me di cuenta del frío que hacía y lo pensé mejor.

—No importa.

—Constance me estaba contando detalles desagradables de su trabajo —dijo Norma.

—Trabajas en una cárcel —dijo Fleurette—. ¿Cómo no va a ser desagradable?

—Lo que intentaba contaros —dije casi a gritos, haciendo que dieran un paso atrás—, es que he dejado escapar a un recluso esta noche.

—¡No te creo! —dijo Fleurette con un grito ahogado.

—Ni yo —añadió Norma.

—Pues sí, lo hice.

—Pero no fue culpa tuya —repuso Norma—. Como no te han dado tanta responsabilidad nada de lo que hagas será culpa tuya.

—Ojalá fuera eso cierto.

—Seguro que es culpa del *sheriff* Heath —siguió diciendo—, o de ese otro que nos cae tan mal. ¿Cómo se llama?

Oí que revolvía un papel en el bolsillo y pensé que iba a anotarlo.

—De nadie más es la culpa. Estaba a cargo de un recluso en el hospital y se fue la luz; entonces, aprovechando el tumulto, se

escapó. Es lo peor que me podía haber pasado.

Me miraron las dos. Yo no apartaba la vista de mis pies; me parecían lejanos, como si fueran de otra persona.

Finalmente, Norma carraspeó y dijo:

—En realidad no es lo peor que te podía haber pasado. Se han dado casos de incendios en las cárceles, ¿sabes? Eso pasó en Toronto el año pasado, un fuego que empezó porque un guardia tiró un cigarrillo y prendió en un colchón que había en el suelo, y...

—Gracias, Norma —dije, y me dejé caer en un sillón—. Me sirve de muchísimo consuelo. Mejor que se te escape un prisionero que prender fuego a todo el edificio.

—Aunque el *sheriff* Heath no pensará eso ahora mismo. — Norma tomó asiento en el brazo de mi sillón.

—Pues claro que no lo piensa. Me ha mandado derecha a casa y ni siquiera se ha dignado a decírmelo él mismo, sino que se lo ha pedido a Morris.

—¿Ha venido el señor Morris? ¿Y no le has dicho que entrara? —Fleurette fue a la ventana para ver si ya se había ido.

—No ha venido —dije hastiada—. Solo llamó a un carruaje y me metió en él para quitarme de en medio.

No podía seguir oyéndolas ni un minuto más, así que aparté a Norma de un empujón y fui hacia las escaleras para irme a la cama.

—El *sheriff* Heath no tenía motivos para mandarte a casa —dijo Norma, y me siguió escaleras arriba—. Aunque en este caso hay una cosa que...

—Ahora no —dije, y cerré la puerta de mi habitación de un portazo.

7

—¡Constance! —Norma daba golpecitos en mi puerta—. ¿Estás despierta?

Volvió a llamar, esta vez con más fuerza:

—¿Es que no me has oído? Ha venido el *sheriff* Heath.

Me eché la manta sobre los hombros y fui a la ventana. Estaba en el camino de acceso a la casa, junto a su automóvil, y hablaba con Fleurette.

Entró Norma ataviada con el abrigo de loneta que se ponía para trabajar fuera de la casa y calzada con un par de botas. No le parecía bien que nos levantáramos tarde, y me dio a entender su desaprobación por la expresión de la cara.

—Lleva patrullando toda la noche. Tú tenías que haber ido con él.

—Me mandó para casa.

Desde la ventana le veía la copa del sombrero, la leve inclinación que hacía sin sacar las manos de los bolsillos para oír algo que Fleurette le estaba diciendo.

Norma vino hasta la ventana.

—Mejor que haya venido, porque ya sé lo que vas a hacer, y así puedes bajar y se lo dices.

Esperó a que yo le preguntara, pero seguí callada.

—He decidido que, si ese vejestorio de alemán estaba a tu cargo, entonces eres tú la que tiene que salir a buscarlo y traerlo de vuelta. ¿Cómo te vas a quedar aquí sentada en casa si fuiste tú la causante del problema?

Norma, que no había tenido nunca un trabajo y que casi no salía de casa si no era para seguir a sus palomas mensajeras, me estaba diciendo que fuera yo sola a cazar a un fugitivo.

—Gracias, pero nunca se me habría pasado por la cabeza ir a buscarlo y traerlo de vuelta al redil, la verdad.

Metió el hombro debajo del marco de la ventana e hizo fuerza con un gruñido hasta que se abrió y dejó pasar una fría ráfaga de viento, y el humo que salía de una chimenea lejana, y el olor a barro y a hojas mojadas.

—¿Qué haces? —Quise cerrar la ventana, pero ya era tarde, porque Fleurette nos había oído y alzó la vista hacia mi habitación, y el *sheriff* hizo lo propio.

—Está esperando a ver qué le dices —respondió Norma—, y no me gusta que ande por aquí husmeando todo el día. ¿Vas a bajar o no?

No tenía más abrigo que la bata; empecé a temblar, y se me pusieron blancos los pies, así que me volví a meter en la cama.

—Pues no.

—¡Enseguida baja! —gritó, y cerró la ventana de golpe, sin darle tiempo al *sheriff* a decir nada.

—¿Por qué tienes tantas ganas de mandarme por ahí a la caza de un hombre? Antes te conformabas con terneros aquí apartadas, lejos de los maleantes.

Norma me apartó con la rodilla y se sentó a mi lado:

—Si llega a saberse que la has liado buena en tu primer trabajo, no encontrarás otro nunca, porque nadie va a contratar a la chica que dejó escapar a un preso.

—No había caído en ello.

—Pero, si resulta que pasas a ser la chica que lo capturó, eso lo cambia todo, ¿no te parece?

Se quedó allí sentada, mientras respiraba ruidosamente y esperaba una respuesta. Le di la espalda en la cama y me puse de cara a la pared, cuando oí que iba hacia la cómoda. Enseguida volvió, sentí ruido de papeles y me dio con algo en la cabeza: un

periódico enrollado, o una revista gruesa. Luego quitó la manta de la cama, y un soplo de aire frío me subió por las piernas.

—¡Norma! —Quise quitarle la manta, pero ya la estaba doblando con la intención de salir con ella de mi cuarto.

—Además, en casa no tienes nada que hacer. No nos vales para nada. No nos gusta cómo guisas, y para el jardín ya hemos contratado a un chico que lo hace mucho mejor que tú. Por primera vez en muchos años hasta vamos a poder comernos un pepino que ha salido en el huerto. —Se metió la manta debajo del brazo, la sujetó con fuerza, y se dispuso a hacer lo mismo con las sábanas.

Me incorporé y aparté unos mechones de pelo que se me habían ido a la cara, pero ella no dejó nada en la cama que sirviera de abrigo y me miró como quien mira un tablón roto en una valla antes de coger el martillo y ponerse manos a la obra.

—Si te quedas sin trabajo, a ver cómo va a pagar Fleurette las clases de canto.

—Devuélveme la manta.

—Y, si no nos da para vivir, pues habrá que vender la granja, y seguro que a Francis se le ocurre alguna idea al respecto.

No quería ni imaginarme lo que diría nuestro hermano, pero el caso era que no había manera de deshacerse de Norma porque se le había metido entre ceja y ceja sacarme de mi habitación. Así que fui al armario y metí los brazos en las mangas de un vestido viejo de color verde de un aspecto tan pésimo como mi estado de ánimo.

—O también podemos buscarle un marido a Fleurette y que él se ocupe de nosotras.

—Eso estaría bien. —Se me rasgaron las medias a la altura de los tobillos, pero me las puse de todas formas.

Desde el vano de la puerta, Norma me miraba mientras me recogía el pelo en un moño y lo sujetaba con horquillas.

—Eso sí, lo nuestro no es nada comparado con lo que le espera al *sheriff* Heath —dijo—. Irá a la cárcel por esto.

El moño se desplomó, me cayó el pelo sobre los hombros, y las horquillas saltaron por los aires.

—¿A la cárcel?

Salí fuera con Norma pegada a los talones.

—¿Es verdad que lo van a meter a usted en la cárcel? —grité.

El *sheriff* Heath se puso un poco más derecho y nos saludó llevándose una mano al sombrero.

—Señorita Kopp —saludó.

Norma me seguía a la carrera y dijo:

—Te lo iba a decir anoche pero estabas tan nerviosa que no atendías a razones.

Me paré justo delante del *sheriff* Heath: tenía grandes ojeras, y la piel pálida, con ese aspecto que se le pone en la cara a uno cuando ha pasado la noche en vela.

—¿Es eso cierto? —le pregunté.

Tragó saliva y nos miró a las tres, una detrás de otra.

—Hay una ley —dijo, con la voz un poco ronca— según la cual se puede meter al *sheriff* en la cárcel ocupando el lugar del delincuente que ha dejado escapar. Pero raramente se aplica, y no hace falta que usted...

—Yo soy la que tenía que ir a la cárcel.

—Usted no. Cuando un preso se escapa, el responsable es el *sheriff*.

—En efecto, así es —dijo Norma, echando mano de todo lo que sabía sobre el asunto con el gesto vivaracho del que está bien informado—; por eso, entre otras razones, el *sheriff* tiene que presentar un aval, y a sus avalistas no les va a hacer ninguna gracia pagar la multa del preso. Vamos, que no estoy del todo segura de que no lo lleven a usted a juicio y se enfrente a una condena de cárcel.

Cogí del brazo al *sheriff*, quien me miró sorprendido, pero yo no lo solté.

—¿Cómo va a ir usted a la cárcel? ¿Qué sería de Cordelia y de los niños? —No quería ni imaginarme la terrible situación.

—Lo atraparemos —empezó a decir el *sheriff*, pero Norma no le dejó acabar.

—Pues a la señora Heath no la van a dejar quedarse en las habitaciones del *sheriff* si él está preso y tendrá que buscar alojamiento. ¿No viven sus padres allí en Hackensack?

Fleurette no nos quitaba ojo bajo el ala del sombrero de terciopelo grueso que llevaba puesto.

—¿De verdad que pueden llevar a un *sheriff* a juicio?

—Pues claro que no —dijo él, pero fue una respuesta demasiado rápida y automática para que sonara verosímil.

—A lo mejor la Oficina del Fiscal se apiada de usted y no lo lleva a juicio —dijo Norma—. Por lo menos un amigo sí le queda en la Oficina del Fiscal, ¿no?

No le quedaba ninguno. El *sheriff* Heath se pasó una mano por el bigote, y pensé que se le estaba acabando la paciencia con Norma, así que les dije a mis hermanas que volvieran a la casa, y él me lo agradeció con un gesto de la cabeza.

Cuando estábamos solos, dijo:

—Tengo hombres en todas las estaciones de tren. Vamos hotel por hotel, y en todos preguntamos si han...

—Ya lo sé. Hace usted lo que puede. Pero en realidad nadie sabe dónde buscar.

Se tapó la boca con el puño para toser.

—Lo cogemos. Aunque ya no podrá ser antes de que los periódicos saquen lo de la fuga en la edición vespertina.

Menudos eran los periódicos: se pasarían semanas dándole la lata con aquello.

—Tenía esperanzas de que lo hubieran cogido antes de que el asunto cayera en manos de la prensa.

—Pues no ha sido así.

Me costaba mirarlo a la cara, así que fijé la vista en el establo y en el prado seco que se extendía más allá.

—Déjeme ir con usted, *sheriff*.

—Señorita Kopp.

—En algo podría ayudarles. Conmigo hablará.

Se quitó el sombrero y se apartó el pelo de la frente.

—Hago todo lo que puedo para que usted no se vea involucrada, y no creo que le convenga salir otra vez en los papeles por culpa de otro escándalo, ni a usted ni a sus hermanas.

Intentaba protegernos, pero lo ponía peor con ser tan amable.

—Me da igual que salga mi nombre en los periódicos, porque lo que no pienso hacer será quedarme aquí sentada mientras usted y todos los demás van a... —La sola idea de quedarme en aquella granja anclada en el tiempo en la que no pasaba nada, mientras los otros policías salían de batida, me dejaba sin habla.

—Pues eso es exactamente lo que va a hacer —dijo—. Descanse unos días y vuelva a la prisión cuando esté lista para trabajar.

—No estoy preparada para trabajar en una cárcel porque dejé escapar a un hombre, así que tiene usted que echarme; no le queda otra.

Iba a responderme pero se lo pensó mejor, como si temiera que acabara convenciéndolo de que tenía razón.

Di un paso hacia la casa, y algo se rebeló dentro de mí. Hacía tan solo unos minutos, según me lo exponía Norma, me parecía inconcebible, pero ahora lo veía claro: no podía hacer otra cosa.

—No importa. Iré yo sola y lo encontraré.

Seguí por el camino de grava, sin dejar de mirarlo, caminando de espaldas. Así le vi la expresión de derrota y cansancio en la cara, y cómo tuvo que apoyar una mano en el capó del coche para ponerse derecho.

—No puede ir usted por ahí persiguiendo a un fugitivo. No es seguro, y no pienso consentirlo.

—¡Pero a los otros ayudantes sí los ha mandado a buscarlo!

—Usted no es ayudante de *sheriff*. —Lo dijo de tal modo que sonó a definitivo.

Debí haberlo dejado ahí, pero no pude.

—¡Por culpa suya! Han pasado ya dos meses. Fui ayudante al principio, y debería serlo...

Se quitó el sombrero y se dio en la pierna con él.

—Maldita sea, señorita Kopp, creo que por lo que pasó anoche queda claro que no es usted ayudante de *sheriff*.

Apenas nos separaban unos metros, pero nunca habíamos estado tan lejos uno de otro.

—Le ruego que me perdone —dijo—. No era mi intención...

Pero ya era demasiado tarde. Y claro que era su intención.

—Pues no voy a consentir que lo encierren a usted en la cárcel por algo que yo hice —dije con toda la calma—. No pienso permitirlo. —Me metí dentro y cerré la puerta de un portazo.

Norma y Fleurette lo habían oído todo desde la entrada, y cuando llegué junto a ellas me apoyé contra la puerta y las tres nos miramos. Por toda respuesta, el *sheriff* Heath encendió el motor, fue dejando a su paso dos rodadas en la grava, y luego desapareció.

Norma tenía mi abrigo doblado sobre un brazo, y en la mano llevaba mi sombrero y, cuando cogí este último, vi que también tenía mi revólver.

—Imagino que lo oiríais —dije—. Y tiene razón.

Me apretó el abrigo contra el pecho y esperó a que me lo pusiera antes de darme la pistola.

—Tonterías —respondió.

—No tiene idea de dónde puede estar.

—Sí, claro, pero es que es un hombre de inteligencia limitada, y si tuviera más de una idea le estallaría la cabeza. —Norma estaba radiante; se había apoderado de ella el espíritu de las grandes ocasiones. Me miró de arriba abajo sin disimular su impaciencia, alzó las manos y me cogió por los hombros—. Tienes un aspecto lamentable, pero sé que sabrás aprovecharte de ello, y ahora vamos a subirte a un tren.

8

La sala de espera de la estación de tren de Pensilvania, tan diáfana, me recibió como una catedral recibe a los desamparados. Aunque era un día gris de finales de octubre, el sol pugnaba a mediodía por hacerse hueco entre los retazos de las nubes; además había algo sagrado en esa luz: atravesaba los altos ventanales y, en el tránsito, se le pegaba cierta placidez. Porque cuando descendía hasta las caras de los hombres de negocios, con su brusco caminar, sobre las chicas jóvenes ataviadas a la moda; cuando se posaba en los trabajadores entrados en años, de rostro macilento y sombrero ya sin horma, ungía a todos con un resplandor profuso que sumaba al brillo del cristal en lo más alto el que rezumaba el enfoscado y la labor de cantería visibles por doquier. Volví la cara hacia arriba y cerré los ojos. Allí, bañada por aquel chorro de delicada luz, sentí que volvía a la vida.

Pero no al perdón. No quería que nadie me perdonara nada. Yo solo quería a mi recluso para devolverlo a la cárcel, de donde nunca tendría que haber salido.

Según Norma, no se podía salir en persecución de un fugitivo sin llevar una cesta en la que hubiera metido cuatro emparedados de jamón con patatas junto a tres palomas mensajeras. El plan era que yo soltase las palomas si cogía al preso o si necesitaba ayuda. Intenté explicarle que, en caso de necesidad, de nada serviría mandarle un mensaje a mi hermana, pues vivíamos en medio del campo; y que, además, las palomas no le quitaban ojo a los sándwiches, y posiblemente se acabaran escapando de la cesta y volaran a casa por su cuenta en cuanto dieran por concluido el

festín. Sin embargo, lo metió todo en la calesa y me llevó a la estación de tren de Ridgewood, donde me convenció para que comiera medio bocadillo, y donde yo la convencí a ella de que no me llevaría más comida; y, también, de que soltara las palomas.

Mi plan era ir primero al apartamento del hermano de Von Matthesius, por si se había escondido allí. En la prisión nos turnábamos para llevar el libro de registro en el que firmaban las visitas, y Felix había ido a ver a su hermano varias veces, por lo que yo sabía su dirección. Aparte de eso, no tenía nada pensado, y me eché a temblar con los nervios a flor de piel, como un potrillo recién parido. Me mezclé entre la gente y salí de la estación, dejé atrás a los limpiabotas, que silbaban y le daban brío a sus paños; a los vendedores de periódicos, con la bolsa al hombro; una cafetería en la que chicas con faldas de tubo tomaban sándwiches y suero de leche; y una caterva de puestos de venta de billetes para sitios lejanos, inimaginables, como San Francisco o Denver.

En la Séptima Avenida me dio de cara un viento helado para el que no tenía abrigo suficiente. Me subí el cuello y le planté cara agachando la cabeza, con las mejillas ateridas de frío. Sentía que todo el mundo me miraba, como si Nueva York entero supiera que yo era la pobre exsupervisora que había dejado escapar a un preso.

Por fortuna, nadie deparó en mi presencia. Perderse entre la multitud era una de las ventajas de una ciudad que no paraba nunca; aunque fuera una ventaja también para los delincuentes. Mientras me dirigía al centro, hice por llevar la cabeza bien alta y estar siempre ojo avizor. Pasados unos minutos, pensé que quizá debía haber buscado un taxi o un tranvía; pero no había mucha distancia entre una manzana y otra, y el paseo me levantaba el ánimo, así que seguí caminando.

Cuando llegué al parque, lo rodeé por Columbus Circle, pasé frente a los teatros, los grandes restaurantes y la enorme cochera que ya entonces había dado paso a un negocio de venta de coches a motor. Un poco más al oeste de allí había una barriada de casas chatas de ladrillo pardo. Ocupaban los bajos todo tipo de tiendas en cuyos letreros figuraban los apellidos de las innúmeras familias

irlandesas, francesas y alemanas que alguna vez cruzaron el Atlántico. Había bares cochambrosos, venidos a menos, y a su lado levantaban el negocio pescaderos, dentistas y sastres yidis que compraban pantalones viejos.

Apuré el paso al llegar a la altura de un titiritero con su teatrillo de avestruces de madera, a las que hacía bailar para regocijo de un grupo de niños; junto a él, un músico callejero tocaba el banjo. Iba por la calle un chico de los que trabajaban a destajo con un fardo de lana al hombro, lo subió por las escaleras a un asilo de pobres, y ya estaba de vuelta en la acera antes de que me diera a mí tiempo de llegar al final de la manzana. En la esquina, dos chicas flacuchas con trenzas intentaban venderle cerillas y cordones de zapato a cada joven que pasaba por allí. Pero un policía tocó el silbato y se escondieron en un callejón; entonces pensé si ofrecerían otro tipo de mercancía. Más abajo, llegó de una ventana en el primer piso una melodía bien conocida tocada a ritmo de trompeta, y un viejo sentado en el rellano de una escalera llevaba el compás dando golpes en un cubo de basura.

El edificio en el que vivía Felix estaba cerca de la Novena Avenida, precariamente levantado a la sombra del paso elevado del tren. Al ruido y traqueteo de las vías se sumaba una nube perenne de hollín. Caía sobre las alas de los sombreros, se alojaba en las pestañas y en las fosas nasales, de tal manera que todo el mundo se subía el cuello para taparse la nariz cuando cruzaba debajo de las vías, y eso hice yo también.

Por lo que ocupaba la fachada del edificio, cada piso no tendría más de dos habitaciones, y parecía que lo habían plantado allí con grúa. La puerta de entrada estaba cerrada con llave, y las persianas bajadas en todas las ventanas.

No me dio tiempo a llamar a ningún piso, porque de pronto la puerta se abrió y una mujer huesuda salió al rellano con un cubo de agua sucia. Entré como si llevara toda la vida viviendo allí, y la mujer no dijo nada.

En el espacio que hacía las veces de zaguán, había una hilera de cinco buzones con los nombres de los ocupantes de cada uno de

los pisos. Felix von Matthesius no estaba entre ellos, pero sí había un apellido alemán en el último, Reiniger, así que decidí empezar por allí e ir bajando piso por piso.

Si estrecho era el edificio, más lo era la escalera. Al subir, rozaba la falda contra la pared por uno de los lados; y contra la barandilla de hierro por el otro. Cuando llegaba a los descansillos tenía que girar los hombros y sostenerme el ala del gorro si quería pasar sin rozar el techo. El deslucido enfoscado de las paredes estaba lleno de grietas y tenía manchas de humo de tabaco y, cada ciertos tramos, la marca de alguna fogata prendida en aquel punto años ha. Además, le faltaban barrotes a la barandilla, y los habían sustituido por estacas que apenas si aguantarían la presión de un niño pequeño; mucho menos la de una persona de mayor envergadura.

En el rellano de cada piso se veía entre las tablas el suelo de tela pintada que había estado en boga cuando yo era pequeña. Vi que estaban todas las puertas cerradas, y no oí ruido alguno que proviniera de los ocupantes de los pisos. Solo el olor del café al fogón que llegaba de uno de ellos; de otro, el de una chuleta de cerdo puesta al fuego.

En el descansillo del cuarto piso me detuve para recobrar el aliento, y un hombre calvo y tripudo abrió la puerta y se me quedó mirando. Mordía una pipa entre los dientes; y, prendida a uno de los tirantes, tenía una mano mutilada, retorcida y totalmente desfigurada, con una cicatriz oscura.

—No hay nadie en casa ahí arriba, señorita —dijo, hablando con la esquina de la boca que tenía libre.

—Bueno, pues dejaré una nota. —Jadeaba todavía, pues no me había recuperado después de subir los cuatro pisos.

—Ya se lo dije a los que vinieron anoche. Que ese no iba a volver por aquí. —Le dio una chupada a la pipa hasta que reavivó una brasa en la cazoleta y quedó en el aire un pequeño resplandor anaranjado.

—¿Estuvo aquí alguien anoche? —pregunté, dando a entender que me traía sin cuidado que fuera uno u otro.

—Unos polis; nadie más. ¿Es usted uno de ellos?

—¿Por qué lo dice?

—Porque parece una de esas que ponen en los salones de baile —dijo, y me miró sin disimulo de arriba abajo—. Tiene usted pinta de persona respetable, y tamaño más que de sobra para coger a las que salen corriendo. Demonios, hasta a mí me cogería si saliera corriendo. —Se quitó la pipa de la boca y soltó una risa ronca que descubrió un diente de oro. Había algo en esa sonrisa simpática que hizo que el hombre me cayera bien, aunque tenía aspecto de vagabundo; o el de alguien a quien estaban a punto de poner de patas en la calle por no pagar el alquiler.

—Esto... Discúlpeme, señorita —dijo al ver que yo no abría la boca—. No quería decir que fuera usted grande; solo que...

—No pasa nada, señor...

—Teddy Greene.

—Señor Greene. Ese hombre que vivía en la planta de arriba ¿era de baja estatura, tenía la piel clara, puede que fuera alemán de procedencia?

—El mismo que viste y calza —dijo—. Aunque yo nunca supe cómo se llamaba. Se murió la señora Reiniger, y el piso lo ocupó él. No hacía ruido el hombre; era muy reservado. Y salió como alma que lleva el diablo. Tenía que estar metido en algún lío, ¿a que sí?

Miré escaleras arriba. El tramo final era incluso más estrecho que el resto. El señor Greene me vio alzar la vista hacia allí y dijo:

—Eso lo construyeron de segundas. Antes no había nada ahí arriba; solo un cuchitril debajo del tejado. Pero al casero se le ocurrió que si lo arreglaba podría alquilarlo. Suba, ya verá como no hay nadie.

Tenía razón. La buhardilla la habían construido como un añadido. Los escalones que hasta allí llevaban eran de madera sin desbastar y conservaban restos de pintura negra de algún uso anterior. El último peldaño daba directamente contra una puerta llena de muescas, y allí clavada había una nota. La tomé por una esquina y vi que era la letra del *sheriff* Heath.

Querido señor Von Matthesius:

He mandado a mis hombres en busca suya para pedirle que nos ayude a dar con el paradero de su hermano, Herman Albert, que desapareció en la tarde del día de hoy del hospital de Hackensack y que puede estar aquejado de algún problema de salud y que precise por tanto asistencia médica. Si lee usted esta nota antes de que lo encuentren mis hombres, le aconsejo que se presente inmediatamente en la cárcel de Hackensack.

A la espera de su colaboración, le saluda atentamente,

Sheriff ROBERT N. HEATH

Extendí la mano para alisar los pliegues de la carta y, sin querer, abrí la puerta.

No se veía ni se oía nada en la penumbra de aquel cuarto. Contuve el aliento. Estaba todo en calma. Solo llegaba de la calle el distante rumor del tráfico.

No era más que un cuartucho con una pila y un infiernillo, y en el fregadero, un par de tazas de café sucias compartían espacio con un montón de platillos y cucharillas. Si había ventana, la tenían bien tapada con unas cortinas, pues el resto de la buhardilla estaba demasiado oscuro, y no se veía nada desde donde me encontraba.

Tenía la sensación de que había alguien al otro lado de la puerta, esperándome, así que la abrí otro poco con el pie y entré dentro.

Eran dos piezas; una en la que yo estaba, y más allá vi otra. Construidas haría unos diez años, no se habían esmerado mucho: las ventanas tenían formas caprichosas y estaban condenadas, y los marcos de las puertas eran de varios retazos dispares, como si toda la buhardilla estuviera hecha con los materiales de derribo de otros edificios. El espesor de las paredes apenas impedía que se colara dentro el ruido de la calle: un tren que traqueteaba a su paso por las vías, la campana de una carretilla, un vendedor de periódicos que anunciaba a voces la edición vespertina.

Separaba ambas piezas una gruesa cortina colgada en el vano que dividía los dos cuartos. La aparté con el codo —no quería tocar nada, no fuera a salir de allí llena de pulgas o infectada de viruela, o sifilítica—, y vi que solo había un jergón panzudo en un rincón, un armario vacío y una palangana de metal. Más allá, encima de una balda a un lado de la cama, reposaba un cuenco lleno del tipo de cosas que deja un hombre cuando se vacía los bolsillos para irse a acostar: alguna ficha de la cervecería, de esas que hay que entregar con el vaso vacío de cerveza para recuperar la moneda en depósito, cajas de cerillas, un botón que se ha caído...

En la parte de atrás había una puerta pequeña sin pomo ni cerradura, solo con una aldaba de hierro. Quité el pestillo, empujé la puerta y me asomé al tejado, cubierto de grava y de tela asfáltica. Vi desde allí la línea irregular de azoteas que iba de la Novena Avenida a la calle Sesenta y Uno, y no me habría sido difícil ir saltando de una a otra, esquivando la ropa tendida y las chimeneas, hasta el final de la manzana.

Un cubo en el tejado hacía las veces de retrete. No me demoré mucho asomada allí, pero aun así alcancé a ver el callejón que había abajo, donde, si fijaba un poco la vista, vería las ratas que correteaban entre los montones de ceniza y huesos de pollo arrojados desde allí arriba. Rápidamente, gané de nuevo el estrecho marco de la puerta, entré dentro y la cerré.

Cuando corrí la cortina que separaba una pieza de otra, oí una voz que decía:

—Es más grande de lo que yo pensaba.

Era Teddy Greene, que resoplaba desde el vano de la puerta por el esfuerzo de subir los escalones y me sonreía ufano sin soltar la pipa con los dientes.

Iba a explicarle mi presencia allí, pero antes de que pudiera articular palabra dijo:

—Por mí no se preocupe, señorita, yo no hago preguntas, y sé que no va a llevarse nada; es usted una dama. Ni habrá nada aquí que le interese, a no ser que él lo hubiera robado antes. ¿Ha venido

usted por eso? ¿Tiene por aquí joyas escondidas el amigo? Porque, si es así, aquí estoy yo *pa* ayudarla a buscar.

—No, no, señor Greene. De hecho, ni siquiera sé si ha cometido algún delito, pero hay otro hombre que ha desaparecido, pariente suyo, y yo, es decir, nosotros, necesitamos que nos ayude a encontrarlo.

—¿Usted y el *sheriff*? —preguntó, con aquella mirada que calaba hondo y la vivaz media sonrisa culminada por el diente de oro.

—Eso es, ya ha visto la nota del *sheriff*. ¿Sabe algo del paradero de Felix, o de su ocupación? ¿A qué se dedicaba?

—A la venta ambulante, creo yo, o algo parecido. Andaba siempre cargado escaleras arriba con lo que fuera; y luego, escaleras abajo a venderlo en las tiendas de segunda mano del barrio. No me parecía a mí muy formal eso de vender las cosas de los demás.

—¿Qué cosas?

—Casi todo eran cuadros; quizá alguna jarapa.

—¿Y no sabe usted cómo se hacía con ello?

—No le dirigí nunca la palabra.

—Bueno, él no tiene nada que temer; solamente estamos buscando a un pariente suyo.

Teddy Greene se acercó más a mí y me miró con detenimiento, luego le dio una chupada a la pipa y exhaló una nube de humo que olía a naranjas quemadas.

—¿Qué hizo? ¿Ese que andan buscando?

—No puedo decírselo.

—¿Qué pinta tiene?

—Pues es un hombre mayor, tiene el pelo y el bigote blancos, aunque ahora se lo ha afeitado... —Lo dejé ahí porque me di cuenta de que Von Matthesius se ocultaría ya quizá bajo otro aspecto.

Soltó otra risa ronca y me apuntó con el dedo chato de la mano mutilada.

—Van detrás de un fugitivo, ¿eh, señorita?

—Supongo que se podría llamar así.

—Menudo trabajo para una mujer. Oiga, si tiene una foto del tipo ese, se la enseñaré por ahí a la gente del barrio. Habrá una recompensa, ¿no?

¿Había recompensa? No lo sabía, y también desconocía si yo estaba autorizada a ofrecerla, aunque, a decir verdad, no había ido allí bajo la autoridad de nadie.

—Fotografía no tengo, pero lo recompensaré a usted personalmente si nos ayuda a encontrarlo. Con que avisara en la prisión de Hackensack si viera que viene alguien por aquí valdría. ¿Cree que podrá hacer eso?

Asintió sorprendido y dijo:

—Sí, señorita, pero ¿es que están sin fotógrafo en esa cárcel de Hackensack? Le hará falta a usted una foto.

—El *sheriff* tiene una, y saldrá en la prensa, imagino.

—Pues la buscaré.

Di una vuelta por el cuarto una vez más para asegurarme de que no había nada que me sirviera de ayuda mientras el señor Greene tiraba de la pipa y no dejaba de mirarme.

—¿Y ahora adónde va? —preguntó.

—Bueno, hay mucho que hacer —dije, pero la verdad era que no tenía ni idea de a dónde dirigirme a continuación.

—Vale, si veo la foto en los periódicos, ya la enseñaré por ahí. Cuente usted con Teddy Greene.

Al oír otra vez lo de la foto, se me ocurrió de repente adónde podía ir: me despedí del señor Greene, bajé a toda prisa hasta la planta baja por aquella escalera tan estrecha, y crucé la ciudad a paso vivo rumbo al estudio de Henri LaMotte.

9

UN PRESO DA ESQUINAZO A LA POLICÍA El doctor Matthesius huye del hospital tras fingir que estaba enfermo

HACKENSACK, Nueva Jersey. El doctor Herman Albert von Matthesius, quien cumplía condena en la cárcel del condado de Bergen, hizo creer a la policía que estaba aquejado de reuma desde su arresto en enero, y fue llevado al hospital de Hackensack para someterse a tratamiento el martes pasado. Una vez ingresado, se escapó de dicha institución anoche a última hora. El *sheriff* del condado de Bergen, Robert N. Heath, formó una patrulla de reconocimiento, y lo buscaron toda la noche por el condado, pero no dieron con el fugitivo. Este, se cree, habría sido socorrido en su fuga por un automóvil.

A Von Matthesius lo arrestaron en Rutherford el día 31 de enero, en su domicilio, donde, según él, regentaba un sanatorio. Había sido denunciado por tres jóvenes, Louis Burkhart y Adolfo Youngman, de Brooklyn; y Frederick Shipper, segundo de a bordo en la sala de máquinas del buque *George Washington*. En el juicio, el prisionero declaró que era doctor en Medicina por la Universidad de Berlín, que estuvo destinado como médico misionero en México y que había sido ordenado sacerdote. Dijo que no tenía licencia para practicar la medicina en los Estados Unidos, pero que sí la había ejercido en la zona del canal de Panamá. Declaró

asimismo haber tenido relación con un centro de neurología en California.

Todas las semanas recibía en la cárcel la visita de su hermano, Felix von Matthesius, quien, según consta en el libro de registro de visitas de la prisión, tiene domicilio en Nueva York, calle Sesenta y Uno Oeste, número 110, pero no ha podido ser localizado por el *sheriff*. Tanto el médico del condado, el doctor Ogden, como, por parte del hospital, el doctor G. H. McFadden, insisten en que la dolencia del médico era fingida.

Henri LaMotte me pasó el periódico cuando acabó de leer en alto aquel relato de los hechos. Sentados en su estudio, nos rodeaban pilas de sobres de yute con las fotografías que había hecho para los detectives y abogados por toda la ciudad. Eso era para él el orden: torres de sobres alzadas en tan precario equilibrio que acababan ocupando la superficie disponible en todas las mesas, sillas y alféizares de las ventanas del sótano en el que se ubicaba su negocio; hasta tal punto que daba la impresión de que quienquiera que se quedara allí sentado un rato largo también acabaría sucumbiendo bajo las montañas de sobres.

El señor LaMotte no era un fotógrafo al uso. No vivía de los retratos que hacía a las familias, ni trabajaba para ningún periódico, sino que dirigía un equipo de fotógrafos a los que enviaba a obtener pruebas para los abogados. La base del negocio eran los maridos que acusaban a sus mujeres de infidelidad; aunque también les seguían la pista a traficantes y malversadores.

Yo me había topado con su estudio por casualidad hacía un año, mientras buscaba el paradero de otra persona en el vecindario, y le hice un pequeño favor presentándome en un hotel solo para mujeres de la Quinta Avenida para sacar fotos desde la ventana de una de las habitaciones.

Aunque hacía poco que nos conocíamos, allí estábamos sentados los dos en amor y compañía. Era bajito y calvo y llevaba una peluca ridícula que nunca se colocaba bien, y la miraba a una

siempre con expresión divertida. Tenía un poco de acento francés al hablar y por ahí se le notaba la ascendencia europea, aunque cuando me dirigí a él en francés insistió en hablar el idioma de los neoyorquinos.

—Vaya usted a París si quiere oír hablar francés —decía siempre con un gesto de la mano, como si recurrir a eso fuera lo último.

Leí la noticia del periódico una segunda vez y me pregunté qué habría pensado el *sheriff* al leerla él, pues seguro que se había puesto hecho una furia al ver que el doctor Ogden había hablado con los periodistas. Aunque cabía dentro de lo probable que hubiera sido el médico quien se pusiera en contacto con ellos por propia iniciativa, movido por las mismas razones que tanto temía la señora Heath, esto es, para desacreditar al *sheriff* en público y hacer que fuera llevado a los tribunales.

—De usted no dicen nada —confirmó el señor LaMotte—. ¿Está segura de que tiene algo que ver en todo esto?

—Pues claro; solo que quizá el doctor Ogden no estuviera al tanto. Me dijo el *sheriff* que haría lo posible por que mi nombre no se viera involucrado, ya que no todo el mundo sabe que Heath tiene una supervisora trabajando en la prisión.

—Porque, si la gente se enterara, lo criticarían por poner a la supervisora a vigilar a un preso —dijo el señor LaMotte.

—Eso es.

—Pues entonces ha hecho usted bien en venir a verme, señorita Kopp. —Se levantó de golpe, fue a la puerta de entrada, le dio la vuelta al cartel de «ABIERTO» para que pusiera «CERRADO», y echó la llave.

—Solo tengo té negro y galletas de soda, ¿valdrá con eso?

No valdría: lo único que había comido aquel día fue el medio bocadillo de Norma en la estación de tren, pero le di las gracias y dije que sí. Puso agua a calentar, y enseguida estábamos uno frente al otro, cada uno con su taza y su platillo en las rodillas. El mero hecho de tener una bebida caliente entre las manos me calmó un poco.

—A ver —dijo el señor LaMotte—, ¿tiene una lista de los sitios a los que el viejo Von Matthesius podría haber ido?

Soplé el té, y lo estuve pensando.

—Solo tengo la dirección de su hermano, y por allí no ha aparecido.

—¿Y qué sabe de sus cómplices? Sus amigos, o incluso sus enemigos.

Reconocí que no sabía nada, y él pensaría que era absurdo salir en persecución de alguien sin conocer casi ni un detalle de su vida.

—¿Y qué fue lo que hizo para acabar en la cárcel?

Todavía no podía responder a esa pregunta.

—Tres chicos lo acusaron de algo verdaderamente grave.

—Sí, eso ya lo pone en el periódico —dijo, se reclinó en el sillón y entrelazó ambas manos detrás de la cabeza. Disfrutaba con aquellas pesquisas; eso sin duda—. Pero seguro que sabe usted algo más.

Dije que no con la cabeza.

—Yo no llevé la investigación ni estuve presente en el juicio; y hace poco, en la cárcel, empezó a preguntar por mí porque hablo alemán, pero jamás mencionó nada de su pasado.

—¿Y el *sheriff* no le dijo nada?

—No, y tampoco tenía motivos para hacerlo. De las reclusas lo sé todo, pero casi nada de los presos. Y como fue un caso que llevó la policía de Rutherford, puede que ni siquiera el *sheriff* Heath tuviera todos los detalles, porque no siempre los tiene.

—Ah, no; seguro que lo sabe. Lo que pasa es que no se lo quiere decir.

—No tiene por qué. Hay más de cien presos entrando y saliendo, constantemente porque no ingresan hasta que no están arrestados; y a veces solo cuando los condenan. No tendríamos por qué saber nada de testigos ni cómplices ni nada de todo eso. Eso sí, seguro que ahora el *sheriff* está volviendo a mirarse el caso.

—Pues telefoneémosle.

—No puedo. Es que usted no sabe lo que he hecho. Había vuelto a encomendarme labores de cierta responsabilidad, y sé que me habría dado una placa, y ahora le he demostrado que no estoy capacitada para el trabajo. Porque, si un viejo me engaña así de fácil, ¿cómo se va a fiar de mí para que haga nada? Si le he de valer para algo, tengo que hacerlo por mi cuenta, y sin llamar la atención, de una manera discreta.

Al señor LaMotte lo impresionó mi discursito. Eso deduje, al menos, por cómo alzaba un puño en el aire y decía:

—¡Así se piensa! Pues entonces empiece por el principio: vaya a hablar con las víctimas, averigüe usted por su cuenta qué fue lo que hizo, métase de lleno en la antigua vida de ese hombre, y quizá lo halle ahí mismo.

Me acababa de comer la última galleta y casi me atraganto.

—¿Que hable con las víctimas? ¿Quiere decir que debería seguirles la pista a esos pobres chicos y hablar con ellos directamente?

—¿Y qué otra cosa puede hacer?

Me paré a pensar en aquella pregunta.

—Supongo que es mejor eso que no ir por ahí al acecho a ver si doy con él en una estación de tren, pero...

Dio un manotazo en el aire, como si quisiera así espantar mis objeciones.

—¡Claro que es mejor! Piénselo: ¿usted cree que el *sheriff* va a ir a interrogar a esos chicos?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? Sea lo que fuera lo que pasó, fue hace ya casi un año, y estoy segura de que en ese tiempo no han vuelto a ver a Von Matthesius.

—A eso voy.

—Me temo que no lo entiendo. —Pasé un dedo por el borde del platito para recoger las migas, pero solo logré que me entrara más hambre y ponerme todavía de peor humor.

El señor LaMotte echó a un lado su taza y se inclinó hacia adelante.

—Fue usted derecha al piso del hermano, aunque el *sheriff* ya había mandado allí a sus hombres. ¿Por qué fue allí?

—Me pareció que era el mejor sitio por el que empezar.

—¿Y adónde cree que irá el *sheriff* después de ahí?

Como no tenía donde dejar la taza y el platillo de lo abarrotado que estaba el estudio, los dejé en el suelo.

—Pues irá a las estaciones de tren a hablar con los guardias de estación, y dará aviso a las otras policías del estado. Interrogará a los médicos y a las enfermeras que estaban de guardia en el hospital, y mandará a alguien a los hoteles y fondas por si Von Matthesius estuviese demasiado mal y tuviese que haber alquilado una habitación cerca del hospital. Además, ahora que se ha hecho público, hará llegar una fotografía del fugitivo a los periódicos.

—¡Pues entonces usted tiene que hacer justo todo lo contrario!
—exclamó el señor LaMotte—. No se acerque a las estaciones ni a los otros departamentos de policía. No hable con los testigos en el hospital. Si quiere ser de alguna ayuda, vaya a donde su amigo el *sheriff* no iría, y tiene que empezar con esos pobres chicos.

No estaba del todo convencida y fui a decir:

—Pero...

—Escúcheme, señorita Kopp. Hay que contar con que la policía hará siempre las mismas tres o cuatro cosas cada vez que se cometa un delito: hablar con los vecinos y preguntar en el lugar de trabajo del hombre si es que tiene alguno; puede que también metan las narices en unos cuantos bares y pensiones de mala muerte pensando que, si no encuentran al delincuente, pues ya encontrarán a otro; a ellos les da lo mismo. Luego, irán derechos a la comisaría, a escribir sus informes para poder llegar a casa a la hora de cenar.

—Pero el *sheriff* Heath no es así —dije contrariada—. Lleva toda la noche buscando a Von Matthesius y tiene que encontrarlo. ¿Sabe usted que un *sheriff* puede ir a la cárcel si deja escapar a un preso?

—Sí, pero hasta ese momento tiene que seguir al frente de la prisión, y vigilar a unos cien reclusos, y pensar en cómo va a ganar las elecciones este otoño si todavía es hombre libre. Y no paran de entrar robos, o fuegos, o chicas desaparecidas todos los días, ¿a

que sí? Él está sujeto a ese ritmo de vida, pero los detectives no. Puede usted preguntar lo que nadie pregunta; meterse en la mente del delincuente y saber cómo piensa: así se atrapa a un hombre. Y, si no lo hace, por lo menos no se habrá pasado todo el tiempo deambulando por los mismos sitios que el *sheriff* ha trillado ya. No sirve de nada ir siguiéndolo y hacer todo el trabajo que él ya ha realizado. No, un detective se encarga de lo que la policía no ha hecho y no va a hacer.

—¡Pero yo no soy detective!

Se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza, con lo que se le descolocó la peluca, pero volvió a ponérsela en su sitio como si tal cosa y dijo:

—Tampoco es ayudante de *sheriff*, ni actúa bajo sus órdenes. ¿Qué es usted entonces?

Cuando salí del estudio ya era de noche, y hacía mucho frío. Necesitaba a toda costa una comida caliente y dormir varias horas. El señor LaMotte, al ver que no tenía ningún sitio a donde ir para pasar la noche que no fuera mi casa, llamó por teléfono al Mandarin, el hotel para mujeres al que me había mandado a sacar fotos hacía un año. Me guardarían sitio si iba allí inmediatamente.

La habitación que me dieron era grande y muy confortable, estaba en la cuarta planta y tenía chimenea y un sillón de lectura, con vistas a la Quinta Avenida. Había pasado un año desde que entré la primera vez en ese hotel, pero pensé varias veces aquel tiempo en la calma que me inspiraba el sitio y en los encantos que ofrecía como buena muestra de lo que era la civilización. Más de una noche había imaginado cómo sería cambiar mi habitación en la casa de Wyckoff por un apartamento en el Mandarin.

Me apoyé en el alféizar de la ventana y paseé la vista por la habitación con esa mezcla de culpa y gozo que siente un niño que ha conseguido escaparse de casa. Allí estaba mi cama, con la curva en el cabecero que recordaba un sol saliente, y la colcha de seda roja. La chimenea era modesta y tenía un marco de metal y una pantalla a juego. A su lado había un robusto sillón de cuero con su

escabel, aunque no vi por ninguna parte los superfluos estampados de flores que cabría esperar en una habitación pensada para el uso exclusivo de mujeres. Todo era mucho más simple y de proporciones más generosas, como si el decorador supiera que a una mujer le gustaría darse un respiro de tanta silla melindrosa con el respaldo recto y tantos motivos profusos de resedas y campánulas.

Desde la ventana veía pasar por la Quinta Avenida las capotas de los carruajes y los automóviles, el río negro que formaban allí abajo, un reguero constante de un extremo a otro de la ciudad. Surcaban las aceras blancas con un balanceo todo tipo de sombreros, de los colores más variopintos: los vendedores de periódicos llevaban gorras de color marrón y ojo de perdiz; los hombres lucían bombines negros y sombreros de copa de seda, en su raudo camino a casa al salir de la oficina, y luego de vuelta otra vez para apurar la noche. Los acompañaban mujeres tocadas con sombreros de ala ancha con cintas de color carmesí, azul marino y verde esmeralda. Era un desfile ininterrumpido de día y de noche, pero, como yo no estaba acostumbrada a él, me deslumbró.

Me senté en la cama solo un minuto, pero debí de quedarme dormida, porque cuando miré el reloj eran casi las ocho y temí que se me pasara la hora de la cena. Bajé y vi el comedor atestado de mesitas redondas, y que todas estaban ocupadas. La docena escasa de mujeres que vivían allí de continuo se hallaban enfrascadas en una animada charla, y a su bullicio se sumaba el dulce tañido del cristal y los cubiertos, más el brillo amable de las lámparas con apliques de metal que había en la pared. Un ventanal en un extremo del comedor debía de dar a la calle, pero habían echado las cortinas para combatir el frío. De allí me llegó olor a café, a algún tipo de carne asada y a panecillos recién hechos, una fragancia de la que me podría alimentar constantemente.

Mas no había mesa para mí. Pasó una chica cargada con una bandeja llena de platos y me pidió que esperara y, justo en ese momento, tres mujeres que había en una mesa del rincón me llamaron.

—Donde caben tres caben cuatro —dijo una de ellas, haciendo señales para que me acercara—. Estamos cansadas ya de oírnos contar una a otra siempre las mismas historias. Ven y cuéntanos tú una tuya.

Parecían todas de la misma edad que yo, y vestían de forma sencilla y funcional, como las chicas que trabajaban en las oficinas. Dos de ellas llevaban gafas, y el pelo recogido en ese tipo de moño que indica que tenían cosas mejores que hacer que andar preocupándose a todas horas por su aspecto. Pensé que no me vendría mal algo de compañía, aunque no estaba tan segura de querer contarles mi historia.

—Me llamo Geraldine —dijo una de ellas mientras me sentaba y les agradecía el gesto. Tenía el pelo negro, brillante como la laca, y gafas de montura dorada bien plantadas sobre una nariz bastante pronunciada—. Esta es Ruth; y la que te llamó, Carrie.

Ruth tenía los labios pintados color rojo cereza, y un vestido de fondo azul marino con lunares blancos. Me dedicó una amplia sonrisa y me tendió la mano; luego Carrie me dio la suya con un vigoroso apretón.

—Encantada —dijo—. ¿Vienes de lejos?

—No, de aquí al lado, de Hackensack —dije—. Me llamo Constance.

—Muy bien, Constance —dijo Carrie—, pues nosotras somos muy afortunadas, porque vivíamos en un edificio que se prendió fuego la semana pasada, las tres en el tercer piso.

—¡Y os salvasteis! ¿No quedó nadie dentro?

—Por desgracia, nadie sufrió un rasguño —dijo Carrie con un suspiro—. Fue el fuego más aburrido en la historia de Nueva York. Todo lleno de humo, pero ninguna víctima, y el edificio intacto.

—Carrie es periodista —dijo Ruth—. Lleva años queriendo dejar la sección de sociedad por la de sucesos, y a veces pienso que el fuego lo prendió ella para tener algo de lo que escribir.

—Ojalá hubiera sido yo —dijo Carrie—. Habría provocado un fuego como es debido.

—¿Trabajáis las dos en la prensa? —les pregunté a Ruth y a Geraldine.

—Yo soy abogada —dijo Geraldine—, y aquí la amiga Ruthie trabaja en el archivo de una compañía de contables en la misma planta en la que está mi oficina. Fue ella la que me consiguió el apartamento, ¡y miranos ahora!, las tres en un hotel mientras arreglan el desbarajuste.

—Espero que no tengáis que pagar vosotras el hotel —dije.

Geraldine abrió la boca, me miró por encima de las gafas y dijo:

—No le alquiles nunca el apartamento a un abogado.

—Geraldine consiguió que nos trajeran aquí —añadió Carrie—. Y como estas habitaciones son caras, los nuestros serán los primeros apartamentos que limpien y dejen como nuevos, así que volveremos en una semana.

—Y cuando dice nuevos, es nuevos —dijo Ruth—. Cortinas nuevas, alfombras nuevas y cables nuevos, y esta vez bien instalados.

—Ah, ¿es que fue ese el problema? —pregunté. Me había acostumbrado a pensar que los incendios eran todos provocados, y no me acordaba ya de que algunos empezaban por causa de un accidente con el cableado defectuoso.

Encima de la mesa había un menú. Lo cogí, y Geraldine dijo:

—Tienen lo que cabría esperar: de primero hay rábanos y apio, y eso ni lo probaremos. Luego sopa de tomate, ensalada, rosbif y los postres de siempre, tartas y pasteles. El de manzana es el mejor, pero ¿es que hay algún pastel de manzana que esté malo?

Se debatió sobre las bondades de los pasteles de manzana mientras la camarera dejaba encima de la mesa un plato de rábanos y apio y un cuenco pequeño lleno de mahonesa. Cuando vi que nadie lo quería, me lo comí.

—¡Pues sí que tienes que tener hambre! —dijo Geraldine—. Porque seguro que está malísimo.

Me encogí de hombros.

—Por eso lo sirven con mahonesa.

—¿Y a qué te has dedicado hoy, señorita Constance? —dijo Ruth inclinándose un poco sobre la mesa—. Te toca darnos conversación, y nos falta saber algo más de ti aparte de que eres de Hoboken.

—Hackensack.

—¿No es lo mismo uno que otro? —preguntó Ruth.

En un principio no tenía pensado contarles nada de lo que había pasado, pero nada más sentarme me entraron unas ganas tremendas de ser como ellas, una de aquellas mujeres solitarias que tienen un trabajo y un apartamento interesantes y no sufren ni un rasguño cuando hay un incendio. Me sentía un poco culpable por esa ansia de estar sola, de dejar a Norma y a Fleurette y la casa destartalada en el campo, y venirme a un apartamento pequeño y con pocos muebles, de tener un bolso lleno de fichas de tren. Había algo en el Mandarin que invitaba a ello, y me dejé llevar: si había que contar una historia interesante para ser admitida en el club, yo tenía una que no las defraudaría.

—Trabajo para el *sheriff* del condado de Bergen —dije—. Bueno, o trabajaba, y voy detrás de un preso que escapó cuando estaba bajo mi supervisión.

Entonces llegó la sopa, y nadie se dio ni cuenta porque un silencio cargado de emoción, una especie de deleite, se había apoderado de la mesa. Les sonreí y cogí la cuchara.

Por fin habló Carrie:

—Una de dos, o todo lo que dices es verdad, o es que estás muy loca. Y no sé cuál de las dos cosas me gusta más.

La sopa estaba caliente y salada y a mí me supo a poco.

—Pues claro que es verdad —dije mientras apuraba con la cuchara el fondo del cuenco—. Miradlo en el *Times*.

Ruth soltó un grito ahogado y fue a meter la mano debajo de la silla de Carrie, pero esta se le adelantó y blandió triunfante su ejemplar del periódico.

—Enséñanoslo —dijo, y me lo pasó a mí.

Encontré el titular y doblé las páginas para que se viera, y mientras lo leían me acabé la sopa. La camarera se llevó el cuenco

vacío y dejó en su lugar unas tajadas de pollo frío a la crema sobre una rodaja de piña. Busqué la sal encima de la mesa, pero como no la vi, me lo comí tal y como estaba mientras ellas se pasaban el periódico la una a la otra.

—¡Pero por ninguna parte sale tu nombre! —dijo Ruth, y desvió la atención por fin a la comida que tenía en el plato.

—El *sheriff* no quiere que yo me vea involucrada. El año pasado, mis hermanas y yo tuvimos problemas y preferimos no volver a salir en las páginas de sucesos. Además, si los de la Comisión del Condado se enteran de que fui yo la mujer policía que dejó escapar al preso, podrían...

—Podrían pensar que no es buena idea emplear mujeres policías —terció Geraldine.

—Bah, yo no creo que a nadie le importen mucho las mujeres policías —dijo Carrie—. Si en Nueva York todavía no se han decidido a emplearlas, imaginaos cómo será allá en Nueva Jersey.

—¿Qué problemas tuvisteis el año pasado? —preguntó Ruth.

—No, no —dijo Carrie—, primero la historia del fugitivo.

—Pues a mí me interesa saber cómo conseguiste que te nombraran ayudante de *sheriff* —dijo Geraldine.

—No soy exactamente ayudante de *sheriff*. Soy supervisora de la sección de mujeres en la cárcel; bueno, o al menos lo era; solo que el *sheriff* me ha prometido que me dará una placa.

A partir de ese momento, fui la estrella de la noche, la que animaba la conversación plato tras plato: después del rosbif, el pastel de manzana (que estaba bueno, pero no era nada del otro mundo, y que me recordó que los habitantes de la ciudad le dan demasiada importancia a platos que son bien sencillos); y luego el café, hasta que la camarera despejó la mesa. Cuando nos quisimos dar cuenta, eran las diez y ya no quedaba nadie en el comedor; solo una mesa de cuatro jugando al *bridge* en la otra punta.

—Bueno, Constance la Poli —dijo Carrie cuando acabé—. Una cosa es segura: que me tienes que dejar sí o sí que saque una semblanza tuya en la edición del domingo.

—¡Carrie! —dijo Geraldine—. ¿Es que no has prestado atención? No quiere salir en los periódicos, no todo el mundo se pirra por ver su nombre impreso.

—¡Pero serás famosa! Y es una historia de primera. Encargaremos a un ilustrador que haga las mejores escenas: parece que ya estoy viendo un dibujo de las tres hermanas Kopp empuñando un revólver. —Carrie dio unos golpecitos en la mesa y dejó la mirada perdida en un punto, como si se lo imaginara—. «Una mujer policía se mete en líos». Ese será el titular.

—¿Me meto en líos con el *sheriff* o con los delincuentes?

—En este momento con los dos y, de cualquiera de las dos maneras, serás famosa.

—Tú serás la que te harás famosa —le dijo Ruth a Carrie—. Lo que quieres es una historia que cause impacto para dejar de escribir sobre comidas benéficas.

—Porque una comida benéfica es lo menos parecido que hay a una historia —siguió diciendo Carrie—. A no ser que aparezca un elefante en plena embestida o un caimán en la fuente.

—¿Un caimán?

Carrie soltó un suspiro:

—Pasó en Florida, y lo cubrió otro periodista que tuvo la suerte de pasar por allí. La comida la celebraban en un hotel, y a alguien se le ocurrió la idea de llenar la fuente de crías de caimán. Pues bien, se comieron todos los peces y luego salieron del agua y quisieron probar el consomé, y todas las Hijas de la Revolución se subieron a la silla y empezaron a dar gritos. Eso nunca ocurre en Nueva York.

—Como mucho aparece una rata —intervino Ruth.

—Ya están acostumbrados a las ratas. No, lo que necesito es una chica-*sheriff* pistola en mano.

—Y un día yo voy a necesitar una periodista —dije, y eché la silla hacia atrás para ponerme en pie—. Y te aseguro que serás tú la elegida, pero tengo que dormir algo si quiero salir mañana en pos de ese fugitivo.

Carrie me suplicó que le permitiera acompañarme en mi búsqueda de Von Matthesius, pero las otras dos la persuadieron para que me dejara ir sola a mis asuntos.

Me sentía como si llevara todo el día viajando y hubiera recorrido mil millas. Les dije adiós a las tres y les di mis señas. A los diez minutos ya estaba de vuelta en la habitación, dormida y sin quitarme el vestido horroroso que llevé todo el día puesto, ni las medias con un agujero a la altura del tobillo.

A las dos de la mañana me vi despierta y mirando el reloj.

¿Qué hacía allí, en duermevela, instalada en un hotel, mientras el fugitivo seguía suelto? El consejo que me había dado Henri LaMotte no me terminaba de convencer. ¿Por qué no ponerme de plantón en el apartamento de Felix, y esperar allí a que apareciera? No tenía más pistas que esa, y tampoco sabía si pondrían un policía de vigilancia por la noche. ¿Cómo iba yo a saber adónde mandaba el *sheriff* a sus hombres?

Me levanté de la cama en la penumbra y fui a la ventana. La Quinta Avenida parecía sacada de un sueño: el contorno de los taxis negros se veía borroso cuando atravesaban como peces la neblina cárdena y se detenían de pronto debajo de la luz terrosa de las farolas. Había gente por las calles, pero los envolvía también una pátina negra y se movían de manera furtiva y silenciosa, como si los hubieran sorprendido en un sitio en el que no tenían que estar. Pues ¿quién iba a andar por la calle a las dos de la mañana sino los fugitivos y sus cómplices?

Abajo, esquivé a un conserje que daba cabezadas, encargado en recepción del turno de noche, y salí fuera. Al final de la manzana hallé un taxi a motor que estaba libre, a la puerta del hotel de enfrente, y enseguida íbamos rumbo al noroeste a toda velocidad, hacia la calle Cincuenta y Seis.

—No la puedo dejar aquí, señorita —dijo el taxista, mientras miraba receloso hacia el final de la calle que salía de la Novena Avenida—. Hay gente de toda calaña por aquí suelta a estas horas de la noche.

—Precisamente por eso he venido. —Le pagué la carrera y salí fuera del coche sin darle oportunidad de réplica.

Le di dos vueltas a la bufanda para abrigarme el cuello y me bajé las mangas hasta que me tapaban las muñecas. Salía vapor de los respiraderos en los cuartos de calderas, y me di cuenta de que, hasta en aquellos apartamentos tan decrepitos, los moradores pasaban menos frío que yo.

Había algunas luces anaranjadas encendidas en las ventanas de los pisos de arriba en el primer bloque, pero ninguna en el edificio que había venido a vigilar. La calle estaba en silencio, todo lo silenciosa que puede estar una calle en la ciudad; es decir, que se oía el rumor constante de los motores, el ruido que hacían las ruedas sobre el asfalto, y el maullido de algún gato o el llanto de un bebé al que nadie hacía caso.

La puerta de entrada al edificio de Felix estaba cerrada con llave, así que di la vuelta y busqué el callejón que había visto desde el tejado. Llegué a tirar incluso de algunas puertas ciegas que pensé llevarían allí, pero parecía que no conducían a parte alguna.

Todas las ventanas de la calle estaban a oscuras, y alguna tenía las persianas bajadas. Pasé por delante de una panadería alemana y de una carnicería con los ganchos vacíos en el escaparate, y luego de una tienda de cuchillos, minúscula, no más grande que un armario; al lado había una droguería que ofrecía caramelos y un remedio para los callos. Sumidas en la penumbra de una ciudad que no apagaba nunca del todo la luz, las tiendas parecían decorados de algún teatro: esperaban silenciosas detrás del telón a que se encendieran los focos y salieran los actores vestidos de tenderos y repartidores.

Di la vuelta a la esquina y me resigné a pasarme toda la noche vigilando el edificio de Felix. Nada más tomar posición en un rellano oscuro al otro lado de la calle, el ayudante de *sheriff* English salió de las sombras y vino caminando por la acera hacia donde estaba yo. Retrocedí y me escondí en el hueco del portal.

Cruzó la calle antes de llegar a mi altura y no me vio. Lo observé avanzar a tramos, al abrigo de los portales. Sería difícil tomarlo por

un policía de servicio en el turno de noche, porque llevaba un abrigo normal y corriente sin ningún distintivo, y evitaba la calzada cada ciertos tramos para que no pareciera que estaba patrullando.

Yo no hacía ninguna falta allí si él estaba de servicio, y al final acabaría descubriéndome. A una mujer que iba sola a aquella hora de la noche la acabarían parando, aunque el policía en cuestión no estuviera en un distrito de su competencia, y no había manera de vigilar el apartamento de Felix si tenía además que esconderme del hombre encargado de hacerlo.

Comprendí que era inútil, que yo no pintaba nada en aquella búsqueda. El *sheriff* no me habría mandado nunca a vigilar un edificio de noche a un barrio como aquel. Tampoco me habría mandado a Nueva York, eso para empezar. Pero allí estaba yo, y me quedé un minuto más bajo la sombra del dintel para ver cómo el ayudante de *sheriff* English se apoyaba contra el vano de un portal y liaba un cigarrillo. El resplandor anaranjado parpadeó un instante; luego se apagó, y por fin volvió a avivarse. Lo distrajo una discusión de dos borrachos a una manzana de allí. Se giró y me dio la espalda, y aproveché para salir corriendo de mi escondrijo y ganar la Novena Avenida dando la vuelta a la esquina. Fui de allí hasta el hotel más cercano para que un portero solícito me llamara un taxi.

10

La mañana siguiente me puse a mirar meticulosamente todas las guías de teléfonos de Nueva Jersey y de Nueva York que había en el Mandarin. Me llevó casi una hora repasarlas de cabo a rabo con la esperanza de que entre los Burkhart, los Shipper y los Youngman estuvieran quienes habían levantado cargos contra Von Matthesius. Lo poco que sabía era que Louis Burkhart vivía en Brooklyn, y respiré aliviada al comprobar que solo había un Louis entre todos los Burkhart de la ciudad. Lo más fácil era empezar por ahí.

Salí hacia allí con el ánimo levantado, el monedero lleno de fichas de tren, y todo el vigor que sentía al ver que había encauzado mis pesquisas hacia un punto concreto. Tenía su encanto salir a buscar a un fugitivo ayudada por una lista de direcciones a las que acudir. Si llegaba a saberse que había dejado escapar a Von Matthesius, puede que el estado de Nueva Jersey tuviera sus dudas a la hora de contratar a una mujer policía, pero en aquellos momentos era algo que me servía de acicate.

Subí al tren y muy pronto me hallé en Bedford, en el corazón de Brooklyn, paseando por una avenida jalonada de edificios de apartamentos construidos en ladrillo que desfilaban a ambos lados hasta desaparecer en el horizonte. No tuve ningún problema en dar con la familia Burkhart porque, justo en la dirección que había apuntado, una zapatería llevaba ese nombre, aunque nadie en la tienda quería decirme dónde podía hallar a Louis.

—¿Es que ya no vive aquí? —le pregunté a un hombre que se presentó como su tío.

—Ya no —dijo, y no apartó la vista del catálogo que tenía delante, en el que se ofrecían varias muestras de cuero.

—¿Y no tiene usted su dirección?

Soltó un bufido y dijo que no con la cabeza.

—No es porque se haya metido en ningún lío. ¿Puedo dejarle una nota?

—Ni está ni se le espera, señorita.

El hombre cerró el catálogo y me dio la espalda. Se puso a ordenar una hilera de latas de cera abrillantadora que había en una balda. Desde un rincón, una chica que tendría unos quince años no me quitaba ojo amparada en la cortina de pelo rubio lacio que le cubría la frente. Imaginé que era la hija del hombre.

Lo expuse con mayor apremio:

—Si pudiera hablar con él, me podría ayudar en un asunto de la mayor importancia.

Por fin el hombre se dio la vuelta y me encaró. Tenía la barba muy poblada, y cejas tan grandes como los bigotes de muchos hombres. Detrás de ese bosque de hirsuto pelo, vi la mirada fulminante que me dirigía, y oí que me hablaba en voz baja, para que no lo oyera la chica desde el rincón:

—He leído los periódicos. Sé por qué está usted aquí. Mi sobrino no quiere hablar con la policía.

Y volvió a darme la espalda. Si hubiera tenido la placa, quizá habría logrado convencerlo para que respondiera a mis preguntas, pero, tal y como estaban las cosas, no había forma de obligarlo a ello. Iba a insistir cuando entraron en la tienda cuatro niños seguidos por su madre, quien daba muestras evidentes de agotamiento. El hombre no paraba de encaramarse a la escalera de mano que desplazaba por un riel, mientras iba sacando cajas de zapatos de los estantes. Aproveché la ocasión para no hacerme el menor caso. Salí a la calle, y ya estaba pensando si debería dirigir mis pesquisas al siguiente en la lista de damnificados, Adolfo Youngman, cuando sentí una mano en el codo.

Era la chica de la tienda, que había salido a la calle sin sombrero ni abrigo. Cuando me percaté de esto último, me metí con ella

debajo de un alero, a escasos portales de la zapatería, para que no le diera el viento.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y no paraba de dar saltitos para curarse el frío.

—¿Verdad que Louis no se ha metido en líos?

—Claro que no, solo quiero preguntarle algo.

Ladeó la cabeza y me miró entrecerrando los ojos.

—¿Y qué le quiere preguntar?

Yo no sabía muy bien exactamente qué le quería preguntar, pero no iba a decirle eso a la chica, así que respondí:

—Es mejor que no te lo diga.

—¿Pero no trabaja usted para la policía?

—Colaboro con el *sheriff* en un caso.

La chica miró hacia atrás por encima del hombro y dijo:

—¡Mientras Louis no se meta en líos!

—Te lo prometo.

—Vale, pues entonces tiene usted que saber que está en la otra tienda.

—¿En qué otra tienda?

—En la otra zapatería de los hermanos Burkhart. En Rutherford. Ahora está cerrada, pero su madre vive arriba.

—¿Y sabes tú algo de los otros chicos? ¿De Adolfo Youngman y Frederick Shipper? ¿Eran amigos de Louis?

Miró de nuevo a un lado y a otro con cierto nerviosismo y se mordió un mechón de pelo.

—Tengo que volver a la tienda. Pregúntele a Louis dónde está Frederick; ellos iban juntos a todas partes. Del otro no sé nada.

Dicho esto, se dio la vuelta y entró corriendo en la tienda. Como no tenía las señas de Frederick Shipper, y la lista de Youngman que vivían en Brooklyn era inabarcable, no me quedaba otra que volver a Nueva Jersey para encontrar a Louis Burkhart. En una esquina compré un periódico y lo leí en el tren por ver si había alguna noticia de Von Matthesius, pero no decía nada.

Cuando el tren entró traqueteando en Rutherford, otra tormenta empezaba a caer con fuerza sobre la ciudad. El agua zarandeaba los aleros de las tiendas en Park Avenue; y debajo de ellos, a la espera de que escampara, se habían guarecido las mujeres para que no se les estropease el sombrero de paseo. Había tanta gente en la calle que tuve que ir por el bordillo de la acera y a veces meter el pie en los charcos para esquivar a la multitud, empapada en su deambular de tienda en tienda. Hundía las botas en el barro, pero aun así seguía adelante sin demora, dejando atrás la oficina de correos, la papelería y un escaparate minúsculo en el que se veía los trencitos de juguete atravesar una versión en miniatura de la propia calle por la que caminaba: reconocí el tejado rojo de la estación, y no me habría extrañado nada ver, asomada al escaparate de esa tienda, mi misma figura allí, tallada en madera, pintada con esmero y ataviada con las ropas en miniatura que se les pone a las muñecas.

La zapatería estaba cerrada, tal y como me habían dicho, pero el letrero de los hermanos Burkhart seguía allí. El polvo acumulado en las ventanas no impedía ver que dentro estaban todos los estantes vacíos, y los bancos, sumidos en la más absoluta oscuridad, mientras la caja registradora languidecía con todo el lustre perdido, cubierta de telarañas.

Llamé a la puerta que había al lado de la tienda. Tuve que insistir para que salieran a abrir, pero por fin apareció un chico de pelo castaño y revuelto que me miró a través del cristal. Nos quedamos un minuto así, sin apartar los ojos uno del otro; luego abrió la puerta de un empujón.

—¿Eres Louis? —pregunté.

—No. —La negativa parecía extenderse también a cualquier otra pregunta que quisiera hacerle. Entonces cerró la puerta.

—No pasa nada, Louis —dije para que me oyera al otro lado del cristal—. Solo quiero preguntarte una cosa.

Se cruzó de brazos, y vi que guardaba cierto parecido con la chica de Brooklyn, pues debían de ser primos. Tenía también los

ojos un poco separados, y la misma nariz, larga y estrecha. Había en él cierto candor, un aire infantil, aunque era ya casi un hombre.

Nos miramos sin saber muy bien qué decir, hasta que rompí aquel silencio incómodo:

—Trabajo para el *sheriff*.

—Lo dejaron escapar. —Hablaba con un hilo de voz y estaba nervioso. Bajó la vista con un parpadeo y se quedó mirando al suelo; seguía de brazos cruzados, una mano debajo de cada axila.

—Estamos haciendo todo lo posible para dar con su paradero.

—Vale, pero yo no tengo nada que ver en eso —dijo.

—Es que quiero hablar contigo un momento, nada más. Déjame entrar, por favor, solo un segundo.

—Mi madre está mala.

Nos quedamos mirando en silencio, y entonces me abrió la puerta.

Lo seguí escaleras arriba, y los amplios escalones crujían debajo de nuestros pasos. Olía a moho en el rellano, y a la grasa y al humo acumulados tras toda una vida entre pucheros. Alguien acababa de bajar la basura, y el cubo vacío impregnaba el aire de la escalera con un hedor persistente a raspas de pescado.

En el segundo piso solo había una puerta, así que madre e hijo debían de ocuparlo en su totalidad; otro tramo de escaleras subía, posiblemente, hacia los cuartos que alquilaban en los otros pisos. Me quedé fuera esperando, y Louis entró a hablar con su madre. Se dirigía a ella en voz baja, y la madre le respondía con una tos espantosa. Enseguida oí el grifo del agua, y cómo llenaban un vaso, y luego otra vez jadeos y entrecortadas toses.

Pese a lo que pudiera parecer, en el hueco de la escalera hacía bastante calor así que me sacudí la bufanda empapada de agua. Finalmente, Louis abrió la puerta y me dejó pasar a una salita que no esperaba, era obvio, visita alguna: el sofá estaba sepultado bajo una pila enorme de ropa para planchar y zurcir; la tabla de la plancha, fabricada en madera, quedaba en el espacio central de la estancia, donde habría estado la mesa; el fregadero y una cocina de leña negra, llena de cazuelas y platos, se repartían, codo con codo,

todo el largo de una de las paredes; y apoyada contra otra, vi una mesa de alas abatibles flanqueada por dos sillas de madera. No sabía si debía ocupar una de ellas, así que seguí de pie.

A Louis le temblaba la barbilla, y tenía el tic nervioso de tirarse de la oreja. Como no despegaba los labios, vi que formaban apretados una línea pálida y tensa. A su edad, casi todos los chicos iban por la vida pavoneándose, irradiando ambición, pero a él le habían arrebatado todo el ímpetu de golpe. Me dieron un vuelco las tripas cuando comprendí a quién me recordaba: a los raterillos que pasaban por la cárcel. En eso se parecían todos, había en ellos algo mortecino que, me temía, ya se había apoderado de aquel chico.

Rompí el silencio con una pregunta:

—¿La de aquí abajo era la zapatería de tu padre?

No me miró al responder.

—Lo fue hasta que falleció y, sin él, no hemos sido capaces de sacarla adelante.

—Lo siento mucho.

—Está bien. —No levantaba los ojos del suelo.

Me agaché por ver si así conseguía que me mirase.

—Louis, intento averiguar dónde puede haber ido el doctor Von Matthesius. Estamos buscando a quien pudiera haberlo ayudado a escapar. ¿Te acuerdas de si a lo mejor había alguien que fuera a verlo al sanatorio, o de la gente con la que se carteaba? Cualquier nombre podría ponernos sobre alguna pista que llevase a su escondrijo.

Dijo que no con la cabeza, y se frotó la parte posterior del cuello con un gesto nervioso. Yo esperaba, hacía lo posible por quedarme quieta, aunque sentía el movimiento expansivo de mis pies dentro de las botas caladas. Trabajando en la cárcel, había aprendido que a veces un testigo suelta información valiosa solo para llenar un silencio incómodo, pero, con Louis, eso no funcionaba.

Oí una tos en la habitación de al lado y dije:

—¿Podríamos preguntarle a tu madre?

—No está para recibir visitas y se ha acostado.

—¿La ha visto el médico?

—¿Qué es usted, enfermera?

—No, pero sí me gustaría hablar un momento con ella si fuera posible.

No sabía muy bien si quería o no hablar con la madre antes de saber qué enfermedad tenía, pero habría sido un error desaprovechar la ocasión después de haber ido hasta allí. Lo seguí y atravesamos varias habitaciones, todas igual de sucias y abarrotadas de cosas, hasta un pequeño dormitorio asomado al callejón que había detrás de Park Avenue. La señora Burkhart estaba en la cama, reclinada en una pila de almohadas muy finas. Al vernos, agarró un pañuelo con una mano, y con la otra se subió las mantas hasta el pecho. Le caía el pelo gris sobre los hombros, y pliegues de piel flácida le colgaban a ambos lados de la cara.

—Mamá, quiere hablar contigo —dijo Louis. La señora Burkhart alzó una mano pero no pronunció palabra. Yo hice por sonreír.

—Déjanos un momento a solas —le dije al chico.

Miró a la madre buscando confirmación, y ella asintió. Cuando nos quedamos solas, se sentó y fue a decir algo, pero se lo impidió otro ataque de tos. Había una taza de metal al lado de la cama, y yo hice por alcanzársela, pero la rechazó con la mano. Recordé entonces que tenía una bolsita de caramelos de limón en el bolso. La saqué, y al verla, sonrió y abrió las manos. Nos llevamos cada una uno a la boca, y pasados unos minutos pudo por fin hablar.

—Louis no tuvo culpa —dijo con un carraspeo—. Era solo un muchacho.

—¿Lo pasó muy mal? —No quería admitir que en realidad yo sabía muy poco de lo que había pasado.

Se echó un chal por encima de los hombros y miró por la ventana. Tenía la nariz roja, y espantosamente grande. Le salían pelos de las fosas nasales, como las cerdas de un cepillo.

—Su padre quería que fuera médico —dijo—. Pensé que sería un comienzo, que sería bueno que trabajase primero de celador para que viera cómo era. No tenía ni idea de lo que ese hombre se traía entre manos.

Me dirigió una mirada acusadora, como si hubiera tenido yo la culpa por no decírselo.

—No creo que nadie lo supiera —dije sin convencimiento.

—Obligaba a Louis a taparles la cara con una máscara. —Había algo terrible en cómo lo dijo.

—Una máscara... ¿Se refiere a éter? ¿O cloroformo?

Asintió.

—Solo lo suficiente para que no pudieran levantarse de la cama, así las familias pensaban engañadas que tenían que seguir con el tratamiento. Y, cuando ya no podían pagar más, allá que iba mi pequeño Louis, y ese otro chico, Frederick, forzados a esquilmarles a las familias todo lo que tuvieran. Se llevaban los cuadros, y las joyas; hasta los muebles, las cómodas antiguas y otras cosas de valor que tenían muchos años. ¿Se imagina usted a mi hijo yendo por ahí contándole mentiras a la gente y quitándole sus pertenencias?

No me lo podía imaginar; Louis era tan tímido y apocado.

—¿Cuándo se enteró usted?

—Cuando ya era demasiado tarde para hacer nada, maldita sea. —Empezó a acezar y bebió un poco de agua—. A la chica aquella pensó que la había matado, que le había dado de más. Vino corriendo a casa y me contó lo que había hecho y se quedó ahí mismo, sentado en el suelo, sin parar de llorar como un bebé. Hasta ese momento no supe que algo iba mal.

De repente lo vi delante de mis ojos. Vi una clínica llena de mujeres drogadas, demasiado débiles para salir de allí, o incluso para saber qué les estaba pasando. Y todas a merced de Von Matthesius, inermes ante cualquier cosa que quisiera hacerles. ¿Cómo era posible que solo le hubiera caído un año de cárcel?

—Pero no la mató, ¿no? —dije temerosa de que fuera verdad.

Dijo que no con la cabeza.

—Salió del trance. Y, claro, para entonces ya todo había acabado. Pero eso ya lo saben ustedes.

Se atragantó con algo, y eso le provocó otro ataque de tos, y otra ronda de caramelos. Dejó la bolsa en la mesilla. Le dio unas palmaditas en señal de agradecimiento y se despidió de mí con un gesto de la mano, invitándome a salir, aunque yo no podía irme de allí todavía.

—Señora Burkhart, ¿ha llamado alguien al médico para que venga a verla? No tiene buen aspecto, y no sé qué sería de ese chico sin usted.

—No hay nada que pueda hacer el médico —dijo con un graznido—. Son demasiados años entre curtidos. Por culpa de esa maldita fábrica se me cayeron los dientes, y ahora tengo fiebre a todas horas, y estos bultos en el cuello. —Se quitó el chal, y me quedé helada al ver una protuberancia del tamaño de un acerico debajo de la oreja.

Había una estufa panzuda en el cuarto, y eso hacía que hubiera buena temperatura pero, con todo, ella no dejaba de tiritar. Me desabroché el cuello y habría dado cualquier cosa por un poco de aire fresco. La lluvia formaba regueros de mugre al caer por los cristales, y de repente, me entraron unas ganas tremendas de salir fuera, de que esa lluvia me lavara a mí también. El polvo que había allí dentro y el aire cargado de microbios se podían cortar con un cuchillo.

—¿Ha ido a ver a Frederick? —dijo con un hilo de voz que le raspó la garganta.

—No sé dónde encontrarlo. ¿Usted sí?

—Pensé que seguía en la fábrica de vidrio.

—¿La de la avenida Orient?

Hizo de nuevo el mismo gesto para que saliera.

—Vaya a verlo, y deje en paz a Louis: lo ha pasado muy mal. Y por el amor de Dios: cojan a ese hombre. —Vi que le latía una rabia sorda en la mirada.

Se me quebró la voz cuando dije:

—El *sheriff* tiene a todos sus hombres buscándolo.

—Y a usted —acertó a decir entre un golpe de tos y otro, y me dedicó una sonrisa mellada de horroroso aspecto, que sin embargo

me hizo sentir por ella cierta especie de cariño—. Usted será la que lo coja.

Una almohada se cayó de la pila que la sostenía, y la volví a poner en su sitio.

—Duerma un poco.

La fábrica de vidrio quedaba junto al cementerio, a las afueras de la ciudad, al final de una carretera sin asfaltar. Era solo un galpón inmenso de ladrillo pintado, y de la parte trasera se elevaba una columna de humo que la llovizna deshacía sin prisa. Había hombres enfundados en monos azules que sacaban por la puerta de entrada cajas de madera llenas de lunas de cristal con las que iban llenando una flota de carromatos.

Venía hacia mí un chico con una escoba en una mano y un cubo lleno de cristales rotos en la otra, y ya iba a esquivarme cuando di un paso a un lado y me planté ante él.

—Tengo que ver a Frederick Shipper. ¿Puedes ir sin que se entere nadie y decirle que salga?

Le puse una moneda de cinco centavos en la mano, y debió de ser bastante, porque dejó el cubo en el suelo y salió corriendo hacia el interior de la fábrica.

A los pocos minutos salió Frederick. Era un joven alto, tenía los hombros anchos, el pelo espeso y ondulado y ese tipo de atractivo que algunos trabajadores pasean por la vida sin saberlo: mandíbula cuadrada, sonrisa radiante, ojos azules enmarcados por pestañas negras. Medio Broadway se habría dado de tortas por tomarle prestados esos rasgos, pero a un hombre como a Frederick jamás se le ocurriría pensar que podía ganar dinero luciendo el palmito.

Cuando se acercó lo bastante como para verme bien, se detuvo con un ligero patinazo sobre la grava. Varios hombres se giraron para mirar, y tuve miedo de que saliera corriendo, así que di un paso al frente y dije en alto:

—¡Señor Shipper! Tengo buenas noticias.

No le quedaba otra que acercarse más, y antes de que pudiera abrir la boca, me adelanté y le dije:

—Diles que he encontrado un reloj y otras cosas robadas y que solo quiero que me ayudes a identificarlas.

Frederick soltó un gruñido, pero se giró hacia la fábrica y dijo bien alto:

—¡Vaya, pues sí que es buena noticia! A ver enseñeme eso, pero enseguida tengo que volver al tajo. —Luego me siguió por el camino de grava hasta una cuneta en la que la lluvia había empapado la hierba. Teníamos detrás la valla del cementerio, la parte vieja y en desuso en la que ya no enterraban a nadie.

Cuando nadie podía oírlo, Frederick dijo:

—Tiene usted pinta de policía. ¿Es que he hecho algo malo?

¿Cómo era posible que me reconocieran en el acto?

—Trabajo para el *sheriff*. ¿Estás al corriente de que el doctor Von Matthesius se escapó hace un par de días?

No paraba de mirar hacia la fábrica cuando dijo:

—Algo oí, sí.

—Solo busco nombres de posibles cómplices suyos, o de amigos, o de alguien que quizá acudiera a visitarlo al sanatorio. ¿Sabes de alguien que pudiera estar ayudándolo a esconderse ahora?

Frederick negó con la cabeza y contestó:

—Llevo tiempo intentando borrar aquel recuerdo, pero nunca hablé con nadie; yo solo hacía mi trabajo, lo ayudaba a mover a las pacientes, en cualquier tarea en la que hubiera que desplazar mucho peso. —Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Y qué le pasó a Louis Burkhart? —pregunté.

Frederick se detuvo y me encaró de nuevo. Esta vez, me miró de arriba abajo, empezando por las botas, hasta que llegó al sombrero.

—¿Usted quién es?

—Ya te lo he dicho. Trabajo para el *sheriff*. Me llamo Constance Kopp.

Ladeó la cabeza un par de veces y me calibró con la mirada.

—La mujer policía —dijo, todavía esquivando la pregunta que le había hecho.

No estaba interesada en que la conversación fuera por esos derroteros, así que no respondí.

—Louis era solo un crío. Vio cosas que no tenía que haber visto. Y el médico —si es que lo era— le había metido el miedo en el cuerpo para que no se lo dijera a nadie. Lo amenazó con que lo metería en un reformatorio si decía algo de lo de Beatrice. Louis lo creía capaz, y puede que no le faltara razón; el pobre tenía pesadillas con aquella clínica. Seguro que todavía las tiene.

—¿Lo de Beatrice?

—La chica aquella. Beatrice Fuller.

—La que Louis pensó que había matado porque creyó que se había pasado con el cloroformo.

Asintió.

—El médico se iba a casar con ella. Bueno, creo que al final fue con la que se casó.

—Perdona, pero no...

Un hombre salió de la fábrica y llamó a voces a Frederick, quien se alejó un paso de mí y dijo:

—¿Es que no lo sabe? Creía que trabajaba para...

—Y trabajo con él —dije a toda prisa—. Solo que no me dieron detalles.

Chasqueó los labios y miró hacia la fábrica otra vez.

—Usted no sabe nada de nada. Mire, Von Matthesius le debía a alguien mucho dinero. Se las ingeniaba para que las pacientes tuvieran que estar más tiempo ingresadas; así las familias pagaban más. Las hacía enfermar, ¿comprende?

Dije que sí con la cabeza, y pensé que enfermaría yo también solo de pensarlo.

—Y la chica esa, Beatrice..., bueno pues parecía que la familia estaba forrada. Convenció al padre de que Beatrice era una chica muy especial, que bajo sus cuidados la haría florecer como una rosa, que solo tenía que dejarla a su cargo un poco más de tiempo, ese tipo de bobadas. Y un día se le ocurre la idea de casarse con ella. La tenía tan drogada que la pobre no sabía ni cómo se llamaba,

y llamó a un amigo cura para que los casara allí mismo, en la sala de visitas. Entonces fue cuando Louis y yo acudimos a la policía. No pudimos parar la boda, pero los padres de la chica lograron anularla, y él fue a la cárcel. Es todo lo que sé, señorita.

—¿Y las otras pacientes? ¿Qué les hizo a las otras?

Me dio la espalda y empezó a andar hacia la fábrica negando con la cabeza. Fui tras él y le pregunté:

—¿Cómo puedo dar con el paradero de Adolfo Youngman?

—Yo no lo he visto —gritó por encima del hombro—. Lo último que supe de él era que dormía en el Warren. Es un sitio de..., ya sabe, para pasar la noche. En Nueva York. Allá por el East Side.

Tenía los dedos entumecidos aunque llevaba los guantes puestos y me froté las manos como se hace para encender fuego. Frederick Shipper me había dicho solo lo que le había parecido bien, pero era bastante. Aquel día había amanecido con una mano delante y otra detrás, y ahora tenía nada menos que una pensión de mala muerte en el East Side, una chica llamada Beatrice y dos jóvenes abrumados por recuerdos que querían olvidar a toda costa. El *sheriff* Heath ¿qué tenía?

11

Cuando dejé atrás la fábrica de vidrio me di cuenta de que pasaría por Carmita, la calle en la que estuvo el sanatorio de Von Matthesius. Nunca lo había visto, aunque me daba grima aquel sitio. No cabía pensar que ese fuera su escondrijo —parecía demasiado obvio, demasiado al alcance de la mano—, pero hacia allí encaminé mis pasos conteniendo el aliento, con el corazón en un puño. Hasta ese momento, no había allanado propiedad alguna aunque estuviera abandonada; eso sí, sabía que, si lo hallaba vacío, tenía que intentar entrar.

Carmita era una calle ancha, jalonada de árboles altos y gráciles que elevaban al cielo bajo y sombrío la celosía de sus ramas desnudas. Las casas eran las propias de un barrio acomodado pero no lujoso: tenían porches amplios a la entrada, gabletes en la segunda planta y contraventanas pintadas de colores vivos. A ambos lados de la calle, el césped de los jardines delanteros bajaba en suave inclinación hasta la acera.

El sanatorio no difería gran cosa del resto de las casas de su entorno. Me quedé parada mirándolo e intenté imaginar todo lo que había pasado allí dentro: vi familias respetables esquilmadas, y pacientes que sufrían de los nervios, bajo los efectos de los somníferos, sin poder moverse ni saber lo que les estaban haciendo. Para estar a la altura de la crueldad de Von Matthesius, de sus malas artes, la casa debería haber tenido el aspecto de un oscuro edificio en ruinas hecho de piedra y madera sin desbastar, coronado por un torreón al que se llegaría subiendo una escalera de caracol mal iluminada y estrecha; con una trampilla de aspecto

sospechoso que llevase al sótano, húmedo y sumido en el olvido; y barrotes de hierro en las ventanas para que las pacientes no pudieran escapar.

Pero no era nada por el estilo, sino una casa de señorial aspecto, construida en ladrillo pintado de rojo, con una hilera de columnas blancas en la parte delantera, y pomos de bronce rematando las puertas. Debajo de las ventanas, las hortensias apuraban la apergaminada textura de un brillo postrero. Tres chimeneas de ladrillo brotaban del tejado, insinuando la posibilidad de albergar el amor de un fuego encendido dentro.

No había señal alguna que lo identificara como un sanatorio, pero puede que eso fuera lo habitual en vecindarios como aquel. A las pacientes no les haría ninguna gracia que las vieran salir de un sitio conocido por acoger a personas con desequilibrios emocionales o psíquicos: a la gente de bien le gustaba pasar desapercibida.

Un sitio tan elegante y discreto jamás habría levantado sus sospechas. Ni las mías tampoco.

La puerta estaba vedada con un candado, y las ventanas tenían las cortinas echadas como parapeto frente a las miradas de curiosos. Crucé el césped y di una vuelta alrededor de la casa. En la parte de atrás, donde no alcanzaba la vista de los vecinos, las ventanas sí tenían barrotes, y allí debían de estar las habitaciones de las pacientes.

Miré por las rendijas de las contraventanas de la primera planta y llegué a ver una despensa y una cocina de tamaño amplio pegada a ella, equipada con dos fogones y dos fregaderos, como correspondía a una institución de aquel calibre. En la escalera de acceso a la puerta de atrás, debajo de una piedra a modo de pisapapeles, el lechero había dejado un recibo, largo tiempo olvidado; una lata de café usada como cenicero rebosaba ahora con agua de lluvia.

Solo había otra ventana por la que asomarse. Se había soltado la cortina y por el cristal alcancé a ver una habitación vacía y otra contigua a esta. Varios cuadros con marco dorado habían quedado apoyados contra la pared, y también dejaron mesas y sillas sueltas,

pero por lo demás habían vaciado la casa del todo. ¿Dónde habían ido a parar las lujosas antigüedades y las alfombras que me contaron?

Hice presión sobre los marcos de algunas ventanas, y pateé todas las puertas, pero no conseguí abrir ningún resquicio. No había manera de entrar sin romper un cristal, así que di otra vuelta a la casa y vi en la parte de atrás una puerta que llevaba al sótano. Estaba pintada del mismo color que la fachada, y era fácil pasarla por alto.

No tenía pomo, solo un pestillo de metal fundido con el marco de lo oxidado que estaba. Intenté forzarlo para abrir, pero me fue imposible. Como lo único que tenía a mano era la lata de café, la vacié de agua y metí de un golpe el borde entre el pestillo y la jamba. Tuve que volcar todo mi peso sobre la lata para aplastarla, pero funcionó, y corrió el pestillo.

La puerta seguía encajada, o sea que debía de haber otra cerradura por dentro. Le di un buen empujón pero ni se movió. Como no tenía otra forma de entrar, tomé carrerilla, me remangué la falda y le di una patada con toda el alma: la madera crujió, y temí haber sacado la puerta de quicio, pero solo había arrancado el pestillo interior de la jamba. Entré como puede en la bodega y me rasgué el abrigo con los tornillos oxidados.

A Fleurette le daban mucho miedo los sótanos, las arañas y el polvo acumulado en ellos, cualquier sitio oscuro de dimensiones reducidas; pero a mí no. Eso sí, me resultaban muy incómodos porque me obligaban a agacharme para entrar. La bodega tenía el suelo de tierra, y unas estanterías llenas de tarros de cristal vacíos. Había una mecedora vieja en un rincón y una escoba con el mango roto, nada más. Me giré y volví a mirar hacia la puerta. Tenía toda la pinta de que no habían tocado el pestillo en años, o sea que, si alguien había vuelto a la casa en aquel tiempo, no entró por el sótano.

Una escalera de pocos peldaños me llevó hasta la cocina, y no vi nada allí que no hubiera visto antes por la ventana; solo me llegó el olor rancio a moho que hay en una casa cuando lleva meses sin

ventilar. Entré en el comedor, vacío salvo por un aparador con el espejo roto, y el eco sordo de mis pasos retumbó en las paredes; ese ruido me acompañó por toda la planta baja. Solo habían dejado lo que tenía algún defecto: a un chifonier le faltaba una pata y había quedado volcado sobre un costado; una alfombra desgastada por el uso tenía una quemadura en todo el centro. Había montones de papeles en una de las habitaciones, pero no vi nada que mereciera la pena llevarse, solo periódicos y revistas de medicina, y recibos de la tienda de ultramarinos y de un sastre.

Subí las escaleras agachada para que no me vieran por la ventana, pero los escalones crujían y el eco resonaba en los espacios vacíos. Por eso, pisé con todo el cuidado porque me daba apuro alterar la calma reinante en la vieja casa.

En la planta de arriba, todo estaba equipado como en el ala de un hospital, con camas individuales de metal y palanganeros viejos. Las partes más oscuras en el papel pintado delataban la superficie que había estado cubierta por los cuadros. Más allá, en una habitación, había una cunita llena de almohadas viejas, con rajaduras en la funda por las que se salían las plumas. Encontré un despertador barato que tenía la esfera rota debajo de la cuna y también un trozo de encaje hecho trizas con aspecto de haberse desgajado de los bajos de un vestido.

En un cuarto que había al final del pasillo estaba el equipamiento médico: un par de muletas viejas, una silla de ruedas con el asiento de enea hecho añicos, y un montón de artilugios amarillentos de tejido reticular y bandas elásticas que imaginé serían prótesis, bragueros y cabestrillos. En el alféizar de la ventana vi un paquete acartonado de emplastos reforzados con aleación de metal.

Habían vaciado la casa de todo aquello que pudiera ser de utilidad. Fuera quien fuera el que lo hiciera, tuvo que usar la llave para entrar, porque ni una sola puerta o ventana mostraba señales de haber sido forzada. Estuve un rato más dando vueltas, levanté con el pie algunas tablas de la tarima que estaban sueltas y eché un vistazo en la rejilla de las chimeneas. Aquel ajeteo por toda la casa me daba la sensación de que estaba empleada en algo; pero tener

la sensación de no parar era una cosa, y dar con algo que me fuera útil, otra completamente distinta, y no logré hallar nada que ofreciera ninguna pista.

Salí por donde había entrado y eché el pestillo desde afuera para que no se notara que lo habían forzado. Apenas me había alejado unos metros de la casa cuando empezó a llover otra vez. Por ello apuré el paso camino de la estación de tren, pero al pasar por la zapatería de Louis Burkhart aminoré la marcha. No me había percatado antes de un letrero que anunciaba la clínica de un médico calle arriba, en lo alto de la cuesta que ofrecía una privilegiada vista sobre el centro de Rutherford.

Algo bueno tenía que depararme aquel día, así que crucé a la carrera y llamé a la puerta.

Un letrero de metal atornillado a la fachada anunciaba los servicios de W. C. Williams, doctor en Medicina, y las horas de atención al público: de una a dos; y luego, de siete a ocho y media. Era ya media tarde, pero llamé una segunda vez accionando el timbre de latón.

La puerta se abrió de golpe, y me vi delante de un hombre apuesto de unos treinta años, expresión pensativa y pelo ralo peinado hacia atrás. Tenía el ademán impaciente, mas no carente de amabilidad.

—Horario de atención al público, señorita —dijo, señalando el letrero.

—Ya lo he visto, pero es que iba de camino a la estación de tren y quería ver si podía...

Me interrumpió, puso una sonrisa forzada y dijo:

—Si está usted bien para coger un tren, entonces no necesita ir al médico.

—No es para mí.

Tuve que poner la mano en la puerta para que no la cerrara. Eso lo contrarió, y se cruzó de brazos.

—Es para la señora Burkhart, la que vive encima de la zapatería. ¿Sabe quién es? Está ahí mismo. —Me giré y señalé en dirección a la tienda, muy cerca de allí—. El hijo se llama Louis Burkhart. El

padre murió hará unos años, y ahora están los dos solos. Lo que pasa es que la madre está muy enferma, y no sé si se pondrá bien a no ser que la vea alguien.

Alzó las cejas en señal de resignación y salió al porche.

—¿Los hermanos Burkhart? ¿En la zapatería?

—Eso es. A lo mejor oyó usted lo que le pasó al chico. Era uno de los celadores que denunció al doctor Von Matthesius, ese que tenía un sanatorio por la calle Carmita.

El médico me miró unos segundos sin disimular su perplejidad. Luego dijo:

—Pase dentro.

Lo seguí hasta una salita en la que el fuego matinal había quedado reducido a unas pocas brasas rodeadas de ceniza, y fui hasta la chimenea para aprovechar el poco calor que guardaban y me quité los guantes. Aunque era una estancia situada en la parte delantera de la casa, justo al lado de la entrada, no parecía la sala de espera de los pacientes. Había un diván con copete de terciopelo verde y dos sillones a juego; y en un rincón, cerca de la chimenea, un escritorio junto a la pared atestada de estanterías. Sobre la mesa descansaba una máquina de escribir y una resma de papel con un cenicero encima.

El doctor Williams vio que no apartaba la vista de los libros y dijo:

—Todo suyo.

La mayor parte eran novelas, libros de poesía y revistas en tapa blanda.

—No parecen libros de medicina —dije.

—Los libros de medicina son muy aburridos, así que los tengo en la mesilla de noche para cuando me cuesta conciliar el sueño. ¿Lee usted mucha poesía?

Dije que no con la cabeza:

—Leo algún poema en las revistas.

—Es lo que hace casi todo el mundo. Y ahora dígame: ¿qué tiene usted que ver con todo esto? Oí que los muy imbéciles del hospital dejaron escapar a ese loco.

Di la espalda a los libros.

—Trabajo... bueno, trabajaba para el *sheriff*, pero no hago esto siguiendo órdenes tuyas; es más un empeño personal. Me gustaría dejarle algo de dinero para que vaya usted a ver a la señora Burkhart. —Metí la mano en el bolso y le di 10 dólares.

Lo aceptó, pero dijo:

—No sé en qué estado se encuentra esa mujer, ni qué tratamiento le vendría bien.

—¿Y no bastará con ese dinero?

—Puede que sobre si se trata solo de una visita. ¿Cómo le doy las vueltas?

—No me devuelva nada. A la señora Burkhart le harán falta cuidados intensivos. Y de paso, puede ver también al chico.

—¿Qué le pasa al chico? —Mientras hablaba conmigo, tomaba nota en un libro de cuentas del pago que yo le había hecho.

No sabía cómo explicárselo ni siquiera al médico.

—Está mal de los nervios porque se llevó un susto de muerte y parece que no lo ha superado. Además, tiene mucho miedo de que lo manden a algún orfanato; yo creo que oficio no tiene, ni va al colegio; debe de hacer poca cosa aparte de cuidar de la madre.

—No haré que lo ingresen si no se mete en líos.

—Por eso no se preocupe.

Cogió el maletín de médico y fue hacia la puerta. Yo lo seguí.

—Doctor Williams, ¿no conocerá usted a alguno de los socios del doctor Von Matthesius en el sanatorio? ¿A alguien que pudiera estar ayudándolo a esconderse?

—Médico no es, eso se lo aseguro. No tengo ni idea de quiénes eran sus socios; solo sé lo que leí en la prensa. Y menuda la ha liado. Espero que lo cojan, aunque no caerá esa breva. —Me dijo adiós y bajó trotando los escalones delante de mí.

Otro detective en mi lugar habría ido derecho a Nueva York a interrogar a Adolfo Youngman, pero yo era una detective con la obligación de ir a ciertas representaciones teatrales. Fleurette no me perdonaría nunca que no asistiera a su debut sobre las tablas.

Puede que Von Matthesius fuera responsabilidad mía, pero también lo era Fleurette. El tren a Nueva York salía en unos minutos, y yo cogí el otro, el que iba de vuelta a Wyckoff, de vuelta a casa.

12

Hallé la sala de estar vacía; y la casa, en silencio. Hasta mi propio hogar me parecía un sitio ajeno y extraño. Allí estaba el aparador de puertas de cristal de mi madre, lleno de tazas y curiosidades rescatadas de su niñez; y enfrente, el viejo reloj de pared que no volvió a funcionar como es debido después de caer al suelo en el altercado que sufrimos el año anterior. Habíamos ido retirando poco a poco los tapetes de ganchillo del respaldo de los sillones para esconderlos. Nos sentíamos demasiado unidas a las cosas que mamá había hecho a mano para deshacernos de ellas; pero nos agobiaban aquellos aires de fingida finura del Viejo Mundo, y las quitamos de en medio.

Todo parecía anclado en el pasado, en una era que existió antes de que mi recluso se escapara y yo dejara el hogar para ir en su busca. Mi madre jamás habría concebido que una hija suya pudiera hacer algo así, y las huellas que dejó a su paso en aquella sala guardaban un silencio que yo sentía como un reproche.

Fleurette estaba arriba en mi habitación, delante de un espejo de cuerpo entero, rodeada de pinturas y borlas de maquillaje. Se dio la vuelta para que le viera la cara, y di un salto sin disimular el horror.

—¿Qué te has hecho?

Soltó una risita nerviosa y posó para mí con una media sonrisa. Tenía los dientes manchados de carmín, el colorete de las mejillas era rosa cereza, muy chillón, llevaba los ojos embadurnados de máscara de pestañas y, de cuello para arriba, toda la cara era de un blanco brillante que yo no había visto nunca en rostro humano antes.

—¿Parezco una chica de campo? —La voz de Fleurette me hablaba desde detrás de aquella careta de títere.

—Tú ya eras una chica de campo. Ahora lo que pareces es una de esas chicas a las que arrestan en los salones de baile.

Con eso solo logré que se mirase todavía con más arrobo en el espejo.

—Soy una chica de campo que va a la ciudad y se junta con gente que no debe —dijo bajando la voz.

—¿Eso pone en el guion?

—No. En el guion soy la hija de un granjero que ha robado una poción para tener las calabazas más grandes en la feria de muestras del condado.

—¿Un granjero que vende verduras adulteradas? ¿Seguro que no pasa nada peor que eso en la obra?

Fleurette dio un suspiro y se empolvó el cuello.

—La señora Hansen cogió a todos los alumnos más pequeños porque la otra profesora se jubiló este año, así que hubo que buscar una obra adecuada para niños. Es un papel muy soso.

—Por lo menos no haces de calabaza. —Saqué el pañuelo y le quité el colorete de las mejillas.

Arrugó la nariz y se soltó de mí.

—El papel de calabaza lo hacen entre tres niños que tienen talento de sobra para ello.

—¿Y qué fue del vestido de guinga? —Llevaba puesto un conjunto de noche confeccionado en seda de color morado, con el corte bajo en la cintura, tal y como se llevaba en la avenida Madison, pero que rara vez veía las granjas de Nueva Jersey. Antes de que empezara una labor, yo supervisaba los patrones y las telas, pero descubrió que, si se extendía en detalles sobre dobladillos, lazos, botones y plisados, acababa aburriéndome y rogándole que siguiera adelante ella sola. El resultado era que Fleurette, delante de nuestras mismas narices, estaba adoptando todos los refinamientos propios de una lectora de *Vogue*.

—Me cambio en un minuto.

—Yo creía que te habías vestido así para los del club de colombofilia. —Fleurette invitó a todo el mundo al estreno, y había miembros del club de Norma que iban a ir a ver la obra.

—Si alguna vez te pido que me des en matrimonio a uno de los hombres del club de palomas de Norma, prométeme que me lo prohibirás y que me encerrarás bajo siete llaves en una torre.

—¿Ese va a ser el orden de los acontecimientos? ¿Vendrás y me pedirás permiso? ¿Y a tu hermano no?

—Francis me casaría con cualquiera que tuviera 50 dólares en el bolsillo, solo para quitarse un peso de encima —dijo—. Pero antes creo que tengo que ir de gira por los escenarios, y asegurarme de que he conocido a todos mis admiradores, y luego ya me puedo casar con uno de ellos.

De repente me faltaba el aliento.

—¿Qué te pasa? —dijo Fleurette al ver que resoplaba y me aflojaba el cuello del vestido.

—Es que es la primera vez que hablas de ir de gira, y de admiradores, y encima de casarte.

—Llevo tiempo haciendo muchos planes. Lo que pasa es que como no paras en casa no te has enterado.

¡Ay, esta chiquilla tenía veneno en la lengua!

—¿Qué quieres, que me quede en casa y atienda a todos tus caprichos? ¿No será mejor que salga a ganar dinero para pagarte la academia de música? Porque al final, de una forma o de otra, todo es para ti.

—¿Cogiste a tu hombre?

—No.

—¿Y no es un poco peligroso que andes tú por ahí persiguiendo delincuentes por toda la ciudad? ¡Imagínate lo que habría dicho mamá! *Quel choc!*

Empecé a bostezar y me quité las botas.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Pues sí que me preocupo —dijo Fleurette—. Cuando trabajabas en la cárcel, por lo menos sabíamos qué hacías.

—¿Ah, sí? ¿Y qué era ello? —Me dejé caer en la cama y tiré de las medias, que estaban húmedas y se me pegaban a las piernas.

—Norma decía que solo les servías el té a las reclusas y les leías historias.

—Norma no fue a verme nunca a la cárcel, o sea que no sabe de qué está hablando.

—A Norma no le hace falta ir allí para enterarse.

—Sé cuidar de mí yo sola. —Me puse una almohada detrás de la cabeza y estiré las piernas.

Cogió sus cosas y salió de la habitación. Yo cerré los ojos, pero al rato ya estaba allí otra vez.

—¿No vienes? —Me tiró de la manga—. Norma quiere que comas algo antes de salir para el teatro.

Solté un gruñido y me zafé de una patada de la manta que se me había enredado en las piernas, pero ella cogió mi sombrero y mi abrigo y me los dio, diciendo:

—Venga, date prisa, que nos lleva el padre de Helen en coche.

Me resultaba raro oírle a Fleurette dando órdenes. Por lo general era yo la que le mandaba que saliera de la cama engatusándola con la comida.

—Ya voy —dije—. Enseguida estoy.

Me puse un vestido limpio y metí algunas cosas en una bolsa de fin de semana. El pelo no había quien lo arreglara, pero logré peinarlo hacia atrás y me puse encima un sombrero.

Norma estaba en la cocina haciendo sándwiches de carne con mantequilla. Fleurette había puesto el gramófono y tenía la puerta abierta por si llegaban los Stewart. No me habría extrañado ver la entrada llena de banderitas, porque cualquier nimiedad cobraba proporciones teatrales en aquella casa últimamente.

Me dejé caer en una silla y Norma me puso delante un plato con un sándwich. Luego volvió al fregadero y dijo:

—Imagino que no lo habéis encontrado todavía.

Me comí el sándwich y vi cómo movía los hombros arriba y abajo mientras envolvía en papel otros dos y los ataba con una cuerda.

Norma estaba siempre derecha como una vela, y ponía la barbilla en un ángulo concreto. Yo recordaba vagamente una escena de nuestra infancia en la que el profesor de baile le daba a Norma golpecitos con una regla debajo de la barbilla y le decía que si mantenía la cabeza erguida nunca perdería comba.

—No. Sigo investigando.

—Pues en los periódicos no ha salido gran cosa, y para mí que el *sheriff* Heath está dando palos de ciego. —Se giró y me ofreció el paquete que había hecho con los sándwiches como si fuera una especie de ofrenda votiva. Alzó una ceja y me miró todo lo serio que pudo—. Seguro que has avanzado tú más que él.

—No sabría decirte. —El ajetreo del día me había nublado la mente, y la cabezada que me había echado en mi cuarto no ayudó a despejarla.

Se sentó frente a mí.

—Bueno, pero en algo habrás ocupado el tiempo desde ayer por la mañana.

Cogí un trozo del asado que sobresalía entre las dos rebanadas de pan.

—Quiero interrogar a un hombre en Nueva York, y a los padres de una chica que sufrió malos tratos en el sanatorio. Y luego, no sé qué más puedo hacer aparte de plantarme en una esquina y esperar a que pase.

Norma se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el busto.

—Imagino que eso será lo que esté haciendo el *sheriff* ahora mismo.

—¿Qué dice la prensa?

—El *Hackensack Republican* pide que dimita sin más demora.

—Eso lo pide todos los días. Pero ¿qué dice del caso?

—Pues que han interrogado a todo el mundo en el hospital y nadie recuerda verlo escapar.

—A todos menos a mí pero, claro, yo fui la que le dejó salir.

—No. —Norma se puso a recoger las migas de la mesa. Cuando estaba a punto de pronunciarse sobre algo no podía parar quieta—.

No, no voy a consentir que pienses que ha sido culpa tuya. Eres la única que le da un poco de dignidad a ese departamento. Tú y el señor Morris.

Norma tenía en gran estima al ayudante de *sheriff* Morris, a quien consideraba un hombre chapado a la antigua que no iba a perder el tiempo en tonterías. Daba la casualidad de que, al igual que ella, creía en la importancia que tenían las palomas mensajeras en tiempos de crisis —o, por lo menos, le hacía creer a ella que lo creía—, y siempre se llevaba una paloma a Paterson, la tenía en su casa un par de días y luego la mandaba de regreso con un informe críptico, redactado según la usanza militar. Tenía un libro de códigos telegráficos para policías y sacó prestado otro ejemplar de la biblioteca para Norma; así podían intercambiarse notas con un código de tres letras. «Hay que investigar a fondo» era MDN; y «Prepárense para partir en un minuto», PSM. Fleurette se hizo con el libro y empezó a mandar mensajes sobre un bigote falso (IXH) y una fumadora de opio (KCR), confundiendo las misivas que se intercambiaban Norma y el ayudante de *sheriff* Morris, hasta que, semanas más tarde, dieron con la causa de aquel desaguisado. («Ha sido ella», VTA).

Un grito de Fleurette en la habitación contigua nos avisó de que había llegado Helen. Era la hora del teatro para aficionados, nos gustase o no. Le di a Norma la dirección del Mandarin, pues pensaba alojarme allí en los próximos días.

—Llévate los sándwiches —dijo Norma, y empujó el paquete hacia mí.

—En Nueva York también hay sándwiches —repliqué yo, mientras oía de fondo las voces de Fleurette llamándonos.

—Sienta mejor la comida casera —dijo Norma—. Lo que comas por ahí te distraerá del trabajo.

No había manera de decir que no, así que cogí los sándwiches y fui a buscar al padre de Helen, que resultó tener más o menos mi edad. Las chicas lo habían dejado solo en la entrada.

—Discúlpenos, señor Stewart —dije cuando lo vi mirar de cerca un cuadro al óleo oscurecido por el paso del tiempo. Fue de nuestra

bisabuela, y presidía ahora la mesa que teníamos en el zaguán—. Pensará usted que en esta familia no tenemos modales.

—Tengo cinco hijos, y Helen es la mayor. Estoy acostumbrado a que todo el mundo se olvide de mí. —Tenía la cara redonda, llena de pecas, orlada de un pelo todavía más anaranjado que la calabaza protagonista de la obra que íbamos a ver.

—¡Cómo se van a olvidar de su padre! —dije—. ¿Son todos pelirrojos?

—Del primero al último.

—Eso sí que es un problema. ¿Y no viene a la función la señora Stewart?

—Ojalá pudiera venir. Se nos fue en el parto el año pasado. Ella y el niño.

Tuve que dar un grito ahogado:

—No sabía nada. Yo...

—Usted... ¿lo siente? —Me dedicó una sonrisa de resignación—. Todo el mundo lo siente. No hace falta que lo diga. Helen está muy contenta de que su hermana sea su compañera en la academia de música. Desde que murió su madre no había conseguido que se interesara por nada, hasta que la apunté a estas clases.

Yo no sabía qué decir, pero ya hablaba él por los dos:

—Como Fleurette ha sufrido una pérdida similar, imagino que eso las ha unido.

Nuestra madre austriaca, fría y austera, demasiado mayor para pasar de manera verosímil por la madre de Fleurette, tenía que quedar por fuerza a años luz de la joven escocesa que se casó con el señor Stewart. Pero no tenía ningún sentido decirle eso a él. Lo que me preocupaba era lo poco que yo sabía de la nueva amiga de Fleurette.

Llegamos al teatro una hora antes de la actuación para que las chicas tuvieran tiempo de prepararse. La entrada estaba abarrotada, ya que el resto de familias había tenido la misma idea que nosotros. Al parecer, el señor Stewart conocía a muchos de ellos, y fue felicitándolos por el debut en el escenario de sus hijos, a la vez que nos presentaba a Norma y a mí. Las dos salíamos tan poco a

conocer gente que no sabíamos ni cómo desenvolvernos con soltura en las presentaciones, ni qué había que decir en esos casos. Por fin, en un rincón de la sala destaparon un caldero de ponche, y allá que fuimos, fingiendo que nos moríamos de sed.

—¿Nos tocará aficionarnos ahora al teatro? —preguntó Norma con una nota de fatiga en la voz.

—Hay a quien le gusta el teatro —dije yo.

—Bueno, para mí no es un problema el teatro.

—Pero si nunca quieres ir.

—Me refiero a que, en principio, no es un problema.

Nos abordaron los miembros del club de Norma, pues habían aceptado todos la invitación de Fleurette y estaban deseosos de ver una obra sobre un granjero que tenía una fórmula secreta para producir calabazas gigantes. Uno de ellos propuso que escribieran una obra sobre las palomas mensajeras y que usaran palomas de verdad, convenientemente entrenadas para los distintos papeles. Estuvieron discutiendo los pormenores tan alegremente hasta que se apagaron las luces, y entonces Norma y yo nos sentamos cerca del escenario con el señor Stewart.

—¿Las ha oído usted ensayar sus papeles? —preguntó antes de que se levantara el telón.

Dije que no con la cabeza:

—Hemos tenido mucho lío en la prisión. Casi no he parado en casa.

—¿No la tendrán a usted buscando a ese loco, no?

Una mujer se sentó delante de nosotros y me miró con toda la intención. Bajé la voz y susurré:

—Seguro que lo capturan muy pronto; no se preocupe usted por eso.

—¿Preocuparme? No, no, solo me preguntaba, bueno, es que parece un trabajo muy peligroso para usted, andar por ahí entre delincuentes. La verdad es que no sé cómo se las apañan para que no le pase nada a una mujer en un sitio así.

Un foco iluminó el escenario, y del foso de la orquesta salieron las primeras notas de un piano.

—Puedo con ello —dije.

La obra era una tontería, pero estaba muy animada y les venía bien a las varias docenas de niños que hacían cola para salir al escenario. En el papel de granjero había un chico de catorce años tan alto como un hombre, pero muy delgado, por lo que rellenaron con lana los pantalones y la camisa que llevaba puestos para darle más empaque a su apariencia. Resultaba bastante convincente de esta guisa, y los niños en el papel de la calabaza que no paraba de crecer le echaban un arrojo que nadie esperaba ver en una cucurbitácea. Al final, el granjero recibía justo castigo por robar la poción secreta del crecimiento de la calabaza y para redimirse compartía la receta con los otros granjeros. Todos acababan cosechando calabazas gigantes y volvían a poner en el mapa una ciudad que languidecía en el olvido. Al final, un conjunto musical celebraba aquel renacimiento a base de calabazas.

Las dos niñas cantaron muy bien, y se sabían su parte mejor que el resto. Fleurette estaba muy segura en su papel, y proyectaba la voz como si llevara toda la vida sobre las tablas. Le sacó mucho provecho al poco espacio que le dieron, y dejó huella de su presencia y de su jovial espíritu.

Aunque a Fleurette siempre le había llamado la atención el teatro, yo pensaba que lo que más le interesaba era el aspecto lúdico, y que no tendría el aguante que hacía falta para echarle horas de ensayo y aprenderse el texto. Pero, cuando bajaron el telón y nos pusimos en pie para aplaudir, llegué a preguntarme si no la habría subestimado.

—Seguro que a su madre le aportaba mucha felicidad esa niña —dijo el señor Stewart.

—Ha sido la alegría de la casa para todos; no sé qué vamos a hacer ahora que es ya una mujercita.

—Helen quiere ir a Broadway. Estoy buscando alguna academia para prepararla.

Bajaron el telón, y lo subieron una vez más, y a los músicos les cayó la nueva ovación y los papelitos de color naranja que los acomodadores nos habían vendido en el entreacto. Una nube de admiradores subió corriendo al escenario, y perdimos de vista a Fleurette y a Helen.

Fuimos al vestíbulo, y allí esperamos con las otras familias a que salieran los actores y las actrices por la entrada de artistas. Las bóvedas estaban pintadas de color turquesa, y había esmaltes dorados que relucían allá en lo alto; las gárgolas en las aristas tenían forma de grifos, o de arlequines que nos sonreían con malicia desde las alturas. Se oían los gritos de los padres felicitando a sus hijos, una algarabía dulce que nos obligaba a todos a gritar para hacernos oír. Me pareció ver la media melena oscura de Fleurette entre la multitud, pero luego desapareció. Norma y yo nos situamos en uno de los rincones, junto al señor Stewart, y allí esperamos.

—¿Han oído que van a montar otra obra en Navidad? —dijo, alzando la voz por encima del griterío.

Norma soltó un gruñido.

—¿Cómo, que va a haber obra navideña?

—Pues claro —dijo él entusiasmado—. Pero no se apuren. Son solo villancicos a la luz de las velas. Nada de ensayos ni vestuario para la ocasión.

—O sea que va a resultar que al final la señora Hansen tiene la cabeza en su sitio —murmuró Norma.

En el vestíbulo hacía mucho calor y no se cabía, así que salí fuera. Vi a Fleurette apoyada en un coche negro, en animada conversación con un hombre al que solo le veía la espalda. Helen estaba junto a ellos; sonreía pero no decía nada. Me fijé un poco más y vi que era ancho de espaldas, pero no lo veía del todo bien, y no sabía si era rubio o castaño claro. Supuse que sería joven, por el corte del cuello de la camisa y la gracia que le hacía a Fleurette lo que fuera que le estaba contando.

El señor Stewart había salido conmigo, y di un respingo al oír que decía detrás de mí:

—Nunca sé qué es mejor, si cortar la conversación o ponerme a mirarlo con cara de pocos amigos.

—Usted tiene más experiencia en estas lides —dije— porque, si fuera por mí, yo haría algo más que mirarlo con cara de pocos amigos.

El chico se agachó un poco para decirle algo a Fleurette al oído, y ella se puso de puntillas para oírlo mejor. De repente sentí todo el peso de la pistola que llevaba en el bolso.

—A Helen no la dejan en paz los chicos en el colegio —dijo el señor Stewart—. Pero como a Fleurette la..., bueno, como recibió clases particulares, pues ella es la novedad ahora.

Fue mi madre la que decidió que Fleurette recibiera clases en casa. Evitaba así la mirada atenta de cualquier maestra. Fleurette tardó bastantes años en darse cuenta de que los otros niños sí iban al colegio. Como respuesta, mamá sorbió aire por la nariz y le dijo que los colegios del condado de Bergen no eran de su agrado.

Yo nunca sabía qué responder ante ese tipo de preguntas. Estaba pensando qué contestarle al señor Stewart cuando el chico se fue calle abajo. Helen y Fleurette nos vieron y echaron a correr hacia nosotros, y casi nos tiran al suelo de la emoción. Estaban las dos empapadas por el esfuerzo en el escenario, y eran un manojo de nervios. En esto último, imaginaba yo, tenía más que ver el encuentro con aquel chico. Se les habían pegado algunos mechones de pelo al cuello, estaban las dos igual de rojas y hablaban todavía en alto, como si estuvieran aún en el escenario.

—¿Qué tal lo he hecho? —le preguntó Helen a su padre, haciendo piruetas delante de él—. ¿Viste cómo me pisó Fleurette en el dueto que cantamos juntas?

—Yo no te pisé —protestó Fleurette—. Fuiste tú la que metiste el pie debajo del mío. No invadas el espacio de los demás, y así nadie te pisará.

Se apoyó en mí, me rodeó la cintura con un brazo y alzó los ojos con la entrega de una chica que busca un halago que sabe merecido. Le brillaban los ojos oscuros enmarcados en negro por la máscara de pestañas.

Intenté no preguntar, pero no pude evitarlo:

—¿Ese chico quién era?

—¿Qué chico? ¿El granjero?

—No, ese que estaba ahí ahora mismo.

—¡Ah, ese! —contestó chillando, y se soltó de mí para rodear a Helen con un brazo—. Es solo un admirador nuestro.

—Tenemos tantos que hemos perdido la cuenta —dijo Helen, y su padre le respondió con una media sonrisa de hastío.

—Ha dicho que la próxima vez traerá su libro de autógrafos —dijo Fleurette.

—¿Es que no tiene nombre? —pregunté, pero Fleurette se encogió de hombros por toda respuesta, y las dos empezaron a cacarear acerca de la obra. Nosotros no escatimamos los elogios por su actuación, y a ellas todo les parecía poco. Cuando por fin me atreví a quitarle un poco de carmín a Fleurette con el pañuelo, esquivó mi mano y me dedicó una media sonrisa pletórica de euforia y encanto.

13

Norma y Fleurette volvieron a casa con Helen y el señor Stewart. Yo me fui caminando sola a la estación y monté en el tren de Nueva York, tan cansada y resignada como un trabajador que atraviesa la noche oscura y fría rumbo a alguna fábrica lejana; solo que, en lugar de calderas y prensas mecánicas, en mi caso lo que había eran pensiones de mala muerte y testigos que no querían colaborar. El tren dejaba atrás ciénagas heladas bordeadas de tifáceas, cuyas flores, de un color rosáceo de día, se erigían oscuras y solemnes a la luz de la luna.

La mañana siguiente me hallé de vuelta en el comedor del Mandarin, donde Geraldine y Ruth apuraban el desayuno. Carrie acababa de salir a toda prisa para la oficina a escribir un artículo sobre un desfile.

—Detesta los desfiles —dijo Ruth, y me pasó las tostadas—. Está esperando que cojas a tu preso para sacarlo en primera plana.

—Si al final hay una historia, la exclusiva será para ella —dije, y me bebí de un trago el café.

—¿Todavía no has averiguado nada? —preguntó Geraldine.

—Sé que Von Matthesius le debía dinero a alguien. No me sorprende, porque muchas veces los delincuentes de quien huyen es de los acreedores. Sé también que les daba a las pacientes tratamientos falsos y que abusaba de ellas.

—Imagino que los cargos contra él son graves —dijo Ruth.

—Bueno, es que hay más. Drogó a la hija de un hombre rico y se casó con ella sin su consentimiento.

—O sea que va por ahí engañando a las chicas y además aprovechándose de ellas —dijo Geraldine.

—Y echándole mucha cara si es que pensaba que podía eludir la acción de la justicia con un delito así —añadí—. Hay un hombre en el East Side al que quiero ver esta misma mañana, y tendría que interrogar a la chica con la que se casó, si la encuentro.

—Para esto último, habla con Carrie —dijo Ruth—. Los periódicos siempre encuentran la manera de dar con la gente.

Geraldine miró el reloj y se levantó de la mesa.

—Nosotras nos vamos a la oficina. Mientras, tú irás por ahí tirando abajo las puertas y asomándote a todos los callejones. No sé si me gustaría estar en tu lugar, aunque puede que sí.

En esta ocasión estaba mejor equipada para ir al raso, pues llevaba unas botas más calientes y un abrigo grueso de lana, además de guantes. El portero del hotel me buscó un taxi. Yo no quise darle al taxista la dirección del Warren porque pensé que no querría llevarme allí; de hecho, me costó que me dejara bajarme en el Bowery, tal y como le pedí, y tuve que insistir diciendo que hacía obras de caridad y que ya había estado allí sola antes.

El Warren estaba ubicado en una calle estrecha llena de bares y salones de baile de aspecto sórdido. Aunque hacía frío, casi todas las puertas alrededor de la manzana estaban abiertas, y tuve que hacer un esfuerzo para no mirar dentro de los locales cuando pasaba por delante como una exhalación.

En el Warren había un letrero que anunciaba habitaciones libres para ocupantes del sexo masculino. Cuando entré, me hallé en un pequeño vestíbulo en el que a duras penas cabría alguien más. Las velas de azufre soltaban un olor tan fuerte que tuve que llevarme un pañuelo a la nariz, y supuse que lo estaban desinfectando de chinches. Imploré entonces por que la fumigación hubiera sido efectiva y me puse un poco de puntillas para que el borde del vestido no rozara el suelo.

Justo delante —pues no había ningún otro sitio donde mirar—, vi que abrían la ventanilla de recepción, y apareció la cara de un hombre mayor con la nariz muy grande y colorada, y la frente

surcada de un reguero de venas azules. Se puso una trompetilla de madera reluciente al oído y la apuntó hacia mí.

—He venido a ver a Adolfo Youngman —dije despacio, con cuidado de pronunciar bien las palabras, acercándome a la trompetilla.

—¿A uno muy golfo? —gritó el hombre—. Pues aquí tenemos unos cuantos. ¿Y qué es lo que busca?

—Es que se llama así —dije, y alcé más la voz—: Adolfo, de apellido Youngman.

El viejo se quitó la trompetilla del oído.

—¿Ese? Ese salió con los pies por delante.

—¿Que ha muerto? ¿Se refiere usted a eso?

No le hizo falta trompetilla para entenderlo.

—Se ahorcó, se colgó de la tubería de vapor, y menuda la que armó.

—¿Me podría decir cuándo sucedió eso?

Negó con la cabeza y blandió otra vez la trompetilla.

—¿Cuándo murió el señor Youngman?

—Hará como cosa de un mes. No he vuelto a alquilar ese cuarto. Nadie quiere ni acercarse ahí.

—¿Sabe usted por qué lo hizo? —grité, arrimando la boca a la trompetilla.

—Una chica. De nombre Bea, o algo por el estilo.

—¿Podría ver el cuarto?

El viejo me dedicó una sonrisa pícara, y le vi la dentadura de vulcanita.

—Claro que lo puede alquilar —voceó—, basta con que sea usted hombre y tenga dos dólares.

Puse cuatro en el mostrador, y me dio la llave.

Adolfo Youngman ocupó un cuarto al final del pasillo en la tercera planta, con vistas a la calle. Era diminuto y cochambroso, y estaba amueblado con lo mínimo: una cama de hierro, una silla de madera, y una mesa y un aparador pequeños. Encajado en un rincón había un lavabo. El papel de las paredes presentaba un ajado

motivo de acantos, y el suelo era de tarima sin barnizar, aunque el polvo acumulado en los bordes delataba la presencia de una alfombra que ya no estaba allí. Un calendario de la compañía aseguradora contra incendios, sujeto con un clavo, marcaba el año de 1913; sobre la mesa descansaban dos platos descascarillados.

Abrí los cajones del aparador, y el olor de las bolas de naftalina inundó el cuartucho. Los cerré de nuevo, pues todas las pertenencias que hubiera podido tener Adolfo Youngman habían desaparecido.

Como no encontré nada que me pudiera servir, fui hasta uno de los rincones y miré al techo: vi que la tubería del vapor estaba combada, y la marca de soldadura revelaba por dónde se había partido.

Cuando llegué al hotel, Carrie acababa de volver de su desfile. Tal y como me había dicho Ruth, se mostró entusiasmada con la idea de encontrar el paradero de Beatrice Fuller. Así que nos dividimos los distritos de la ciudad y fuimos cada una a la cabina de teléfonos de nuestra planta para llamar a todos los Fuller. Una compañera suya en el periódico buscó en los archivos y llamó a los que aparecían allí, siguiendo la lógica de que, si la familia era adinerada, muy posiblemente también tuviera cierto renombre y habría salido alguna vez en el periódico.

Cenamos las dos en la habitación de Carrie.

—¿Y por qué no le preguntas al *sheriff* por el paradero de Beatrice Fuller? —me preguntó mientras soplaba la sopa.

—Yo... Bueno, es que he tenido algún problema con el *sheriff* y no sé en qué punto están las cosas en este momento.

Dejó la cuchara encima de la mesa y se enjugó los labios.

—O sea que hay algo que no nos has dicho de la historia del *sheriff* y el preso fugado. ¿Por qué no me lo cuentas a mí?

—Si te lo digo, ¿lo sacarás en el periódico?

—Pues claro, soy reportera. Nos dedicamos a eso. Por tu trabajo, sería mejor que no lo olvidaras nunca: todo lo que nos cuentes saldrá en el periódico.

—Pues entonces, mejor voy a seguir haciendo llamadas.

Fue la compañera de Carrie en el periódico la que finalmente dio con los padres de Beatrice Fuller y nos llamó, a eso de las ocho, para contárnoslo. De entrada, los Fuller no querían verme; pero, al parecer, la chica había hecho una buena labor telefónica y los había convencido de que no tenían alternativa.

—Les dijo que era una llamada oficial y que irías allí ahora mismo —me contó Carrie—. Ojalá tuviera un dibujante a mano.

—No hay lugar ni para dibujos ni para reportajes —dije, aunque sí era cierto que aquella salida nocturna para entrevistarme con los Fuller tenía algo de noticia. Ya me había quitado las botas, y llevaba el vestido desabrochado, pero recompuse mi figura, le di a Carrie las gracias y bajé corriendo a buscar un taxi.

Los Fuller vivían al otro lado de la ciudad, en un edificio de piedra de color naranja con un toldo verde encima de la puerta. Había luz en todas las ventanas, y por una de ellas, que estaba medio abierta, me llegó una risa furtiva y el humo de un cigarrillo.

Una criada me esperaba dentro. Le di mi nombre, y se me quedó mirando las manos, buscando una tarjeta de visita que yo no tenía. Dije como pude que no usaba tarjetas y que les daría todos los pormenores de mi visita a los Fuller cuando estuviera en su presencia. Al parecer bastó con eso, pues me llevó escaleras arriba, y pude apreciar la amplitud y elegancia de la casa, la alfombra que cubría los peldaños, sujeta con barras de bronce que tendrían que pulir por lo menos una vez a la semana. En la segunda planta nos paramos delante de una puerta de roble macizo. La criada la abrió, me anunció como la señorita Constance y se echó a un lado para que yo pasara.

Dentro del saloncito, el señor y la señora Fuller ocupaban sendos mullidos sillones frente a la chimenea. Nada más verme, se pusieron en pie, y pude comprobar que eran mayores de lo que yo había pensado. La señora Fuller era una de esas mujeres que una se encontraba muy de vez en cuando y a la que los años le daban una belleza sin igual. Tal era así que, incluso a los setenta y tantos, la joven que alguna vez fue saltaba a la vista en los ojos y en la

sonrisa. Tenía el pelo completamente blanco y sedoso, recogido en uno de esos moños tan de moda entre la aristocracia europea. Llevaba un vestido de noche de terciopelo que habría hecho las delicias de Fleurette y que parecía demasiado formal para estar en casa.

El señor Fuller era de su misma estatura —formaban una pareja ideal: parecían una de esas figuritas dobles de cerámica—, y él también estaba vestido como si fuera a salir, solo que había cambiado el abrigo por un esmoquin de esos que los hombres de su clase llevaban en casa. Usaba monóculo y tenía un bigote plateado con las puntas ligeramente vueltas hacia arriba, lo que le daba un aspecto algo travieso. Me vino a la cabeza la imagen de los dos pintada por algún artista y reproducida en postales que la gente compraría.

—Siento molestarles a estas horas; es un asunto de la máxima urgencia, y espero que ustedes o la señorita Beatrice me puedan ayudar.

Se miraron y me ofrecieron asiento. Me senté en el borde del sofá, y ellos ocuparon los sillones que había enfrente.

—No esperábamos que fuera usted una mujer —dijo la señora Fuller—. ¿No habrá venido sola, querida?

—Dado que esto afecta a una chica joven, el *sheriff* pensó que hiciera yo las pesquisas.

—¿El *sheriff*? La chica del periódico no quiso decirnos de qué se trataba —dijo el señor Fuller—, pero no queremos que el nombre de la familia se vea involucrado.

—Por eso no se preocupe —dije atropelladamente, y les conté la fuga de Von Matthesius, de la que ya estaban al tanto por los periódicos; y cómo en su busca, yo había llegado a ellos.

—Bueno, pero le puedo asegurar que nosotros no lo tenemos aquí escondido —dijo el señor Fuller con una risa nerviosa.

—Por supuesto que no. Solo me preguntaba si sabían quiénes eran sus socios. O si podría hablar con Beatrice. ¿Se encuentra en casa?

Volvieron a mirarse, y la señora Fuller dijo:

—Tenemos a nuestra nieta ingresada en una clínica de confianza en California. Los médicos creen que hay esperanzas de que pueda volver con nosotros cuando pase el invierno, pero bajo ningún concepto se le puede preguntar nada de lo que pasó allí, ni tampoco le vendría bien que el *sheriff* la interrogara sobre todo aquello.

Vi por el tono que no toleraría muchas más preguntas.

—Señora Fuller, lo que queremos es coger a ese hombre y meterlo otra vez entre rejas. Si alguna vez Beatrice les dio algún nombre, eso podría ofrecernos alguna pista sobre dónde buscarlo.

—Ella solo habló de ese tal Youngman —soltó el señor Fuller, y eso le granjeó una mirada severa de su mujer—. Por eso la mandamos a la otra punta del país, porque ya casi pensábamos que se iba a casar con ese chico.

Intenté ir con cuidado, pues no estaba al corriente de lo que había sucedido.

—Por lo que tengo entendido, Adolfo Youngman quiso ayudar a Beatrice; intentó parar lo que... lo que le estaban haciendo.

—Y eso lo honra —fueron las palabras de la señora Fuller—, pero no le da ningún derecho a escribirle cartas y a querer verla a todas horas. Ella está muy delicada, y él actuó muy mal al aprovecharse de una gratitud que ya le expresamos todos a su debido tiempo.

No sabían que estaba muerto; ¿cómo iban a saberlo?

—Al parecer, el señor Youngman tampoco estaba muy bien —dije, con toda la delicadeza que me fue posible—. Lo hallaron muerto en su cuarto hará un mes, y lamento comunicarles que fue un suicidio.

La señora Fuller dio un grito entrecortado y se sentó en el sillón. El señor Fuller fue a su lado y dijo:

—Si eso es cierto, señorita Kopp, he ahí otra vida destrozada, y ya van muchas, por ese Von Matthesius. Ojalá nunca hubiera aparecido en nuestras vidas. Todavía no se me ha quitado de la cabeza llevar al doctor Rathburn a los tribunales. Alguien tiene que hacer algo al respecto.

—¿Rathburn? —dije.

El señor Fuller ayudó a su mujer a levantarse del sillón, y quedó claro que la visita había concluido. Me acompañaron a la puerta, y él añadió:

—Fue el doctor Rathburn el que insistió tanto en que ingresáramos a Beatrice en Rutherford. Llevaban ese tinglado entre los dos. Mi nieta les importaba bien poco, y lo que querían era sacarnos los cuartos por el tratamiento; eso por no hablar de lo que debieron de hacerle a la pobre cuando estaba demasiado sedada para acordarse. Ojalá no se acuerde nunca. Dígale al *sheriff* que los ponga a los dos a buen recaudo esta vez.

14

Hacía mucho viento en la Quinta Avenida la mañana siguiente, y había en el aire un escozor que amenazaba nieve. Me dirigí hacia el norte abriéndome paso entre una multitud formada por gente que iba de compras y de paseo y que saturaba siempre aquel tramo de la avenida. Los sastres se habían declarado en huelga, y estaban apostados a la puerta de las tiendas de ropa con pancartas que bloqueaban la acera. Llevaban al cuello las cintas de costurero, y el viento las mecía inmisericorde. Sus ayudantes, todas mujeres, repartían octavillas que se sumaban a la revolera, acababan en el suelo o les daban a los transeúntes en pleno rostro.

Me había salido una ampolla en el talón de tanto andar toda la semana bajo la lluvia pisando barro. Ni siquiera el par de botas más fuertes que tenía me aliviaba gran cosa, pero apreté los dientes para aguantarme el dolor mientras intentaba no cojear, giré por la calle Cincuenta y Cinco y fui contando los portales hasta dar con la clínica del doctor Milton Rathburn.

Gracias a los Fuller, tenía una última oportunidad. Si aquel médico sabía algo de Von Matthesius, puede que eso me ofreciera alguna pista. Si no, estaba con las manos vacías, y ya me podía pasar todo el día en Nueva York de plantón en las estaciones de tren y en los ferris, a ver si daba con él. Eso, o irme a casa a verlas venir. Y esto último no me lo quería ni imaginar. Como tampoco el despertar cada mañana sabiendo que el *sheriff* Heath estaba entre rejas. Por tanto, le planté cara al viento agachando la cabeza, y me dije que de ninguna manera saldría de la clínica del doctor Rathburn sin haberle arrancado algo en claro.

Tenía la consulta en la tercera planta de un edificio de piedra que quizá algún día fuera blanca, pero al que los años parecían haberle frotado las paredes con carbón. La puerta no estaba cerrada con llave, y en el vestíbulo hallé un letrero con una lista de los ocupantes de cada consulta, casi todos médicos, dentistas y oculistas. Subí por las escaleras hasta el tercer piso y vi que la puerta de la consulta del doctor Rathburn estaba abierta. Dentro había una chica morena muy seria sentada a una mesa en la que apoyaba las manos entrelazadas, como si me hubiera estado esperando.

—He venido a ver al doctor Rathburn —dije—. No tengo cita, pero es que solo quiero preguntarle una cosa.

—Vaya, pues, lo siento, señora. —Con la punta del lápiz, pasó las páginas de una agenda que tenía encima de la mesa—. El doctor está muy ocupado hoy. Déjeme que le dé cita otro día.

—Solo he venido a preguntarle una cosa —insistí—. Sobre un asunto personal.

Levantó la vista hacia mí y vi que se le formaban dos pequeñas arrugas en una frente, por lo demás, impertérrita.

—Es que no está.

—Bueno, pues lo puedo esperar.

—No sé cuándo llegará.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Me quedaré a esperarlo.

Leí el periódico que había en la sala de espera, dos veces; luego cogí una revista que alguien dejó por allí. La recepcionista no paraba de mirar papeles encima de la mesa, como si estuviera muy atareada. Cuando llegó el doctor Rathburn, eran ya pasadas las doce del mediodía. Se me habían entumecido las piernas, y sentí un ligero mareo cuando me levanté para hablar con él.

Tenía tanta pinta de médico loco que, por muy absurdo que sonara, habría pasado por un actor que hacía ese papel. El pelo negro, apelmazado en mechones tiesos que apuntaban en mil direcciones, me recordó los cuernos de un diablillo. Llevaba gafas gruesas de montura de carey, y una expresión de perpetua sorpresa dibujada por las cejas, peinadas hacia arriba, tal como dos

pequeños montículos. En vez de la bata blanca que se ponían los médicos modernos, gastaba una gabardina de *tweed* arrugada.

—Yo creía que esta mañana no teníamos ningún paciente —murmuró mientras consultaba la agenda.

—Y creía bien —dijo la recepcionista—. Solo que esta señora quiere hablar con usted y no podía esperar a otro día.

—Vengo de parte de mi jefe —dije rápidamente—, porque quiere saber más de los tratamientos que usted ofrece. Es una persona muy importante y le gustaría contar con su más absoluta discreción.

El médico suspiró y se pasó una mano por el pelo en un vano intento de estirar los remolinos.

—Todos son personas importantes —dijo con una ligera nota de hastío en la voz.

—Si pudiera hablar con usted solo un minuto.

Dijo que sí con la cabeza y me abrió la puerta de su despacho. Una vez dentro, vi que tenía amplios ventanales y estaba amueblado con todo lujo: había una lámpara eléctrica que colgaba del techo con profusión de brazos y cristales, sillones de cuero, y una mesa de trabajo muy grande y reluciente. Era un espacio destinado a hacerle ver a la gente que pasaba por allí la necesidad de desembolsar grandes sumas de dinero.

Tenía pensado lo que le iba a contar al doctor Rathburn para enterarme de más detalles sobre sus tejemanejes, antes de preguntarle directamente por Von Matthesius.

—Como le decía, mi jefe quiere la discreción más absoluta. Se enteró de los servicios que usted ofrecía porque tuvo una hermana ingresada en un sanatorio en Nueva Jersey. No me acuerdo del nombre del médico, pero tiene que conocerlo porque habló muy bien de usted. Era un apellido alemán... ¡Seré tonta, que se me ha olvidado!

—No tiene importancia. —El doctor Rathburn daba golpecitos con los dedos sobre el tapete de la mesa—. Me carteo con colegas médicos de todo el país. Muchos de ellos me han mandado sus pacientes, y no es raro que yo recomiende a uno de ellos algún sanatorio cerca de Nueva York para que allí lo traten con total

discreción. Por favor, dígame a su jefe que ofrecemos los tratamientos más modernos para todo tipo de trastornos nerviosos, y que nadie se enterará jamás.

Eché la silla hacia atrás dando a entender que la entrevista había terminado, y entonces ladeó la cabeza y me miró por encima de las gafas con aire indagador.

—¿Y en calidad de qué está usted al servicio de ese hombre?

—Al principio le llevaba la agenda a su esposa para las visitas de sociedad, y ahora superviso todos sus compromisos y dirijo el personal de servicio que tienen empleado en la casa. A veces me ocupo de asuntos más delicados también.

—¿Y cree usted que su jefe estará conforme con lo que le he dicho? —Tenía un deje de cansancio en la voz. Los ricos debían de aburrirlo, aunque le pagaran con creces sus servicios.

Sonreí de oreja a oreja:

—Estoy convencida de que sí. Él se pondrá en contacto con usted.

Extendió el brazo en dirección a la puerta y me siguió hasta fuera del despacho, donde la recepcionista tenía todavía las manos entrelazadas encima de la mesa, tal y como la encontré al entrar.

Le di las gracias por su ayuda e intenté comportarme igual que la secretaria de una dama de la alta sociedad, pero cuando ya me iba, le dije al médico, como si acabara de caer en la cuenta:

—Ahora que lo pienso, creo que ese sanatorio estaba en Rutherford. ¿Seguro que no conoce a la persona que lo llevaba, un hombre llamado Von Matheson o algo por el estilo?

No sabría decir si le dio un espasmo, o era que se le había metido algo en el ojo.

Creía que me había equivocado al seguir tan al pie de la letra el consejo de Henri LaMotte, hasta que conocí al doctor Rathburn. ¿Cómo iba a encontrar a Von Matthesius, pensaba yo, si evitaba los sitios en los que con toda probabilidad acabaría apareciendo: el apartamento de su hermano, las estaciones de tren, cualquier otro punto que el *sheriff* Heath tuviera bajo vigilancia en ese mismo

instante? En vez de eso, había estado entrevistándome con gente que no quería hablar conmigo; había sacado a la luz secretos horribles y un sufrimiento sin límites, pero seguía sin saber dónde podría esconderse Von Matthesius.

Sin embargo, había algo en el aire de aquella consulta, algo que me decía que me estaba acercando. Por primera vez en el curso de mi investigación, había mentido. Nunca antes había ocultado tan a las claras a quién buscaba en realidad y por qué lo buscaba. Por primera vez me dejaba llevar por la chispa de mi propio instinto y lo seguía ciegamente.

Y, siguiendo ese mismo instinto, permanecí en el pasillo cuando salí de la consulta del doctor Rathburn.

El cristal esmerilado de la puerta dejaba pasar solo algo de luz; pero, por fortuna para mí, casi todo el sonido. Me pegué a la pared y acerqué el oído.

—Llame a Murray's y dígame al señor Kyne que se ponga —le dijo a la recepcionista.

Oí que pedía línea a la operadora, y luego un golpeteo característico, como si jugaran con un lápiz entre los dedos.

Pasaron unos minutos, y la recepcionista dijo:

—De parte del doctor Rathburn, con el señor Kyne. —Hubo otra pausa larga, y los oí decir algo entre dientes, pero no pude descifrar las palabras exactas. Finalmente, el doctor Rathburn bramó por el teléfono—: ¿Pat? Soy Milt. Tu chica, la del ropero, ¿tiene algo para mí? Sí, no cuelgo.

La recepcionista dijo algo que no entendí, y entonces volvió el médico al aparato.

—¿Estás seguro? —gritó el doctor Rathburn—. Sería un tipo llamado Felix von Matthesius. El mismo de la otra vez. ¿Que no se ha pasado por ahí? Vale, te mando a mi chica.

Médico y recepcionista se dijeron algo más entre dientes, y entonces él le dio el recado:

—Felix suele pasarse después de comer. Dese prisa, a ver si puede llegar antes que él, y le deja esto a la chica del ropero.

No llegué a oír lo que dijo la recepcionista, pero sí un ruido de llaves. A toda prisa, doblé la esquina del pasillo y bajé las escaleras delante de ella. Ya en la calle, crucé a la acera de enfrente y la vi salir y echar a andar por la Cincuenta y Cinco, sin mirar atrás. La seguí a una distancia aproximada de media manzana si perderla de vista en ningún momento. Cuando llegó a Murray's, me quedé fuera esperando, pues temí seguirla dentro por si me la encontraba de frente cuando volviera a salir.

Murray's ocupaba varias plantas de un edificio de ladrillo muy bonito en la zona de los teatros. Tenía cierto aire de palacio romano con esa intrincada combinación de columnas de piedra, enrejados, enredaderas y esculturas en la fachada. No hice más que preguntar en el quiosco de prensa que había en la esquina, y ya me enteré de que el ropero del restaurante era famoso. Una podía dejar allí tanto el sombrero y el abrigo como sobres con dinero, o paquetes de dudosa procedencia que la otra parte se acercaba a recoger. Hacía apenas unos días, me dijo el quiosquero, alguien dejó la urna en la que descansaban las cenizas de una actriz de variedades muy famosa. Como nadie acudió a reclamarla, la chica del ropero abrió el paquete y tomó la superficie pulida de metal por una bomba. Llamaron a la policía, pero vieron dentro una nota que detallaba el contenido de la urna, y devolvieron el paquete a la funeraria para que se lo diera a su dueño.

La recepcionista del doctor Rathburn solo estuvo un minuto dentro. Cuando se fue, crucé la calle a paso vivo y entré.

No estaba preparada para un espectáculo tan decadente. El comedor principal era enorme, y en el otro extremo había un escenario de dos pisos de alto, flanqueado por columnas romanas y estatuas de ninfas y criaturas fantásticas. El techo estaba pintado de color azul celeste, y de él colgaban lámparas diminutas que daban la impresión de que un cielo estrellado se cernía sobre las mesas. En plena hora de la comida, abarrotado de decenas de comensales, todos vestidos de punta en blanco en gala de matiné, o listos para ir después de compras, el clamor del restaurante dejaba oír a ráfagas el ensayo de una orquesta entera que afinaba melodías para el baile

nocturno. Había hasta una balsa digna de un emperador a flote en la gran fontana, y cabía imaginarse a las bailarinas entre risas y chapoteos debajo de una cascada reluciente hasta altas horas de la noche.

Era un sitio idóneo para hacerse ver. De lo que no estaba tan segura era de si también lo era para esconderse. ¿Podría un hombre como Felix vestir sus mejores galas y confundirse con la multitud sin ser percibido? Si decidía hacerlo, quedaría fuera de mi alcance, pues llamaría demasiado la atención vestida de calle y tocada con un sombrero de fieltro de ala ancha, aparte de que les sacaría la cabeza a todas las mujeres y a muchos de los hombres. Mi esperanza era que entrara solo para recoger lo que fuera en el ropero y no para pasar allí la tarde, atiborrándose a ostras de Long Island y almejas de Nueva Jersey.

Había encontrado un rincón en el que no entorpecía el paso de las camareras y, por tanto, no llamaba su atención. Veía el ropero al final de un pasillo estrecho. Había una chica con un vestido verde encargada de coger los abrigos y darles a los dueños su ficha; pero, al final, me acabaría viendo y se preguntaría por qué no le quitaba yo ojo de encima. Y las camareras, que hasta ese momento no habían deparado en mi presencia, vendrían a ofrecerme una mesa o a ponerme de patitas en la calle. No tenía más remedio que esperar fuera y cruzar los dedos por que fuera yo la que viera a Felix antes de que él me viera a mí.

Me pasé varias horas dedicada a la tediosa y prosaica tarea de esperar ojo avizor. Estar a la puerta de un edificio y vigilar a la gente que entra y sale puede parecer la cosa más sencilla del mundo, pero no es algo al alcance de todos. Hace falta tener unas dotes de concentración muy especiales. Hay que posar la vista con cuidado en cada sombrero y en cada abrigo, y preguntarse siempre lo mismo: ¿es de esa estatura? ¿Tiene el pelo de ese color? ¿Podrían ser suyos esa postura y ese ademán? En cuestión de segundos, tienes que sopesar la posibilidad de que cada hombre que pasa pueda ser el que buscas, y acto seguido descartarlo. Aunque sea inconscientemente, te pasas parte del tiempo distinguiendo entre

hombres y mujeres, para que así la mente sepa en quién tiene que fijarse. Es una tarea aburrida que no requiere mucho esfuerzo, pero sí mucha atención, ya que si una se despista, aunque sea un minuto, el hombre en cuestión podría pasar desapercibido.

Me vino bien cambiar de sitio varias veces para no levantar sospechas. Primero estuve debajo de un toldo en la acera de enfrente, luego me puse delante de unos escaparates, más tarde crucé a la calle Cuarenta y Dos y ocupé una esquina en la que había mucho tránsito, para luego volver otra vez a empezar. Me dolían las piernas de estar tanto tiempo de pie en la acera. Tenía los pies hinchados, las ampollas me hacían ver las estrellas, y no paraba de soltar agüilla por la nariz, roja de tanto frío. Pero la incomodidad ayudó a que estuviera alerta y me aguzó las ganas de coger a aquel hombre y acabar con el padecimiento.

Cuando por fin apareció Felix fue a última hora de la tarde, y no lo vi según entraba al restaurante, sino cuando salía del Murray's. ¿Cómo no me había dado cuenta? Tuve un destello solo de su perfil, y por un instante dudé si era él. Pero, si no me ponía en marcha en el acto, se escaparía.

Se caló el sombrero y tomó la calle hacia el este, en dirección a Times Square, donde lo engulló la muchedumbre de sombreros y gabardinas, en la que podría perderse muy fácilmente. Yo seguía en la acera de enfrente, y no tuve más remedio que jugarme el tipo y cruzar la calzada esquivando coches a motor para alcanzarlo. Cuando llegué a la acera, ya me había sacado bastante distancia y avivaba el paso. Era prácticamente imposible no perder de vista su sombrero y sus hombros entre el gentío, tocado de idéntica guisa que él.

Ya no tenía ningún sentido pasar desapercibida: iba a la carrera, apartando a mi paso a los hombres enfundados en sus abrigos, y casi tiré al suelo a tres mujeres que venían paseando cogidas las tres del brazo.

Enseguida, un hombre me puso la mano en el codo por si necesitaba ayuda. Y muy pronto me rodearía un montón de gente

con la intención de pararme en el sitio para que me calmara, así que hice lo único que se me pasó por la cabeza, que fue gritar:

—¡Al ladrón! —Con eso pude zafarme de los que me sujetaban para poder seguir corriendo.

Funcionó, pues dos hombres jóvenes me secundaron en la persecución. Había tanta gente en la acera que ninguno de los tres avanzábamos, pero ellos me abrieron paso a codazos y así hicieron sitio. Tomé impulso y, con la respiración entrecortada, me eché encima de él al llegar al siguiente cruce.

Le sacaba media cabeza a Felix, y logré asirlo por el hombro y echarle un brazo al cuello. A él le entró la tos al sentir un embate que no esperaba; entonces lo puse de rodillas y me quedé en cuclillas a su lado. Cuando empezó a darme codazos, lo tomé por las muñecas y lo estampé boca abajo contra la acera.

A juzgar por el número de gente que habíamos congregado, se diría que Felix y yo éramos la pareja más interesante del momento en la ciudad de Nueva York. Había tantas personas mirando que no cabían en la acera, y cortaron el tráfico en uno de los carriles al invadir la calzada. Hasta un hombre saltó en marcha del coche de caballos que conducía para poder vernos con mayor detalle.

Los dos jóvenes, que no tendrían más de veinte años y, por sus caras, estaba claro que no se habían visto nunca en una aventura semejante, me ayudaron a ponerme en pie, pero no le dejaron a Felix que se levantara.

—¿Es este el hombre, señorita? ¿El que le ha quitado el bolso?

Felix forcejeaba para ponerse boca arriba, pero no alcanzó a verme:

—¡Yo no le he robado el bolso a nadie!

Di la vuelta hasta quedar a la altura de su cabeza, y me agaché. Él alzó la vista y me reconoció, y entonces soltó un suspiro y se derrumbó hasta tocar la acera helada con la mejilla.

—Trabajo para el *sheriff* del condado de Bergen —les dije a los chicos—, al otro lado del río, en Hackensack. Este hombre está en busca y captura por haber dado cobijo a un fugitivo muy peligroso. —Paseé la vista por el corro de curiosos, gente que iba al teatro,

todos de punta en blanco, con ganas de divertirse aquella tarde. Casi parecía que iban a tirarnos unas monedas, en agradecimiento por la actuación—. Que alguien llame a la policía, hay que arrestarlo.

Salieron corriendo unos cuantos para ir a buscar a un policía de patrulla, pero casi todos siguieron allí, sin apartar la vista de mí, cada vez con más curiosidad. Algunos se hacían preguntas que, bien sabía, muy pronto me harían a mí: ¿Quién era ese fugitivo tan peligroso? ¿Qué había hecho? ¿Quién era yo, y en calidad de qué trabajaba para el *sheriff*?

Pero el que tenía que responder a las preguntas era Felix. Me puse de rodillas, y la falda se desplegó en cascada a mi alrededor. Los chicos lo levantaron, y no tuvo más remedio que adoptar la misma postura que yo y mirarme a la cara. Nunca había estado tan cerca de él.

Se podría estudiar la fisonomía humana mirando aquellos rasgos: mandíbula estrecha, mejillas hundidas, boca apretada, y dos ranuras verticales en lugar de ojos. Tenía aspecto pesado y furioso, sin las pretensiones de aristócrata que se gastaba el hermano.

—¿Dónde está? —le pregunté.

Tosió. Los chicos lo sujetaban con tanta fuerza que el cuello de la camisa le oprimía la garganta, y dijo:

—¿Quién?

No me gustó nada la sonrisita de pillo, ni los dientes manchados de tabaco que la sustentaban. Tenía cara de rata y, hasta le temblaba la nariz.

Sonó un silbato calle abajo. La policía venía en camino, y temí que se lo llevaran sin que me revelara nada de interés.

—Dígamelo ahora, y no le pasará nada.

Miró para otro lado. Sentí una mano en el hombro, y, al instante, nos separaron cuatro policías y nos arrestaron a los dos.

—Seguro que tienen un aviso del *sheriff* del condado de Bergen en la comisaría —grité mientras me llevaban—. Y, si no lo tienen, llámenlo por teléfono. Robert Heath. Prisión de Hackensack. La fuga

de Von Matthesius. Este es Felix von Matthesius. Ha salido toda esta semana en la prensa.

El policía que se llevó a Felix no me hizo ni caso. El irlandés de aspecto jovial y cara roja que me arrestó a mí se acercó y me susurró al oído:

—No se preocupe usted, señorita, que ya hablaremos largo y tendido en comisaría. Gracias a esto, estaremos sin pasar frío al menos una hora. Si esperamos a hablar con ese *sheriff* suyo, podemos tirarnos aquí toda la noche.

No me seducía la idea de dormir en una cárcel de la ciudad de Nueva York pero, si eso implicaba que Felix von Matthesius estaría también a buen recaudo, entonces no tenía queja alguna.

Nos llevaron al edificio chato de ladrillo de la calle Cincuenta y Cinco, donde estaba la comisaría del distrito. Fueron con Felix a otras dependencias para hacerle la ficha, pero a mí me dejaron bajo la custodia de un policía a cada lado en el vestíbulo.

—Hay que esperar aquí unos minutos, señorita —dijo el irlandés—. Tiene que venir una supervisora para que podamos hacerle la ficha a usted.

—¡Yo también soy supervisora! —Me puse nerviosa al pensar que tenía que acudir una mujer solo para inscribir mi nombre en un registro—. Llamen al *sheriff* y pregúntenle. Díganle que fue Constance Kopp la que hizo el arresto.

El irlandés se echó a reír:

—¡Kopp! Esa sí que es buena. Nació usted para esto, ¿eh?[1].

Miré la sala, pequeña y equipada con lo mínimo: sillas de madera sin desbastar sujetas al suelo, y fotografías de los hombres más buscados clavadas en la pared. Me encontraba tan a gusto allí que dije:

—Para esto nací.

Se me ocurrió pensar que, si perdía el trabajo en la prisión, a lo mejor me contrataba la policía de Nueva York, siempre y cuando no les importase tener a una supervisora que había hecho un arresto.

No pudieron dar con ninguna compañera y los convencí para que tramitaran ellos el registro. Me metieron en una celda más grande y

cómoda que la que tenía en Hackensack. Ninguno de los policías se creía que yo dormía en la cárcel, en las mismas condiciones que las reclusas.

—¿No prefiere usted irse a su casa, señorita? ¿A estar con la familia? —me preguntó el irlandés desde fuera de la celda.

—Hay noches que sí que voy a verlos.

Antes de irse y dejarme sola me dijo que descansara, que el *sheriff* podía tardar en llegar. Intenté no sucumbir, pero se me cerraban los ojos, y al final caí en un sueño pesado y sombrío.

Me sacó de él el repiqueteo de las llaves del carcelero, y al cabo me vi sentada en el camastro, con el *sheriff* Heath de pie frente a mí. Tenía el sombrero calado y no podía verle la expresión de la cara, de manera que no había forma de saber si estaba enfadado o contento; ni tampoco, ya puestos, si pensaba llevarme con él o dejarme pasar la noche en prisión. Lo que sí es cierto es que sentí un alivio tremendo al verlo.

—Lo tiró al suelo —dijo.

—Bueno, yo...

—Me han dicho que se abalanzó sobre él en la acera y lo tiró al suelo.

—En unas horas, estaré llena de moratones que darán fe de ello.

—Dio con él y lo persiguió sin tomar medidas para su propia seguridad. Tengo hombres a mi cargo que jamás habrían forcejeado con un sospechoso como lo hizo usted.

—Si hay una forma más fácil de hacerlo, dígame cómo.

Nos miramos con aquella complicidad que había surgido entre ambos. Por fin, dijo:

—Es usted la única que me ha traído algo consistente.

—También soy la única que dejó escapar al prisionero.

Me dedicó una media sonrisa de cansancio:

—Ahora que tenemos a Felix, al viejo Von Matthesius le será más difícil esconderse. Si se le ocurren más ideas como esta, hágamelo saber. Iba usted detrás de una pista mucho más

productiva que ninguna de las nuestras. Hemos estado todo el tiempo dando palos de ciego por las estaciones y las comisarías.

El que solo yo hubiera hecho algún progreso me llenó de una emoción que intenté quitarme de encima, pues sentía cierta decepción al comprobar que Henri LaMotte tenía razón: el *sheriff* no había hecho más que las tres o cuatro cosas que todo el mundo haría cuando se comete un delito.

—Si no hubiera dado con el paradero de Felix hoy, yo también tendría que haber ido de estación en estación y de comisaría en comisaría.

Se revolvió incómodo en el viejo abrigo de *tweed* que llevaba encima y dijo:

—Pues venga de nuevo a la prisión.

—No me parece bien.

—Señorita Kopp, tengo a Morris vigilando la sección femenina y está cansado de ello. Hay problemas en el caso de Providencia Monafó, y la mujer no quiere hablar con ninguno de nosotros.

—¿Qué problema hay?

—Vuelva al trabajo. En cuanto tengamos a Von Matthesius yo volveré a insistir en lo de la placa.

—Solo después de que lo tengamos. —No quise preguntar qué pasaría si no lo cogíamos.

Paseó la vista por la celda y llegué a preguntarme si se imaginaba a sí mismo viviendo allí dentro.

—¿Qué más puede hacer? No voy a dejarla aquí sola, sin compañero de patrulla, sin placa ni pistola ni esposas...

—Me traje la pistola —dije.

Sonrió y se miró los zapatos.

—Es verdad; me lo ha dicho el policía que la arrestó. Por lo visto, no se creía lo que le estaba contando hasta que no vio el arma reglamentaria en su bolso. Vale tanto como una placa ese revólver.

¿Qué más podía hacer? Me puse en pie y me sacudí los faldones del vestido.

—Hay otro hombre involucrado, un médico que estaba esperando un envío de Felix, o que tenía algo para él. La policía de Nueva York no irá a por él solo con mi testimonio. Quizá haya huido ya, pero alguien debería comprobarlo.

—Han mandado a un agente.

—Felix no suelta prenda —dije—. Es una sabandija y va con pies de plomo.

—Vale, pues a ver si en Hackensack nos cuenta algo. Señorita Kopp, no se me da bien pedir las cosas por favor, pero véngase con nosotros.

15

—Es tu oportunidad, Felix —dijo el *sheriff* en el coche, de vuelta de la estación.

Las cadenas que llevaba en manos y pies tintinearón cuando Felix dijo:

—¿Mi oportunidad de qué?

—De que salgas libre de esta. ¿Qué tal si nos llevas a donde está tu hermano? Si lo haces, estoy dispuesto a soltarte ahora mismo. Te quitamos los grilletes y se los ponemos a él.

Desde el asiento de atrás, lo único que le veía al *sheriff* era el sombrero y el cuello del abrigo; y Felix no era más que una sombra recortada a su lado. Suspiró ofendido.

—Tal y como yo lo veo —siguió diciendo Heath—, si metemos al barón otra vez en la cárcel y tú sales libre, nos quedamos todos como estábamos. Ni mejor ni peor que hace un mes. Tu hermano seguiría cumpliendo su condena, yo no tendría a un preso por ahí suelto, y tú sí dispondrías de total libertad para hacer lo que te diera la gana. Así que, Felix, tú dirás qué pega le ves a esto que te propongo.

—No sé dónde está —dijo Felix entre dientes.

—¡Sí que lo sabes! —Había un tono casi jovial en cómo lo dijo el *sheriff*—. Tanto tú como el doctor Rathburn. ¿O acaso no es ese médico el que te está ayudando a mantenerlo? Es muy amigo del clan Von Matthesius, ¿a que sí?

—No conozco a ningún médico.

—Pues a mí me da la impresión de que os intercambiasteis cartitas de amor en el ropero del Murray's.

Por toda respuesta, Felix dio un resoplido y volvió a toquetearse las esposas.

—Qué pena que la policía no encontrara ninguna carta entre tus pertenencias esta noche. ¿Cómo hiciste para quitártela de encima? ¿No sería que te la comiste? No te la comiste, ¿no?

—No, no me la comí.

Había un furgón de policía delante de nosotros, y Felix dio un respingo al verlo, como hace quien tiene un miedo instintivo a que lo arresten.

—Ya no tendrás que esconderte nunca más de la policía, Felix. Eso sí, el trato que te ofrezco es válido solo hasta que lleguemos a la cárcel. Piénsatelo. Tú llévanos hasta tu hermano, y libre que saldrás.

Felix soltó un ligero gruñido de disgusto, pero no dijo nada. El *sheriff* se dio la vuelta y me miró.

—¿Sabe usted si Felix ha visto alguna vez nuestra cárcel por dentro, señorita Kopp?

—Me parece que no ha pasado nunca de la sala de visitas, *sheriff* —dije inclinándome hacia delante y metiendo la cabeza entre ellos dos.

—Mejor. A veces a un hombre no le conviene saber cómo aplica el Estado la ley. —Felix seguía mirando por la ventana como si no fuera con él.

—Es que tantas puertas y cerraduras no son plato de buen gusto para nadie —dije por mi parte.

El *sheriff* se giró y alzó una ceja:

—Pues claro que no. Las rejas le ponen a uno mal cuerpo.

Continuamos en esa línea hasta que llegamos a Hackensack: el *sheriff* engatusaba a Felix para que nos revelara algo, yo le seguía el juego, y Felix no soltaba prenda. Me gustaba estar otra vez al lado del *sheriff* Heath. Se le daba bien tratar con delincuentes y transmitía una seguridad en sí mismo a prueba de bomba cuando

trabajaba en un caso. Yo llevaba varios días dando tumbos por Nueva York, sin saber muy bien a qué atenerme, y con él volvía otra vez a sentir la tierra debajo de los pies.

—Ya hemos llegado, Felix —dijo el *sheriff* cuando apareció recortado contra el cielo el edificio de la prisión—. No tengo más que girar el volante, y nos vamos a por tu hermano. —Felix negó con la cabeza de manera casi imperceptible. No se lo oía ni respirar.

Las mujeres de la quinta planta se alegraron de mi vuelta. A Mary Lisco, la carterista que se había escapado de la cárcel de Newark, la llevaron de vuelta allí, y su celda la ocupaba ahora otra carterista, una más, que solo tenía dieciocho años. Estaba especializada en estaciones de tren, donde robaba el dinero suelto metiendo la mano en los bolsos, y hacía desaparecer los alfileres de las corbatas y los broches de los abrigos. A la ladrona de calcetería, Martha Hicks, la iban a soltar en unos días, y había accedido a participar en un programa de rehabilitación para convencer a la nueva reclusa de que dejara el latrocinio y se buscara un trabajo decente. No había logrado muchos avances hasta ese momento, y esperaba que yo la ayudara a convencer a la chica.

A Ida Higgins, la mujer acusada de prender fuego a la casa de su hermano, la detuvieron porque hallaron la prueba incriminatoria: dos latas de gasolina en su habitación. Pero al final se descubrió que había sido un amigo del hermano de Ida, y que el móvil fue una rencilla surgida entre ambos hombres. Acababan de retirar los cargos contra ella, pero seguía bajo custodia policial en calidad de testigo, a la espera del juicio, fijado para la semana siguiente.

Al parecer, Ida Higgins creía que el amigo de su hermano estaba enamorado de ella y no quiso declarar que fue él el causante del fuego, aunque, durante todo el tiempo que estuvo detenida, jamás la visitó en la cárcel, y no constaba que fuera consciente de que la pobre se había sacrificado por él. Ella estuvo semanas escribiéndole cartas que él jamás contestó; y, al final, ciega de ira, le contó al fiscal todo lo sucedido. Detalló que lo había visto merodear por los alrededores de la casa con latas de gasolina, y hasta prender el

fuego, y que fue ella la que escondió las latas para encubrirlo. Tras su declaración, a la que se sumó el testimonio de otro testigo, arrestaron al hombre, encarcelado anteriormente por un delito parecido, y lo encerraron en una celda dos pisos más abajo.

Como estaba detenida solo en calidad de testigo, le dieron una celda alejada del resto, cerca de la mía, y solían ofrecerle una chuleta o una salchicha para cenar. Tenía autorización, además, para salir a pasear fuera, escoltada por un guardia, y me contó que estaba deseando que la acompañara yo en esos paseos ahora que había vuelto.

—¿Estás más a gusto en la celda nueva? —le pregunté mientras me instalaba otra vez en la mía.

—Estaré más a gusto en casa —dijo—. Ya les he dicho que yo no fui. ¿Por qué no me sueltan?

—Porque te necesitan para que testifiques en el juicio. Tendrás que declarar que viste al hombre merodeando cerca de la casa de tu hermano con dos latas de gasolina.

—¿Y a mí qué más me da el juicio? No es cosa mía; no quiero tener nada que ver en ese asunto.

—Pues para eso precisamente es para lo que te tienen aquí.

Luego estaba la difícil situación de Providencia Monafo. El *sheriff* llamó a John Courter para darle los pormenores el día de mi vuelta. Estaban los dos sentados en el despacho de Heath, y nunca vi a dos hombres con tan pocas ganas de verse la cara el uno al otro.

El agente Courter carraspeó y lanzó al *sheriff* una mirada asesina. Tenía cabeza de huevo y llevaba un cuello de camisa rígido y apretado que le oprimía el pescuezo.

—Usted primero —dijo el *sheriff* Heath—. Este caso es suyo.

Por unos instantes, el agente Courter midió el espacio que nos separaba y no despegó los labios. No paraba de mover una pierna arriba y abajo, lleno de impaciencia, como si solo a duras penas pudiera sofocar la ira que lo atenazaba.

Por fin, dijo:

—Vale. Según la señora Monafo, Saverio Salino fue a su apartamento por la mañana para pagarle el alquiler y discutieron

porque tenía a su hermana viviendo con él sin pagar un centavo. A continuación, él la amenazó, y la señora Monafo le disparó. Le entró tanto miedo, ha declarado, que salió de casa y se subió a un tranvía. El mismo que coge cada día para ir a trabajar, y cuyo conductor la ha reconocido. Cuando el tranvía llevaba recorridas varias paradas, lo pensó mejor, se apeó y regresó andando a casa, atendiendo a razones que se nos escapan por completo. En ese espacio de tiempo, Salino logró arrastrarse por las escaleras, y alguien lo vio. Entonces fue cuando nos llamaron.

Era como si pidiera a gritos una respuesta, y yo se la di:

—En efecto, así es como yo lo recuerdo. ¿Qué problema hay?

—El problema es que, según testigos, el disparo se oyó a las ocho de la mañana, y la señora Monafo subió al tranvía a las siete y media.

Miré sorprendida a uno y otro, y repliqué:

—Pero la pobre mujer ha confesado, o sea que alguna de esas horas tiene que estar mal.

El agente Courter dijo que no con la cabeza:

—El conductor del tranvía acababa de empezar su ruta y recuerda exactamente a qué hora salió de la cabecera. Tiene que bajarse y fichar en Hackensack, y así hizo algo antes de las ocho de la mañana. Monafo iba en ese tranvía. Y no me diga que puede que la confundiera con otra persona: ya ha visto usted el aspecto tan característico que tiene esa mujer.

—Bueno, pero a lo mejor los testigos que oyeron el disparo se equivocaron de hora.

El detective se levantó y dio unos pasos por el despacho.

—Un vecino, unos portales más abajo, pone el despertador todos los días a las siete y media, y antes de las ocho desayuna en la cocina. Desde allí oyó el disparo. No cabe en absoluto la posibilidad de que estuviera en pie antes de esa hora. Su mujer y sus hijos han declarado que ese día no cambió de rutina; y tengo otro testigo que pasaba por allí de camino a la tienda, y el chico del reparto que tiene empleado dice que ese día no abrió antes.

Fue hasta una pila de archivos con las fichas de los detenidos que había encima de una mesa debajo de la ventana, y abrió el que estaba arriba. Con toda la calma, empezó a pasar las hojas, repasando los nombres de los reclusos y las fotos que le habíamos hecho a cada uno de ellos. El *sheriff* hizo ademán de ir a impedirselo, pues esos registros no eran asunto del agente Courter, pero lo pensó mejor y lo dejó estar.

—¿Y si ella no disparó contra ese hombre, por qué iba a confesar que lo hizo? —pregunté.

El agente Courter miró con toda la intención al *sheriff*, quien dijo:

—La señorita Kopp es quien más tiempo ha pasado con ella. Deje que lo intente. —Luego se volvió hacia mí y añadió—: Vuelva a hablar con la detenida sobre lo que pasó aquel día. Averigüe lo que pueda de la vida de esa mujer, no vaya a haber otro móvil para el asesinato. Y pregúntele por qué se bajó del tranvía y volvió a casa. Puede que fuera otra persona quien cometiera el crimen, y ella se esté autoincriminando.

El agente farfulló algo que no entendí y se dejó caer otra vez en la silla.

—John, seguro que ella se maneja bien con la detenida —dijo el *sheriff* echándome una mirada rápida.

—Los que tienen que hablar con los detenidos son los agentes de la Oficina del Fiscal —alegó—. Si esto hubiera pasado hace seis meses, me habrías mandado a mí a interrogarla.

—Pero tú nunca habrías conseguido que confesara —dijo el *sheriff*—. Y lo sabes. Cuando la sospechosa es una mujer, siempre tenemos problemas. Por eso he contratado los servicios de una supervisora. Dejemos que la señorita Kopp haga su trabajo y, si no hay avances, entonces ya te llamaremos.

Miró alternativamente al *sheriff* y a mí por un minuto, y luego retiró la silla de un empujón, se levantó y salió del despacho dando un pequeño portazo.

El *sheriff* se levantó y fue tras él.

—No me gusta nada esto —dijo—. Vaya usted a hablar con esa mujer.

Era la hora calma y tenue que precedía a la cena, cuando las reclusas de mayor edad se levantaban lentamente de la siesta. Me gustaba entonces sentarme con una u otra para intentar ganármela. Al despertar, recordaban que estaban en la cárcel, y que por tanto no tenían la obligación de hacer la cena, y sentían cierto alivio, aunque no dijeran nada. Era una hora en la que se ponían filosóficas, y les entraban ganas de hablar; a diferencia de las más jóvenes, que preferían venir a mí hacia la medianoche, cuando los miedos y secretos les privaban del sueño y del sosiego. Las mujeres mayores no permitían que ni mentiras ni traiciones les quitaran el sueño, y se llevaban a la cama los secretos como si fueran botellas de agua caliente; acurrucadas sobre ellos, dormían toda la noche a pierna suelta.

Hallé a la señora Monafo despierta, sentada en el borde del camastro, mirándose los pies. Cuando ingresó, tenía llagas entre los dedos, heridas que posiblemente no se había curado en años. No cejé con el aceite de petróleo y los polvos para despiojarla, y por fin las heridas se le fueron cerrando. Se las miraba ahora, retorció los dedos y los estudiaba desde distintos ángulos, como si estuviera calibrándolos, pensando qué uso podía darles. Al alzar la vista me vio de pie delante de su celda.

—Ya no se hinchan como antes —dijo.

—Tienen mejor aspecto.

—En la fábrica me paso diez o doce horas de pie. Aquí hacemos la colada por la mañana y ya está. Menudo descanso para los pies.

—No le diga al *sheriff* que ha venido a la cárcel a descansar, o le dará más trabajo.

—Bueno, no es que lo disfrute, pero hay menos tarea. Lo que hace mi marido sin mí... —Se encogió de hombros y soltó una leve risa silenciosa que acabó en tos.

—¿Vendrá a verla su marido?

Adelantó el labio de abajo y dijo que no de manera casi imperceptible con la cabeza.

—Venir no quiere. No le gusta la policía.

—Pues que le escriba a usted una carta.

—Escribir no lo vi nunca.

Evitaba mirarme a los ojos. Entonces abrí la puerta de la celda y me senté a su lado, pero ella seguía mirándose los pies.

—¿Quiere que vaya yo a verlo? —pregunté—. Lleva usted aquí una semana. A lo mejor está preocupado. Si quiere, puedo ir a decirle que está usted bien.

—No —dijo sin pensarlo. Se levantó del borde de la cama y fue hasta el lavabo, pero no abrió el grifo, solo se quedó allí parada mirando la pared. Con los hombros caídos, parecía un saco de patatas, y tenía una forma muy característica de desplazarse, como si no tuviera piernas, solo aquel par de pies pegados a un bulto informe.

—Cuando llegue la hora del juicio, le escribiremos una carta —dije—. Tiene derecho a estar presente. —El agente Courter no había dicho nada del marido, y ni siquiera sabíamos si lo habían interrogado.

—¿Y un juicio por qué, señora? Disparo al chico y voy a la cárcel, ¿qué más hay que decir? —Puso una mueca de desafío, y pensé que quizá su cara no había conocido otra expresión que esa a lo largo de los años.

—El fiscal tiene que interrogarla, aunque lo confiese usted todo. Siempre lo hacen.

Ladeó la cabeza y lo estuvo pensando.

—¿Preguntas de qué tipo?

Hice como que repasaba mentalmente las opciones.

—Puede que quiera saber cómo es posible que le peguen un tiro a uno por el alquiler de un mes, porque es muy poco dinero para un delito tan grave.

—Le digo, ¡o pagas o si no...! Y él va y me amenaza.

—Lo creo, se lo aseguro. A lo mejor le pregunta también el fiscal que por qué volvió usted a casa después de haber huido. Cuando la policía llegó, ya estaba usted allí.

—¿Y adónde iba a ir que no me encuentren? Se lo pongo fácil.
—Soltó un gruñido y apoyó una mano en la cadera antes de sentarse otra vez en el camastro.

No me había confiado ningún secreto en el tiempo que llevaba allí dentro con ella, y no esperaba que lo hiciera. Tenía que decirle lo que sabía; o, si no, lo haría el agente Courter, y con muchos menos remilgos.

—No, si fácil sí que nos lo puso —dije—. Lo malo es que el fiscal tiene que recabar el testimonio de los testigos también, que le cuenten lo que vieron.

Tenía ojos de pájaro, pequeños y negros, y los clavó en mí en aquel instante.

—No vio nadie.

—Pero alguien oyó.

Dijo que no con la cabeza, desafiante:

—No oyó nadie nada.

—Señora Monafó. Los vecinos oyeron el disparo. Eso lo sabemos. Solo que, cuando lo oyeron, usted ya estaba montada en el tranvía.

Toqueteó la costura del vestido de estar en casa, y cruzó y descruzó los tobillos.

—A lo mejor eso le conviene. Si creen que a Saverio Salino le disparó otra persona, la dejarán a usted en libertad. Podrá volver a casa con su marido. ¿No le gustaría salir de aquí?

Tiró tanto de la costura, que sacó un hilo, y se lo enrollaba una y otra vez en el dedo. Poco a poco lo estaba descosiendo. No me molesté en decir que se estuviera quieta, porque seguro que por la mañana ya lo había cosido otra vez.

—Usted se lo diga —dijo con calma—. Les diga que yo disparé a Salino. ¿Está muerto?

—Sí.

Adelantó la barbilla.

—Les diga que yo lo maté.

Al *sheriff* Heath no le bastó con aquella respuesta y me pidió que siguiera encima de ella:

—No quiero meter en la cárcel a una mujer que es inocente, ni dejar suelto a un asesino. Tiene que ser una confesión sincera. Es una de las razones que di para contratar los servicios de una supervisora, así que corre por cuenta de usted demostrar que no me he equivocado.

Dejé que la señora Monafo se lo pensara y volví a la carga al día siguiente. Quedó rebajada de trabajar en la lavandería esa mañana porque le dolía una rodilla. Acompañé al resto de reclusas abajo para que empezaran con la faena y luego entré en su celda a hablar con ella.

—¡Señora! —exclamó nada más verme—. ¿Qué dice el hombre?

—¿Qué dijo qué hombre?

—El hombre pequeño, el agente, al decirle usted que yo disparé a Salino.

—Señora Monafo, ya le conté anoche que a él solo le interesa saber si hay algún dato nuevo. Yo no puedo hacer nada si no nos cuenta algo que no sepamos de lo que pasó esa mañana.

Asintió con la cabeza.

—Ya me dice eso él.

—¿El agente Courter? ¿Cuándo ha hablado con usted?

—Ahora mismo —dijo, como sorprendida de que yo no lo supiera—. Ahora vino. Pregunté por *usté*, y dice que se fue *usté* a casa.

—Pero si estaba abajo en la lavandería. —Debí haberme imaginado que se las ingeniaría para interrogarla cuando yo no estuviera. Intenté que no se me notara el enojo en la cara—. ¿Y qué le dijo?

Me indicó por señas que me acercara. Aunque la habíamos sometido al rigor higiénico de la prisión, no era Providencia Monafo el tipo de persona a la que yo querría acercarme mucho, por miedo a que me salpicara algo: un piojo, o una palabra más alta que otra.

Pero el *sheriff* Heath me había puesto al día de mis funciones, entre las que estaba sacar confesiones, así que me senté a su lado

en el camastro y le di su tiempo.

—No hace más que preguntar por mi marido —dijo con una voz ronca que parecía un suspiro.

—¿Y qué ha sido del señor Monafó? —pregunté.

Se llevó una mano al pecho y soltó entre dientes un pequeño responso en italiano.

—Puede usted pasarse el día entero hablando con Dios pero, si quiere salir de esta, lo que tendría que hacer es hablar conmigo ahora mismo —dije, con toda la amabilidad que me fue posible.

Ya me temía yo lo que había pasado en realidad, que fue su marido el que disparó a Salino y ella se había incriminado a sí misma para protegerlo. ¿Qué pasaba en aquella cárcel, había quizá una epidemia de mujeres que se entregaban a la justicia para pagar por los crímenes del marido?

Providencia tenía las manos como garras arrugadas por la edad. Cuando cogió con ellas las mías, no me atreví a apartarlas por miedo a arañarme con aquella piel rasposa.

—Le digo la verdad. Fui yo la que disparé a Salino.

—Ya, pero el agente Courter tiene testigos...

Se echó hacia delante y me agarró todavía más fuerte.

—Escuche, señora. Yo lo disparé, pero apuntaba a otro.

De repente lo comprendí todo. Sentí un escalofrío en la espalda. No quería que viera que había caído en la cuenta, pero Providencia entrecerró aquellos ojillos negros y se echó atrás, dándose por satisfecha.

—Yo apunto a mi marido. Salino llega en ese momento a pagar el alquiler pero no lo veo a tiempo. Mi marido salta; y la bala *pa* Salino.

Me soltó las manos con un aspaviento de los dedos, como haría un hechicero cuando echa la maldición. Las dos respiramos profundamente a la vez: el aire nuevo tomaba el espacio del viejo; y a la mentira la reemplazaba la verdad.

Providencia apoyó la espalda en la pared y dejó la vista perdida en un punto fuera de la celda, como si viera en ese instante la línea

del horizonte a lo lejos. Seguí esa mirada, y pensé en lo diferente que tenía que ser lo que ella viera allá en lontananza de lo que viera yo.

—Así que ya lo sabe —dijo—. Yo digo la verdad. Y en la cárcel me quedo.

—Pero los testigos... —dije sin convicción—. El agente Courter está absolutamente convencido de que los disparos sonaron antes de lo que dice usted.

Sin apartar los ojos de lo que fuera que veía más allá de aquellas cuatro paredes, dijo:

—De testigos nada sé. Yo digo la verdad.

—Pero, si él quiere que salga usted libre, no veo por qué...

Pero entonces lo vi. Con total nitidez.

Providencia tenía pánico a su marido. Me pesaba el cuerpo, dejé las manos en el regazo y la cabeza apoyada en la pared, y escuché de su boca lo que ya me imaginaba. El marido era borracho y jugador. Trabajaba en la fábrica de munición, pero robaba pólvora que luego vendía. Cuando lo cogieron, lo echaron, y Providencia fue a suplicarle al capataz que volvieran a admitirlo, a lo cual este se negó, aunque le dio pena de ella y la dejó trabajar como limpiadora en la fábrica. Era un trabajo que supervisaban muy de cerca y, aunque lo hubieran querido, ninguna habría podido robar nada. Providencia trabajaba diez horas al día en la fábrica y se pasaba la noche haciendo las faenas propias de una patrona que tiene huéspedes que atender, un trabajo agotador, según ella. (Cuando fuimos a detenerla, no vi nada que indicara que se ocupara de esas labores, pero no dije nada).

Como no tenía oficio ni beneficio, el señor Monafó pasaba el día en los bares, y se convirtió en un borracho pendenciero y violento. Insultaba a Providencia a voz en grito, le echaba en cara la miseria a la que se veían abocados, aunque fuera él el causante con la bebida y el juego, y en una ocasión le tiró encima las brasas de la lumbre y casi prendió fuego a la casa. A los huéspedes les entró tanto miedo que dos de ellos cambiaron de patrona. Cuando Providencia le dijo que buscara un trabajo para compensar por la

pérdida de ingresos, él cogió una silla y se la estampó encima. La pobre cayó al suelo y se lastimó la cadera —quizá por eso arrastraba penosamente los pies al andar—, y la silla quedó hecha añicos.

Providencia sufrió ese tormento durante meses, hasta que otra mujer de la fábrica le dio una pistola. Era solo una medida disuasoria, algo que la protegiera mientras hacía las maletas y huía de allí. La mujer le dijo que, si el marido se la encaraba cuando ella se iba a marchar de casa, no tenía más que apuntarle con la pistola y eso lo calmaría y dejaría que se marchara.

—No lo conoce a mi marido —dijo Providencia dando punto final al relato de lo sucedido—. Solo lo calma a ese un golpe en la cabeza.

—¿O un balazo?

Dijo que sí con la cabeza.

—Él se me viene encima y yo disparo. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

—Podría haber llamado a la policía. —Yo sabía que de bien poco le habría servido eso, pero me sentí obligada a decirlo.

Ni se molestó en responder. Me dio una palmadita en la rodilla, soltó un gemido y se puso de pie.

—Aquí me quedo —dijo sin poder disimular su alegría, como si con eso bastara para darlo todo por zanjado—. Mi marido —y entonces alzó el brazo en señal de triunfo mientras apuntaba al mundo más allá de la cárcel—, él se queda ahí afuera.

Comprendí al fin por qué había vuelto a casa. Puede que saliera corriendo aterrorizada al ver que había disparado a Salino, pero una vez en el tranvía, sentada y con tiempo para pensar, se daría cuenta de que su marido seguía vivo, y de que la había visto apuntarlo con un arma. La verdad del caso era que solo en la cárcel estaba a salvo, porque, si huía, él la acabaría encontrando. Así que volvió derecha a la escena del crimen con la esperanza de que la llevaran presa.

Aunque la habíamos lavado y llevaba ropa nueva, Providencia seguía teniendo un aire salvaje. Nunca se recogía el pelo en un

moño a la usanza de las otras mujeres, sino que lo llevaba suelto y se le arremolinaba alrededor del cuello como un manojo de zarzas. Tenía la costumbre de encoger los hombros al hablar, como si todo lo que dijera fuera un secreto. Le había salido una verruga negra junto a la comisura de la boca, y uno de los carrillos era más carnoso que el otro. Eso hacía que tuviera un ojo siempre entrecerrado, mientras que el otro lo abría de par en par. Parecía una mística, o una bruja.

—*Strega* —dijo, de pie delante de mí, poniéndome las manos en los hombros.

—¿*Strega*? —repetí.

—En Italia, llaman *strega* a una bruja.

¿Cómo sabía lo que estaba pensando?

—Me mira *usté* y piensa que parezco bruja —dijo—. La he calado.

Mi trabajo en aquel edificio me había deparado conversaciones muy extrañas, pero esta se llevaba la palma.

—La he calado yo a *usté* —dijo otra vez—. La meten en la cárcel igual que a mí. ¿Y *usté* qué ha hecho?

Fijó la vista en mí con tanta intensidad que me sentí presa de algún hechizo. Con un ojo entrecerrado, indagador, y el otro más abierto que antes, imploraba una respuesta.

—Señora, ¿*usté* qué ha hecho?

Bajé al despacho del *sheriff*, y ya iba a llamar a la puerta cuando oí la voz de John Courter dentro.

—¡Pues porque estaba cansado de esperar! —decía. Me apoyé en el quicio de la puerta y pegué atentamente el oído. El *sheriff* Heath no hablaba tan alto y no oía todo lo que decía.

—... si la dejamos en libertad ahora... —Eso fue lo único que entendí.

—Pues no veo otra manera —gritaba Courter—. Una de dos, o la señora Monafó miente, o está encubriendo a alguien; y si no nos va a decir a quién, no sirve de nada tenerla aquí. Y tú tampoco sirves

de mucho con el lío este y el otro del fugitivo que anda por ahí suelto.

Añadió algo en voz baja que no alcancé a oír, pero sí la respuesta del *sheriff*:

—Tengo a todos mis hombres buscándolo. ¿Qué quieres que hagamos?

Sucedió un silencio, y luego oí algo que caía encima de una mesa.

—Ha pasado una semana, Bob. Los dos sabemos que Von Matthesius no va a aparecer ya. La Comisión del Condado ha llamado a tus avalistas. Hablo en nombre de la Oficina del Fiscal cuando te digo que no vamos a esperar mucho más sin abrir una investigación.

—Lo cogemos —añadió rápidamente el *sheriff*.

—Tú veras qué haces con la familia —dijo el agente Courter—. Si acabas en una celda en el piso de arriba, aquí no pueden quedarse: y ahí que vas a acabar. ¿Cordelia no se puede ir a vivir con su madre? Deberías empezar a pensar en ello.

Sonó otro golpetazo encima de una mesa, y una silla que arrastraban por el suelo.

—Si no tienes más asuntos que tratar en esta comisaría, ya te estás largando de aquí. Prepara el papeleo si quieres que la señora Monafo salga en libertad. Está bajo mi custodia, y no la soltaré a no ser que traigas una orden.

Venían derechos a la puerta. Me escabullí dando la vuelta a la esquina, cerca del apartamento del *sheriff*, y esperé a que el señor Courter saliera con un guardia.

Cuando volví, Heath estaba apoyado en la puerta del despacho, con la cabeza gacha y los hombros caídos. Se dio la vuelta al sentir mis pasos.

—Ya ha oído a Courter.

—Parte de ello.

—Tiene toda la pinta de que ha intentado algo sucio con la señora Monafo esta mañana. Le pedí tiempo para que volviera

usted sobre ello, pero le importa bien poco lo que yo piense, y eso que el que lleva la cárcel soy yo.

—Acabo de hablar con ella —dije—. Yo la creo. No sé qué pensar de esos testigos del agente Courter, pero me parece que esa mujer dice la verdad.

16

Todo eran caras largas en la cárcel. Los ayudantes de *sheriff* y muchos guardias llevaban horas sin parar de buscar, dejando de lado todo lo que no fuera urgente. Cundía la preocupación por que Von Matthesius ya hubiera salido del país a bordo de algún barco, o que viajara en un tren hacia el oeste, donde nunca lo encontraríamos.

El agente de la policía de Nueva York al que mandaron a buscar al doctor Rathburn no halló rastro de él, ni en su casa ni en la clínica. Hasta la recepcionista había desaparecido. El *sheriff* Heath fue al día siguiente a interrogar al director del Murray's y a la chica del ropero, pero no logró averiguar gran cosa.

Y menos tenía la policía de Rutherford en sus archivos. En la correspondencia de Von Matthesius salieron varios nombres, casi todos de médicos de California y Texas, donde llegó a vivir. Heath había escrito a la policía en ambos sitios para hacer averiguaciones, mas no obtuvo nada en claro. Todo el tiempo que yo no estuve, la investigación fue dando palos de ciego por estaciones de tren, bares, muelles; y luego, vuelta al apartamento de Felix y a las tiendas de la barriada, para llegar al cabo a vía muerta.

Los ayudantes de *sheriff* y los guardias fueron más amables conmigo de lo que esperaba. Todos se enteraron de que fui yo la que dejó escapar a Von Matthesius, por cortesía de Thomas English, quien bien se encargó de contárselo. Pero me los gané cuando salí yo sola y volví con Felix. Era más de lo que nadie había hecho, ni siquiera English. Menos mal que el *sheriff* Heath le asignó tarea lejos de la prisión, donde no pudiera verme. Estaba casi

siempre vigilando las estaciones de tren, un trabajo anodino pero muy necesario.

Aun así, la situación no era cómoda entre nosotros. El ayudante de *sheriff* Morris me confesó en secreto que los hombres tenían miedo de perder el trabajo. Si metían en la cárcel a Heath por la fuga de Von Matthesius, nombrarían a un *sheriff* nuevo hasta las siguientes elecciones, y todas las quinielas apuntaban a que la Comisión del Condado pondría en su lugar a un hombre de la oposición.

—Y ¿sabe usted a quién quieren sentado en el despacho del *sheriff* los republicanos? —preguntó Morris en un murmullo de voz. Yo dije que no con la cabeza. Norma sí que estaba al día en política, pero yo no tenía ni idea—. John Courter. Es el siguiente en la lista cuando el partido se ponga a repartir favores.

No podía imaginarme a un hombre tan mediocre, estrecho de miras y lleno de resentimiento como el agente Courter haciendo de *sheriff*.

—Hablan ya de que habrá juicio —añadió Morris— y, si el fiscal quiere abrir una investigación, bien poco podrá hacer el *sheriff* Heath para impedirselo.

—¿Se refiere a que también saldrá mi nombre, y se enterará todo el mundo?

—Lo siento, señorita.

No quería ni imaginarme lo que diría mi hermano cuando se enterara tanto del escándalo como de mi incapacidad para conseguir ingresos que nos permitieran apañárnoslas por nuestra cuenta, después de todo lo que le insistí en que nos dejara seguir viviendo solas en la casa. En cuanto se supiera todo por los periódicos, me sería imposible conseguir otro trabajo. A lo mejor tenía que irme lejos, a Chicago, o incluso a Denver. ¿Tendríamos que salir corriendo otra vez las tres, y todo porque yo había puesto en evidencia a la familia? ¿Cuántas veces más en la vida tendría que huir de mis propios errores?

El *sheriff* Heath no admitió ningún reproche por la fuga de Von Matthesius:

—Si en esta comisaría hicieran falta los servicios de una pitonisa, bajaría yo mismo a Palisades Park a contratar una. —Se había acostumbrado a decirles a sus hombres—. Y, si alguno de ustedes tiene poderes de adivinación y no lo ha dicho hasta ahora, tenga la bondad de recurrir a ellos para decirme dónde se esconde ese recluso.

Pero ninguno lo sabíamos, y Felix no abría la boca. Sentado en su celda, persistía en su terco silencio; ni siquiera se dignaba a levantar la cabeza para mirarnos. Se vengaba así de nosotros: puede que lo hubiéramos cogido pero, si no decía nada, el arresto sería inútil.

Lo metimos en la sala de interrogatorios y estuvimos encima de él durante horas, pero no sacamos nada en claro. En las historias de detectives que publican los domingos los periódicos, los testigos están deseando revelar lo que saben y poner a la policía en el buen camino. Pero quizá Felix no leyera la prensa. Su silencio era de esos en los que los testigos rumian, resoplan, se ponen rojos y patalean, pero era un silencio al fin y al cabo. Hubo un punto en el que preguntó si el *sheriff* lo acusaba de algo. Pero le recordamos que no hacía falta acusarlo de nada para tenerlo retenido como testigo hasta que apareciera Von Matthesius.

—Aunque podrías decirnos dónde está —dijo el *sheriff*—, y a lo mejor te soltamos.

Cuando se cerró en banda y ni siquiera quiso mirarnos, Heath le dijo con gesto de resignación que se preparara para pasar una temporada en la cárcel:

—En el presupuesto entran 50 centavos al día para dar de comer a los testigos, así que no te faltará mantequilla en el pan hasta que decidamos presentar cargos contra ti por dar cobijo a un fugitivo. Entonces ya serás uno más de nuestros presos.

Como no dijo nada al oír aquello, el *sheriff* remató:

—Por lo general, los testigos no tienen tarea, pero me parece que doblar un poco el lomo te despejará la mente, y así te vas acostumbrando a tu vida futura de recluso. Diré que te pongan a fregar suelos. ¿Cómo te suena eso?

A Felix debió de sonarle bien, porque ni siquiera levantó la cabeza en señal de protesta.

Hablar no quería, pero lo que no podía impedir era que le hiciésemos un retrato y lo mandáramos a las comisarías. El *sheriff* llamó a todos los periodistas de Hackensack, invitándolos a que sacaran ellos su propia foto y la publicaran en los periódicos.

El ayudante de *sheriff* Morris llevó a Felix a la planta baja para la sesión fotográfica. El *sheriff* Heath me pidió que los acompañara por si los periodistas pedían detalles de cómo arrestamos a Felix. No me apetecía mucho estar rodeada de reporteros y tenía mis dudas sobre la conveniencia de atribuirme su detención. Habría sido más fácil decir que lo arrestó un policía y dejarlo ahí. Pero el *sheriff* insistió, dijo que el departamento no tenía nada que ocultar y que lo pondríamos peor si le hurtáramos información a la prensa, así que fui con ellos.

Eso sí, me acordé de la promesa que le había hecho a Carrie, y la invitamos junto al resto de periodistas. Me tuve que llevar una mano a la boca para no sonreír cuando entré en la sala y la vi, de pie al fondo, toda elegante: la única mujer reportera entre más de veinte periodistas con el habano prendido en la boca.

El despacho del *sheriff* no era muy grande —apenas si había espacio para la mesa de trabajo y otra de mayor tamaño, larga y de madera de roble, a la que a veces se sentaba con los ayudantes—, pero los periodistas se apelotonaron todos allí en paz y armonía. Eran tantos que, curiosamente, el espacio parecía más grande, y no más pequeño. Flotaba por encima de ellos una nube de humo, y había en el aire ese murmullo cordial que da vida a los bares. Habían desplazado la mesa del *sheriff* contra la pared, y en su lugar colgaba un telón como hay en los estudios fotográficos. La cámara ya estaba montada en el trípode.

El *sheriff* Heath hablaba en un rincón con un hombre de uniforme que tenía el pelo gris. Los dos se giraron cuando Morris y yo llegamos con Felix, y el *sheriff* soltó un agudo silbido para pedir silencio.

—Caballeros, y señoras, les presento a Felix von Matthesius, hermano del fugitivo y la persona que, creemos, lo ayudó a escapar del hospital la semana pasada, el 22 de octubre. La señorita Kopp fue quien lo arrestó, con la ayuda inestimable de cuatro agentes de la policía de Nueva York.

—¿La señorita Kopp o la ayudante de *sheriff* Kopp? —preguntó Carrie desde el fondo, y arrancó un coro de risas de sus compañeros.

El *sheriff* Heath se lo tomó como cualquiera de las otras preguntas:

—La señorita Kopp ha ejercido funciones de supervisora aquí en la prisión y ha demostrado también que tiene dotes de patrullera. Este es su primer arresto y no será el último. A su debido tiempo le será entregada una placa, pero la tarea candente en esta comisaría es atrapar a los delincuentes y meterlos en la cárcel. Es por eso por lo que solicitamos su ayuda hoy.

Tanta atención me hacía sentir incómoda, y aparté la vista del fondo de la sala para fijarla en el vano de la puerta, donde vi al ayudante de *sheriff* English junto a un guardia. No había vuelto a encontrarme con él desde aquella noche que casi me descubre delante del apartamento de Felix. Él y el guarda no paraban de decirse cosas al oído. De haberseme subido a la cabeza aquello de que me entregarían una placa, bastó ver al ayudante de *sheriff* English para que me aguara la fiesta.

El *sheriff* Heath no deparó en nada de todo aquello.

—Adelante con las fotografías —dijo—. Les recuerdo que el detenido no va a responder a ninguna pregunta. Yo les explicaré cuál es el objeto de nuestras pesquisas, y él guardará silencio... a no ser que quiera decirnos dónde ha escondido a su hermano.

El ayudante de *sheriff* Morris llevó a Felix hasta el centro de la sala, y este bajó la barbilla desafiante y dio la espalda a las cámaras porque, como tenía las manos esposadas por detrás, no podía taparse la cara con ellas.

Había plantado uno de los pies en la marca que el *sheriff* hizo en el suelo, y Morris lo cogió por el brazo y le pidió que alzase la cara,

pero no quiso. Heath le dio a su ayudante una vara y dijo:

—Felix, o levantas la cara o te la levantamos nosotros.

El ayudante de *sheriff* Morris le puso la vara debajo de la barbilla y, con suavidad, le dio un pequeño golpe. Por fin Felix alzó la vista delante del coro de reporteros y les dedicó una mirada asesina con los ojos entrecerrados que duró lo suficiente para que el *sheriff* sacara la foto. Mientras enrollaba la película, pidió a los periodistas que se acercaran. Algunos habían apoyado el trípode de sus cámaras contra la pared del despacho, y en ese momento se adelantaron con ellas y formaron algo parecido a un pelotón de fusilamiento, y de esta guisa sacaron las fotos.

Cuando acabaron, el *sheriff* se volvió hacia ellos y dijo:

—Muchachos... Bueno, damas y caballeros, el jefe de policía y yo mismo —e hizo un gesto para señalar al hombre que estaba a su lado— pedimos la colaboración ciudadana para saber dónde se ha alojado y qué sitios ha frecuentado este hombre en el último mes. Si lo hubiera visto alguien salir de una fonda, de algún bar, restaurante, o cualquier otro espacio público, le pedimos que acuda a nosotros con dicha información lo antes posible. Creemos que ha dado cobijo al fugitivo Herman Albert von Matthesius, cuyo retrato ha salido ya en todos los periódicos. Les recuerdo que es un delincuente con sentencia firme, y muy peligroso.

Ofreció una descripción del fugitivo, y los reporteros la apuntaron, y el ayudante de *sheriff* Morris cogió a Felix por el codo y lo sacó del despacho. Un hombre alto y delgado con la barba rala se puso de pie y preguntó:

—¿Tiene el *sheriff* alguna otra pista para seguir investigando el caso?

—El *sheriff* siempre tiene otras pistas —fue la respuesta—. Pero hoy lo que les pedimos es que nos ayuden con esta.

—¿Es normal que los reclusos finjan estar enfermos para que los lleven al hospital? —preguntó un hombre mayor de carrillos flácidos que estaba al fondo de la sala.

—En absoluto. He hablado con los médicos del hospital, y creemos que Von Matthesius se llevó a la boca trozos de cristal de

una bombilla rota para que creyéramos que tosía sangre. Es posible que incluso ingiriera jabón, o algún líquido tóxico para dar la impresión de que estaba enfermo. Fue un intento de fuga planeado al detalle, y habría podido evitarse si la Comisión del Condado me hubiera autorizado a contratar a un médico en la prisión, tal y como yo he solicitado.

Un hombre orondo con la cara rosácea como el jamón cocido hizo un esfuerzo para ponerse de pie y dijo:

—Si no logra coger al fugitivo, ¿acabará usted ocupando la misma celda que tuvo él, o ya ha elegido otra?

El coro de protestas fue generalizado, pero el *sheriff* Heath alzó las manos para silenciarlo:

—Le doy las gracias al *Hackensack Republican* por el interés mostrado en mi lugar de residencia, pero me encuentro la mar de cómodo en el apartamento del *sheriff* y es mi intención seguir ocupándolo con mi familia. ¿Alguien tiene alguna pregunta acerca de la persecución del fugitivo?

—¿Cómo lo detuvieron? —gritó Carrie desde el fondo. Tenía los labios pintados de rojo carmín y sonreía sin disimular el júbilo.

El *sheriff* Heath me miró.

—La señorita Kopp lo vio salir del restaurante Murray's, en el centro de Nueva York, donde lo había seguido tras varios días en los que llevó a cabo una incansable labor de detective. No dudó en ningún momento en reducirlo ella misma. Fue un trabajo rápido, y es precisamente este tipo de iniciativa la que esperamos de los ciudadanos, y por eso les pedimos a ustedes colaboración, para que lo hagan público en sus periódicos. Y ahora, venga, vayan y saquen algo en la edición de la mañana.

17

Esa misma noche bajé a la cocina a cenar algo. Las cocineras acababan de subir a acostarse, el suelo relucía porque todavía no se había secado, y olía a detergente. Había cuatro cafeteras enormes para el abastecimiento de toda la cárcel desde el alba hasta el ocaso, y las habían restregado bien por dentro y dejado volcadas de un lado para que se secaran. La fregona goteaba recién lavada sobre el fregadero, y un par de guantes de goma colgaban del asa del armario que había debajo.

Vi luz dentro de la despensa, y oí que había alguien dentro. Pensaba que sería uno de los guardias, y que estaría buscando algo de comer entre lo que las cocineras nos dejaban allí dentro, pero era Cordelia Heath. Tenía puesto el delantal, y se había dejado caer en un escabel que había en el rincón. Allí sostenía una petaca en una mano, y me llegó el aroma dulce y furtivo del brandi.

Nada más verme, escondió la botella debajo del delantal, pero se dio cuenta de que la había visto. Tenía la nariz roja e hinchada, y el alcohol le había nublado el brillo de los ojos. Entonces se agarró a una balda y tomó impulso para levantarse.

—Buenas, señora Heath —dije yo.

—Señorita Kopp. —Me miró y luego se agachó sobre una caja de cebollas y patatas como si estuviera escogiéndolas—. Está usted por todas partes.

Se cayó contra la pared y sin querer le dio una patada al escabel. Vi que echaba mano al delantal para asegurarse de que no le había pasado nada a la botella, un gesto que parecía mecánico.

No quería preguntárselo así, pero tenía que hacerlo:

—¿Está usted enferma, señora Heath? ¿Está el señor Heath en casa? Si quiere puedo...

Se giró y me miró con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está el señor Heath? Esa sí que es buena pregunta. Sabe usted más del paradero de mi marido que yo.

—Esta noche no lo he visto.

Pensé en pedirles a los guardias que fueran a buscarlo, pero no sabía qué era peor: si dejarla sola en semejante estado, o delatarla avisando al *sheriff*. Todas las familias tenían sus secretos; pero, a diferencia de nosotras, a los Heath no les era dado esconderlos en el campo. No les quedaba otra que vivir allí, donde hasta el último integrante del cuerpo de policía observaba lo que se traían entre manos.

Cambió un par de cajas de sitio; estaba buscando algo.

—Yo solo busco lo que es mío. La comida de los presos no la tocamos.

—Pues claro que no, señora —respondí, aunque no había nada de malo en comer la comida de la cárcel.

—El mozo de reparto de la tienda me trae el pedido con el resto de provisiones. —Se apartó un mechón de pelo de la frente—. Porque es que, claro, yo ya no puedo ir a la compra. —Sacó por fin una caja de madera de la estantería y se la apoyó en la cadera, luego adelantó la barbilla y me miró como si la estuvieran acusando de algo.

Aquella mirada invitaba a una respuesta por mi parte, así que dije:

—Tiene que ser difícil salir de casa con los niños tan pequeños. Menos mal que la ayuda Grayce.

—¡Grayce! —exclamó con un ligero chillido que hizo que le temblara la voz, y se echó a reír—. Su hermano la obligó a volver a casa después de lo que pasó. ¿Y cree usted que voy a poder encontrar en todo Hackensack una chica que me ayude a llevar la casa, después de que saliera en los periódicos que los reclusos acosan a las criadas?

—Bueno, yo...

—Y tampoco puedo ir al mercado yo sola, según hablan de nosotros en esta ciudad. —Dejó la caja en el suelo y empezó a rebuscar entre los paquetes de azúcar y harina que había en una de las baldas de arriba—. A poco que asome la cara ahí afuera, me acribillará a preguntas cualquiera que... Vaya, aquí está por fin.

Metió un paquete de harina de maíz en la caja y se giró hacia mí:

—Los periódicos no han dicho nada de eso, pero todo el mundo sabe que fue usted la que lo dejó escapar.

—¿Todo el mundo? —No me había percatado de que en la ciudad estuvieran al tanto, pero debí habérmelo imaginado.

—Cuando mi padre era miembro de la Comisión del Condado, hubo un *sheriff* que quiso contratar a una mujer en la cárcel. Según papá, se lo impidieron porque una mujer no puede evitar ella sola la fuga de un preso, ¿y no es para eso para lo que están los guardias?

—Lo cogeremos.

No me molesté en recordarle que la única que había arrestado a alguien en aquel caso era yo. En el estado en el que se encontraba, ni siquiera me habría escuchado.

El mechón suelto se le quedó colgando entre los ojos. Los tenía entrecerrados, y forzaba la voz al hablar.

Levantó la caja como pudo, y yo salí reculando de la despensa.

—¡Qué poco le importa a usted lo que nos pase a nosotros! Claro que por qué le había de importar; solo se ocupa de divertirse, como tienen que hacer las solteras.

Según lo dijo, parecía que estar soltera fuera algo indecoroso.

—Yo no he venido aquí a divertirme.

—¿Ah, no? Pues tiene toda la pinta; vamos, que no hizo usted más que entrar en esta cárcel y... —Blandió la mano que tenía libre delante de mí, imitando con el gesto lo que fuera que se pensara que hacía yo allí—... Pero la que tiene que vivir aquí soy yo, y a la que van a poner de patitas en la calle si no cogen a ese hombre es a mí.

No tenía sentido discutir con ella en aquel estado, así que dije:

—Lo siento, señora. Todos acabaremos en la calle si no lo encuentran.

Con aquel intento por mi parte de hacerme cargo de su situación, solo logré ponerla más en mi contra:

—Pero usted estará divinamente, ¿a que sí? —Había algo de crueldad en cómo lo dijo.

Salió tropezando con la caja, la puerta se cerró, y yo me quedé sola en la cocina, con mal cuerpo y peores perspectivas.

—Pues no lo sé —les dije a aquellas cuatro paredes.

Y es que realmente no creía que nadie pudiera estar bien en caso de que el *sheriff* Heath fuera a la cárcel.

Es imposible olvidar el olor de una mujer a la que el brandi le sale por todos los poros. Cuando tenía diez años, la tía Adele vino a vivir con nosotros y se trajo con ella ese perfume tan característico. Era la hermana mayor de mi madre, tenía casi cuarenta años, hacía poco que se había quedado viuda, y había contraído una enfermedad que nadie se atrevía a nombrar.

Mi padre trabajaba en esa época para un importador de vinos carente de escrúpulos. Era alcohol de baja calidad, y muchas veces, adulterado. Diluían el oporto con jugo de endrinas o saúco, luego lo mezclaban con brandi barato y zumo sin colar, y metían astillas de madera para que supiera a barril. El vino lo mezclaban con cáscaras de avellana y estricnina (por lo general en dosis pequeñas, para darle un sabor más amargo); y lo que hacían pasar por champán no era más que sidra de Jersey mezclada con grosella y cochinilla. Si había que edulcorar algo, echaban mano de acetato de plomo. Solo con que fuera de color tinto o dorado y se subiera a la cabeza, la licorera Bonham y Koch ya lo sacaba a la venta, a menudo en botellas que recogían en las cocinas de los hoteles, y a las que pegaban sus propias etiquetas.

Arrestaron a uno de los dueños —creo que fue al señor Koch— cuando un restaurante de Brooklyn presentó una queja por uno de los vinos que les habían vendido, de aspecto turbio y mal olor, y que dejó manchas en los dientes de los parroquianos, como si lo

hubieran adulterado con tinta o alquitrán. Para acabar de rematarlo, habían importado el vino sin pagar ningún tipo de impuesto, lo que despertó sospechas de que pudiera ser de contrabando.

Metieron al señor Koch en la cárcel, y a mi padre con él. Aunque solo pasó unos días entre rejas, pues su jefe movió los hilos para que lo liberaran, mi padre tardó meses en volver a casa después del arresto. Mamá le dijo a Francis que le daba vergüenza presentarse delante de nosotros. (A ella también le daba vergüenza; de hecho, jamás nos dijo nada a mis hermanas y a mí. Quien nos lo contó fue Francis, que echaba una mano barriendo el suelo en la tienda de vinos cuando salía del colegio y se había enterado, y a quien Norma, que ya tenía un carácter dominante a la edad de seis años, le insistió para que nos lo contara).

Fue salir mi padre de casa, y entrar la tía Adele. Norma y yo pensábamos que tendríamos que dormir con mi madre y cederle a Adele nuestra cama; pero en lugar de eso, nuestra tía prefirió un armario que había debajo de la escalera, y en el que apenas cabía, tal y como ella lo puso, «una cunita y una vela». A mí no me entraba en la cabeza que alguien prefiriera meterse a dormir en un espacio tan reducido y sin ventanas, cuando tenía a su disposición una cama como todo el mundo, y le pregunté a mamá, pero guardó un hermético silencio. Supe la verdad un día en el que, aprovechando que a Adele la atendía el médico en la sala de estar, me metí en su cuchitril a investigar sin que me vieran.

Y allí lo noté por primera vez: aquel olor fétido a gas dulce y fruta podrida. Tenía una botella de brandi debajo de la almohada y había escondido unas cuantas vacías en las botas que jamás se ponía, pues nunca salía de casa. Había al lado una pila de paños limpios, aunque tenían manchas viejas de sangre y alfileres por todas partes. No sabía qué relación tenía lo uno con lo otro, el hedor y el mal que padecía; pero lo tomé por una y la misma cosa y, desde entonces, siempre he asociado el alcohol con el secretismo y la enfermedad.

Adele empeoró, y no tuvo más remedio que admitir su adicción, y dejar que mamá y yo la cuidáramos. Entonces pude ver lo que la

había llevado a guarecerse en el armario: una herida debajo del brazo que nunca cicatrizó, de cuando le extirparon un bulto del tamaño de una nuez. Luego le salió otro más grande en el mismo sitio, y a mí me daba miedo verlo, oscuro y arrugado como el puño de un bebé, cuando le quitábamos el vendaje y le lavábamos la úlcera con ácido fénico que, aunque diluido, era muy doloroso. En las curas que le hacíamos, Adele gritaba y mordía un trapo empapado en brandi.

—Hay que dejarla que lo muerda —decía mamá—; si no, no lo podría aguantar.

Yo la veía volcar la botella en el trapo y empaparlo con profusión para que Adele lo chupara con todas sus fuerzas y nos dejara trabajar. Parecía que el trapo era como una medicina. Cuando Adele volvía a acostarse y mamá creía que yo no la estaba viendo, le metía la botella a su hermana debajo del brazo, igual que una aprieta un muñeco contra el pecho de un niño dormido.

Y allí estaba Cordelia, encerrada en un armario con una botella y con su propia herida. Mas, a diferencia de la tía Adele, que buscó voluntaria y denodadamente nuestra compañía, la señora Heath me enseñó los dientes cuando la descubrí, como haría un animal cogido en una trampa. No dejaba que me acercara a ella para ayudarla, y quién era yo para inmiscuirme en el problema con el alcohol que tenía la mujer de mi jefe. Solo había una manera de socorrerla, y era encontrar al fugado.

A medianoche, la claraboya abovedada de la quinta planta crujía con un traqueteo cada vez que la azotaba el viento; y cuando arreciaba el granizo, el golpeteo machacón contra el cristal me despertaba a veces, y luego me mecía para que conciliara el sueño.

Lo que me despertó del todo fue la voz del *sheriff* Heath:

—Lo siento, señorita Kopp —decía.

Vi una luz al otro lado de los barrotes de mi celda. La luz se alejaba; y con ella, sus pasos.

—¿*Sheriff*?

Cesó el balanceo del farol que llevaba en una mano, y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa? —susurré.

Volvió. El farol le colgaba a la altura de las rodillas y arrojaba sobre el suelo una mancha amarilla de luz. Se le reflejaba en la cara la misma palidez de las paredes, de un color blanco amarillento.

Nos miramos a través de los barrotes, hasta que me di cuenta de que no entraría si yo no se lo pedía. Abrí la puerta de la celda, y entró y recorrió con la mirada mis cosas: la lámpara, el peine y el libro que me estaba leyendo.

Al fin, dijo:

—Estaba usted dormida.

—No importa. —De noche me ponía un vestido de pana muy parecido al que llevaba por el día, por si surgía alguna emergencia, o sea que no era como si llevara puesto solo un camisón. Me senté en el borde del camastro—. Siéntese.

Suspiró, tomó asiento a mi lado y apoyó la cabeza contra la pared.

Yo llevaba toda la noche martirizándome con la situación de la señora Heath.

—No merezco estar aquí —dije—. Por lo menos, mientras él siga ahí fuera. No es justo.

Soltó un resoplido y dijo:

—Señorita Kopp, ¿sabe usted la cantidad de maleantes a los que no arrestan ni siquiera una vez en la vida?

Lo miré y pensé la respuesta:

—Casi todos.

—En efecto. Y a los que sí cogemos, esos ya han cometido antes al menos diez delitos que quedarán impunes. Usted sabe que esto es así.

Dije que sí con la cabeza. A los presos les gustaba jactarse de los timos y estafas por los que nunca podríamos incriminarlos.

Se volvió y señaló las ventanas que había al fondo de aquel ala de la cárcel. Al otro lado, allí donde acababa la calle Main, se

elevaban unos cuantos edificios que nos daban la espalda. De día, teníamos una vista de toda la ciudad al otro lado del río. La prisión estaba a las afueras, en la ribera del Hackensack, donde habían puesto todo lo que la gente no quería ver: un almacén de carbón, una fábrica textil y un cementerio.

—Nadan libres ahí fuera, como peces en el río que atraviesan las redes —dijo—. Algunos quedan atrapados. A otros no les dejamos nadar todo lo a gusto que ellos querrían. Pero, lo que se dice pararlos del todo, eso nunca lo logramos. Siempre habrá más delincuentes que polis. Al final, no ganamos nunca. Lo sabe usted, ¿verdad?

—Claro que lo sé —dije, un poco tensa. Aunque quizá no lo sabía. Nunca me había parado a pensar que, de alguna manera, jamás los derrotaría. Yo creía que, si no cejábamos en nuestro empeño, entre el *sheriff* y yo limpiaríamos de delincuentes el condado de Bergen.

—Total, que hemos perdido a uno. Y lo vamos a volver a coger. Eso sí, señorita Kopp...

Crucé los brazos sobre el pecho y hundí la barbilla como hacía Norma cuando quería imponerse a la gente.

Sonrió levemente y siguió diciendo:

—Todos los días, hay alguien que roba o tima y no paga por ello. Todos los días, nos llama alguien pidiendo ayuda, y no llegamos a tiempo. Hay siempre peleas y disparos, o un fuego intencionado, o una chica que desaparece.

—Sí, pero...

No me dejó concluir la frase:

—Sí, pero lo que hacemos es ponernos otra vez manos a la obra.

Dejé caer los brazos y solté todo el aire de golpe. Aquello eran palabras mayores.

—Manos a la obra —repetí, como si quisiera ver cómo sonaba.

—Eso es —dijo, y la sonrisa le acercó las comisuras de los labios a los ojos—. El trabajo en esta comisaría sigue. Estamos buscando a un hombre, y al final lo atraparemos.

—Pero, si no es así, usted...

—Lo atraparemos —dijo, cortándome en seco—. Y, mientras llega ese momento, me toca seguir al frente de esta prisión. Hay aquí otros ochenta y cinco reclusos; no podemos olvidarnos de ellos.

Pensé de nuevo en Cordelia.

—Pero la señora Heath no me quiere por aquí, después de todos los problemas que le he causado a usted.

Respiró hondo, y en un tono tan bajo que tuve que aguzar el oído para oírlo, dijo:

—La señora Heath le da mucha importancia a las apariencias, a la reputación, a los títulos y a los honores. Cuando acepté el puesto de segundo de a bordo, lo vio como un primer peldaño hacia el de *sheriff*, y de ahí al de alcalde, y luego senador. Quiere vivir en una casa en la capital, y servir el té en tetera de plata en su saloncito. Y usted, ¿qué me dice usted de la ciudad de Washington, señorita Kopp?

—Me parece un sitio horrible; prefiero buscar al viejo Von Matthesius en los bajos fondos.

Sonrió, y en ese instante se abrió una ventana de esperanza que no se había abierto antes entre nosotros dos.

—Yo también lo prefiero —dijo—. Pero Cordelia eso no lo entiende. Y nunca lo entenderá.

—Bueno —dije tragando saliva, porque casi no podía hablar—. Pobre Cordelia. —Enseguida me arrepentí de haberle dicho que su mujer no me quería allí.

—Le he dado a Cordelia todo lo que una mujer desearía: hijos, y un buen hogar —dijo, y entonces yo metí baza:

—El hogar que le ha dado no es muy bueno.

Pateó el suelo y meneó la cabeza.

—Vale, no es el hogar que ella quiere. Pero es la casa del *sheriff*, y ella es la mujer del *sheriff*. Y el que decide a quién dar un trabajo soy yo, no Cordelia. Lo que digan los periódicos no importa. Llevaré

esta comisaría tal y como yo crea conveniente, y si Cordelia no estaba al tanto de eso antes, bueno, pues ya lo está.

Hablaba de su mujer con un deje de autoridad muy remoto que yo bien conocía. Así les hablaba a sus subordinados. Así llevaba también la prisión del condado. Por primera vez comprendí que lo que una podía admirar en un *sheriff* no era tan digno de admiración en un marido.

—¿Dónde estaba usted antes? —le pregunté.

—En una patrulla de reconocimiento. Vino un hombre a decirnos que había una vieja cabaña en el bosque y que creía que allí se escondía alguien. Pensamos que podía ser el fugitivo, pero era un vagabundo.

—La señora Heath no sabía dónde estaba.

—¿Y fue a preguntarle a usted?

—No fue exactamente así. —No me atrevía a contarle lo que había visto—. Creo que está sufriendo mucho.

Se frotó la frente con la palma de la mano.

—Le dije que no había nada de qué preocuparse.

—Pero no puede evitarlo. Dice que la gente habla, que alguien la abordó en la calle.

—No fue nada. Iba con su madre y oyó un comentario fuera de tono.

Tomó impulso para levantarse del camastro y se llevó la mano a la boca para sofocar un bostezo.

—Le dije que, si un comentario fuera de tono era lo peor que tenía que aguantar la mujer del *sheriff*, tampoco estábamos tan mal. Eso no le hizo mucha gracia.

—Muy dura tendría que ser para que no le afectara nada lo que va diciendo por ahí un extraño sobre su familia y la posibilidad de ver a su marido entre rejas.

—Bueno. —Salió fuera y cerró la puerta de la celda—. La mujer del *sheriff* tiene que ser eso: dura.

Estábamos a oscuras, separados por los barrotes blancos.

—Tampoco hace falta que pase usted aquí tanto tiempo —dijo por fin—. Tiene un hogar, y gente que la espera.

—Y usted también —dije yo.

18

No había vuelto a casa desde que atrapé a Felix. Porque ¿qué pasaría si encontraban a Von Matthesius y había que hacer labores de intérprete otra vez? ¿Y si Felix confesaba? No quería estar muy lejos, en medio del campo, y sin teléfono ni automóvil, por si hacía falta.

Pero, desde el estreno de la obra de Fleurette, me preocupaba pensar en ese hombre con el que la había visto hablar a la salida del teatro. Aunque la obra fuera muy infantil, ella quedaba muy expuesta delante de hombres que solo querían una cosa de las chicas que se subían a un escenario. A Fleurette le encantaba que estuvieran pendientes de ella, como fuera; yo eso ya lo había visto. Y pensé que quizá fuera un poco exagerado sospechar de un admirador desconocido.

Aunque sabía a qué extremo podían llegar las cosas; lo fácil que era que una chica cayera en la trampa. Pensaba en Lettie, que había respondido a un anuncio del señor Meeker en el que buscaba a alguien que lo ayudara en las faenas de la casa; y en todas las chicas como ella que había visto en mis pocos meses al servicio del *sheriff* Heath. No me seducía la idea de contarle todo eso a Fleurette, pero quizá la había tenido siempre demasiado protegida. Era muy incauta, y se cuidaba muy poco de que los hombres quisieran aprovecharse de ella. Yo misma, a esa edad, había sido bien poco cauta.

Norma ya la habría advertido, pero a ella nunca le hacía caso. Fleurette era consciente de que Norma no tenía ni idea de qué hacer con un hombre apuesto que se deshace en cumplidos hacia

una. Ni siquiera yo estaba muy segura de qué hacer en ese caso, pero era responsabilidad mía cuidar de Fleurette, así que al día siguiente fui a casa para hablar con ella.

Su habitación se parecía cada vez más a una sastrería. Había tres maniquís al lado de la ventana que parecían invitados en una fiesta, cada uno con su traje cogido cuidadosamente con hilvanes. Contra la pared, se apoyaban los rollos de tela ordenados por colores, desde uno de lana color rosa fucsia, hasta otro de seda turquesa, pasando por el de gasa lila pálido. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par, festoneadas de multitud de perchas con vestidos que, en la mayoría de los casos, se había cortado ella misma, pero que ni había estrenado todavía.

Sus gustos iban de lo más a la moda a lo más extravagante, y yo siempre lo había atribuido a que tenía mucha imaginación y a que, si podía, prefería siempre coser prendas muy poco prácticas. Pero al recorrer su habitación, vi que lo que había estado confeccionando era un vestuario digno de un tipo de vida muy concreto, una vida que no podría vivir allí en el campo con Norma y conmigo. Lo que Fleurette quería era el teatro, las cenas en los restaurantes, las fiestas en casa de la gente de Nueva York que rebosa ingenio y refinamiento. Quería champán y collares de perlas, ver su foto en los carteles, y que la siguiera a todas partes un ejército de admiradores.

En resumidas cuentas, que lo que ella quería yo no podía dárselo. Pensé de pronto en mi propia madre, y lo que sufriría al verme ansiar una vida que ella no podría ni siquiera imaginarse. Cuando me matriculé en un curso por correspondencia, quemó los papeles. Y a mí no me cabía en la cabeza que pudiera ser tan egoísta. Con la perspectiva que daban los años, sin embargo, se me escapaba una sonrisa al ver lo lejos que estuvo dispuesta a llegar para retenerme en su mundo, cuando yo quería a toda costa salir de él. Y la que quería ahora a toda costa salir de mi mundo era Fleurette.

Estaba recostada entre tres almohadones contra el cabecero de la cama —las mejores almohadas acababan siempre en la

habitación de Fleurette, y ya no volvíamos a verlas—; llevaba un kimono de color hueso, el pelo suelto, y los rizos le caían sobre los hombros. De repente me la imaginé casada, hojeando en la cama los patrones del *Vogue* mientras su marido se afeitaba delante del espejo. Solo de pensarlo sentí flojera en el tendón de una rodilla, y tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

—Se ha puesto mala la mujer del granjero, y su papel lo haré yo en la función de mañana —dijo, sin alzar los ojos del libro.

—Lo harás muy bien. —Me senté en el borde de la cama. Entonces, intentando que no se me notara la preocupación, dije—: ¿Por qué no me cuentas algo de aquel joven con el que hablabas a la salida del teatro?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Se aceleró el ritmo de su respiración, el aire salía y entraba de la nariz respingona con un ligero resoplido, mas no apartó los ojos de la página. Mi pregunta la había molestado.

—Tengo que estar al día de quiénes son tus amigos. —Me agaché para poder mirarla a los ojos; pero sacudió la cabeza, y un mechón de pelo negro le tapó la cara. Tal y como me temía, alcancé a verle entre los rizos los labios pintados—. ¿No te parece que, por mi trabajo, veo a diario el tipo de problemas en los que se meten muchas veces las chicas?

Bajó la voz cuando dijo:

—No fue nada.

—Pues entonces, cuéntamelo.

Por fin cerró el libro.

—No te puedo repetir de memoria todo lo que le digo a la gente a lo largo del día.

—Yo solo...

—No soy como Norma ni como tú. No me voy a quedar a vivir en esta granja toda la vida. Voy a salir con la gente, hablar con ellos, conocer sitios, como hace todo el mundo. Y no te daré explicaciones.

—Sí lo harás. —Hice lo que pude para que no se me notara la preocupación, pero me ponía nerviosa oírle hablar de dejar la granja

— No eres distinta a las otras chicas que tienen un padre y una madre que les dice dónde pueden ir y con quién. Tú nos tienes a Norma y a mí. Y es responsabilidad nuestra cuidar de ti.

—Vale. —Eché el libro a un lado y se sentó más derecha en la cama—. ¿Qué criterio tenéis vosotras para decirme quién me conviene y quién no? Que yo recuerde, no ha venido nunca ningún hombre a veros que no fuera el *sheriff* o sus ayudantes, y para mí ellos no cuentan. Según parece, nunca encontraste al hombre adecuado, ni para ti ni para ella. ¿Cómo vas a decidir entonces cuál es el que más me conviene a mí?

Me miraba desafiante. Por una vez, iba más allá de la súplica y el lloriqueo, y me retaba a las claras, algo para lo que yo no tenía ni la más mínima respuesta. No se me había pasado nunca por la cabeza imaginar qué tipo de hombre sería el apropiado para Fleurette.

—No he dicho que no puedas hablar con nadie; solo quiero saber con quién andas.

—No tienes ningún derecho a saber eso.

—Sí que lo tengo. Si la cosa es tan secreta que ni siquiera nos lo puedes contar, entonces es que no estamos haciendo las cosas bien, y hay que sacarte de la academia de la señora Hansen.

—¡No puedes hacerme eso! —De haber podido estampar el pie contra el suelo desde la cama, Fleurette lo habría hecho.

—Claro que puedo. Yo soy la que te paga las clases y los trajes.

—Pues ya me pagaré yo las clases. Algunas compañeras en la academia me han pedido que les haga los vestidos de primavera.

Sin darme tiempo a decir nada, añadió:

—Y ni te atrevas a decirme que ser costurera es poco para una hermana tuya. Es un trabajo mucho más honrado que el de policía. Si viviera mamá, estaría encantada de ver cómo coso, y le horrorizaría verte a ti en ese antro de cárcel.

Fui a acariciarle los tobillos, pero los retiró. Quise de todas formas tener palabras amables para ella:

—Es que no soporto que te expongas a algún peligro con todo lo que sufrimos el año pasado. Porque a la que querían secuestrar era

a ti. Movimos cielo y tierra para que no te pasara nada.

Cogió de nuevo el libro y pasó rápidamente las páginas; casi no podía contener las lágrimas.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Has vuelto a verlo?

—Todavía no.

Intenté por todos los medios mantener la calma:

—¿Y eso qué quiere decir?

Se enrolló un mechón de pelo en el dedo y me miró a los ojos.

—Prometió llevarnos a Helen y a mí a ver un espectáculo de Broadway cuando tuviera dinero.

—De ninguna de las maneras vas a ir a Nueva York con un hombre. Y Helen tampoco. Las chicas de tu edad se suben a un tren con un hombre y..., en fin. No pienso consentirlo. Hablaré de ello con el señor Stewart.

Sorbió el aire por la nariz.

—Sabes de sobra que no te dejaríamos ir. Si quieres ir a ver un espectáculo, ya te llevaré yo.

—¡Pero ir contigo es muy aburrido!

—Pues que se venga Norma también.

Se le escapó una pequeña sonrisa, y yo entendí que habíamos llegado a una especie de acuerdo. Cerró el libro y me miró cuando me disponía a salir.

—¿Todavía no habéis cogido a ese hombre?

—No, pero lo cogeremos; entonces pasaré más tiempo en casa. Aunque el *sheriff* Heath ha prometido darme trabajo de policía, y no sé en qué nos afectaría eso.

A Fleurette le entusiasmó la idea:

—Pues en que te pasarías el día persiguiendo maleantes. ¿No será muy peligroso?

—Peligroso para los maleantes —dije. Fleurette soltó una risita nerviosa, y yo salí de su habitación. Quedó flotando en el aire una precaria paz entre nosotras.

Norma tenía la luz encendida. Últimamente había tomado la costumbre de ponerse las gafas de mamá para leer, con el pretexto de que tenía presbicia; pero yo creía que se las ponía para poder mirarme por encima de ellas con aire de sospecha. Siempre que alzaba la vista hacia mí, se le caían por la nariz y tenía que sujetárselas con la mano.

—¿Por qué no te haces tu propio par de gafas? —dije—. Te las podemos encargarnos.

—Con estas veo bien. —Estaba leyendo un artículo de la revista *Popular Science* sobre un boticario alemán que repartía las recetas usando palomas mensajeras antes de la guerra. Había inventado la forma de atarles a las palomas una cámara para que sacaran fotos cuando volaban sobre campo enemigo. Había una foto de una paloma con un artilugio sujeto al buche mediante unas gomas; junto a otra fotografía que, supuestamente, el ave había sacado mientras sobrevolaba un río. Estuvimos las dos viendo las fotos unos segundos.

—No sé cómo podría la pobre con tanto peso —dijo Norma—. No vamos a tener más remedio que hacer una prueba para averiguarlo.

—O arriesgarnos a que los alemanes nos saquen ventaja con su flota de palomas.

Asintió muy seria, y pensé que realmente creía que ello podía afectar a la superioridad militar de uno y otro país.

—No queda muy bien hablar de una flota de palomas —dijo, mirando con detenimiento las fotos—. Aunque es verdad que una bandada suena demasiado frívolo. Mejor los llamaremos escuadrones.

Con un lápiz, lo apuntó en el margen, luego puso a un lado la revista y centró su atención en mí:

—Oí que hablabas con Fleurette.

—Solo quiero que tenga cuidado.

Norma me pasó una almohada para que me apoyara en uno de los pilares de la cama.

—Cuidado, lo que se dice cuidado, no va a tener, porque lo que quiere tener es total libertad. Habla de alquilar una habitación a medias con Helen.

Solté un gruñido mientras me desabrochaba los botones del cuello del vestido.

—¿Y cómo piensa pagar el alquiler?

—Pues cosiendo. Ya lo sabes. ¿Qué otra cosa quieres que haga?

—No tengo ni idea —admití—. Llevo años esquivando esa pregunta, como si no fuera conmigo.

—Ya, pero no vamos a dejarla que se vaya a Nueva York y que haga lo que le dé la gana. Perderá la cabeza por el primer viajante de comercio que llame a la puerta.

—¡Norma! —No le pegaba aquello de restregarme mi pasado por la cara, pero tenía razón: yo sería poco mayor que Fleurette cuando me dejé seducir por los encantos de un viajante de comercio.

Norma utilizó los anteojos para adoptar un aire dramático y dijo:

—Cuando tú y yo éramos como ella, no recuerdo oírte hablar nunca de chicos, hasta que no apareció aquel por casa. Imagínate lo que pasaría con doña Neoyorquina, a la que solo le falta abrir la ventana y decirles que suban.

—Prefiero no imaginármelo.

—Me parece que ese hombre que arrestaste no conocía el paradero de Von Matthesius; de lo contrario ya lo habrían sacado los periódicos.

—No quiere hablar. Solo cabe esperar que sea él el que lo ayudaba a esconderse, y que ahora, sin nadie que le eche una mano, acabe saliendo de su escondrijo.

—Vale, pero tendrías que hacer algo más, aparte de esperar.

Me agaché para desatarme las botas.

—Pues no sé qué más hacer. Lleva fugado ya casi dos semanas. El *sheriff* y sus hombres rastrean la ciudad día a día, y hemos interrogado a todas las personas involucradas en el caso.

—¿Qué hizo para acabar en la cárcel? —A Norma le sacaba de quicio que los periódicos usaran por decoro eufemismos como «cargos muy graves» y «declaraciones reveladoras» y no hablaran de lo que ella quería saber.

Le conté lo que había averiguado de los tratamientos falsos contra las afecciones nerviosas, de las pacientes a las que drogaban para que presentaran peor aspecto y así las familias tuvieran que dejarlas ingresadas más tiempo; y de los pagos en especie, obras de arte y antigüedades, cuando a la familia se le acababa el dinero. Le hablé de Beatrice Fuller y cómo el repugnante Von Matthesius la forzó a casarse con él, y de lo valientes que fueron los chicos al acudir a la policía para impedirlo.

—Pues entonces no has hablado con todo el mundo —dijo Norma.

—¿Y quién queda? Adolfo Youngman está muerto; y Beatrice Fuller, en California. Dice el *sheriff* que no puede obligar a los abuelos a revelar su paradero.

Presa de cierta impaciencia, Norma me dio unos golpecitos con la punta del lápiz en la rodilla.

—Con ellos no, con quien tienes que hablar es con el párroco.

—¿Qué párroco?

—Pues el viejo al que llamé para officiar la ceremonia cuando esa pobre chica no se tenía en pie de lo drogada que estaba. Es el único delincuente que te falta en todo este embrollo. No sé cómo es que todavía no has hablado con él.

19

La iglesia reformada alemana era un pequeño edificio pintado de blanco, siguiendo un estilo que había estado de moda hacía ciento cincuenta años. La fachada de tablillas llegaba desde el suelo hasta los cielos; y del tejado salía una chimenea coronada de un latón ajado por los años y vetas de verdín. Las ventanas de las fachadas laterales eran enjutas y altas, al modo gótico, toda una invitación a la feligresía para que mirase hacia dentro y se olvidara del siglo afuera. La iglesia se señoreaba de un pequeño montículo de césped en el que no había ni alcorques ni macetas que pudieran recordar los placeres de este mundo. De hecho, la única ventaja que había tenido estar enclaustradas por mi madre de pequeñas era que no tuvimos que pasarnos los domingos en sitios de una austeridad y un rigor como los que emanaban de las iglesias alemanas de Brooklyn y del norte de Nueva Jersey.

Solo dar con el reverendo Weber ya nos llevó varios días. Había estado malo cuando el juicio, por lo que no llegó a testificar. En el remedo de casamiento que había oficiado, hubo varios testigos que firmaron en el certificado matrimonial; es decir, que cabían pocas dudas acerca del papel que desempeñó en todo aquello. Precisamente, como eso estuvo claro desde el principio, no salía su nombre en las actas del juicio, y hubo que desenterrarlo de entre las notas del fiscal. En cuanto lo tuvimos, fuimos derechos a buscarlo.

El *sheriff* Heath empujó las pesadas puertas de la iglesia. Nos asomamos y, en la penumbra, tardamos unos segundos en acostumbrar la vista y percatarnos de que nadie ocupaba las bancas oscuras y recién barnizadas. Fuimos por una vereda dando la vuelta

al edificio hasta la casa del párroco. Una vez allí, llamé a la puerta, y la abrió un anciano de aspecto frágil y vencido por el reuma hasta tal punto que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para alzar sus ojos hasta los míos.

—*Guten tag* —dijo con voz rasposa.

—*Einen guten Tag auch Ihnen* —respondí—. *Mein Name ist Constance Kopp, und mein Begleiter ist Herr Heath.* ¿Podemos pasar? He venido a preguntarle por un miembro de su congregación.

Puede que con esas frases en alemán ya se diera el anciano por contento, porque dijo que sí con la cabeza y abrió la puerta.

Entramos a una sala pequeña y de desvencijado aspecto, más indicada para recibir visitas que para el confort del ocupante de la parroquia. No había allí sofá mullido, ni lámpara de lectura; por no haber, no había ni siquiera libros, ni cuadros, nada que recordara un efecto personal de ningún tipo. Las sillas, cada una de distinta procedencia, tenían el respaldo de madera recto y formaban un semicírculo perfecto, como invitando con esa disposición a las visitas a mantener un sesudo debate en incómoda reunión. Solo una de las sillas tenía brazos, y un cojín viejo y famélico, e imaginé que sería la del reverendo. Las paredes estaban completamente desnudas, salvo por una sencilla cruz y un calendario devoto impreso por la propia iglesia.

El reverendo Weber ocupó su silla, y el *sheriff* Heath y yo nos sentamos enfrente de él. Como estaba tan encorvado, le veíamos los escasos cabellos blancos del cogote, y el cuero cabelludo, igual de desnudo y frágil que el de un bebé, lleno de venas azules debajo de una piel que era a la vez rosácea y de una blancura turbadora. Tenía que ladearse para poder mirarnos, le temblaban los labios, y los ojos pálidos estaban cubiertos de agüilla.

—Buscamos a un hombre que puede que usted conozca —dijo el *sheriff* Heath—. Ha desaparecido y sería de gran ayuda para nosotros si nos diera noticia de su paradero.

—Vaya por Dios —dijo el anciano—. ¿Desaparecido?

—Bueno, en realidad lo que pasa es que está escondido. Se escapó del hospital hace dos semanas pese a que estaba sometido a vigilancia. Hablo del doctor Von Matthesius.

Se le abrió la boca y le tembló la barbilla. Vi que estaba pensando en qué contestar, y no quise darle mucho tiempo para que se preparara la respuesta.

—Reverendo, cuando un prisionero anda suelto, es peligroso para todo el mundo —dije—. Los hombres del *sheriff* están todo el día buscándolo, van armados y no dudan en disparar si tienen que hacerlo. Y alguien podría resultar herido... un inocente. Usted no querrá que pase nada de eso, ¿a que no?

Se miró los nudillos, deformes e hinchados, dijo que no con la cabeza, y luego, en voz queda:

—Me temo que no sabría cómo ayudarlos.

—A quien ayudaría usted sería a Von Matthesius —dijo el *sheriff*—. Ya hemos arrestado a su hermano, y creemos que lo ayudaba a esconderse. Ahora no tiene adónde ir.

—¿Felix está en la cárcel? —dijo el reverendo Weber, y echó el cuerpo hacia delante como si no hubiera oído bien—. ¿Y no va a venir nadie a llevarse sus cosas?

El *sheriff* Heath y yo nos miramos con la sorpresa dibujada en el rostro, y entonces él dijo:

—Sí, hemos traído el furgón y podemos llevárnoslas esta misma tarde.

El anciano señaló una puerta que tenía justo detrás. El *sheriff* y yo nos levantamos y fuimos hasta allí, con toda la naturalidad del mundo. La puerta daba acceso a un cuarto diminuto y oscuro, pues no tenía ventanas. Era demasiado pequeño para ser un dormitorio, y estaba atestado hasta el techo de muebles pequeños, cajas de madera, algún que otro baúl, varias maletas y cuadros con marcos macizos de madera labrada.

El reverendo Weber no se había levantado de la silla, pero se giró para mirarnos y dijo:

—Él creía que lo iba a vender enseguida, pero está tardando mucho. La gente ya no quiere esas cosas tan viejas.

El *sheriff* Heath se pasó una mano por la nuca y respiró hondo:

—Seguro que esto viene del sanatorio. Imagino que Felix buscaba con ello sacar dinero para ayudar a su hermano.

—¿Cómo dice? —preguntó el reverendo.

Heath volvió al semicírculo de sillas y se arrodilló delante del anciano para que no tuviera que forzar el cuello al alzar la vista.

—Reverendo Weber, esas cosas no son de Felix. Puede que algunas sean robadas, que se las hayan quitado a sus dueños de manera fraudulenta. Si, llegado el caso, comprobamos que las ha vendido quebrantando la ley (y mucho me temo que sea así), podemos acusarlo a usted de encubrimiento. ¿Comprende lo que le digo?

El *sheriff* se puso de cuclillas y el reverendo dijo algo entre dientes. Movía frenético los labios pero no emitía ningún sonido. Le temblaba el bastón que empuñaba en una mano.

Me senté a su lado y le tomé la mano que tenía libre.

—*Haben Sie eine Ahnung wo er sich versteckt?*

Negó con la cabeza:

—*Nein.*

El *sheriff* Heath levantó la vista hacia mí.

—No tiene ni idea de dónde se esconde —le dije.

El *sheriff* cruzó los brazos sobre el pecho y nos miró a uno y a otro unos instantes. Luego se puso de pie y sacudió de varios manotazos el polvo que se le había pegado a las perneras del pantalón. Cuando habló, su voz me recordó el tono que utilizaba para leerles la cartilla a los manifestantes, o cuando daba órdenes a todos sus ayudantes reunidos.

—Reverendo, voy a pedirle que nos ayude en lo siguiente: mándele una carta al doctor Von Matthesius a la lista de correos y dígame que todas sus cosas se han vendido, y que tiene usted el dinero, que venga a recogerlo. Solo le pido que haga eso. Y, dada su disposición a colaborar con la justicia en la captura de un fugitivo peligroso, le aseguro que no se presentará ningún cargo contra usted.

El reverendo Weber alzó el cuello en un escorzo para mirarnos, luego encogió los hombros dando a entender que se encontraba a nuestra merced, como si estuviera atado de pies y manos:

—No veo ningún problema en escribir la carta; otra cosa es que le llegue.

—De eso ya nos ocupamos nosotros. —El *sheriff* paseó la vista por la sala buscando alguna cuartilla de papel.

—Allí. —El anciano señaló con dedo tembloroso una mesa que había en un rincón. No pensaba que fuera capaz de manejar la pluma y el papel, pero me sorprendió ver que escribía con letra clara y esmerada, y en poco tiempo ya teníamos tres cartas para echar al correo.

—Buen trabajo, reverendo. —El *sheriff* Heath le dio la mano y llevó algunas de las cosas de Von Matthesius al coche—. Mandaré a un policía a por el resto —dijo, y nos fuimos.

No recordaba haber visto al *sheriff* de tan buen humor.

—¿Cómo sabe que mirará en la lista de correos? —pregunté.

—Pues porque toda la correspondencia clandestina se manda así ahora —dijo sin disimular su alborozo—. Se coge a más delincuentes en la ventanilla de la lista de correos que en una fonda de mala muerte. Lo atraparemos.

Fuimos derechos a la oficina de correos en Hackensack, y allí el *sheriff* Heath y yo pasamos de largo las colas de gente en las ventanillas y tomamos un pasillo hacia un lateral, al final del cual estaba el despacho del administrador. El *sheriff* entró sin llamar, y nos dimos de frente con las suelas de los zapatos de un hombre que tenía los pies encima de la mesa y leía el periódico. Por encima de las páginas abiertas, apareció una mata de pelo oscuro y rizado, luego unos ojos grises llenos de inteligencia y, por fin, la siguiente exclamación:

—¡Bob! ¿Qué tienes para mí?

—Déjame que te presente primero a la señorita Kopp —dijo el *sheriff*, mientras el administrador se ponía de pie—. Es la

supervisora de la sección de mujeres en la cárcel y trabaja conmigo en un caso.

—¿Es cierto eso? —Me miró de arriba abajo con verdadero interés—. ¿Y cómo ha logrado usted semejante puesto?

—A base de mucho mérito —dijo el *sheriff* Heath sin alzar la voz, y luego me miró a mí—. Este es el señor Fulton.

—¿Cómo está usted? —pregunté.

Dejó el periódico en la mesa y me estrechó la mano.

—Pues cada día mejor.

—El señor Fulton tiene cuatro hijas a cada cual más conflictiva —dijo Heath sin inmutarse.

—Seguro que se llevarían un disgusto si le oyeran al *sheriff* describirlas así —dije.

—No se crea; ellas saben que son conflictivas, pero no se dan cuenta de que son chicas —dijo el señor Fulton—. La mayor sale de caza con su tío, las mellizas quieren jugar al béisbol, y la pequeña está convencida de que algún día será médico y no para de ponerles vendas a las otras. Quería montar un quirófano en la cocina, y atar a su hermana a la mesa para operarla, menos mal que la paramos a tiempo. Como no sienten la cabeza, no se me casa ninguna de las cuatro. —Puso cara de estar horrorizado, pero se le notó enseguida que no lo decía en serio. Empezaba a caerme bien el señor Fulton.

—Quién sabe; a lo mejor lo sorprenden —dije.

—¡Todos los días me sorprenden! El año pasado se les metió en la cabeza escaparse las cuatro. Pensarían que su madre y yo no nos habíamos fijado en los horarios de tren que estuvieron mirando toda la semana de antes. Cuando salieron de casa de puntillas cada una con su mochilita, llamé aquí al amigo Robert Heath para que fuera a la estación a recogerlas. Pasaron la noche en la cárcel acusadas de vagancia y rebeldía.

—¡No le creo! —dije con un grito ahogado.

El *sheriff* Heath asintió tajantemente con la cabeza:

—Para que aprendan.

—Pues parece que no aprendieron —dijo el señor Fulton—. Se lo pasaron pipa. Vamos, que no querían volver a casa la mañana siguiente. No hay quien pueda con ellas. Siempre he dicho que acabarán siendo o policías o forajidas; y ahora con usted, señorita Kopp, me queda la esperanza de que una o dos de ellas vayan por la senda adecuada.

El *sheriff* Heath tosió levemente con delicadeza, y el señor Fulton dijo:

—Perdonen, que tendrán ustedes trabajo. Dígame, *sheriff*, ¿de qué se trata?

Le mostramos las cartas, en las que el reverendo Weber ya había puesto las señas después de cerrarlas. El *sheriff* Heath no le contó gran cosa del asunto al administrador; solo que íbamos detrás de un hombre, y que queríamos que los encargados de las ventanillas estuvieran atentos por si lo veían.

El señor Fulton dijo que sí con la cabeza y las barajó en la mano:

—Una nos la quedamos nosotros, otra la mandaremos a la oficina de Paterson, y otra a la de Manhattan. Hoy mismo salen las tres.

—¿Han hecho ustedes esto antes? —pregunté—. ¿Esto de coger a un hombre así? —No tenía ni idea de que la lista de correos fuera un servicio tan requerido por delincuentes y fugitivos.

El señor Fulton abrió de par en par los ojos y dijo:

—Bueno, es que no se imagina usted hasta qué extremos llega la gente por una simple carta de correos. Hace unos años, el servicio postal casi cerró las ventanillas de lista de correos. No paraban de llegar quejas de los funcionarios porque acudían muchas mujeres preguntando por las cartas. Casadas y solteras.

—¿Y qué hay de malo en ello? —pregunté.

—Pues que algún funcionario llegó a pensar que usaban el correo para enviar correspondencia clandestina. En Chicago pusieron el grito en el cielo; hasta querían que se cerrase el servicio de lista de correos.

—¿Todo por unas cuantas cartas de amor?

—No lo contaron exactamente en esos términos —dijo el señor Fulton—. La prensa nos acusó de poner a disposición de las chicas jóvenes «toda una maquinaria que las conducía por el torcido camino del pecado», o algo por el estilo. A mí me preocupaba más el caso de los gánsteres y los de la Mano Negra, pero bastó con que mentáramos a las chicas y el pecado para que acabáramos en boca de todo el mundo. Ahora hay que identificarse cuando retira uno la correspondencia en la ventanilla de lista de correos, y se lleva un registro.

—Supongo que es razonable —dije, aunque no estaba muy convencida de ello.

—Bueno, hacemos lo que podemos. Y, cuando el *sheriff* nos pide ayuda para buscar a alguien, estamos muy atentos, y si hace falta lo retenemos.

—De lo cual yo me alegro —dijo el *sheriff* Heath—. Y a este tenemos que cogerlo.

El señor Fulton miró de nuevo los sobres y dijo:

—¿Es este el tipo que se os escapó del hospital?

—El mismo —contestó el *sheriff*.

—¿Y quién diantre fue el imbécil que lo dejó escapar?

El *sheriff* Heath tardó unos instantes en contestar:

—Lo único que importa es que tenemos que atraparlo cuanto antes.

—Si le parece a usted bien, señorita Kopp —dijo el *sheriff* en el coche de vuelta a la prisión—, y dado que hay otros deberes que reclaman su atención, me pregunto si podría centrarse en el caso de la señora Monafo.

—Las reclusas están entre rejas; de ahí no se van a escapar. No veo por qué habrían de tener prioridad sobre el caso de Von Matthesius. —Estaba toda emocionada con esas cartas, no pensaba en otra cosa.

—A Providencia Monafo tendremos que soltarla enseguida —dijo el *sheriff* Heath—. El agente Courter quiere sacar una orden para su

liberación. De no ser porque los secretarios judiciales son unos ineptos, ya la tendría en sus manos.

—Pero seguro que dice la verdad. Estoy convencida de que apuntaba al marido. Tiene sentido. ¿Y a quién va a acusar Courter del crimen si no?

—Está acumulando pruebas para probar el caso. Es muy probable que acuse al marido, a él o a cualquiera de los huéspedes que no tienen una coartada clara para la hora en la que se produjo el disparo.

—Pues no me importaría que ese marido suyo acabara en la cárcel —dije.

—Pero no por un crimen que no ha cometido.

Tuvo que aminorar la marcha porque cruzaba la calle una hilera de niños que salían del colegio, todos cogidos de la mano, uniformados con idénticos abrigos de franela a cuadros. El *sheriff* Heath repiqueteó con los dedos en el volante mientras pasaban.

—He tenido montones de reclusos que alegan ser inocentes y suplican que se les deje en libertad, pero es la primera vez que me encuentro con alguien que quiere que lo acusen. Aun así, el señor Courter no puede pasar por alto el testimonio de esos testigos. Si lo hace, podrían acudir a los periódicos alegando que no se ha tenido en cuenta su declaración. Y él lo sabe.

Cruzó el último de los niños, y seguimos camino. Yo tenía claro que el *sheriff* Heath no sabía por dónde coger el caso de la señora Monafo. Y que no me podía fiar de las investigaciones del agente Courter, un incompetente que no sabría demostrar por qué el relato de los hechos que ella ofrecía no cuadraba en absoluto con el de los testigos.

Henri LaMotte me habría dicho que empezara otra vez desde el principio.

—La casa de huéspedes no queda lejos —dije—. Vayamos a echar otro vistazo.

Al poco, estábamos de nuevo en Garfield. Aparcamos en la calle Malcolm, enfrente de la pensión. Como la puerta no estaba cerrada con llave, nos colamos dentro y bajamos las escaleras hasta el

apartamento de los Monafó en el sótano. Nadie acudió cuando el *sheriff* llamó a la puerta, así que empujó con el hombro, y la abrió.

Habría jurado que el piso estaba en peor estado todavía que la última vez que lo vi. Jamás habría creído que la señora Monafó ejerciera ningún tipo de influencia benigna en su entorno; pero, en ausencia suya, estaba todo tan desintegrado que parecía, más que el apartamento de la casera, un chamizo debajo de un puente digno de un vagabundo. Olía todavía peor de lo que recordaba en mi última visita; y al parecer, ni se habían molestado en fregar el suelo para quitar la mancha de sangre que quedó allí como la huella póstuma dejada por Saverio Salino en este mundo.

—Por lo menos ya sabemos que el marido se ha ido —dije—. ¿Quién iba a vivir aquí entre tanta porquería?

—Los he visto viviendo en sitios peores.

Oímos —o más bien sentimos— pasos en los escalones de arriba, y nos quedamos los dos petrificados.

—Iré a ver quién es —dijo el *sheriff*—. No sé si han interrogado a todos los vecinos. Eche un vistazo y vea si encuentra algo que se le haya podido pasar por alto a Courter. Cartas o...

Acabó la frase entre dientes cuando ya subía las escaleras. Inspeccioné todos los rincones del apartamento mas no hallé carta alguna, ni ningún sitio en el que guardar una carta en el hipotético caso de que la hubieran recibido. No había mesa para escribir, ni estantería; nada en lo que apoyar papel y pluma. Tampoco lámpara, ni silla en la que sentarse. Solo pilas de ropa llena de costurones, platos en los que la mugre se había acumulado hasta hacerlos irreconocibles, y muebles desvencijados y comidos por la carcoma. Nada había, de hecho, que pudiera salvarse de la quema general que pedía a gritos todo lo que contenía aquel apartamento.

No vi nada que se mostrara en contradicción con lo que ya sabíamos. ¿Qué pruebas se supone que iba a hallar para demostrar que Providencia fue quien disparó al hombre? El mero hecho de que la encontraran en medio de un charco de sangre empuñando un arma todavía humeante ya era prueba suficiente para mí.

Volví a oír pasos bajando por las escaleras, y el *sheriff* Heath apareció en el vano de la puerta.

—¿Es que no me ha oído? —exclamó con impaciencia.

—No. ¿Cuándo?

—La llamé a voces dos veces para que subiera a ayudarme con esos tipos. Solo hablan italiano, y quería interrogarlos antes de que arrancaran el coche.

—No me he movido de aquí. Aunque, de todas formas, no hablo italiano —dije mientras iba hacia la puerta.

—¿Y en francés no se maneja, aunque solo sea unas pocas frases?

Lo seguí escaleras arriba.

—¿Me está pidiendo que aprenda otro idioma, y ya serían cuatro, para serle de más utilidad a la oficina del *sheriff* del condado?

—Eso estaría la mar de bien, señorita Kopp.

20

No había más remedio que esperar a ver si se producía alguna reacción a la carta del reverendo Weber. Me despertaba cada mañana con una opresión en el pecho. De los mismos nervios, estaba empezando a rechinar los dientes, y la mandíbula se me resentía de ello. Le pedí al *sheriff* salir a patrullar con los otros policías, pero no accedió.

—No tiene mucho sentido mandarlos por ahí a que vigilen las estaciones de tren y los hoteles —dijo—. Von Matthesius no quiere que lo vean, y no nos vamos a topar con él de repente en la calle. Es perder el tiempo de mis hombres, y también lo sería del suyo; lo que pasa es que no tenemos ninguna otra pista; por eso sigo mandándolos ahí fuera.

Lo que no decía era que tenía que guardar las apariencias y dar la impresión de que hacía todo lo que estaba en su mano en aquella investigación, porque a él mismo también lo estaban investigando. Las patrullas no eran más que un poco de teatro y una forma de ganar tiempo.

Por mi parte, no me habría enterado de la apertura de la comisión para investigar al *sheriff* de no haber sido por que un día a mediados de noviembre pasé por delante de su despacho y oí una voz que me resultó familiar. Era John Ward, el abogado que había defendido un tiempo a Henry Kaufman cuando estuvo amenazándonos el año anterior. La puerta estaba medio abierta, pero no me atreví a acercarme cuando vi de qué estaban hablando.

—¡En este condado los jueces no conocen las leyes! Yo te he visto a ti darles lecciones de cómo tenían que proceder —decía el

señor Ward—. No me extraña que no sepan qué hacer contigo. A ver, ¿por qué no les dices que no hay ninguna ley que te penalice, y te olvidas del tema diez o veinte años, hasta que den con ella ellos solos? Para cuando estén en condiciones de presentar cargos contra ti, ya te habrás jubilado.

—Pero es que el fiscal del condado no les ha dado alternativa —dijo el *sheriff* Heath—. Ni a mí ni a la señora Heath nos cabe ninguna duda de que andan detrás de meterme en la cárcel. Han pasado ya tres semanas y están dispuestos a abrir la comisión. Te voy a necesitar en el juzgado todos los días, y ahí no acaba la cosa. Mis avalistas me han pedido que les explique qué voy a hacer para seguir en el cargo, y no puedo demorar más la respuesta. Tienes que acompañarme mañana cuando me reúna con ellos.

—Sigo pensando que me gustaría hablar con quien estaba de guardia y dejó que se escapara ese Von Matthesius —dijo el señor Ward—. Si alegáramos que estaba borracho, o halláramos pruebas de que lo sobornaron, quizá podríamos...

Lo interrumpió la voz de Cordelia:

—Mi marido está protegiendo a una persona muy concreta del departamento a expensas de la seguridad de su familia y de su reputación, por no hablar de su propia privación de libertad. Creo que sería posible armar una buena defensa alegando que la persona que estaba de guardia no tenía preparación suficiente para desempeñar esa labor.

—Pero eso vale para la mitad del personal de prisiones en el estado de Nueva Jersey —dijo John Ward—. Nos hace falta algo de más entidad que la simple incompetencia.

—¿Y qué me dice de...?

Ahora fue el *sheriff* quien interrumpió a su mujer:

—No pienso consentirlo. Quien está a cargo, en última instancia, de la cárcel y de sus reclusos es el *sheriff*. Cuando pasa algo, el responsable soy yo. No le voy a echar la culpa a un guardia. Ya he oído lo que tienes que decir al respecto, Cordelia, y mi decisión es firme.

Pero Cordelia no estaba por la labor de callarse:

—¿Y qué crees que dirá todo el mundo cuando se sepa que quien estaba de guardia era la supervisora de la sección femenina, alguien que por ser mujer no podía estar a la altura de la tarea? Si ni siquiera tienes criterio para algo tan simple como asignar a los guardias a sus puestos, jamás te elegirán *sheriff* en este condado para un segundo mandato.

—¿Ha dicho usted que...? —terció el señor Ward, pero el *sheriff* no le hizo caso.

—La supervisora ha sido la única que ha hecho un arresto —dijo con calma—, y eso la hace mucho más competente que el resto de los policías que están a mi cargo. Y si te atuvieras a los hechos, bien que lo sabrías.

—Yo sé lo que tengo que saber —dijo Cordelia—. Te has puesto de parte de ella, ¡y a los demás que nos parta un rayo! Pero no pienso consentir que mi marido vaya a la cárcel tan campante solo para proteger a esa mujer.

Sonó una silla al ser arrastrada por el suelo: Cordelia estaba a punto de salir corriendo del despacho. Fui reculando por el pasillo y la oí gritar «¡Ojalá la...!», pero no alcancé a oír la última palabra por el portazo que dio. Luego se volvió corriendo a su casa, sin parar de llorar.

Me quedé donde nadie pudiera verme, a la vuelta del pasillo. Apoyé la espalda en la pared y me fui dejando caer hasta quedar sentada en el suelo, con la barbilla apoyada en las rodillas. Olía a amoníaco y alcanfor, un jabón muy suave que usábamos para fregar el suelo, entreverado de un olor a sasafrás que me recordaba el interior de una tienda de dulces. Lo utilizábamos en verano para tapar el mal olor de los espacios sin ventilar, pero duraba todo el año, y traía una promesa lejana de verdor a la que ya me había acostumbrado. Si me quedaba sin trabajo, echaría de menos hasta ese olor.

Yo sabía que no tenía nada de especial que el *sheriff* Heath me defendiera. Haría lo mismo por cualquiera de sus hombres, sin atender a las consecuencias. Era de los que defendía una causa noble aunque se volviera en su contra. Lo vi cuando pidió a toda

costa un médico para la cárcel, y cuando insistió en que a un recluso le pusieran un diente de oro porque tenía las encías podridas y uno de goma no aguantaría. Obligó a los presos a llevar uniforme cuando vio lo raída que tenían la ropa; hizo que se oficiara misa los domingos, y organizó una biblioteca para ellos. En todos estos casos, tuvo que enfrentarse a la Comisión del Condado, y lo hizo abiertamente, sin importarle qué dijeran la gente y los periódicos. Lo mío no era diferente.

Pero Cordelia no lo veía así. Tenía tanto miedo que le nublaba la vista. Puede que a la pobre le entrara un ataque de nervios el mismo día que pisó la prisión por primera vez, y que le durara desde entonces. No tenía vecinos, ni amigos que yo supiera; ni vi tampoco que su marido le hiciera mucho caso. A ella no había quien la defendiera, quien la ayudara a llevar la pesada carga.

Ya me imaginaba lo que haría puertas adentro. Cuando su marido no estuviera en casa —y, después de aquel numerito, haría lo posible por no estar—, se encerraría en su cuchitril, como hacía la tía Adele, a darle a la botella.

Le encantaría verme lejos de allí. Contemplé esa posibilidad apenas unos instantes, la de irme y jamás volver. Pero tenía que pagar por lo que había hecho. Y la única forma era traer a Von Matthesius de vuelta a la cárcel.

Siguieron adelante con la investigación abierta al *sheriff*, pero yo tenía muy poca información al respecto. Convenció a un juez para que no trascendieran las pesquisas, y así la prensa no sacaría nada que pudiera entorpecer la búsqueda de Von Matthesius. Y, aunque tenía que pasar por el juzgado casi todos los días y estaba allí varias horas, no habló nunca de ello.

Yo tenía mucho trabajo en la cárcel. Martha Hicks cumplió condena y la dejaron en libertad. Me prometió con los ojos llenos de lágrimas que no volvería a robar. Le deseé lo mejor, aunque albergaba mis dudas porque el tinglado que tenía con su hermana estaba bien montado y daba beneficios: una robaba la calcetería y la otra la vendía en su tienda de ropa. A Ida Higgins también la habían

soltado después de que el pirómano confesara y el testimonio que iba a levantar contra él no fuera necesario.

Había una chica nueva, Frieda Burkel, a la que arrestaron por atacar a un hombre que acudió a visitarla a casa; aunque tenía toda la pinta de haber sido al revés y, por tanto, que el que acabaría acusado de agresión sería él. Al parecer, un amante que tuvo, después de pasar tres años en la marina sin dar noticias, entró en su casa como si tal cosa e intentó besarla. Como no lo reconoció, o no se acordaba de haber tenido tal amante, le partió una botella de leche en la cabeza. El hombre cayó al suelo arrastrándola consigo. Cuando llegó la policía, los halló cubiertos de la sangre de él emanada de la herida en la cabeza, poco profunda y menos grave. No obstante, a la cárcel que los llevaron. Yo estaba intentando que la liberaran con el argumento de que una mujer virtuosa se vería siempre obligada a partirle algo en la cabeza a todo hombre que entrara en casa sin ser invitado y buscara besos no solicitados.

Me daba la sensación de que, como en la cárcel había una supervisora, la policía arrestaba ahora a más chicas jóvenes. No tenían ni idea de qué hacer con las mujeres que se habían desviado del recto camino, pero a nosotros tampoco nos quedaban muchas opciones: éramos un correccional, no una casa de acogida. En cuanto Von Matthesius estuviera otra vez a buen recaudo, hablaría de ello con el *sheriff*.

No paraban de llegar llamadas de los policías que teníamos apostados buscando al fugitivo. Perdíamos mucho tiempo en idas y venidas a la ciudad de Nueva York para comprobarlas todas. Llamó un patrullero diciendo que lo había visto en Long Island, pero no pudimos atraparlo. Pasamos un día entero escudriñando la calle en la que lo vieron, pero no conseguimos nada. Llegó un aviso de Brooklyn porque habían visto a alguien que se correspondía con la descripción de Von Matthesius entrando y saliendo de un bloque de apartamentos. La policía montó un dispositivo de vigilancia allí durante dos días, y entonces, temerosos de que se les escapara, decidieron reunir a todos los hombres del vecindario que tenían su

edad y un físico parecido. Acudimos a toda prisa a la comisaría del distrito, pero ninguno era Von Matthesius.

Después de estar así dos semanas, un policía de nombre Weisenreider llamó de la comisaría de la calle Veintidós Este para decir que tenía a nuestro hombre y que fuéramos cuando quisiéramos a por él. La llamada entró pasada la media noche, pero el *sheriff* y yo fuimos juntos en su coche, comentando los dos que no volveríamos a dormir bien hasta que no le echáramos el guante. Cuando llegamos, nos trajeron a un polaco de unos setenta y cinco años que no hablaba inglés pero que, por razones que se nos escaparon, decía que sí enfáticamente con la cabeza cada vez que alguien pronunciaba el nombre Von Matthesius delante de él. Hubo que llamar a un intérprete para asegurarnos de que no sabía nada del fugitivo, ni de sus parientes. Y, en efecto, no lo sabía.

—¿Seguro que no lo quieren? —preguntó el policía, como si un polaco entrado en años fuera algo de lo que uno no pudiera prescindir.

—Es muy generoso por su parte, pero no —dijo el *sheriff*. Volvimos a Hackensack contrariados y en absoluto silencio.

Por fin, una mañana a primeros de diciembre, el administrador de la oficina de correos se presentó en comisaría sin avisar. El *sheriff* Heath mandó recado de que bajara a su despacho para oír los dos lo que nos tenía que decir.

El señor Fulton nos aguardaba delante de la chimenea, se balanceaba inmóvil sobre ambos pies y tenía el aire de no haber roto nunca un plato. El *sheriff* Heath venía de su casa por el pasillo con un aspecto tan sombrío —más de lo que yo lo había visto nunca—, que no me atreví a preguntarle qué le pasaba.

El señor Fulton esperó a que el *sheriff* se sentara a su mesa y dijo:

—Por pura rutina, la policía de Nueva York tiene siempre un agente apostado en la ventanilla de la lista de correos. Saben que hay como unos diez o doce fugitivos y timadores que podrían estar esperando carta. Eso sí que es movimiento, ¿eh?

—Menuda ciudad —dijo el *sheriff* con aire de hastío.

—Pues bien, la cosa funciona así —siguió diciendo Fulton, quien estaba a todas luces disfrutando—: El agente se sitúa de manera que el funcionario de la ventanilla lo pueda ver. Tienen acordado un sistema de señas para que el policía sepa si han ido a recoger una carta sospechosa. ¡Y hoy alguien fue a recoger la carta que mandaron ustedes!

Se frotó las manos sin poder ocultar su regocijo. El *sheriff* y yo esperamos a que siguiera contando pero, como no lo hacía, le dije:

—No nos tenga usted en suspenso, señor Fulton. ¿Han arrestado a nuestro hombre?

—¿Cómo? Ah, no; por eso he venido a verlos. Lo que hizo fue mandar a un mensajero a recoger la carta; se cuidó mucho de acudir él mismo. El policía siguió al recadero, quien cruzó la calle y se metió en el metro. ¡Oigan, y me creerán si les digo que las puertas se cerraron justo cuando iba a entrar en el vagón detrás de él para trincarlo!

El *sheriff* soltó un suspiro y cerró los ojos como si estuviera imaginándoselo:

—Le creo, vaya si le creo —hablaba distraído, y eso no le pegaba. Me pregunté si habría algo que lo preocupara aparte del asunto que nos había convocado allí a ambos.

—Pero no iría a arrestarlo así sin más en la calle, ¿no? —pregunté—. Imagino que lo que quería era seguir al mensajero y averiguar adónde iba con la carta, porque podría haberlo llevado directamente a Von Matthesius.

—¡Ah! —dijo el señor Fulton, a quien mi versión de la historia le parecía todavía más interesante—. Pues a lo mejor tiene usted razón.

—¿Sabía el mensajero que lo seguían, o es que entró antes que el policía en el vagón sin darse cuenta de que lo seguían? —pregunté.

—No se me ocurrió averiguarlo —dijo el señor Fulton, con un tono en la voz que revelaba cierta perplejidad ante el rosario de posibilidades—. Me acaba de llamar el administrador de la oficina de

Nueva York y he venido corriendo a contárselo. Eso sí, aquí tengo el nombre del agente; se lo pueden preguntar ustedes mismos.

Le dio un papelito al *sheriff*, y este lo estuvo mirando unos segundos. Luego preguntó, como si se le hubiera despejado la cabeza:

—¿Cuándo sucedió esto?

—Hará una media hora.

—¿Y por qué no nos llamó en el acto? Deberíamos tener a un hombre ya en la iglesia con el reverendo Weber.

El señor Fulton abrió la boca sorprendido y dijo:

—Pero, *sheriff*, si no han pasado más que...

El *sheriff* Heath alzó una mano para que no siguiera hablando y se giró hacia mí:

—Que venga el ayudante de *sheriff* English. Lo mandaremos a la iglesia. En la carta ponía que había dinero de por medio, así que hay que esperar a que acuda alguien a recogerlo.

—¿No podría ir yo? —pregunté.

—No.

—Pero...

Se puso de golpe en pie y dijo en tono cortante:

—Señorita Kopp, pensaba que había quedado claro que usted se quedaría aquí haciendo el trabajo que tiene encomendado.

—Pero se trata de mi...

—Estamos en diciembre, y mis hombres tendrán que estar esperando a la intemperie en turnos de doce horas. Puede contar con que hará mucho frío, lloverá y no servirá para nada.

—Eso no será un problema.

—Lo será cuando lleve allí todo el día —me cortó en seco el *sheriff*. El señor Fulton no sabía dónde meterse, sorprendido por el tono de voz—. Lleva seis semanas fugado y todos queremos cogerlo de una vez. Pero eso no quiere decir que haya que estar apostado entre los árboles con este frío, a la espera de un mensajero que probablemente tarde días en aparecer, si es que

aparece. Porque seguro que se ha oído que es una estratagema. Ande, vaya a buscar a English.

Al ver que no me movía del sitio, juntó las manos y dijo con la mirada gacha:

—Le ruego que entienda que estoy sometido a interrogatorios muy duros en el juzgado en estos momentos. English es la persona idónea para llevar a cabo este trabajo.

Pero yo sabía lo que había querido decir: que era un puesto de demasiada responsabilidad como para asignármelo a mí. Salí del despacho con la cara ardiendo y, cuando encontré al ayudante de *sheriff* English, casi no me salían las palabras.

Más tarde, ese mismo día, el *sheriff* Heath partió sin dar recado de adónde se dirigía. Minutos después supe por fin qué le pasaba. Desde una ventana en la quinta planta, vi cómo abandonaban el edificio Cordelia Heath y los niños: cruzaron la calle y fueron a la puerta de los juzgados, y allí esperaron hasta que un coche paró junto a la acera para llevárselos.

21

Si me hubieran dicho solo un mes o dos antes que por mi culpa se iba a escapar un preso, que presentarían cargos contra el *sheriff*, su matrimonio iba a correr peligro y que estarían en vilo los puestos de trabajo de varios guardias y policías, puede que no hubiese salido de casa nunca más. Un simple descuido mío fue el detonante de un cúmulo de desastres, a cada cual más calamitoso.

No podía soportarlo. Ni quería imaginarme cómo sobrellevarían el peso de tanta culpa los reclusos que teníamos a nuestro cargo. Muchos no se arrepentían de nada, o al menos eso decían; pero seguro que a alguno, en la soledad de su celda, lo comían por dentro los remordimientos a causa de las faltas cometidas igual que a mí.

Sin embargo, a diferencia de los reclusos, yo era libre y podía todavía hacer algo para solucionar mis problemas. No paraba quieta, y estaba todo el día pensando en esa carta. El *sheriff* Heath le había asignado el caso al peor hombre que tenía y no se percataba de ello. English nunca me dio buena espina, y no solo porque me tratara mal a mí, sino porque era arrogante y tenía poco tacto, y se mostraba desdeñoso con las ideas del *sheriff*. No me fiaba de su capacidad para hacer bien aquel trabajo y, si se nos escapaba el mensajero, ya no habría oportunidad de atraparlo. El hecho de que yo misma hubiera fallado cuando estuve de guardia, y de modo estrepitoso, ni se me pasaba por la imaginación. Si alguien iba a coger al fugitivo, esa era yo; no tenía la menor duda de ello.

Sabía también que nunca habría capturado a Felix si me hubiera quedado en la prisión como me pidió el *sheriff*, a quien tuve que

desobedecer para llevar a cabo dicha captura.

Aquella noche, después de la cena, cuando ya habían apagado las luces en todas las celdas, les dije a los guardias que me iba a casa, pero salí en dirección opuesta: hacia el centro de la ciudad, y de allí a la iglesia del reverendo Weber. El ayudante de *sheriff* English estaba agazapado entre la maleza, detrás de la casa del párroco. Nada más verme, se levantó, llevándose un dedo a los labios.

—He venido a reemplazarte —susurré.

Me miró entrecerrando los ojos y torció la cara larga, en la que no alcanzaba a distinguir sus rasgos entre las sombras.

—De ninguna manera —dijo—. Sal de aquí antes de que espantes al mensajero.

Busqué con la mirada otro sitio para esconderme mas no lo hallé; se había adueñado del único matojo capaz de ocultar a una persona. No sabía cómo echarlo de allí, así que dije lo único que se me ocurrió:

—Por orden del *sheriff* Heath, el turno de noche lo hago yo. Tú tienes que irte a casa.

—Mientes.

Era verdad que estaba mintiendo, pero de todas formas me ofendió que me llamara mentirosa.

—He venido a relevarte y, si no accedes, no tendré más remedio que ir a buscar al *sheriff* a la cárcel y volver con él, aunque tiene cosas más importantes que hacer que darte explicaciones a ti sobre las decisiones que toma.

Pude distinguir en la oscuridad una hilera de dientes blancos: el ayudante de *sheriff* English guardaba siempre para mí una sonrisa mezquina que más parecía una amenaza.

—Por muy tonto que sea el *sheriff* Heath, no va a ser a ti a la que ponga al frente de esto. Puede que esta noche haya que arrestar a alguien, ¿y quién quieres que lo haga, el viejo párroco?

—No te olvides de que el único arresto que ha habido hasta ahora en este caso lo he hecho yo. —Le hice ver que llevaba el

revólver en el bolso, y las esposas prendidas en la falda, debajo del abrigo.

El ayudante de *sheriff* soltó un resoplido de burla y se asomó por una esquina de la casa para ver la calle. Luego apartó las hojas y las telarañas, salió de entre la maleza y se plantó delante de mí, tan cerca que su nariz casi rozaba la mía. Por la cara me recordaba algún pequeño roedor muy desagradable: un castor de dientes implacables, o una ardilla diminuta y avariciosa.

—No sé por qué te ha contratado el *sheriff*, ni cómo es que no te ha echado después de que dejaras escapar del hospital a un preso, aunque somos muchos los que nos imaginamos qué hay detrás de todo ello.

Tuve que contener el aliento para no responder a tamaña acusación. No recuerdo haberme estado nunca tan quieta.

—Así que aquí te quedas esperando al mensajero, señorita Kopp. El *sheriff* me mandó en un coche patrulla, pero me parece que no te va a hacer falta para la vuelta, ¿a que no?

Él sabía que yo no tenía carné de conducir. Había supuesto que el mensajero vendría en tren, pero se me hundió el mundo al pensar que si venía en coche, no tendría forma humana de seguirlo.

—Y me pasaré por la cárcel de camino a casa para decirle al *sheriff* que, fue un detalle mandar a alguien que me reemplazara por la noche. ¿Te parece bien?

La verdad, no me lo parecía. English llegaría en poco tiempo a la prisión, y el *sheriff* Heath se presentaría en la iglesia en menos de una hora. Me había dejado llevar por la ira y la frustración, sin pensar qué pasaría si el *sheriff* se enterase antes de que llegara el mensajero. Pero no me quedaba otra que aguantar el envite.

—Pues díselo, qué más da.

Estuvo un instante más así, tan cerca que me echaba el aliento, y entonces se giró de golpe y salió caminando, con las manos en los bolsillos, mientras silbaba una cancioncilla. Pasaron unos minutos y oí un motor que volvía a la vida y se alejaba ronroneando calle abajo.

Sonó el pitido de un tren en la distancia, luego el rumor de las hojas en los árboles que había en el pequeño cementerio detrás de la iglesia. Pasaron solo unos minutos, y ya sentía los dedos de las manos entumecidos y tenía que contenerme para no patear el suelo y espantar el frío. Allí sola en la oscuridad, me fui sintiendo cada vez menos indignada, y llegué a preguntarme si no habría tenido razón el *sheriff* Heath: aquel asedio podía durar varios días, ¿y cuántos pensaba yo que podría aguantar?

No podía estar toda la noche a la intemperie, eso lo sabía, así que di unos golpecitos en la puerta de la casa del párroco, y el reverendo Weber la abrió lo suficiente para asomarse a ver quién era.

—Voy a entrar a la iglesia —dije—. ¿Hay alguna puerta que comunique con la casa?

Dijo que sí con la cabeza.

—No eche la llave.

Se retorció para poder mirarme a los ojos. Vi que le temblaba tanto el brazo con el que empuñaba el bastón que las sacudidas le recorrían todo el cuerpo.

—*Gute Nacht* —dijo con voz rasposa y débil, y cerró despacio la puerta.

Pobre hombre: el trato era que escribiese una carta, no que llegase a aquello.

Una vez dentro de la iglesia, acerqué una silla hasta la puerta que comunicaba con la casa, la abrí para comprobar que la llave no estaba echada, y vi un pasillo al final del cual estaba la sala en la que el reverendo se sentó a esperar. Entonces me quité el sombrero para poder pegarme bien a la pared y tener el oído atento a cualquier ruido que viniese del otro lado de la puerta. Pasados unos minutos, la abrí otra vez y le recordé al reverendo que tenía que hablar claro, aunque sin dar voces, no fuera a levantar sospechas. Me dijo que sí con un gesto cansado de la mano.

Pasaron varias horas, y nada oí salvo el tictac del reloj y los suspiros y gemidos del anciano que cambiaba de posición en la silla al otro lado de la puerta para no dormirse. Había dejado una luz

encendida, y me llegaba de vez en cuando el ruido que hacía cuando pasaba las páginas del periódico. Afuera, las hojas del olmo soltaban un leve crujido cada vez que se levantaba el viento. Oí pasar a un hombre un par de veces que iba silbando. Para no dormirme y estar alerta, paseaba por la nave de la iglesia y me asomaba a las ventanas altas y estrechas desde las que veía el vecindario sumido en sombra. Fueron apagándose las luces en las ventanas de las casas una tras otra, conforme a los vecinos los iba venciendo el sueño reparador; o mientras seguían despiertos como yo, abrumados por sombríos pensamientos.

Ya debía de haberle contado la situación al *sheriff* el ayudante English. Sentada allí rodeada de sombras, pensé en mi propia arrogancia. A Heath le gustaba decir que a Cordelia no la habían elegido para ningún cargo público y no era quién para decir cómo tenía que llevar el departamento de policía del condado. Y lo mismo valía para mí: yo no tenía ningún derecho a mandar a casa a su ayudante. Si English no insistió más en quedarse, fue porque no pudo resistirse a la tentación de dejarme allí sola, en un puesto en el que no tenía que estar. Por eso, y para salir corriendo a decirle al *sheriff* Heath lo que yo había hecho. Por lo menos ya sabía que mi intuición con él no andaba desencaminada: poco le importaba coger o no a Von Matthesius si estaba dispuesto a abandonar su puesto a la primera de cambio.

El *sheriff* seguía sin venir. A lo mejor había salido en pos de Cordelia y estaba ahora en el porche de la madre de ella, suplicándole que volviera a casa. Yo no podía hacer nada; solo imaginarme esa escena, y sentarme allí como una mujer condenada que aguarda sentencia.

Casi era medianoche cuando oí arrastrarse la puerta de la iglesia y me puse en pie de un salto. El *sheriff* Heath vino caminando hacia mí en silencio, me cogió bruscamente por el codo y me llevó al otro lado de la nave atravesando las filas de bancos, allí donde el párroco no pudiera oírnos.

—No pienso tolerarlo. —Ni siquiera me miraba a los ojos.

—Ese preso era mío, yo soy la que tiene que volver a entregarlo.
—Lo dije aunque ya no me lo creía del todo.

—¡Maldita sea! A usted nadie le ha dado vela en este entierro. — Tenía la vista fija en algún punto más allá de mi hombro. Cuando por fin me miró, lo hizo con un brillo extraño en los ojos, como si no me conociese—. Por su culpa, mi mujer se ha ido a casa de su madre, y tengo que contratar los servicios de un abogado para no ir a la cárcel.

Por fin me lo echaba en cara, y de qué manera. Sentí que me caía al suelo, pero por alguna extraña razón, seguía de pie, como petrificada, muda.

—El condado de Bergen seguirá sin mujer policía durante años solo por este lío que ha armado. Y sin *sheriff* demócrata también. Piense un poco en los demás, señorita Kopp. Y no vuelva a decirle a uno de mis hombres lo que tiene que hacer.

Me habría llevado a casa en aquel mismo momento —o al menos lo habría intentado— de no haber sido porque del otro lado de la puerta que daba a la casa del párroco, oímos que decían:

—¡Ya voy! —El anciano alzaba la voz con el tono desesperado e impostado que yo le había dicho que no tenía que poner. Salimos corriendo hacia la puerta y pegamos el oído en atenta escucha.

Vi por la ventana de refilón una figura oscura que no era Von Matthesius. Medía menos que él y era más corpulento; además, tenía acento de Brooklyn:

—¿Tiene usted un paquete para mí? —dijo cuando el reverendo abrió la puerta.

—Sí, haga el favor de pasar dentro. —Seguía usando aquella voz retumbante que ponen los actores en el teatro, algo que debió de aprender para pronunciar los sermones desde el púlpito. Apreté los puños y contuve el aliento. El *sheriff* Heath tenía la mano en el pomo de la puerta—. ¿Eres amigo del doctor Von Matthesius?

—Lo soy —dijo el chico.

—¿Y te llamas?

—Me llamo el chico de los recados.

—Eso no lo oí —dijo el reverendo alzando todavía más la voz.

Sonó como si tiraran un objeto al suelo o le dieran una patada a algo, y el chico dijo:

—¿Dónde lo tiene?

—¿Dónde tengo el qué? —gritó con todas sus fuerzas el reverendo Weber.

—¡El paquete! El sobre. La bolsa. Lo que sea que tenga usted. Vaya a por ello.

Por toda respuesta, el reverendo dijo algo entre dientes y arrastró los pies por la sala. Algo raspó el suelo, y sonó un estacazo contra la pared.

—¿Por qué ha hecho eso? —dijo el reverendo.

—¡Para que se mueva usted! ¿No me mandó llamar? Pues dígame ahora dónde narices tiene el dinero.

Tenía la extraña sensación de que el reverendo se hacía de rogar para darme tiempo a mí. Habíamos acordado que le entregara el sobre y lo dejara marchar. Retenerlo allí tanto rato no nos favorecía nada. El *sheriff* sacó el revólver y lo sostuvo junto a un costado. Lo mismo hice yo.

—Pero, bueno, si no es más que un sobrecito y yo pensaba que lo había puesto aquí mismo, a ver si lo encuentro, señor... ¿Cómo dice usted que se llama?

El palo golpeó esta vez contra otro punto de la sala y hubo algo, una lámpara o un espejo, que se hizo añicos. Como el reverendo no dejara de hacer el tonto, tendríamos que entrar a toda prisa y toda la operación se iría al garete.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Y ahora váyase! —lo dijo sofocando a duras penas las lágrimas.

Sonó otro estacazo, seguido del golpe que yo me estaba temiendo: un fuerte puñetazo que alcanzó al anciano. Debí de tirarlo al suelo llevándose por medio una silla, porque oí un estruendo y un gemido, y entonces el chico salió por la puerta y echó a correr calle abajo.

—Quédese con él —me dijo el *sheriff* Heath, y fue en persecución del mensajero. Yo tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no echar a correr detrás de él.

Cuando entré en la casa, vi al reverendo hecho un ovillo en el suelo. Tenía una herida en la cabeza por la que sangraba, pero estaba vivo y hacía por ponerse en pie él solo. Le cubrí la herida con mi pañuelo y lo ayudé a sentarse en una silla.

—*Gehen Sie!* —me dijo, queriendo decir «¡Vaya tras ellos!».

Le dije que tenía que quedarme a cuidarlo, pero él indicó por señas que me fuera.

La puerta se había quedado abierta, revelando un túnel negro como boca de lobo que llevaba, lejos de aquella iglesia, lejos de Hackensack, a donde quiera que se escondiera Von Matthesius. Hubo un golpe de viento que zarandó un poco la puerta y arrojó dentro un puñado de hojas de color naranja.

Ya no podía aguantar más: salí afuera dando un portazo y eché a correr calle abajo en pos del *sheriff* Heath.

22

Cuando llegué a la estación, casi sin resuello y con la cara roja, el chico estaba subiendo al tren de Nueva York. Apoyado contra el vano de la entrada al despacho de billetes, el *sheriff* Heath hablaba en voz baja con el jefe de estación. Recortaban los dos una silueta conjunta a la luz anaranjada de un único farol. Al parecer, el mensajero no se había percatado de la presencia del *sheriff*. Yo me mantuve a la espera y vi cómo este subía al vagón en el que estaba el chico.

Cuando sonó el pitido que anunciaba la salida, pasé al andén y de un salto subí al vagón justo detrás del suyo, segundos antes de que el tren echara a andar. Solo había unos cuantos pasajeros muertos de sueño a bordo, y me puse en la cabecera del vagón para poder ver por la ventanilla el que tenía delante. El *sheriff* Heath y el mensajero estaban de espaldas a mí, de manera que los veía a los dos sin que se percataran mientras el tren iba traqueteando hacia la gran ciudad.

Me bajé en Nueva York, apenas unos segundos después que ellos, y los seguí cuando dejaban atrás la estación por la salida de la Séptima Avenida. Aunque era tarde, había gente en la calle, coches de caballos en busca de clientes, y mozos de carga que empujaban carros llenos de baúles. Solo nos guiábamos por la luz difusa que arrojaban unas cuantas farolas, y era muy fácil perder de vista al chico porque había muchos como él: figuras solitarias enfundadas en un abrigo oscuro que salían de la estación a toda prisa.

Cuando llegué a la altura del *sheriff* Heath, no se volvió para mirarme, y dijo en voz baja, torciendo un poco la boca:

—Los policías normalmente hacen lo que les dice el *sheriff*, de lo contrario, suelen acabar dedicándose a otra cosa.

—Si no consigo atraparlo, no merezco ni siquiera dedicarme a otra cosa.

Aquello le hizo gracia, y soltó un resoplido antes de echar a correr para que no se le fuera el chico. Yo hice lo propio y aminoramos la marcha cuando estábamos como a media manzana de él.

—Si por una vez fuera usted tan amable de obedecer las órdenes del *sheriff* —dijo aprovechando que le amortiguaba la voz un repentino estruendo de cascos al adelantarnos un tropel de viejos coches de caballos—, pues iría usted de vuelta a la estación a buscar un policía para que viniera a ayudarme. English mismo me habría valido, de no haberlo mandado usted a casa.

Antes de que pudiera responder, el chico se detuvo frente a un escaparate, y nos paramos dando un frenazo. Me di cuenta con un sobresalto de que pronto sería Navidad. En todas las tiendas de la manzana había escenas navideñas: un castillo digno de un cuento de hadas brotaba de una nube hecha de copos de algodón; figuritas de cantores labradas en madera portaban entre las manos, no la partitura, sino cajas de regalos envueltos y todo; y una muñeca de porcelana abrazaba a un gatito frente a la chimenea, con un lazo que decoraba el cuello del animal.

Sentía jadear al *sheriff* en el aire afilado del invierno. Los gestos que hacía tenían algo de frenético: se calaba el sombrero, metía las manos en los bolsillos, toqueteaba el botón del cuello de la camisa. Y justo cuando iba a girarse para hablar, sin duda con la intención de ordenarme otra vez que volviera a la estación, el chico se puso de nuevo en marcha y tuvimos que apurar el paso para no perderlo.

Como si quisiera asegurarse de que nadie seguía su ruta, dio mucha vuelta, metiéndose por todo tipo de calles estrechas, en las que las tiendas llevaban horas cerradas; y fachadas y chaflanes de edificios sin ninguna personalidad albergaban por el día fábricas de cajas y talleres de imprenta, pero se sumían por la noche en el más completo abandono. Ya no volvió a pararse y en ningún momento

bajó el ritmo de su caminar. A veces cruzaba por todo el medio una avenida sin mirar si venían coches a motor, o carruajes cuyos conductores no podían ver mucho más allá de sus narices en la escasa luz, y entonces teníamos que cruzar detrás de él jugándonos el tipo. El ritmo no invitaba a la conversación, pero el *sheriff* no cejaba en su empeño por alejarme de allí haciendo aspavientos con las manos, a los que yo no atendía. Era a mí a quien necesitaba, no a un policía de Nueva York que no supiese ni qué perseguíamos.

El chico detuvo otra vez la marcha y se agachó, quizá para atarse un zapato, y nos metimos detrás de una pila de cajas que había a la puerta de una frutería.

Volvía el *sheriff* con la diatriba, pero le dije:

—Usted no se iría a casa. Si hubiera sido usted el que lo dejó escapar, de ninguna de las maneras se habría ido a casa.

Se quitó el sombrero, y pensé por un instante que me iba a pegar con él. Pero pasó la mano por el pelo peinándolo hacia atrás y volvió a ponérselo, diciendo:

—Yo haría lo que fuera que me ordenara el *sheriff*. Fui ayudante cuatro años, y ¿cree usted...?

Allá que iba otra vez el chico, mucho más rápido esta vez mientras cruzaba la Quinta Avenida y se metía en los suburbios del límite más al este de la ciudad. Corros de jóvenes se apelotonaban en las esquinas, frotándose las manos alrededor de hogueras prendidas en bidones; y chicas enfundadas en abrigo comidos de polillas tiritaban en el alféizar de los portales. Las aceras tenían tantos baches y jorobas, había tantas ventanas de sótanos rotas o a medio abrir que tenía que remangarme las faldas del vestido para ver dónde pisaba.

Finalmente, el chico se paró delante de un portal en la Segunda Avenida y buscó la llave en los bolsillos. El *sheriff* se metió conmigo en el hueco del escaparate de una panadería polaca más arriba en esa misma calle. Lo tenía tan encima de mí, que me hacía cosquillas con el bigote detrás de la oreja:

—De usted será la culpa si se escapa. Hay que atraparlo a toda costa.

—Pues claro —dije, pero vi cierta desesperación en sus palabras, y no pocas dudas cuando me soltó y cruzó la calle a la carrera sigilosamente.

El chico estuvo buscando la llave entre las que tenía en la mano y por fin metió la que era en el ojo de la cerradura. El *sheriff* entró justo detrás de él, con una mano sujetó la puerta y con la otra empujó al chico. Oí un forcejeo y me acerqué con cuidado.

El *sheriff* dijo algo entre dientes que no oí, el chico gritó, y uno golpeó al otro. Fui corriendo hasta la puerta —que se había encajado en el marco pero no estaba cerrada del todo—, la abrí, y justo en ese momento vi cómo Heath obligaba al chico a llevar las manos a la espalda y le ponía las esposas. Estaban los dos de rodillas en el suelo de un zaguán muy estrecho. Enseguida el *sheriff* logró ponerse de pie y tiró hacia arriba del otro.

Heath me miró, y con un giro brusco de la cabeza me hizo señas para que entrara y cerrara la puerta.

—Ni pío —le dijo al chico sin levantar la voz—. Tú di solo que sí o que no con la cabeza. Como hagas ruido la que te va a caer será peor.

El chico asintió. Lo tenía mirando hacia las escaleras, como si no quisiera que me viera. A lo mejor le entraba más miedo si pensaba que no había testigos.

El *sheriff* se puso detrás de él, lo sujetó por las esposas y le dijo al oído:

—¿Está ahí arriba el doctor Von Matthesius?

El chico dijo que no con la cabeza.

—Pero ¿es aquí donde ha estado escondido?

La movió afirmativamente.

—¿Y entonces a quién hemos venido a ver? Dilo muy pero que muy bajito, no vayas a despertar a nadie.

—Rudy Schilga.

—¿Rudy? ¿Rudolph?

—Pues será.

—¿Apartamento?

—¿Cómo? —El chico fue a girarse pero el *sheriff* Heath le dio un pequeño empujón.

—¡Que qué apartamento es, que adónde vamos!

—Ah. Al 3R.

Dicho esto, empezaron a subir las escaleras: el chico abría camino, y el *sheriff* lo seguía muy pegado a él, sin soltar las manos de las esposas. Cuando llegaron al primer descansillo, el *sheriff* se agachó y me indicó que los siguiera. Subí intentando hacer el menor ruido posible, y sin que me viera el chico.

Llegados al tercer piso, se pararon delante del apartamento 3R. El chico no decía ni palabra. Con la cabeza gacha, resollaba después de haber subido los tres pisos a pie.

—¿La llave? —susurró el *sheriff*.

—En mi abrigo.

El *sheriff* metió la mano en uno de los bolsillos y sacó la llave. Luego abrió la puerta y lo empujó dentro.

Yo entré detrás de ellos y cerré la puerta. Allí no había nadie. Era un apartamento de alquiler como hay tantos, con la bañera en la cocina y dos camas de hierro pegadas cada una a una pared, sin ropa de cama que cubriese el colchón. En una balda había tazas y platillos y una sartén de metal toda abollada. Aparte de aquellos enseres, no vimos señal alguna de que el apartamento estuviese habitado. Olía a polvo y a mugre.

Cuando oyó cerrarse la puerta, el chico volvió la cabeza de golpe y, al verme, se llevó un sobresalto:

—¿Y esa quién es?

—Habla bajito —dijo el *sheriff* Heath—. Esta es la señorita Kopp. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Reinhold Dietz.

El nombre era alemán y a mí no se me olvidaría. Reinhold no me quitaba los ojos de encima. Tenía la cara fofa y redonda, y ojos inexpresivos de un azul metálico.

—Me han seguido, ¿no? —dijo con resignación—. Rudy me contó que la policía estaría vigilando, pero de una mujer, de eso no

dijo nada.

El *sheriff* Heath le dio un tirón de las esposas para que no me mirara más.

—¿El plan cuál es, hijo?

—¿Me va a llevar a la cárcel?

El *sheriff* lo estuvo mirando, pasó revista al abrigo de color azul marino que tenía agujeros en las coderas; y a los zapatos viejos, con las suelas despegadas que dejaban ver el relleno de papel de periódico que había dentro.

—Eso dependerá de ti.

En el apartamento de al lado, un hombre tuvo un ataque de tos tuberculosa. Llegó el pesado ruido de sus pasos y luego el del agua escanciada de una jarra. Esperamos callados a que el vecino volviera a acostarse, y entonces el *sheriff* dijo:

—Reinhold, te dejaré ir en cuanto tengamos a Von Matthesius. Nada más ponerle a él los grilletes, te los quitaré a ti. Así funciona la cosa.

Reinhold siguió con la cabeza gacha.

—Rudy me dijo que, si no estaba aquí, fuera a la terminal del ferri a ver al barón.

—¿Qué ferri?

—En el East River, a la altura de la calle Veintitrés.

—¿Cuándo?

Reinhold retorció el cuello para mirarnos, primero a mí y luego al *sheriff*.

—¡Pues ahora! Ya tenía que estar allí.

Al *sheriff* no le hacía falta oír nada más. Le volvió a decir a Reinhold que estuviera callado, y salimos los tres en sigilo del apartamento.

—Y aquí, ¿va a venir alguien aquí esta noche? —susurró el *sheriff* cuando ya estábamos en la escalera.

—Aquí no ha vivido nadie desde que se llevaron al barón a otra parte; es solo un lugar de encuentro.

Afuera, el *sheriff* se volvió para observar el edificio y luego me miró a mí.

—Me puedo quedar aquí por si viene alguien —dije.

—Sí, claro, pero no se va a quedar.

—Si digo que me quedo, me quedo.

—¿Con que esas tenemos? O sea que cuando le digo que se quede y no venga conmigo, usted no me hace caso, y ahora sí. Las órdenes se las da usted misma por lo que veo.

Reinhold Dietz nos miraba a uno y a otro como si fuéramos los padres de un niño pequeño que discuten porque no se ponen de acuerdo sobre qué hacer con él.

—No puedo dejarla en la Segunda Avenida a estas horas de la noche —dijo.

—Ya me dejó en Hackensack.

—¡Pero en una iglesia! —El *sheriff* meneó la cabeza y soltó un gruñido—: Bueno, vamos adelante con la faena. Si tenemos a Reinhold, cogeremos al barón. ¿A que sí, hijo?

Reinhold gimió con pocas ganas pero no opuso resistencia. Esta vez fuimos más derechos por la calle Veintitrés hasta el terminal del ferri. No era normal ver a un hombre y a una mujer ir por la calle llevando a un chico esposado, al menos para mí, pero el caso era que nadie se paraba a mirarnos.

Había más ambiente en las calles del East Side de Nueva York a esa hora que en Hackensack o Paterson a cualquier hora del día. Las luces estaban encendidas en muchos pisos; no en todos, pero quizá, por cada doce que dormían, uno o dos estaban despiertos, haciendo lo que fuera que uno hace a las dos de la mañana. Vi la silueta de una mujer, recortada contra la luz en una ventana, que mecía a un niño en brazos para dormirlo; en otra, un hombre fumaba asomado a la escalera de incendios. Hasta en las tiendas había movimiento. En una de esas panaderías insulsas que parece que pasan todo el día haciendo panecillos de centeno y pan negro, un chico se afanaba con la masa. Dentro de una lavandería, dos mujeres cosían a máquina, y se alumbraba cada una con su farol. En la esquina con la calle Diecinueve, dos hombres sacaban a la

acera los muebles y cosas de un apartamento, y una horda de traperos había aparecido de la nada para llevárselo todo en el acto.

Reinhold iba sin resuello, y le salían grandes nubes de vapor de la boca con el aire frío. Como iba esposado, se trastabillaba y tropezaba contra nosotros cada ciertos metros. Pensé en pedirle al *sheriff* que lo desatáramos, pero sabía que no quería ponerle las cosas fáciles al chico, y así fuimos, dando tumbos hacia el este por la Veintitrés hasta que la terminal del ferri apareció en la distancia bajo el brillo anaranjado de las farolas.

Cuando ya estábamos cerca, el *sheriff* le preguntó a Reinhold:

—¿A ti te conoce Von Matthesius? ¿Te reconocería si te viera?

—Sí me conoce.

—Vale, porque a nosotros también nos conoce. Así que esto es lo que vamos a hacer: buscaremos un banco bien cómodo, y allí te ataremos. La señorita Kopp y yo nos quedaremos cerca de ti, aunque no nos veas. Como le grites o lo avises de la manera que sea, te vienes a Hackensack y te meto una buena temporada en mi prisión. Y, en cuanto lo tengamos, te suelto. ¿Te parece?

Reinhold tosió y movió afirmativamente la cabeza.

—Si lo dice usted.

Desde la acera de enfrente, estuvimos mirando la terminal del ferri. Era un edificio alargado que se levantaba poco del suelo y tenía forma de L, con amplias arcadas para la entrada de carruajes y automóviles. Había muchos y posibles escondrijos, y cinco o seis hombres más nos habrían venido como anillo al dedo.

—¿Por qué ha quedado contigo aquí? ¿De dónde viene? —preguntó el *sheriff* Heath.

—No lo sé; eso nunca se lo pregunto.

Le dio un tirón a las esposas, como el que detiene un caballo con la brida.

—¿Dónde te pondrías a esperarlo?

Reinhold señaló con la cabeza unos bancos que había en el punto en el que confluían las dos naves del edificio.

—Pues a lo mejor ahí.

—Ahí está bien. Señorita Kopp, dese un paseo. Mire a ver si lo ve, y procure no perdernos de vista. Voy a atar al amigo y luego me reuniré con usted.

Salí disparada sin decir una palabra. Alrededor de la terminal, el suelo era de tablones de madera, y nada más poner el pie sobre él, una tabla suelta pegó un estallido que sonó como un disparo. Me metí enseguida debajo de un toldo de lona junto a la taquilla, donde me envolvieron las sombras, y contuve la respiración con la esperanza de que Von Matthesius no me hubiera visto.

Pero no se lo veía por ninguna parte; ni a él, ni a nadie que viniera a aquel encuentro. Solo estaban los trabajadores del muelle que limpiaban los suelos con agua sacada a cubazos del río, enrollaban las maromas en los noráis, o bien aseguraban las tablas del suelo. Me miraron algunos, pero no dijeron nada.

Al otro lado del muelle, el *sheriff* Heath se arrodilló para atar a Reinhold a un banco. Vi cómo hablaba con él tomándole la cara entre las manos: Reinhold asintió ostensiblemente y Heath lo dejó solo; entonces se sentó como si estuviera la mar de cómodo, y no encadenado al banco.

El *sheriff* cruzó desde el otro extremo del edificio y vino hasta donde yo estaba.

—¿No ha visto nada?

—Solo los trabajadores del muelle.

—Vale, iré a hablar con ellos. Vigile usted este lado, manténgase a la vista y no quite ojo a ese chico. Si al final viene Von Matthesius, lo más seguro es que vaya derecho hacia él.

Desapareció detrás de la terminal, y yo me quedé en mi puesto, en un extremo desde el que veía bien a Reinhold y a cualquiera que se acercara viniendo de la calle. No sentí el frío lacerante que subía del río hasta que no me quedé del todo quieta: aunque llevaba guantes, no me corría la sangre por los dedos y tuve que frotármelos para sentirlos de nuevo. Tenía los pies igual de congelados, pero no me atrevía a patear el suelo por no hacer demasiado ruido. Oía el tráfico detrás, en la Primera Avenida, y más hacia el oeste, en toda la isla de Manhattan. Era un estruendo

formado por la estridencia de los cláxones, los motores a explosión y el silbido de las calderas, todo parte del rumor incesante y espectral que constituía el latido de la ciudad.

Reinhold Dietz estaba quietecito en el banco y tenía la barbilla casi clavada en el pecho. Quizá estuviera dormido, aunque quedaba muy lejos para verlo con claridad. Me preocupaba que estuviera demasiado tiempo bajo los efectos del frío. Yo me tenía que mover constantemente para no congelarme entera, y no creía que Reinhold fuera a aguantar mucho a la intemperie con aquel abrigo tan fino.

De vez en cuando veía con el rabillo del ojo la figura del *sheriff* andando entre los muelles al otro lado del edificio. Las voces de los trabajadores subían y bajaban, con ese efecto que produce en la onda del sonido una gran extensión de agua.

Cuando por fin se detuvo en su deambular al extremo opuesto de la terminal, bañado por la luz furtiva que arrojaba una farola solitaria, levantó las manos para dar a entender que no había encontrado nada, y yo hice lo mismo. Reinhold Dietz alzó la cabeza un instante y nos miró, primero a uno y luego a otro, para después dejarla caer de nuevo inerte.

Seguimos un rato más cada uno en nuestro puesto, pero nadie apareció; solo se veía el ir y venir de los trabajadores por el muelle. El reloj de la torre dio las tres de la mañana, y el *sheriff* cruzó los raíles y tomó asiento junto a Reinhold. Estuvieron hablando unos minutos, y entonces desató al chico del banco, le esposó de nuevo las manos a la espalda, y vinieron los dos caminando hasta donde yo me encontraba. Aunque estaba oscuro, se le veía la cara redonda y pastosa, y estaba claro que, o había estado llorando o mostraba síntomas de congelación, o quizá ambas cosas.

—Volvemos al apartamento —dijo el *sheriff*—. Según Reinhold, Von Matthesius no llega nunca tarde a sus citas. Si no ha venido ya, es que no va a venir, y no tiene ningún sentido seguir aquí esperando, muertos de frío.

No me seducía la idea de dejar sin vigilancia el único sitio en el que el fugitivo podía aparecer.

—Yo me quedo aquí —dije—. Vuélvanse ustedes dos.

El *sheriff* me miró entrecerrando los ojos.

—¿Es que quiere pagar así alguna culpa? ¿Se va a quedar aquí toda la noche al raso?

—Si bastara con eso.

Entornó los ojos y dijo:

—Hay otro encuentro acordado para mañana en la estación del metro. Allí lo pillaremos. Usted primero, señorita Kopp. —Con una mano tenía a Reinhold cogido por un codo, y de esa guisa me tomó a mí con la otra.

—Y si trabaja para usted, ¿por qué no la llama ayudante? —preguntó Reinhold en el apresurado camino de vuelta.

—Porque los ayudantes siguen las órdenes que les da el *sheriff*. Para eso son ayudantes. A los que no siguen las órdenes del *sheriff*, a esos se les conoce vulgarmente como... —Lo dejó ahí porque teníamos que cruzar un tramo difícil de la calle Treinta y Tres, y Reinhold aventuró una posible respuesta:

—¿Forajidos?

El *sheriff* tuvo que reprimir la sonrisa según ganábamos la acera:

—Gracias, señor Dietz. Forajido es exactamente el término.

23

Sentados en el apartamento completamente a oscuras, el *sheriff* Heath y Reinhold ocupaban una de las camas, y yo la otra. El *sheriff* observaba al chico con aire de sospecha. Si uno se paraba a mirarlo, no diría que Reinhold tuviera luces suficientes como para urdir una mentira, pero algo nos decía que nos estaban engañando.

—¿Se te ocurre otra forma de hacerle llegar un mensaje? — preguntó Heath.

Reinhold dijo que no con la cabeza:

—Yo solo hablo con Rudy. Cuando Rudy tiene un trabajo para mí, viene aquí o deja recado en un restaurante que hay cerca de Times Square.

—¿El Murray's?

Reinhold levantó la barbilla y miró al *sheriff* a los ojos, impresionado.

—¿Cómo se enteró de lo del Murray's?

—Fue ella. —El *sheriff* me señaló con la cabeza.

—¿Ella? Oiga, yo no sabía que había mujeres policía.

—Es solo una posibilidad. Ni yo mismo sé todavía si es una buena idea.

No me gustaban los derroteros que tomaba la conversación, así que dije:

—¿De qué conoce Rudy a Von Matthesius?

—¿Rudy? Rudy conoce a todo el mundo. Antes hacía de recadero de un médico del centro. Uno que se llama... ¿*Rat* algo?

—El doctor Rathburn —añadí yo.

—Ese puede que sea. El doctor Rathburn le pidió a Rudy que buscara dónde esconder al barón porque Rudy se conoce la ciudad al dedillo.

—¿Y el doctor Rathburn os da dinero para que escondáis al barón? —pregunté.

Reinhold se encogió de hombros:

—Yo no sé quién da el dinero; solo que lo dejan en el Murray's. Por lo menos antes, porque algo salió mal y hace semanas que no hay dinero.

—¿Qué pasó? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—De repente, el médico desapareció, y otro tipo que también pagaba a Rudy, ese tampoco paga ya. Lo han dejado tirado con el barón, y no sabemos qué hacer con él. Nos dijeron que lo escondiéramos y que lo cambiáramos de sitio de vez en cuando, pero ya no nos paga nadie. Fue a Rudy al que se le ocurrió que miráramos en la ventanilla de la lista de correos.

—¿Y por qué se quedó en Nueva York el barón?, ¿por qué no salió de la ciudad? —preguntó el *sheriff*, como quien no quiere la cosa—. Si a mí me persiguiera la policía, cogería un tren.

Reinhold apoyó la cabeza contra la pared y desde allí miró a Heath torciendo un poco el cuello:

—El médico dijo que nada de llevárnoslo muy lejos, que el barón le debía dinero y lo quería cerca de él.

—¿Y Rudy no tiene ni idea de dónde ha ido el médico? —preguntó el *sheriff*.

Reinhold se estaba quedando dormido. Caído de un lado, hecho un ovillo, balbuceó:

—A mí nadie me dice nada.

Lo vimos entornar los ojos, y la cabeza cayó por su propio peso. Al poco, oímos un suave ronquido. Entonces me di cuenta de que no había nada en toda la habitación en lo que posar la vista. O miraba al *sheriff* o las grietas del yeso en las paredes, y me puse a mirar el yeso.

Llevábamos un rato concentrado cada uno en las grietas que había detrás de la cabeza del otro, cuando el *sheriff* Heath dijo:

—Espero no haber dado a entender que fue egoísta por su parte salir sola a buscar a Von Matthesius, porque no era eso lo que yo quería decir.

—Quería decirlo y lo dijo. Y tenía razón: fue egoísta por mi parte.

—Le entró a usted el sentido del deber, y actuó en consecuencia. Ojalá tuviera más ayudantes así.

Me quité los alfileres del sombrero y lo puse a un lado, encima de la cama.

—Qué más da por qué lo hice, el caso es que por mi culpa está usted en un buen lío y, sin embargo, no ha hecho más que ayudarme.

—Pero yo no quería ayudarla, señorita Kopp; solo le ofrecí un trabajo.

—Y mire la que se ha liado.

Reinhold soltó un tremendo ronquido, y pensamos que lo habíamos despertado, pero no fue así, y enseguida siguió con la misma respiración profunda de antes.

—Para usted tampoco ha sido nada fácil —dijo.

—Por mí no se preocupe —comenté, suprimiendo a duras penas un bostezo—. Tiene que pensar en su familia. Cómprele unas rosas a la señora Heath, y convénzala para que vuelva a casa.

—La señora Heath volverá mañana —dijo—. El padre le dirá que nunca tenía que haberse casado conmigo; y la madre le dirá que su deber es estar con su marido, y la hartarán tanto que volverá aunque solo sea porque no los aguanta.

—Pero tendría usted que pedirle que volviera a casa —dije—. A una mujer siempre le gusta que le pidan que regrese.

—No tengo por qué. Ella ya sabe dónde está su casa.

No era yo quién para darle lecciones sobre Cordelia, así que no caí en la tentación de hacerlo.

—Duerma un poco ahora que puede —dijo.

—No pienso quedarme dormida mientras estoy de servicio. — Pero me desabroché las botas y metí los pies debajo del abrigo. Casi hacía tanto frío dentro del apartamento como afuera, pues, aunque debajo de la ventana había un radiador de hierro todo oxidado, no cumplía otra función que la de acumular hollín.

—Duerme usted casi todas las noches cuando está de servicio —dijo el *sheriff* Heath—. Pasa tanto tiempo en la cárcel que tendría que cobrarle el alquiler. Todo el mundo está deseando irse a casa por la noche.

En la oscuridad, no le veía los ojos; solo la sombra que los cubría. Nos estuvimos mirando un rato largo en silencio.

—No quiero dejar este trabajo.

Cuando volví a alzar la vista, la luz tenue del alba se había colado en el apartamento. Reinhold Dietz seguía dormido, echado sobre un costado y con los pies en el suelo. El *sheriff* Heath miraba al frente con el aire impasible de quien está acostumbrado a hacer cumplir la ley y ha de pasar largos periodos de tiempo en soledad y paciente espera.

Me incorporé rápidamente, el pelo me tapaba la cara y tenía la falda hecha un rebujo a la altura de las rodillas. Reinhold me sintió y fue a estirarse soltando un gran bostezo, pero las esposas no le daban mucho campo de maniobra, así que volvió a la posición de sentado y paseó la vista por toda la habitación, pestañeando, como si lo sorprendiera vernos allí.

—Puede que haya sido entre sueños —dijo—, pero he soñado que me dejaba ir.

—Y te he dejado ir... a dormir —respondió el *sheriff*.

El chico estiró el cuello hacia un lado y hacia otro y soltó un gruñido:

—Sí, pero antes me ha atado como un ocho.

—No te quejes. —Heath se puso de pie y sacudió el abrigo—. Porque, fíjate, resulta que los testigos protegidos de este *sheriff* tienen derecho a un desayuno como Dios manda. Así que, lávense la cara los dos, y vámonos de aquí.

Había un retrete en el pasillo. El *sheriff* Heath llevó allí a Reinhold y yo me lavé la cara en el agua turbia de la bañera. Una vez limpios, todo lo posible dadas las circunstancias, salimos al frío de afuera cuando en la calle no había un alma y hasta los carteristas dormían. Las farolas seguían encendidas y daban una luz ambarina que pugnaba con el palor azulado que sucede al alba. Ninguna tienda estaba abierta.

El *sheriff* Heath dejó a Reinhold caminar con las manos esposadas por delante, camufladas en los pliegues del abrigo. Llevaba al chico cogido por un codo, y yo lo tomé por el otro. Debíamos de ofrecer la apariencia de un trío insólito: un muchacho que no llegaba ni a la edad de Fleurette iba escoltado por una mujer de treinta y seis años y un hombre de la misma edad. Podrían pensar que éramos sus padres, aunque no se parecía a ninguno de nosotros.

Todavía no eran ni las siete de la mañana, y la cita con Von Matthesius era a las diez en la estación de metro de Borough Hall. Yo estaba deseando estar ya allí; no quería perder el tiempo con el desayuno. Reinhold, por el contrario, decía que se moría de hambre, y el *sheriff* insistió en que había que desayunar.

Había una casa de comidas en Astor Place que abría temprano para dar servicio a cocheros y camioneros. Nos sentamos en la barra, y enseguida trajeron huevos y panecillos. Reinhold pidió estofado de carne y el *sheriff* accedió; hasta le compró un bocadillo de carne en lata, pidió que lo envolvieran y se lo metió al chico en el bolsillo. Estábamos los tres soplando el café para que se enfriara, y Reinhold no dejaba de mirarnos a uno y a otro alternativamente.

—¿Y se lleva siempre usted a una mujer para perseguir a la gente? —le preguntó al *sheriff*—. ¿No preferiría ir con otro hombre? Imagínese que me hubiera resistido.

—Ah, pero es que para eso es peor la señorita Kopp que ninguno de mis hombres —respondió el *sheriff* Heath—. El otro día casi ahoga a uno en Times Square.

—Bien merecido que se lo tenía —dije yo.

Con un trozo de pan, Reinhold rebañó lo que le quedaba de estofado y lo fue masticando con deleite mientras me miraba de hito en hito:

—¿Y su marido no la espera a usted en casa por la noche?

—Marido no tengo —dije—, y no habría marido que me dejara pasar la noche en un apartamento del East Side con ustedes dos.

—Pues entonces no se va a casar nunca, a no ser que deje este trabajo.

Me bebí lo que quedaba del café y dije:

—Puede que lo deje de todas formas. A ver qué tal se da el día.

—Y el *sheriff* tampoco tendrá mujer —dijo mientras Heath pagaba la cuenta y nos sacaba a la mañana clara y ventosa—, porque, que yo sepa, no habría mujer que los dejara ir a los dos por ahí juntitos toda la noche.

—Con eso basta, señor Dietz —dijo el *sheriff*, y lo empujó contra la pared de la casa de comidas para ponerle otra vez las esposas.

—¡Ay! —gritó el chico, porque puede que el *sheriff* fuera un poco brusco.

—Seguro que no lo decía a mala fe —dije entre dientes cuando ya girábamos para dirigirnos a la estación de metro.

—Seguro que sí —dijo el *sheriff* sin mirarme. Compró dos periódicos y subimos al tren.

—¿Para mí no hay periódico? —preguntó Reinhold.

—Solo es para escondernos detrás por si hace falta. —El *sheriff* me pasó uno a mí y abrió el suyo dando a entender que no quería que lo molestaran. Reinhold empezó a mirar a todas partes, como un niño pequeño que no puede parar quieto, y se frotó las muñecas en las rodillas.

—¿No me las podría quitar mientras vamos en el metro? —dijo con una vocecilla quejumbrosa—. Usted sabe que no voy a ir a ninguna parte.

—Yo no sé nada de ti, Reinhold —dijo el *sheriff* sin alzar la voz ni levantar la vista del periódico—. Anoche te quedaste dormido

cuando te estábamos interrogando, y sigo sin saber nada de lo que quería saber.

—Ah, ¿es que fue un interrogatorio? —Quiso sacar el bocado del bolsillo del abrigo—. Yo pensaba que estábamos hablando, nada más.

—Te voy a dar un consejo, hijo. Cuando un *sheriff* te pregunta algo, no está hablando y nada más.

Fingí que leía el periódico, pero tenía la mente ocupada en mi fugitivo. El tren daba sacudidas al surcar los raíles y, cuando cruzó por debajo del río, sentí tal presión en los oídos que me quedé sin oír nada un minuto. Sentí que estaba como en trance, que el mundo en su fragor de repente se había detenido; que aquel monstruo mecánico nos llevaba al mismo sitio a todos: a los hombres que gastaban trajes caros, a las mujeres con pieles enrolladas al cuello, y a nosotros tres, unos infelices que habían dormido vestidos en ropa de calle y llevaban toda la noche esperando para cazar al hombre que buscaban.

De repente me di cuenta de que no sabríamos qué hacer si Von Matthesius no acudía a la cita. Me agaché un poco para susurrarle a Reinhold al oído:

—Mañana ¿dónde es la cita?

El *sheriff* Heath me miró por encima de la cabeza gacha de Reinhold, y vi que ya sabía la respuesta.

—A mí nadie me dijo nada de mañana —murmuró el chico—. Aquí acaba el trayecto.

24

El tren dio una última sacudida antes de parar en la estación de Borough Hall. El *sheriff* Heath cogió a Reinhold del brazo, y yo salí al andén detrás de ellos. Antes de subir las escaleras, me llevó a un lado, apartó al chico todo lo que pudo sin soltarle y solo entonces me susurró al oído:

—Reinhold no sabe cuál es la entrada predilecta de Von Matthesius. Hay tiempo, así que daremos una vuelta para ver dónde nos ponemos cada uno. El chico me lo quedo yo. Si usted ve primero a Von Matthesius, tendrá que reducirlo sin usar el arma, porque no quiero que saque el revólver con tanta gente por aquí.

Dije que sí con la cabeza:

—¿No podemos llamar a la policía y que manden agentes para vigilar la zona?

—Ahora no. Me da miedo que nos lo espanten. Puede que ya tenga sus sospechas al ver que Reinhold no acudió a la cita anoche. Además, nosotros lo reconoceríamos, pero la policía no, y no quiero que cojan a la persona equivocada. Usted y yo vamos a tener que hacer esto los dos solos.

Subimos por las escaleras, y en la calle un viento helado nos azotó el rostro justo enfrente de Borough Hall. No dejaban de pasar coches negros a toda prisa por la calle Court. Apenas nos separaban un par de manzanas de la avenida Atlantic, esa parte de Brooklyn en la que las calles giran sin que uno se lo espere y acaban entrelazándose en un dédalo de cruces y aceras que no sabes muy bien adónde llevan. Nos quedamos los tres allí parados, intentando orientarnos.

—¡Anda! —dije en cuanto me familiaricé con el entorno—. Yo iba a una academia de baile que había ahí, a la vuelta de la esquina.

—¡Al baile! ¿Usted? —dijo un sorprendido Reinhold Dietz, lo que le ganó un golpe seco en la espalda por parte del *sheriff* Heath.

—Todo el mundo iba a clases de baile —dije—. La academia estaba por ahí, bajando la calle Court, al otro lado de la avenida Atlantic. Mi tío trabajaba allí, era el pianista.

No había vuelto por aquella parte de Brooklyn desde que era pequeña. Me sentía rara en una calle por la que solía pasar todos los días hacía veinte años. ¿Qué pensaría aquella chica que fui si me viera ahora?

Había dos entradas que daban a Borough Hall, una enfrente de la calle Court, y la otra delante de Boerum. El *sheriff* nos llevó hasta la otra entrada, y desde allí fuimos dando la vuelta a la manzana para asegurarnos de que no había más accesos.

Por el tráfico, debíamos de estar en la esquina más concurrida de Brooklyn. El tranvía hacía crujir las vías, las madres llevaban al colegio pequeños rebaños de niños, y pasaban los vendedores callejeros empujando los carritos llenos de manzanas, bollos calientes y una selección de lo mejor que hubieran recogido de la calle la noche anterior: sartenes y cacerolas sometidas a mil fuegos, retales de tela, tarros y botellas de cristal sucios, y gordos cirios de sebo, todos a media vela. Una chica de poco más de diez años llevaba un carro lleno de macetas de geranios rojos. De una ventana que teníamos encima, llegaban las escalas que, muy aplicado, tocaba un niño en clase de órgano. Por doquier tañían las campanas, rugían los motores y nos llegaba la algarabía de miles de personas manzana tras manzana en varios cientos de metros a la redonda. En Wyckoff, se veía el horizonte desde casa, y la línea no la interrumpía la presencia de ningún ser humano; pero en Brooklyn no había horizonte, solo Brooklyn y más Brooklyn, hasta el mismísimo borde del agua.

De alguna extraña manera, era allí, en algún punto entre toda esa maraña, donde teníamos que dar con nuestro fugitivo y atraparlo si podíamos.

—Vale —dijo el *sheriff* cuando dimos toda la vuelta y llegamos al punto de partida—. Nosotros nos quedamos aquí, delante de la calle Court, y usted váyase a la otra entrada. No cruce la calle, pero no pierda de vista tampoco la esquina de enfrente, y mire por si viene por un lateral de Borough Hall. No sabemos; quizá salga del metro también, así que no se aparte mucho de la entrada. Según el señor Dietz, no suele llegar con demasiada antelación. Dese una vuelta un rato para pasar un poco más desapercibida, pero a las nueve y media tiene que estar en su puesto y ya no moverse de ahí.

Reinhold no paraba de restregar las esposas:

—Oiga, *sheriff*. Esta mañana me aprietan un poco más. ¿No me las podría aflojar?

—Ahora no, hijo —dijo el *sheriff*. Me cogió de un brazo y se acercó a mí para que no lo oyera Reinhold—. ¿Está usted preparada para esto?

La verdad era que el corazón me iba a cien por hora, una vena en la frente no paraba de latir, y tenía el cuello empapado en sudor a pesar del frío. Hasta habría dicho que los ojos me hacían chiribitas. De haber sido yo de las que se desmayan, habría hecho bien en acercarme a un banco por si acaso.

Pero no era de esas:

—Yo fui la que cogió a Felix, ¿no se acuerda? Lo atraparemos.

Me sostuvo un instante más por el codo y me miró detenidamente.

—Estoy bien —añadí.

—Tenga cuidado —dijo él, aunque seguro que no lo pensaba, porque teniendo cuidado no era como se atrapaba a los delincuentes.

—Descuide, no lo tendré. —Reinhold oyó aquello que dije, y se le escapó una sonrisa.

—Antes de la hora de la comida serás libre —le dije al chico, y me fui a mi puesto.

Nunca se me había hecho tan largo el espacio de una hora. Y nunca habría imaginado que, cuando una trabajaba de policía, casi todo el tiempo lo pasaba esperando; que coger a los delincuentes

no requería solo ser lista y rápida, sino también estar dispuesta a no mover un dedo cuando el resto del mundo seguía su curso, y que lo que hace falta tener no es tanto fuerza o resistencia, sino la habilidad para tomar posiciones y no moverse de ahí, no dejar que a una la invada la certeza acuciante de que algo más urgente podría estar pasando en alguna parte; que si tan solo pudiese dejar su puesto y cruzar la calle a la carrera para emprender persecución seguro que alguna presa le salía al camino y le concedía el honor de su captura.

Por espacio de una hora tuve que contener las ganas de agarrar algo, de emplearme a fondo con alguien y tirarlo al suelo. Un policía en su puesto de observación puede ser una criatura peligrosa. Con que hubiera visto a un simple carterista quitarle el pañuelo a alguien, nada más que eso, lo habría hecho pedazos. Pero los criminales ni se atrevían a asomarse por aquel rincón de Brooklyn. Y más les valía.

Como el *sheriff* Heath me había dicho que no estuviera siempre quieta, mudaba a veces de posición, iba hacia la escalera que bajaba a los andenes, luego hasta la parada de coches de caballos en la esquina, a la puerta de la pequeña imprenta que parecía especializada en los avisos y anuncios de Borough Hall. Cuando estaba cerca de la parada, si coincidía que el *sheriff* iba en dirección a la calle Court, lo veía caminar llevando a Reinhold del brazo.

Llegué a preguntarme de qué hablarían los dos en aquella hora que pasaron juntos. Seguro que Heath intentaba convencer al chico de que volviera por el buen camino y se alejara de Rudy, que buscara un oficio legal o que se apuntara a este o al otro curso. También le habría regañado por darle un puñetazo al reverendo Weber. Siempre que miraba, veía a Reinhold con la cabeza gacha, asintiendo como si atendiera a lo que le decían. Aunque no estaba del todo segura de que una charla de una hora a cargo del *sheriff* del condado de Bergen fuera a cambiar mucho las cosas en la vida de aquel chico.

Por fin, las manecillas de mi reloj dieron las nueve y media y fui a mi puesto al lado de las escaleras. Pasé escrupulosa revista a todos

los hombres, a todas las mujeres y hasta a los niños que entraban y salían de la estación; y también a todos los que pasaban por la acera, y a los que alcanzaba a ver subiendo o bajando de un coche. Me dije una y otra vez que Von Matthesius haría todo lo posible por pasar desapercibido vistiendo un traje normal y corriente y un sombrero poco vistoso: haría que fuera muy difícil detectar su presencia.

No era fácil fijarse detenidamente en cada cara. Los hombres tenían la costumbre desquiciante de caminar en grupos de tres o cuatro, apelotonados, unos detrás de otros, de forma que no podía verlos bien a todos y cada uno de ellos. Llevaban bufandas que les tapaban el cuello, sombreros calados hasta las cejas y, justamente en el momento en el que ya tenía sus rostros enfilados, giraban la cabeza y miraban para otra parte.

Hubo como media docena que se parecían tanto a Von Matthesius que estuve a punto de salir corriendo tras ellos y tirarlos al suelo. Pero siempre, justo cuando iba a dar la primera zancada, me percataba de que no era él.

Entonces me di la vuelta y lo vi salir de las sombras, subiendo por la escalera para ganar la calle: vestido con un abrigo que le quedaba grande, los ojos ocultos bajo el ala del sombrero.

Llevaba seis semanas imaginándome la cara de ese hombre todos los días y la reconocí al instante. En cuanto puso un pie en la acera, me acerqué a él por detrás, le retorcí un brazo contra la espalda, y le golpeé en la corva para hacerlo hincar la rodilla en tierra, pero opuso más resistencia de la que yo esperaba: se dio la vuelta y me estampó el codo en la cara, con lo que me tiró hacia atrás. Vi que salía más gente de la estación en ese preciso instante, y acabaríamos perdiendo pie de un momento a otro.

Solo lo tenía cogido por el abrigo y temí que se zafara de mí y saliera corriendo.

—¡Queda usted arrestado! —grité, con la esperanza de que el *sheriff* Heath lo oyera, o para recibir ayuda de alguno de los hombres que me rodeaban.

Los ojos de Von Matthesius se cruzaron solo un instante con los míos, luego fijó la vista en algún punto más allá de mi hombro, en las hileras de ladrillos que descendían por las paredes de la escalera hacia los andenes del metro, y entonces se me vino con todo su peso encima. Perdí pie y caí, pero lo arrastré conmigo, y los dos bajamos rodando hasta mitad de la escalera; y habríamos llegado dando tumbos hasta el fondo de no ser por el tropel de gente que subía en ese momento.

La primera que cayó sobre los peldaños fui yo, y él se estrelló contra mí. Sentí un dolor lacerante en las costillas que me nubló la vista y me hizo soltar mi presa. Él aprovechó para ponerse como pudo de rodillas y mirar a todas partes buscando una salida. La halló, y ya estaba a punto de poner los pies en polvorosa, cuando lo cogí de la pernera del pantalón y lo tiré al suelo otra vez. Al caer se dio con la cara en el borde de un escalón y soltó un agudo chillido.

Veía pasar a mi lado zapatos y bajos de pantalón, pero nadie hizo nada para detenerme, tampoco para ayudarme. Entonces tomé impulso y lo monté por un costado dando forma a la que debía de ser la postura más indigna que compuso nunca una mujer en las calles de Brooklyn. Una mano se le había quedado pillada entre mis piernas, y con la otra hacía vanos intentos por sujetarme. Yo busqué las esposas debajo del abrigo, pero no llegaba a ellas.

—¡Policía! ¡Échense a un lado! —Oí que decían en la parte superior de las escaleras, y vi al *sheriff* Heath parado delante de mí. Le plantó un pie a Von Matthesius en el hombro, y eso le arrancó otro gemido al barón. Giré sobre mí misma para desembarazarme de él y me senté en un escalón a buscar las esposas. Con una mano todavía intentaba sujetarme, y le puse ahí el primer grillete. El *sheriff* le retorció el otro brazo acercándomelo: cuando estuvo esposado, lo arrastramos hasta lo alto de la escalera y lo pusimos de pie.

El barón miraba para otro lado, como si aquello no fuera con él, pero la multitud de curiosos lo observaba y abrían la boca horrorizados al ver la sangre que tenía en la cara: con la caída

contra el borde del escalón, el labio se le partió y había perdido un diente.

Escupió el diente y, con él, un pequeño charco de sangre viscosa, y cuando lo vio en el suelo, dijo:

—*Ich möchte ihn behalten.*

Miré al *sheriff*, quien a su vez me estaba observando con una especie de admiración salvaje y sin límites. Algo nos unió en ese instante, una sensación que no puede haber experimentado nadie que no haya cogido nunca a un delincuente. Fuera lo que fuera lo que había pasado entre nosotros, en ese instante éramos una y la misma persona. Acabábamos de lograr algo juntos que muy pocos llegan a hacer jamás en la vida. No quería decir nada que rompiera la magia de ese instante, pero el tiempo no se había detenido, y la multitud se agolpaba contra nosotros.

—Quiere conservar ese diente —dije.

El *sheriff* se echó a reír y dijo que sí con la cabeza. Se acababa de romper el hechizo.

—Nada malo hay en ello. Cójalo.

Lo tomé del suelo con un pañuelo y me lo metí en el bolsillo. Echamos a andar los tres a duras penas, y las magulladuras hacían que el barón y yo lanzáramos de vez en cuando un quejido. El corro que formaban los curiosos a nuestro alrededor creció hasta formar una multitud que me impedía ver otra cosa delante que no fuera sombreros. Teníamos al fugitivo prendido entre los dos, pero ninguno de nosotros soportaba verlo. Era una criatura sucia y escurridiza y, ahora que ya lo teníamos, nos daba asco; él y todo lo que nos había costado: tiempo, reputación, puede que incluso el trabajo. Era un trofeo que no queríamos; como ganar una rifa y averiguar que el premio era algo monstruoso y repugnante: una red llena de pescado podrido, una cerda muerta de cagalera.

Heath echó un vistazo a su alrededor y, a viva voz, para que lo oyera todo el mundo, dijo:

—Herman Albert von Matthesius, queda usted arrestado por el *sheriff* del condado de Bergen, Nueva Jersey. —Para entonces ya

habíamos llamado la atención de varios policías, y vinieron corriendo a ayudarnos para volver a Hackensack.

Yo pensaba que Reinhold Dietz, esposado y todo, habría salido corriendo en cuanto el *sheriff* acudió a socorrerme. Pero allí seguía, detrás de la multitud que nos rodeaba, esperando con una extraña mezcla de fe y paciencia. El *sheriff* me alcanzó sus llaves, y, con una sonrisa paternalista dibujada en mi cara, solté al muchacho.

—Buen trabajo, chico —dije, y lo vi frotarse las muñecas—. Nos has ayudado a coger a un delincuente muy peligroso. Serías un poli de primera si te lo propusieras.

—Eso me dijo el *sheriff* —reconoció, y se despidió de mí con un saludo militar, llevándose una mano a la gorra. Iba ya por la acera de enfrente antes de que pudiera decirle otra palabra.

25

UNA CHICA QUE TRABAJA DE AYUDANTE DE SHERIFF «TRINCA» A UN PÁRROCO

Una mujer de Nueva Jersey forcejea con un fornido recluso delante de Borough Hall, Brooklyn

BROOKLYN. La señorita Constance Kopp, que en cierta ocasión se escondió detrás de un árbol junto a su casa en Wyckoff, Nueva Jersey, y esperó cinco horas hasta que tuvo a tiro a una banda de la Mano Negra que se había metido con ella, es ahora ayudante de *sheriff* en el condado de Bergen, Nueva Jersey, y el terror de los maleantes.

Pertrechada con una pistola, un par de esposas y demás equipamiento, se acercó a Brooklyn en el día de ayer y efectuó una detención a la vez incruenta y minuciosa. Se fue derecha hacia un hombre fornido y bien vestido delante de Borough Hall y le dio unos toquecitos en el hombro.

Norma dejó el periódico encima de la mesa y dijo:

—Pero esos moratones no te los hiciste dándole a un hombre toquecitos en el hombro.

Solté un gemido y cambié de posición la bolsa de hielo que tenía en la axila.

—Pues claro que no. Eso no se parece en nada a lo que pasó en realidad.

—Tampoco me creo lo que se supone que dijiste, en tono cortante, según escriben: «Venga usted conmigo. Ando detrás de su pista, ¡y se puede dar por trincado!».

Me eché a reír, pero el dolor era tan fuerte que tenía que sujetarme las costillas con una mano para que cesara.

Fleurette estaba sentada en el brazo del sillón de Norma y leía a hurtadillas por encima del hombro de esta:

—«El hombre era el reverendo doctor Herman Albert von Matthesius, quien se había escapado...». Bah, pero eso ya nos lo sabemos. A ver, aquí está: «Miró sorprendido a la joven».

—No me miró —dije—. Miraba al suelo porque tenía la cabeza estampada contra los escalones y el labio partido.

Norma carraspeó y siguió leyendo:

—«Miró sorprendido a la joven. “¡Mi querida señora!” —exclamó —, me es usted del todo desconocida, se lo aseguro. ¡No sé de qué me está hablando!».

Bostecé y me tapé las rodillas con la manta.

—Sería más acertado decir «Escupió un diente y dijo algo en alemán al verlo en el suelo».

Fleurette se tiró encima de la alfombra como si tuviera un preso sujeto entre las piernas. Llevaba un vestido de seda de color azul cobalto con cuello de pelo blanco ribeteado de terciopelo. Como cosía trajes para el teatro, tenía multitud de retales que le sobraban para confeccionar su propio vestuario. Pasaban por casa más plumas y pieles de las que nos hubiera gustado.

—Si van a hacer una película sobre ti, quiero el papel principal. Seré una mujer policía muy convincente.

—Me temo que nunca pasarías el *casting* —dijo Norma sin levantar la voz ni los ojos del periódico—. Aquí pone que la ayudante de *sheriff* Kopp tiene un cuerpo atlético y pesa ochenta kilos.

—¿Cómo? —gritó Fleurette.

—¿Eso pone? —dije yo.

—Bueno, es lo que pesas, ¿no? —dijo Norma.

—Eso o más. Pero jamás pensé que lo sacaran en el periódico. No hacían más que preguntarle al *sheriff* si yo estaba en forma para ser policía, y por alguna razón sacaron lo de la altura y el peso, pero nunca creí que...

—Pues créetelo siempre —dijo Norma con aire de superioridad—. Será mejor que aprendas a hablarle a la prensa si van a estar todo el día escribiendo sobre ti en este plan.

—Les hablo como hay que hablarles.

—Por lo menos ya te reconoce como su ayudante —dijo Fleurette.

—Fueron los periodistas los que me llamaron así, pero, según el *sheriff* Heath, eso va a ayudar, porque los de la Comisión del Condado ya no podrán pasar de puntillas sobre el asunto si ha salido en la prensa. Ha prometido que me entregará la placa después de Navidad, y dice que no se atreverán a parar mi nombramiento después de haber cogido a un fugitivo.

—Ya, pero yo no pondría la mano en el fuego por los de la Comisión del Condado —dijo Norma, y siguió comentando el artículo—: ¿Lo cogiste por los faldones del abrigo y le plantaste encima un pie calzado con esmero?

Eso provocó la risa aguda de Fleurette:

—¡Pero si calzaba esas botas tan feas que lleva siempre!

Sin levantar la cabeza por encima del periódico, Norma dijo:

—¿De verdad abriste el bolso con los dientes para sacar las esposas?

—¡Qué estupidez! —dije—. Lee otro artículo. ¿No tenemos el que escribió Carrie?

Norma estuvo rebuscando en la pila de periódicos.

—Creo que es este. ¿Dónde conociste a esa chica?

—Tú lee y calla.

Fleurette volvió a ocupar el brazo del sillón de Norma y miró sobre el hombro de esta:

—Ah, pero este está mejor. Aquí dice que no lo soltabas, aunque forcejeaba bien duro, y que ninguno de los hombres que había por

allí quiso ayudarte.

—Eso sí que es cierto —dije—. No acudió nadie en mi ayuda.

Una impresionada Norma me miró por encima del periódico:

—«Como la sacaba más peso, empezó a empujarla escaleras abajo, pero ella aguantó sin soltarlo». Y dice que, cuando te encontró el *sheriff*, Von Matthesius «todavía se debatía bajo el abrazo de su implacable captora». Me gusta mucho más su versión de la historia.

Dobló el periódico y lo echó a un lado.

—Pero ¿cómo es que el único hombre que acude siempre a salvarte es el *sheriff* Heath?

Intenté incorporarme para armar mi defensa, pero tenía la costilla astillada y el dolor fue terrible.

—¡Trabajábamos juntos! —Doblé una almohada y me la metí detrás de la cabeza para poder verla bien—. Tenía que ayudarme porque íbamos los dos detrás del preso. De haber sido él quien lo atrapara, yo habría acudido inmediatamente en su ayuda. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer uno u otro?

—Solo me preocupa qué dirá la señora Heath si su marido pasa toda la noche con una ayudante —dijo. Fleurette nos miraba a las dos en absoluto silencio, cosa rara en ella.

Ya no sabía cómo poner las almohadas para que no me doliera, y las tiré todas al suelo. Me tumbé boca arriba en la cama y miré al techo, allí donde varias grietas que había en el yeso habían confluído unas con otras y formaban un triángulo irregular que en cualquier momento podría venírse nos encima. ¿De verdad se podía caer el techo? ¿Alguien más, aparte de mí, se preocupaba del mantenimiento de aquella casa?

Norma y Fleurette no me quitaban los ojos de encima, así que por fin dije:

—Si la señora Heath supiera lo sucio y desagradable que ha sido este trabajo, jamás se preocuparía.

—¿Tú crees —preguntó Fleurette— que no lo sabe?

Pero la señora Heath sí sabía exactamente lo sucio y desagradable que había sido aquel trabajo porque su marido le pidió que me pusiera presentable para comparecer ante la prensa: fotógrafos y reporteros. Yo no quería que sacaran mi foto, y tampoco el *sheriff* Heath; pero los periodistas de Brooklyn se hicieron con el relato de los hechos a las pocas horas del arresto de Von Matthesius y no nos dejaron parar. El *sheriff* decidió aprovechar el tirón, pues creía que, si la prensa sacaba una buena foto junto a un titular elogioso de una mujer policía que reducía a un fugitivo tirándolo al suelo, la historia saldría en todos los periódicos de al menos tres estados, y eso podría poner al público en su favor.

—¿Para qué esconderse de los reporteros si van a acabar escribiendo sobre lo que hicimos de todas formas? —dijo—. Y si salimos en los papeles en Nueva York y en Pensilvania, el *Hackensack Republican* no va a tener más remedio que vernos desde una perspectiva diferente.

Yo creía que nada iba a cambiar, y así se lo dije.

—Le agradezco sus ideas —respondió—, pero tiene usted la obligación de posar para los fotógrafos, y es condición necesaria si quiere seguir trabajando en esta comisaría.

En otras palabras, por fin iba a pagar por haber dejado escapar a Von Matthesius.

El ayudante de *sheriff* Morris se llevó a Von Matthesius para que lo ficharan, le dieran una ducha y lo despiojaran, y el *sheriff* fue derecho al teléfono a llamar a todos los periódicos. De camino, me dejó en el comedor de su casa, donde la señora Heath, que había vuelto, tal y como él dijo, estaba sentada bordando con furia y fervor una piña y dos bellotitas en un paño de cocina.

—Busca algo que le valga. —Fue todo lo que le dijo a modo de saludo a su mujer—. Va a salir en los papeles y está hecha unos zorros.

No sabía dónde meterme de pura vergüenza. Allí estaba Cordelia Heath, que no olía a brandi ni mucho menos, sino a sales de baño y agua de rosas, vestida impecablemente con un traje recién planchado de color amarillo limón; allí estaba aquella mujer

que tenía a los niños durmiendo la siesta bien obedientes cada uno en su camita, y el comedor entregado a la capacidad excelsa y desbordante de su puntada impenitente. Desde la última vez que la vi, había terminado de bordar un mantel en el que un trío de ruiseñores revoloteaba en cada una de las esquinas y se posaba en las ramas florecidas de un sanguiñuelo. En el vivo, allí donde todo el mundo habría cosido un encaje o algún cordoncillo y listo, ella, aguja de ganchillo en mano, confeccionó varias docenas de mariposas anaranjadas, y las unió al borde del mantel con cadenetas de seda púrpura.

Von Matthesius estaba ya a buen recaudo, y su marido a salvo, así que Cordelia recompuso con hilo dorado las piezas de su vida. Yo no podía desearle mejor suerte que esa.

Pero ahora tenía que contender conmigo una vez más. Y allí me tenía, vestida de pana de arriba abajo, manchada de todas las sustancias imaginables: barro, ceniza, polvo, estiércol de caballo, agua de charco, huevo seco, café, sudor, y la sangre y demás fluidos innominables emanados de un convicto que se había dado a la fuga.

Hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa, algo que yo no estuve en condiciones de ofrecerle por mi parte.

—Muy bien —dijo con brío, o sea que el *sheriff* ya ha tomado una decisión sin consultarnos a ninguna de las dos. Imagino que la aguarda nada menos que la fama, y que se escribirán todo tipo de historias sobre usted en los periódicos, lo que sin duda obligará a mi marido a rendirle todavía más cuentas a la Comisión del Condado cada semana.

—Me parece que no...

—A no ser, claro, que se niegue usted en redondo. No creo que la detenga nadie si sale por la puerta ahora mismo y se va a casa.

Y me dedicó una sonrisa forzada quizá con la mejor de las intenciones, pero que tuvo el efecto contrario y me metió el miedo en el cuerpo. Cordelia Heath se hacía rodear de cosas hermosas y mullidas, pero había algo rígido, casi metálico, dentro de aquella mujer.

—Gracias, pero me quedo. —No alcancé a decir mucho más que eso.

—Se queda, claro. —Me miró de arriba abajo otra vez, como haría alguien que tiene delante un perro lleno de mugre comido por las pulgas. Entonces, y con mucho cuidado, olisqueó los efluvios que emanaban de mí—. Sé que daría usted cualquier cosa por un baño, pero no hay tiempo. Vaya a lavarse lo mejor que pueda, y veré si hay algo que le valga en...

No acabó la frase porque se puso de pie, y hasta con el pelo atado en uno de esos nudos tan a la moda que lo recogían en lo alto de la cabeza vio que era todavía bastante más baja que yo, y que no me valdría nada suyo.

Hizo gestos de todas formas para que pasara al pequeño cuarto de baño de la familia. Allí me quité todo menos las enaguas y el cubrecorsé, que tenía el cuello muy bajo y jamás luciría yo en público, pero que, por lo demás, estaba bien como prenda interior. Me lavé la cara y, con los dedos, me alisé el pelo delante de un espejo oval muy pequeñito; luego me puse en el cuello un poco del fragante perfume que usaba Cordelia, y que vi en el lavabo al lado de una pastilla de jabón de afeitar y una lata de polvos dentífricos. No tenía mucho mejor aspecto que cuando entré, pero me sentía algo menos asilvestrada.

Volvió Cordelia con una pila de prendas, ninguna de las cuales me valía. Las dejó todas en un sillón y me las fue alcanzando una por una. Y, como no había espejo en el salón, tenía que fiarme de lo que dijera ella. Extendía sobre el pecho un vestido y luego otro, pero no me molestaba ni siquiera en mirarlos porque sabía que era inútil y, además, yo sospechaba que lo hacía solo para avergonzarme. Luego sacó unas cuantas blusas, todas primorosamente confeccionadas a medida de su esbelta figura. Con cada nuevo intento, se le acentuaban las arrugas en la frente, pero siguió en su empeño y me tiró prenda tras prenda de seda, popelina y *tweed* hasta que llegó al fondo del montón de ropa.

—Es usted enorme —murmuró. Mucha gente habría pedido perdón después de soltar un comentario como aquel, pero ella se

limitó a caminar en círculo a mi alrededor como hace quien rodea un árbol antes de darle el hachazo mortal, y luego dijo—: Tampoco tienen que hacerle una fotografía de cuerpo entero, ¿no?

—¿Y qué mitad sugiere usted que saquen, la derecha o la izquierda?

—Ninguna. Le pueden hacer un retrato sentada: de cabeza y hombros, se ven muchos así en el periódico.

—Supongo que sí. —No quería ni imaginarme adónde pretendía ir a parar—. Pero ¿la gente no espera que un policía pose de pie firme?

—Mejor no pensar lo que espera la gente —dijo Cordelia—, e insistir en ello nosotras.

Fue corriendo al dormitorio y volvió con un nuevo fardo de ropa. No tenía ni idea de que el sueldo de *sheriff* diera para comprar tantas cosas y tan bonitas.

—Estas son de mi madre —dijo, como si pudiera calarme por dentro—. Entonces, si es un retrato sedente, no hace falta vestirla a usted; basta con que... —Se interrumpió para hacer un gesto con ambos brazos que me abarcaba y podía servir a modo de demostración—... la envolvamos.

Tomó un chal de color cobrizo, lo echó sobre mis hombros y me fue metiendo las puntas por dentro de la falda. Luego sacó un lazo de seda enorme, tan ancho como mi cabeza, y casi igual de alto, y lo clavó con alfileres haciendo de pechera encima del chal.

—¿Qué es eso? —grité, horrorizada. Era el tipo de prenda que Fleurette se ponía a los doce años. De color verde chillón, no pegaba con ninguna de las otras que había traído.

—El color no importa para la fotografía. Y cuando esté sentada parecerá que lleva un vestido con un lazo atado al cuello.

Mi aspecto era ridículo. Ni el chal ni el lazo tapaban del todo las mangas del cubrecorsé, sucias y de color crudo. Nunca antes había llevado nadie puestas de aquella guisa las tres prendas y, si hubiera justicia en el mundo, nunca más las llevaría.

Estaba intentando ver cómo me las ingeniaba para salir del salón de Cordelia y volver a la celda de la prisión en la que tenía mis

cosas, porque me habría puesto un uniforme de recluso antes que dejar que me fotografiaran en aquel adefesio con el que me había envuelto. Caí en la cuenta, incluso, de que en la cárcel teníamos muchos vestidos de mujer de estar en casa, y no tenía más que bajar a la lavandería y ponerme uno.

Llamaron a la puerta y sonó la voz del *sheriff*:

—Acaban de llegar los muchachos. ¿Está lista ya?

¿Cómo podían haber llegado tan rápido? ¿Es que no tenían nada mejor que hacer? Era como si el mismo *sheriff* se hubiera dado un salto hasta el juzgado para traerlos.

—¡Casi lista! —gritó Cordelia, quien a todas luces estaba disfrutando. Yo me sentía cada vez peor, y no consentiría que me fotografiaran así.

Cordelia me dio la espalda y estuvo rebuscando algo entre sus cosas.

—¡Aquí está! —Me plantó una pequeña capa de visón sobre los hombros, y lo hizo despacio, con toda la ceremonia, como quien deposita una corona en una tumba. El forro era de terciopelo marrón, y tan suave que me eché a temblar.

—No puedo salir con pieles. Soy ayudante de *sheriff*, no cantante de ópera.

Hizo como que no lo oía y dijo:

—Y, además, va con un sombrero a juego.

Sacó un gorro enorme de terciopelo que tenía también un lazo grande en un lado, y me lo encajó en la cabeza para acabar de rematar la figura que yo componía de condenado a muerte.

Llamó otra vez el *sheriff* Heath a la puerta.

—¡Ya puedes entrar, Bob! —gritó Cordelia, antes de que tuviera ocasión de detenerla.

Entró a toda prisa y me miró de arriba abajo, aunque ni me vio siquiera. Era como todos los hombres y no tenía formada opinión acerca de lo que vestían las mujeres, pues consideraban ridículo todo lo relacionado con la moda.

—Vale, perfecto. Los hemos hecho pasar a mi despacho; sacaremos allí la foto, y luego le harán unas preguntas.

—Pero la fotografía tiene que ser de medio cuerpo, cariño —dijo Cordelia, aunque el *sheriff* iba ya camino del despacho.

—No importa —me susurró al oído—. Yo la acompaño y me encargaré de que se la hagan bien.

Mi más completa humillación se había consumado. Ya no tenía ninguna posibilidad de bajar corriendo a la lavandería y ponerme un vestido de estar en casa, y por lo tanto tuve que dejar que Cordelia me llevara así al despacho del *sheriff*, donde posé sentada para el primero y el más ridículo de los retratos que me haría jamás la prensa.

Norma examinó la foto y un aire de consternación se le dibujó en el rostro. Fleurette le quitó el periódico de las manos y me golpeó con él en la cabeza.

—¿Por qué no me dejaste que te vistiera yo? Habría encontrado algo elegante y digno de semejante ocasión, no esto... ¿Y eso qué es? Parece un lazo gigante de seda que te han plantado en la pechera de la blusa.

—Creo que es justamente eso, un lazo grande de seda. —Le di la bolsa de hielo a Norma, y se la llevó a la cocina.

—Vale, pues no se hable más —dijo Fleurette—. Si al final te hacen policia y tienes que salir en los periódicos, voy a hacerte un uniforme como es debido. Uno no, dos. O tres. Uno que se quede aquí, otro para la cárcel, y otro que sea el que te pongas. Y uno más fresquito para el verano. ¿Qué se pondría una mujer policia en verano?

—Que no sea muy fino —dije—. Es un trabajo duro.

—Tendré que darme prisa. ¿Te ha dicho Norma que la señora Hansen me ha ofrecido trabajo como costurera en la academia? Iré a coser dos días a la semana, y ya no tendrás que pagármelo. Cobraré un sueldo, y además me saldrán gratis las clases.

Abrí la boca para decirle que no podía hacer eso, pero me di cuenta de que era solo la costumbre de prohibirle cosas lo que me

llevaba a negarme, y que no tenía ninguna razón de peso para impedirselo. Ella solita se había buscado un trabajo. ¿Qué razones tenía yo para poner el grito en el cielo?

—Me parece muy bien —dije—. La señora Hansen ha visto que tienes talento, y no me sorprende.

Se volvió sonriente a sus libros de patrones, y yo me quedé adormilada en el sofá todo el resto de la tarde. El mismo día de las fotos, el *sheriff* me retuvo en su despacho hasta la noche, para darles tiempo a los periodistas que llegaron de Newark, de Trenton y de la ciudad de Nueva York a entrevistarme. Luego me obligó a tomar tres días libres para descansar, y dijo que fuera al médico por lo de las costillas si no estaba mejor. No me apetecía nada quedarme en casa, pero aquello tenía toda la pinta de una fractura o de un esguince intercostal, aparte de la torcedura que tenía en la rodilla, el moratón de la cadera, y magulladuras y arañazos varios.

Cuando desperté el segundo día, me dolía más que antes de acostarme. Y el tercero fue todavía peor. Casi no me podía vestir y arrastraba los pies como una inválida. Norma traía la comida en una bandeja, pero no se ocupaba mucho más de mí. Fleurette me volvía loca con las almohadas y los vendajes, hizo un buqué de flores de seda que debió de arrancar de todos los sombreros que teníamos en casa, y trajo revistas llenas de frivolidades que no tenían ningún interés para mí.

El cuarto día el dolor ya era crónico, y empezaba a pensar que venía equipada de fábrica con una rodilla defectuosa, una cadera en mal estado y una costilla de pega que no duraría para el resto de mi vida. Una vez aceptado eso, decidí volver a trabajar, o a algo que se le parecía, pues quería comprobar una cosa que no se me quitaba de la cabeza.

—¡Pero cómo vas a salir así! —dijo Fleurette, y de un salto dejó la máquina de coser y vino hacia mí al verme con el abrigo y el sombrero.

Era un día gélido y ventoso. Los caminos estaban cubiertos por una nieve sucia sedimentada en charcos que se helaban como puntas de diamantes por la noche. El viento soplaba caprichoso, no

venía de ningún lugar concreto y, sin embargo, mandaba en todas direcciones los copos de nieve. No se podía decir si el temporal pasaría de largo sujeto al mismo azar que lo había traído, o había que prepararse para quedar sepultados debajo de un manto blanco que durase hasta Navidad.

—Volveré esta noche —dije—. Me llevo la calesa; así no puedo caminar.

Norma estaba en el palomar, tapando un boquete en una malla con alambre de embalar. Nada más verme, las palomas se metieron en lo más hondo del viejo desván.

—No sé qué les he hecho para que estén tan ofendidas.

—Vuelve a la cama.

—Estoy harta de estar en la cama. Tengo que ir a hacer un recado. Ayúdame a enganchar a Dolley.

Vino conmigo a la cuadra, aunque a regañadientes.

—No me gusta nada que te lleves la calesa. Si casi no puedes mover el brazo.

—Es que tengo que comprobar una cosa —dije—. Tampoco hace falta que fuerce mucho el brazo: si estoy bien para quedarme sentada en casa, entonces puedo ir perfectamente en la calesa.

—Lo que me preocupa no es el trayecto, sino eso que quieres comprobar una vez allí. Me da mala espina, creo que te acabas de acordar de que dejaste a otro delincuente esperando al borde de las escaleras en alguna parte, y has decidido ir para allá corriendo a que te den otro revolcón.

—Si tan preocupada estás, ¿por qué no me acompañas?

Me miró sorprendida.

—¿Y qué pinto yo allí?

—Para empezar, podrías llevar la calesa. ¿No acabas de decir que casi no puedo levantar el brazo?

—¿Adónde vas?

—A Garfield. Quiero volver a inspeccionar un cuarto en el que le pegaron un tiro a un hombre. De hecho, me serías de gran ayuda si

vinieras. Necesito comprobar una cosa, y para hacerlo bien hacen falta dos personas.

Abrió la boca para decir algo pero la cerró al instante. Dolley sacudía la cabeza al principio, pero luego dejó que Norma le pusiera la brida y la sacamos fuera de la cuadra.

—Bueno, pero no debería ir; hay que tapar el palomar bien antes de que vuelva a nevar.

—Mejor viven esas palomas que nosotras tres. Anda, vente conmigo y así haces un poco de detective.

Con los años, a Norma se le acabó marcando tanto el ceño fruncido que le costaba Dios y ayuda volver a alisarlo, pero me pareció que algo se movía en aquel espacio normalmente arrugado: una pizca de curiosidad le iluminó los ojos. Estuvo mirándose el abrigo de loneta que llevaba siempre para andar en el palomar y en la cuadra, lleno de lamparones de paja y barro.

—Me tendré que cambiar —dijo.

—No te preocupes por eso. No nos va a ver nadie.

Volvió a la casa. Y yo logré subir sola al pescante al tercer intento, tomando impulso con la rodilla sana que me quedaba.

26

De camino a Garfield, le conté a Norma todo lo que sabía sobre Providencia Monafo y la muerte de Saverio Salino. Ella había leído el caso en los periódicos, pero la discrepancia entre el relato que la mujer hacía de los hechos y el de los vecinos no había salido publicada; tampoco los esfuerzos que el agente Courter estaba llevando a cabo para soltarla y acusar a otro del crimen.

Norma se tomó aquel asunto muy en serio y no dejó de darle vueltas todo el camino. Le interesaba mucho la vida privada de los otros, y allí tenía la combinación perfecta para pasarse las horas muertas cavilando.

—La propia señora Monafo reconoce que disparó al hombre — dijo.

—Lo hace de mil amores, ¿no ves que le tiene pánico al marido y está encantada de declararse culpable con tal de seguir a salvo en la cárcel, donde él no puede hacerle daño?

—El conductor del tranvía está completamente seguro de que subió a las siete y media.

—Esa es la versión oficial.

—Pero los testigos oyeron el disparo a las ocho en punto de la mañana, y están seguros de que fue a esa hora.

—Eso es lo que dice el agente, en efecto.

Fuimos un rato en silencio, y Norma seguía pensando.

—¿Y no te parece que John Courter es el funcionario menos de fiar de todo el condado de Bergen?

—Al menos, de los que yo conozco sí.

—Entonces no debemos hacer caso de los testimonios que ha aportado —dijo Norma—, y no comprendo a qué viene tanta insistencia en soltar a esa señora.

—Es que los testigos podrían ir con su historia a la prensa, y él quedaría fatal por haber encerrado a una pobre anciana mientras el verdadero asesino anda suelto. Además, si realmente cree que la señora Monafó no lo hizo, seguro que está esperando a que ella lo confiese un día u otro.

—Pues que espere sentado, ¿no?

Tuvimos que parar porque se había formado caravana y los automóviles negros que teníamos delante al final se pararon sin que pudiéramos ver por qué. A Dolley no le gustaba nada estar tan cerca de aquellas máquinas, y sacudió la testuz y pateó el asfalto por si no nos habíamos enterado.

Norma se puso de pie en el pescante para ver qué pasaba, y enseguida soltó un suspiro y volvió a sentarse:

—Hay uno averiado en el cruce, y ahora tenemos que quedarnos todos aquí esperando. Antes por lo menos podíamos adelantar.

Tenía razón. Si algo nos detenía en la carretera, antes podíamos atrochar por el campo, o incluso invadir el carril contrario sin miedo a que se nos viniera encima un automóvil. Cuando dos coches de caballos se encontraban frente a frente, ello no constituía un gran peligro. Pero a los conductores de coches a motor lo único que les interesaba era ir a toda velocidad, y acababan echando a la cuneta a todo el que se interponía en su camino.

Ya llevábamos un rato parados cuando llegó un policía al cruce y empezó a dirigir el tráfico; así fuimos sorteando el coche detenido, y vimos que salía humo del motor.

—¿Sabes que Fleurette quiere uno de esos, y que cree que puede aprender a conducirlo ella sola? —dijo Norma.

—¡No! —Solo de pensar en Fleurette a los mandos de una de aquellas máquinas en la carretera ya me dolían las cervicales, quizá una de las pocas partes del cuerpo que todavía tenía intactas.

—Piensa convencerte para que le compres un coche a motor con el argumento de que así te podría llevar al trabajo y luego ir a

buscarte.

—¿Quiere ser mi chófer?

—Y a cambio cree que podrá ir a Nueva Jersey y a Nueva York con toda la libertad del mundo, disfrutando de...

—¡Basta! —dije—. No quiero saber de qué iré disfrutando. Menudo peligro tiene al teléfono, imagínatela en un automóvil.

—Vale, pero el teléfono también lo quiere, aunque afortunadamente la línea no llegará nunca a nuestra calle. Me sacaría de quicio tener que oír un timbre en casa a todas horas.

Llegamos a la pensión de la señora Monafó y no tuve ya que aguantar más monsergas. Le pedí a Norma que parara la calesa en la acera de enfrente, un par de casas más abajo, y estuvo observando con los ojos cerrados el desvencijado edificio, más si cabía ahora que la casera estaba ausente. Tenía dos ventanas tapadas con tablones. Un tramo del canalón se había despegado del alero, quizá a causa del temporal, y colgaba del primer piso como si fuera a desprenderse en cualquier momento. No habían quitado la nieve de la entrada, y los gatos del vecindario habían dado buena cuenta de un cubo de basura que quedó volcado en el suelo.

—No me seduce nada la idea de dejar aquí a Dolley —dijo Norma—. ¿No habría sido mejor llevarla a un establo público?

Bajé como pude de la calesa: apoyé primero la pierna buena en el suelo pero casi me caigo. Se estaba derritiendo el hielo, aunque quedaban todavía charcos helados en la acera, y sortearlos no era nada fácil dado el estado de mi rodilla.

—Quédate aquí si quieres —dije—. Solo quiero comprobar una cosa.

—Pero ¿no decías que teníamos que ser dos? —preguntó Norma.

Hacía mucho tiempo que no la veía tan ilusionada, y me di cuenta entonces de que se había vestido como un detective, con un traje de *tweed* muy elegante, guantes de cuero y una gorra de lana. Tenía ella más pinta de mujer policía que yo.

—Pues entra conmigo —dije—. A Dolley no le va a pasar nada por que esté sola un minuto, y no hay nadie en la calle.

Entramos las dos en la casa. La puerta de la calle seguía sin estar cerrada con llave, y bajé las escaleras delante de ella hasta el apartamento del sótano que ocupaban los Monafó, desierto una vez más. Norma caminaba a sus anchas, como si estuviera en su casa, pero entonces le llegó el hedor, y dio un paso atrás:

—Huele como si hubieran tenido el ganado aquí dentro, pero en una cuadra el olor no es tan fuerte. —Se cruzó de brazos y paseó la vista por los muebles, cada vez más mohosos, y por toda la mugre que se había ido acumulando desde la detención de la señora Monafó. El marido debió de pasar allí alguna temporada, pues había botellas de *whisky* vacías por el suelo, y el olor a cebada fermentada le daba un toque rancio a aquel festival de aromas.

Vi que se disponía a volver arriba pero antes dijo:

—Si la gente vive en estas condiciones, no me extraña que remuevan cielo y tierra para que los encierren en esa cárcel tan limpita que tenéis.

—Anda, vuelve con Dolley; yo solo tardaré un minuto.

Por una vez, Norma estuvo de acuerdo conmigo:

—Sacúdete la falda antes de subir a la calesa, me da que aquí hay chinches.

—Ten por cuenta que los hay. —Con aquello bastó para que Norma saliera pitando escaleras arriba y cruzara la calle.

Nada más quedarme sola, me puse manos a la obra, pues llevaría bien poco tiempo hacer lo que tenía que hacer. Me cercioré de que la puerta del apartamento estuviera abierta, como a buen seguro lo estaría aquella mañana en la que dispararon a Salino, quien, si acababa de entrar, no tendría tiempo de cerrarla. Despegué entonces unos papeles viejos que habían clavado en un rincón en la pared, y quedó al aire el aparejo de ladrillo. Saqué del bolsillo unos crespones de lana y me tapé con ellos los oídos.

Entonces saqué el revólver y disparé contra la pared del rincón.

La explosión resonó por todo el cuarto y casi me deja sorda aunque llevaba los tapones. Vi una nube de humo que se iba asentando a mi alrededor, y el olor punzante a pólvora quemada hizo por unos instantes más respirable el ambiente.

La bala había penetrado en la llaga de mortero entre dos hileras de ladrillos y allí quedó alojada. Volví a pegar los periódicos viejos en su sitio, me quité los tapones y subí las escaleras. Al otro lado de la calle, Norma le estaba dando una manzana a Dolley.

—¿No has oído eso? —pregunté.

Me miró sorprendida:

—¿Que si no he oído qué?

—Pero tiene usted que haberlo oído —dijo el *sheriff* Heath—. Fue un disparo, y debió de oírse en todo el vecindario. —Se reclinó en el sillón y me miró con impaciencia. Norma estaba de pie delante de la pequeña chimenea que tenía siempre encendida en su despacho el *sheriff*.

—El apartamento está en el sótano —dije—, en la parte de atrás de la casa, y las pocas ventanas que tiene están todas taponadas por la basura. Norma no lo oyó ni con la puerta abierta. Y, si lo oyó, tuvo que ser algo casi imperceptible. Yo no la avisé, o sea que no es que estuviera a la escucha. Como los vecinos, que tampoco estaban pendientes.

El *sheriff* fue a donde estaba Norma y se quedó de pie junto a ella delante de la chimenea encendida.

—¿A usted qué le parece todo esto, señorita Kopp?

Norma jamás dejaba pasar la oportunidad de decir lo que le parecían las cosas, pero el hecho de entrar en la cárcel la había afectado, y le quitó las ganas de hablar.

—Fue tal y como lo ha contado Constance —dijo, sin apartar los ojos del fuego—. Lo que a mí me parezca carece de importancia; yo no tengo que decirle a usted cómo hacer su trabajo.

—Pues eso pensaba yo, que sabía cómo hacerlo, hasta ahora —dijo el *sheriff* con una sonrisa. Norma le caía bien, no podía evitarlo. Yo pensaba que era amable con ella por deferencia hacia mí, pero con el tiempo me había dado cuenta de que, salvo algunas excepciones, trataba a todo el mundo con la misma amabilidad; hasta a los criminales que tenía a su cargo.

Norma le cedió su sitio delante de la chimenea y fue hasta la ventana, con vistas al río Hackensack, tenebroso y gris.

—Lo que sí he de decir es que no me hacía ni pizca de gracia dejar a Constance sola en ese apartamento tan horripilante, así que, de haber oído algo fuera de lo normal, habría salido corriendo a ver si estaba bien. Podría ir allí con el agente Courter, y hacer el experimento ustedes mismos si no nos creen. Obtendrán idéntico resultado.

El *sheriff* Heath hizo sonar la calderilla que tenía en el bolsillo y se paró a pensarlo.

—¿Se acuerda de cuando estuvimos allí los dos —pregunté—, y me llamó desde lo alto de la escalera y no lo oí? Hasta a mí se me había olvidado, pero estuve tres días sin hacer nada, solo pensando en unas cosas y otras, y de repente me vino aquel día a la memoria. Pensé que lo mínimo que tenía que hacer era un pequeño experimento.

—¿Y qué me dice de esos testigos que oyeron el disparo a las ocho de la mañana?

—No digo que no oyeran un disparo. Quizá lo oyeron, pero no creo que fuera el disparo que mató a Saverio Salino. A lo mejor fue el motor de un coche, o alguien que practicaba tiro al blanco, o puede que fuera otro asesinato que nadie ha denunciado.

—Ya. —El *sheriff* atizó el fuego con el hurgón, diseminó las brasas y puso encima otro leño. Se lo quedó mirando hasta que prendió la corteza y entonces dijo—: Pero el caso es que no creo que el agente Courter haya ido a pegar tiros al apartamento de los Monafó, y tampoco creo que le haga mucha gracia si se entera de que ustedes sí.

—Lo que tenía que hacer es darme las gracias por deshacernos de una prueba que no sirve —dije yo.

—Me extraña que lo haga; eso sí, los que tenemos a la señora Monafó somos nosotros.

—Pues no sé si podrán aguantarla mucho tiempo, ni aunque esté la mitad de sucia que ese apartamento que tiene en el sótano —dijo Norma.

Cuando le conté a Providencia lo que había hecho, se mostró llena de contento. No paraba quieta en la celda, yendo de un lado a otro mientras lo cacareaba entre dientes y repetía trozos de mi relato de los hechos.

—Disparó un tiro en mi casa —dijo con una sonrisa de oreja a oreja, sin dejar de señalarme con el dedo.

—Espero que no le importe.

—¡Y deja escuchando a una mujer en la planta de arriba! —chilló llena de júbilo—. Y va la otra y no oye nada.

—Así fue. Y, según todos los indicios, funcionó. Aunque quizá tenga usted que comparecer delante del juez. Yo creo que tenía que contarle todo otra vez desde el principio, tal y como sucedió; no le queda otra. Un hombre resultó muerto, y seguro que se hace cargo de lo grave que es eso.

No sabía nunca si Providencia se hacía cargo de la gravedad de las cosas. Jamás dijo que se arrepintiera de haber matado al señor Salino. Era como si esa muerte fuera solo el desarrollo natural de los acontecimientos que la habían llevado a ella a tal situación, más que un incidente trágico y juzgable en sí mismo. El pobre no tenía al parecer familia en el país —la hermana que compartió el apartamento con él, sospechaba yo, no era en realidad su hermana—, y no teníamos constancia de que le hubieran dado la noticia ni el pésame a nadie; ni que hubiera alguien a quien interrogar sobre su vida y milagros, o a quien la señora Monafó creyera que tenía que compensar de alguna manera, si es que se le había pasado tal cosa alguna vez por la cabeza, de lo que yo tenía mis dudas.

La verdad era que cuando le dijimos que tenía que seguir encerrada se puso la mar de contenta, sintió un gran ajetreo por dentro, y se apuntó voluntaria a las faenas en la cocina. El *sheriff* Heath se negó, pues no podía olvidar el estado en el que había vivido aquella mujer, y no quería ni por asomo nada parecido en el refectorio de la cárcel. A ella le contó que acababa de entrar un turno nuevo en la cocina, que eran hombres de modales rudos a los que vendría muy bien una temporada bajo los efectos balsámicos

derivados del mero hecho de pelar patatas y cortar cebollas. Providencia pareció conforme con aquella decisión, pero no dejaba pasar oportunidad para recordarle que le sacaría ella más partido a las palomas que se soleaban en el tejado del patio que los de abajo a una pata de oveja.

—Me parece muy bien, señora Monafo —le respondía el *sheriff* tan tranquilo—. Este año tenemos también buen acopio de ratas de río, por si sabe cómo cocinarlas.

Y se ponía a dar palmas toda contenta. Disfrutaba con la condena más de lo que nos hubiera gustado a nosotros, aunque era verdad que preferíamos a los reclusos de buen natural y no a los que tenían malas pulgas o, peor aún, a los timadores profesionales que no sabíamos muy bien con qué nos iban a salir en cualquier momento.

27

Intenté no acercarme a la celda de Von Matthesius pero me fue imposible. Flotaba en la atmósfera de la prisión una especie de conjuro ahora que habíamos vuelto a encerrarlo. Como si hubiera estado ausente toda una eternidad; o como si me hubiera pasado la vida persiguiéndolo, y en cualquier momento pudiera desvanecerse otra vez, filtrarse entre los barrotes como el humo de una pipa. Me quería olvidar de él pero, fuera a donde fuera dentro de aquella cárcel, su presencia ejercía sobre mí una atracción terrible. A veces me parecía oírlo dando vueltas y orquestando fugas, como una fiera atrapada en una jaula.

Por fin, cuando hacía una semana desde su captura, fui a verlo una noche a última hora. Lo habían vuelto a encerrar al fondo de una galería, en una celda aislada del resto. A Felix lo teníamos en otra planta, y habíamos hecho saber a todos los presos que se castigaría severamente a cualquiera que le pasara mensajes del uno al otro.

El barón estaba sentado al borde del camastro, como si me hubiera estado esperando:

—*La Mademoiselle Kopp formidable* —dijo, en perfecto acento parisino. Me invitó por señas a que me uniera a él dentro de la celda, pero rehusé la invitación y tiré con fuerza de la puerta para asegurarme de que estaba cerrada con llave.

—No sabíamos que hablara francés —dije desde el otro lado de los barrotes.

—Solo para usted.

Tenía ahora un aire corriente y vulgar, y parecía más pequeño, como si el uniforme de la cárcel lo hubiera puesto en su sitio. Le habían afeitado la cabeza y la barba, y no lucía ya el monóculo. Carente de tanta pretensión como hizo gala, tenía la cara flácida como un pañuelo de papel usado.

—No hemos encontrado al doctor Rathburn —dije.

Alzó la vista en el acto al oír ese nombre, y luego volvió a hundir los hombros.

—Mejor para el clan de los Von Matthesius si no lo encuentran. Está convencido de que le debo mucho dinero; si me ayudaba era solo con la esperanza de poder cobrarlo.

—Tenía usted cosas tan bonitas en aquella casa. ¿Qué fue de los cuadros y alfombras?

Chasqueó los labios como si pudiera así escupir la idea y quitársela de la cabeza:

—La gente ya no aprecia las cosas de valor.

—¿Es que Felix no consiguió venderlo todo a buen precio?

Como no respondía, añadí:

—No debió fugarse, solo le restaban nueve meses; cuando tenían que haberle caído muchos años más, ahora pasará todo ese tiempo en prisión.

Se encogió de un hombro apenas perceptiblemente, como hacen los franceses:

—Y ustedes no tenían que haberse molestado en ir a buscarme. Tampoco habría pasado nada por que se hubiesen olvidado del viejo barón.

—Sabe que no podemos hacer eso.

—No. Ustedes hacen su trabajo, y yo el mío.

—¿Y cuál es su trabajo, señor, es usted barón, reverendo o doctor?

—No quedarme aquí encarcelado en una celda esperando a la muerte, ese es mi trabajo. —Tosió y fue hasta el lavabo para echarse agua en la boca. No estaba autorizado a tener taza, ni una de latón siquiera, aunque no la pudiera romper.

Cuando acabó, vino hasta los barrotes y añadió:

—A mí ya me tienen. ¿Por qué no sueltan a mi hermano?

Dije que no con la cabeza:

—Cuando hay una fuga, no se aplican políticas de reinserción. Él tuvo oportunidad de cooperar y no quiso.

Tras una inhalación larga y sonora, dijo:

—No permitiría que su hermana estuviera en la cárcel por delitos que hubiera cometido usted.

Había ahí un cebo que no estaba dispuesta a morder:

—Yo nunca implicaría a mi familia en mis actos delictivos; pero es que, además, no infringiría la ley.

No apartaba sus ojos de los míos.

—Quizá la ley no, pero no está libre de culpa, ¿a que no, *Fräulein*? Es culpable de ponérmelo fácil para escapar. ¿No la van a castigar por eso?

Aquel hombre tenía veneno en la lengua, y me aparté de allí a toda prisa, casi sin atreverme a respirar el mismo aire que él.

Los presos acudían a nosotros con una larga lista de calamidades: tenían dispepsia y afección de hígado, gota y catarro, forúnculos y fiebres, sarna y piojos. Algunas se las quitábamos a base de frotar, o mandándoles pastillas. Si tenían una muela picada iban al dentista; y para las rozaduras, teníamos tiritas. Pero cuando venían con sus mentiras auestas, sus perversas intenciones, su perfidia y su maldad, eso no había estropajo que lo quitara. Me ponía enferma solo de estar cerca de él. En cuanto lo perdí de vista, empecé a rascarme el cuello y cepillé la falda porque me sentía sucia, como si todo el mal del que era capaz aquel hombre se hubiera encarnado en alguna criatura diminuta que, saltando entre los barrotes, se me hubiera pegado a la ropa.

Me prometí no volver nunca a su celda después de aquello. El *sheriff* Heath quería que le cayera la máxima pena posible al viejo barón, y eso implicaba que podíamos tenerlo allí encerrado mucho tiempo. No soportaba estar bajo su mismo techo y esperaba que no solicitaran nunca más mis servicios de intérprete.

Felix iría a juicio pronto por encubrir a un fugitivo; y por haberse escapado, le caería una pena más larga al barón, quien ya había buscado abogado para que los defendiera a los dos. El letrado apuraba bien las horas de visita de la cárcel, hablaba con ellos por separado, y sin duda los ayudaba a pasarse información. Al *sheriff* lo llevaban los demonios, pero no había nada que pudiera hacerse.

Yo no comprendía por qué Felix se negaba en redondo a hablar. El barón no merecía que lo defendieran. Era un embustero y un timador profesional. Ingresaba en su clínica falsa a personas que estaban enfermas y abusaba de aquellas a las que no podía tratar, y hasta las ponía peor. Beatrice Fuller podía haber muerto de una sobredosis de éter, y tendría que empezar su vida de cero si alguna vez se recuperaba.

¿Por qué iba Felix a ayudar a un hombre así? No tenía que haber sido fácil urdir un sistema de notas, paquetes y sobres de dinero para esconder a su hermano por toda la ciudad de Nueva York. Y, a cambio de tanta lealtad, lo único que iba a obtener era una temporada a la sombra. Debería haber entregado a su hermano cuando le ofrecimos la libertad a cambio.

Allí estaban los dos, cada uno dentro de su celda, aferrados a aquella especie de certeza detrás de los barrotes: que no sacrificarían la solidaridad de la familia a cambio de la libertad. Muchas veces una familia era como una ciénaga, y a todos sus miembros les llegaba el barro hasta las cejas.

En cuanto tuve una tarde libre, cogí el tren a Rutherford y fui a ver al doctor Williams. Llamé a la puerta justo antes de que acabara el horario de consulta matutino. Abrió en el acto —iba a salir y tenía puesto el abrigo y el sombrero—, y asintió con la cabeza nada más verme, como si me hubiera estado esperando.

—¡Si es la mujer policía! —dijo, con una sonrisa furtiva y tímida—. La vi en el periódico.

—Solo he venido a preguntar por la señora Burkhart —dije.

—Bien, pues como pagó usted la visita, tiene derecho a ello. Pero me temo que no tengo buenas noticias. —El doctor Williams

tenía cara de ser simpático y honesto, y unos ojos vivaces que lo abarcaban todo, pero hablaba con ese tono soso y prosaico con el que los médicos le dicen a una lo que piensan—. Tiene cáncer de hígado y, sospecho, metástasis en más órganos. Hay, además, complicaciones derivadas de todo el tiempo que estuvo trabajando en esa fábrica de curtidos.

—¿Se puede hacer algo paliativo?

—La morfina lo palia todo si uno se aviene a tomarla. Le dejé una buena dosis y también instrucciones para que avise en la farmacia si necesita más.

—Me pregunto qué va a hacer el hijo.

—Es un chico nervioso y timorato. Si fuera mío, lo enrolaría en un barco, o lo mandaría al oeste. No le vendría mal algo de aventura, y en Rutherford tiene bien poco de eso, la verdad sea dicha. Si lo reclutan, puede que la guerra le venga bien, siempre que sobreviva al otro lado del Atlántico.

No quería ni imaginarme a un Louis Burkhart huérfano de padre y madre perdido en el frente belga, pero así acabarían nuestros jóvenes: echados a perder en las trincheras en cuanto el presidente Wilson decidiera enviarlos a Europa.

—Tiene un tío en Brooklyn que regenta allí otra zapatería.

—Pues allá que irá.

—Querría pedirle otra cosa si tiene un minuto —dije.

Asintió, pero no me invitó a entrar: estábamos los dos en el porche, con las manos en los bolsillos.

—Después de hablar con usted, me enteré de más cosas sobre el doctor Von Matthesius —dije—. En concreto, sé que lo ayudaba un médico de Nueva York, y me preguntaba si habría oído usted hablar de él. El doctor Milton Rathburn.

Un golpe de viento levantó el sombrero al doctor Williams, y se lo caló más hondo.

—Rathburn, que está especializado en tratar los nervios a los millonarios, ¿no es así?

—El mismo. ¿Ha hablado usted con él alguna vez?

—No, más bien fue él el que habló conmigo. Estuvo llamando a los médicos de esta zona buscando contactos. Quería montar aquí una clínica para ofrecer curas de descanso a las pacientes y tener participación en el reparto de beneficios.

—Y usted respondió que no, pero el doctor Von Matthesius dijo que sí —aventuré.

—¿A eso se dedicó Von Matthesius, a montar un negocio con Rathburn?

—¿Cómo cree usted que se conocieron esos dos?

—No se me ocurre cómo. Von Matthesius no ejercía la medicina en Rutherford, por lo que yo sé. A lo mejor se conocieron en un bar y allí mismo lo planearon todo. —Señaló con la cabeza los bares de la calle Park.

—Fuera como fuera, hicieron daño a mucha gente —dije—. Debe de haber tratado a centenares de pacientes (si se le puede llamar a eso un tratamiento), y solo me enteré de lo que le hicieron a una de ellas.

—¿A la chica con la que quiso casarse?

—Sí, esa. Y me paro a pensar cuántas más debió de haber en la misma situación, y cómo eso pudo pasar aquí en Rutherford. ¿Es que no hay manera de impedir que gente de la calaña de Von Matthesius abra las puertas de su casa a los pacientes y haga de ellos lo que les plazca?

Arreció el viento, y el doctor Williams se abrochó el cuello del abrigo.

—Meterlo en la cárcel es buena forma de impedirlo, pero imagino que eso le parecerá a usted solo una solución provisional. Hay mucho más que se puede hacer, señorita Kopp. Llevo tiempo defendiendo que haya un servicio de inspección médica en todos los núcleos urbanos, y qué le parece que ahora van y me hacen a mí responsable de ese servicio aquí en Rutherford. Tendré que ir por ahí inspeccionando a los otros médicos, y visitar los hospitales y los sanatorios, lo que me granjeará con toda seguridad numerosos amigos entre la profesión. Le garantizo que ese hombre no ejercerá más en Rutherford, de eso me encargaré yo; pero a otras partes del

estado, o del país, ahí no llego. Ni yo ni nadie. En fin, espero que me perdone, pero es que tengo que ir a ver a mis pacientes.

—No me hago a la idea de que algún día logre salir en libertad y vuelva a las andadas.

El doctor Williams me miró con una media sonrisa dibujada en los labios y cara de lástima:

—¿Y no es eso lo que hacen todos? ¿Los ladrones de bancos, los pirómanos y los falsos médicos? ¿Acaso no salen todos a la calle y vuelven a reincidir? ¿O es que cree usted que no acabarán reincidiendo?

Como no tenía respuesta a esas preguntas, le di otro billete de cinco dólares para el cuidado de la señora Burkhart, pero no lo aceptó.

—Ya me ocupo yo de ella —dijo.

Seguí con el billete tendido.

—Es que quiero hacerle bien a alguien.

Pero lo apartó y me dejó allí sola, de pie en su porche, donde al viento airado lo sucedió una salva de balines de hielo. Venía la ventisca calle abajo, y alguien que habría oído el golpeteo contra el cristal de su ventana encendió la lumbre y llenó el aire de la tarde del olor acre de papel de periódico recién quemado. Y allí quedó flotando, en abierto desafío frente el invierno inevitable.

28

La policía de Nueva York no logró ningún avance en sus pesquisas para hallar el paradero del doctor Rathburn o de Rudy Schilga, de quien recibía órdenes Reinhold Dietz. Y si los hubieran encontrado, el *sheriff* Heath no estaba del todo seguro de poder elevar cargos contra ellos: por muy cuestionable que fuera el proyecto que el doctor Rathburn le había propuesto al doctor Williams, ello no constituía en sí mismo ningún delito. Solo el hecho de haber socorrido a un fugitivo podría meter a Rathburn entre rejas, y hacía falta el testimonio de los hermanos Von Matthesius para eso. Cuando les preguntaron si contarían la verdad sobre el doctor Rathburn a cambio de la libertad, los dos decidieron declararse culpables de los cargos que fuera, y punto. De lo que dedujimos que le tenían tanto miedo a Rathburn que preferían no testificar contra él. Al final, en vez de juicio, lo que hubo fue una simple audiencia ante un juez.

—El barón no deja de pedir que soltemos a Felix —dijo el *sheriff* Heath la mañana de autos—. Me da que tiene asuntos pendientes y quiere que su hermano los atienda. Si soltamos a Felix a lo mejor nos lleva derechos a Rathburn, pero el fiscal no quiere correr el riesgo de que desaparezca una vez se vea libre. Y yo tampoco.

—Qué familia más extraña —dije yo.

—Que yo recuerde, es la primera vez que tengo a dos hermanos en la cárcel. Si aparece otro Von Matthesius, deberíamos arrestarlo porque sí, y así teníamos a todo el clan entre rejas.

El *sheriff* convenció a un juez con el que tenía buena relación para que la audiencia fuera el día de Nochebuena, así quizá los

periodistas estarían demasiado ocupados con las fiestas navideñas y eso les distraería de acudir por los juzgados. No sabía qué declararían los Von Matthesius delante del juez y no quería que se hicieran eco de ello los periódicos. La idea no era mala, pero salió todo al revés: nada relevante sucedió el día de Nochebuena, y no faltó a la audiencia ni un solo reportero de los tres condados.

El día estaba claro y luminoso, hacía un frío que pelaba pero no había escarcha. Los reporteros ocuparon la escalinata del juzgado; se metían las manos debajo de las axilas para calentarse, y discutían los pormenores del caso mientras grandes nubes de vaho se elevaban de sus labios.

Metimos a los dos presos a la vez y los sentamos en un banco en la parte delantera de la sala; luego abrieron las puertas, y en unos minutos no quedaba ni un espacio libre dentro.

El juez Seufert, un anciano de aspecto frágil aquejado de sordera, pero considerado un gran jurista que compartía las ideas del *sheriff Heath*, ocupó su estrado presidiendo la sala y dio orden de que empezara la audiencia.

—Me consta que la defensa ya ha cursado sus alegaciones, y esto es solo una audiencia. Señor Von Matthesius, por favor, levántese. —Se levantaron los dos hermanos, y la sala estalló en sonoras carcajadas, por lo que el juez dio varios golpes de martillo—. Silencio, o desalojo la sala en el acto. Hoy no estoy para desmadres. Tengo a la señora Seufert en casa asando un pavo y, en vez de estar en mi sillón con ella, tengo que estar aquí sentado aguantándolos a ustedes. Así que ni un aviso más.

Los reporteros guardaron absoluto silencio; no se les oía ni rasgar los lápices sobre el papel.

—A ver —dijo, dirigiéndose a los reclusos—. Felix von Matthesius, empezamos con usted. Le pido a la estenógrafa que conste en acta que me dirigiré a cada acusado por su nombre completo para que no anden los dos para arriba y para abajo como unos títeres.

Una mujer nervuda de pelo gris que había en un rincón asintió y tomó unas notas. Se sentó el barón.

—Felix von Matthesius, se lo acusa de ayudar a Herman Albert von Matthesius, recluido en la cárcel del condado de Bergen y, a la sazón, hermano suyo, a fugarse del hospital de Hackensack cuando acudió al mismo a ser tratado durante su internamiento en la citada cárcel, así como de dar cobijo al preso. ¿Cómo se declara usted?

Solo veía a Felix de espaldas. Tenía los hombros caídos y la cabeza gacha. No le sentaba bien la cárcel.

—Culpable, su señoría —dijo Felix.

—¡Él no es culpable! —gritó el barón, y se puso en pie de un salto—. ¡Suéltelo! ¡No ha hecho nada!

Su abogado fue a retenerlo por el hombro, pero no llegó a tiempo. El juez volvió a hacer uso del martillo:

—¿Va a llamar a Herman Albert von Matthesius a declarar en defensa de su hermano? —le preguntó al abogado.

Este se levantó y dijo:

—No, señoría. Felix von Matthesius admite su culpa y suplica que se le imponga condena y le sea dado cumplirla.

—Bien —dijo el juez—. Si Herman Albert von Matthesius no guarda silencio, será desalojado de la sala.

—Sí, su señoría —acató el abogado.

El juez se echó hacia delante para encarar al *sheriff* Heath, al agente Courter y a su jefe, el fiscal Wright:

—¿Desea el ministerio fiscal hacer alguna declaración?

Se puso en pie el señor Wright y leyó lo que tenía anotado en un papel:

—La Oficina del Fiscal del condado de Bergen suplica al tribunal que imponga la condena más severa posible a quien ha ayudado a un delincuente peligroso a escapar de la cárcel.

El juez Seufert dijo que sí con la cabeza:

—El tribunal le impone un año de privación de libertad, a comenzar desde este mismo momento, que cumplirá en la cárcel del condado de Bergen.

El juez miró a toda la sala con una expresión de contento reflejada en el rostro:

—Esto marcha. La señora Seufert les da las gracias. —Luego ordenó al barón que se pusiera en pie y dijo—: Se lo acusa de haberse fugado del hospital de Hackensack cuando cumplía en la cárcel del condado de Bergen la condena que este mismo tribunal le impuso. ¿Cómo se declara usted?

—Herman Albert von Matthesius alega demencia en su defensa —dijo el abogado—, y el acusado solicita con el debido respeto ser ingresado en el sanatorio para enfermos mentales de Morris Plains.

Un único y sordo rumor se elevó de entre toda la concurrencia. El fiscal Wright le dijo algo al oído al agente Courter, quien se deslizó hasta el final del banco y salió disparado de la sala. El *sheriff* Heath movía de un lado a otro la cabeza.

El juez, martillo en mano otra vez, gritó todo lo alto que podía con su voz débil y temblorosa:

—¡Silencio!

Hicieron falta varios golpes de martillo para acallar a los asistentes, y el juez estuvo en un tris de echar a los periodistas, lo que habría hecho las delicias del *sheriff* Heath. Al final, todo el mundo ocupó su sitio en silencio y la vista pudo continuar.

—Señor fiscal, ¿qué dice usted? —preguntó el juez.

—He mandado a uno de mis hombres a que convoque al médico del condado, y nos atendremos a lo que tenga que decir como experto —dijo el fiscal.

—No hace falta —repuso el abogado de Von Matthesius—. Tengo aquí el informe médico que ha elaborado un doctor muy respetado en Trenton después de examinar el expediente del barón y declarar que no está en su sano juicio. Según él, el encarcelamiento en la prisión del condado no está indicado para mi defendido y recomienda que sea ingresado inmediatamente en Morris Plains.

El abogado le entregó una carta al alguacil, quien se la pasó al juez. Este último la rechazó sin mirarla:

—Aquí no les pedimos a los médicos de Trenton opinión sobre nuestros reclusos —le dijo al abogado—. Es el médico del condado

el que decide quién va a Morris Plains, y no consta que haya recabado usted su consejo profesional.

Abrieron la puerta de atrás de la sala, y entró el agente Courter. El fiscal le susurró algo al oído y luego se puso en pie para decir:

—Hemos localizado al doctor Ogden en el hospital y podría presentarse aquí en menos de una hora.

El juez soltó un suspiro y miró el reloj.

—Vale, no creo que acabemos con esto hoy, pero que venga el médico y habrá que oír lo que tenga que aducir el ministerio fiscal. El tribunal tomará un receso ahora hasta que...

Sonó un fuerte golpe en la parte delantera de la sala, y todo el mundo se puso en pie para ver qué había pasado. El *sheriff* Heath fue el único que no se movió, solo dejó caer la cabeza entre las manos. Me deslicé por el banco y fui hasta uno de los laterales de la sala: vi desde allí al barón Von Matthesius retorciéndose en el suelo, dando patadas a la silla, que había dejado patas arriba, con las convulsiones típicas de un epiléptico. Le sonaban las esposas entre tanto zarandeo, tenía los ojos en blanco, un corte en la cabeza que se había hecho al caer, y dejaba un reguero de gotas de sangre en el suelo allí por donde se arrastraba presa de las contorsiones. Acompañaba cada convulsión de un gemido agudo muy extraño que pronto dio pie a una tos con esputos.

—Se está ahogando —gritó su abogado, y se arrodilló a su lado—. Ayúdenme a sujetarlo.

El alguacil se arrodilló también y fue a sujetar al barón por los hombros, mas solo logró que se diera la vuelta y vaciara toda la bilis que tenía dentro en su regazo. El alguacil dio un grito y se zafó del barón, limpió las mangas de la levita y soltó una sarta de improperios que no suelen oírse en una sala del juzgado. El juez echó la vista a un lado con una expresión en la cara que parecía indicar que él también quería salir corriendo. Todos los periodistas se acercaron para ver mejor, con tan mala fortuna que uno de ellos tenía la cámara a mano y hacía todo lo posible por inmortalizar la escena.

Por fin el *sheriff* Heath consiguió despejar la zona alrededor del recluso, y mandaron a alguien a que trajera a un conserje para limpiar el suelo. Allí yacía el barón, retorcido e inconsciente entre los regueros de sangre que había logrado esparcir, como un pintor haría con sus pinceles, alrededor de toda su persona, entreverados de la sustancia innominable que había soltado por la boca. Nadie osaba acercarse a él; solo su abogado. Y me sorprendió que se las ingeniara para enfundarse un par de guantes antes de ponerle la mano encima.

El juez ordenó que saliera todo el mundo mientras limpiaban la sala. Alguien había encontrado una silla de ruedas, y allí montaron al barón, tieso cual gato muerto, para llevarlo sobre ruedas de vuelta a la cárcel hasta que llegara el doctor Ogden.

Los reporteros fueron todos juntos a las escalinatas, y allí siguieron fumando y soltando chascarrillos. Guardias y policías, a la espera de recibir órdenes, aguardaban fuera del edificio de los juzgados. El abogado del barón dijo que no se movería del lado de su cliente, y nadie objetó, pues estábamos todos deseando perderlo de vista.

Cuando ya casi no quedaba nadie en la sala y reinaba un bendito silencio, una vez que el olor a vómito lo cubrió el de serrín que los conserjes echaron encima, el *sheriff* Heath se acercó al juez, hundido en su sillón, viva imagen de la frustración.

—Ni lo menciones, Bob —dijo el juez—. Lo único que podemos hacer es esperar a que venga Ogden y ponga un poco de orden en todo esto.

—Pero se ha dado cuenta de que está fingiendo el ataque, ¿no? No es más que un numerito.

—Pues si es un numerito, es muy bueno —dijo el juez—, porque no había visto nunca nada semejante en la sala de un juzgado. No sé cómo se finge un ataque epiléptico, y seguro que los conserjes te dirán que lo del suelo tampoco era fingido.

—Pero ¿no ve que lo ha hecho a propósito?

Yo estaba sentada detrás del *sheriff* y no le veía la cara, pero por el tono de voz vi que lo daba todo ya por perdido.

El juez se inclinó hacia delante y adoptó un tono conspiratorio:

—¿Alguna vez has hecho algo así, Bob? A posta, me refiero. Si te lo ordeno ahora mismo, amenazándote con meterte en la misma cárcel que diriges en caso de que no lo hagas, ¿serías capaz de montar un número así a la carta? ¿Con el ataque, la brecha en la cabeza y todo lo demás? —El juez abría los ojos desmesuradamente y no daba crédito a lo sugerido. La verdad era que no se creía que hubiera nadie capaz de fingir algo así.

—Imagino que, si me pusiera a ello, me acabaría saliendo —dijo el *sheriff* Heath—. Y otra cosa no, pero ponerse a ello, el doctor Von Matthesius vaya si se ha puesto. A lo mejor se ha tragado algo, mostaza en polvo, o jabón de lavar, o cualquier cosa por el estilo. Bueno, ya lo intentó antes y nos engañó para que lo lleváramos al hospital. Si quiere ir a Morris Plains es porque de allí le será más fácil escapar.

Ahora era yo la que dejaba caer la cabeza entre ambas manos: el *sheriff* había llegado demasiado lejos, y el juez Seufert se echó hacia atrás en el sillón y cruzó los brazos a la altura del pecho:

—¿Me está diciendo que el sanatorio mental de Morris Plains no es capaz de velar por los lunáticos que les mandamos? Porque si es eso a partir de ahora denegaré todas las solicitudes que curse para encerrarlos allí y se los quedará a todos en su cárcel usted solito. Y me aseguraré de que las autoridades del estado tienen constancia de que el *sheriff* del condado de Bergen alberga sus dudas sobre las medidas de seguridad dentro del sanatorio. Que lo manden a usted a Morris Plains a ver qué es exactamente lo que están haciendo mal allá arriba. ¿Qué le parecería eso, Bob?

Heath suspiró:

—No, su señoría. Creo que la labor que están haciendo es magnífica, es solo que este caso se sale de lo común.

—Un detalle por su parte, *sheriff*, porque, si no me lo dice, no me habría percatado.

29

El doctor tardó más en llegar a los juzgados porque a un chico lo había pateado una cabra y tenían miedo de que perdiera el ojo. Hizo falta otra hora para calmar al muchacho y curárselo. Cuando llegó, todo se retrasó todavía un poco más porque el barón Von Matthesius seguía fingiendo que estaba comatoso, y no había forma de reanimarlo. Hubo que traer un cubo de agua helada y meterlo con sigilo para que el recluso no se percatara y no le diera tiempo de prepararse a recibir el *shock*. Con eso, y la tiritona que le entró, pudimos ponerlo por fin en pie.

Para cuando despertó del todo y lo llevaron de vuelta a la sala del juzgado, yo ya tenía que estar en la fiesta de Navidad de la academia de Fleurette. Me habían reclutado para que sirviera el ponche en el vestíbulo antes del espectáculo.

—Como todas las chicas tienen madre —imploró mirándome con aquellos ojos enormes velados de lágrimas—, van a hacer pasteles y galletas para recaudar fondos con los que pagar el vestuario para el próximo curso, pero yo no tengo nadie que me haga tartas.

—Pobrecita. —Me incliné sobre el sofá y le acaricié el pelo—. ¿Tanto lío tiene Bessie que no te puede hacer un dulce? —La mujer de mi hermano era la única en la familia que se daba verdadera maña con los postres.

Soltó una risita traviesa y me dio en las costillas, que todavía no se me habían curado del todo.

—¡Lo único que tendrás que hacer será servir el ponche! Ni siquiera prepararlo, solo servirlo en las tazas. ¿Crees que podrás?

—Supongo que sí —dije pensativa, como si no acabara de creer del todo que podía hacerlo.

—Y no me vengas con que te necesitan en la prisión. Ya hablaré yo con el *sheriff* Heath, y te ordenará que vengas, ya sabes que hace todo lo que le mando.

—Al *sheriff* Heath no lo tienes tan camelado como tú te crees. Es amable con todo el mundo, hasta con las chicas que le piden cosas imposibles.

Aunque al final tuve que acceder. También invitó al *sheriff* y a la señora Heath, y al ayudante Morris y a su mujer. Por eso el *sheriff*, que sabía lo de la función de Navidad, me dijo que me fuera, justo cuando traían a Von Matthesius de nuevo a la sala.

—Váyase, no se le vaya a enfriar el ponche —me dijo al oído cuando estaba a punto de reanudarse la vista.

—Pero ¿cómo me voy a ir ahora?

—Todos tenemos un deber que cumplir.

—¿No quiere que me quede a testificar?

—Al que llamarán será a mí. Y además, ¿qué más da? Al juez lo impresionó el número que montó, y sabe usted de sobra que Von Matthesius no dejará de sacar conejos de la chistera hasta que no se salga con la suya. Vaya antes de que nos metamos en un lío con la señorita Fleurette. Yo iré en cuanto pueda.

No tuve más remedio que salir de la sala justo en el momento en el que entraba Von Matthesius en una silla de ruedas empujada por su abogado. El doctor Ogden los seguía de cerca con cara de pocos amigos.

—¡Por fin llegaste! —chilló Fleurette, y cruzó el vestíbulo a la carrera para ir a mi encuentro. Tenía orden de presentarme una hora antes de que abrieran para la entrada del público. No había nadie en el vestíbulo, solo unas cuantas mujeres que sacaban bandejas y las depositaban en una mesa. Fleurette se había puesto un vestido de terciopelo rojo con las mangas de gasa que gastaba siempre, tanto en verano como en invierno.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, y se paró de golpe delante de mí—. Vamos a vestirte.

—Pero si ya estoy vestida. —Nada más decirlo, comprendí que me había tendido una emboscada.

Me cogió de la mano y fuimos, por detrás del escenario, donde los niños más pequeños ensayaban pasos de baile detrás del telón, a lo largo de un pasillo estrecho y funcional, hasta un camerino en el que entró de espaldas sin soltarme de las manos, dando alegres botecitos con las puntas de los pies como hacía siempre.

—Quítate ese sombrero —me ordenó, y yo obedecí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Fleurette se había hecho con unos metros de seda cruda, teñida de rojo granate, y con ello confeccionó un conjunto de vestido y chaqueta, con su faja y todo, solapa ancha y elegante, botones forrados en tela y puños bordados. La falda tenía una única plisa en el frente, y varias por detrás, unidas con un galoncito. La chaqueta lo culminaba todo a la perfección y se abrochaba a un lado, la última moda, según Fleurette.

La verdad sea dicha, era un trabajo muy bueno. Nunca había llevado un vestido que me quedara tan bien.

—Lo hice sin ballenas —dijo mientras me abrochaba el corpiño —, para que respires mejor.

Tomé aliento para ensanchar los pulmones, y el vestido dio de sí lo justo para pegarse a mi caja torácica.

—Me sienta muy bien, aunque yo no sé si habría escogido un rojo...

—¡No digas tonterías! No te puedes pasar la vida vestida de *tweed* gris. Fíjate qué guapa estás.

Me giré para mirarme en el espejo que había apoyado sobre la mesa del camerino. El rojo le daba más color a mis mejillas y un tono casi verdoso a mis ojos, y el corte a medida me hacía, no exactamente más delgada, pero sí mejor proporcionada. Cuando caminaba, la seda crujía con un frufrú muy agradable.

Fleurette me rodeó la cintura con el brazo y se apoyó en mí. Componíamos una figura muy cómica delante del espejo: la de la

mujer corpulenta con un traje a medida muy elegante que posa junto a una chica joven con la cara pintarrajeada.

Tampoco pude negarme a su labor de estilismo, y acabé luciendo un moño alto sujeto con un lazo que parecía que no iba a aguantar, así que tendría que servir el ponche estirando bien la barbilla por miedo a que se viniese todo abajo en cualquier momento.

Me sorprendió lo civilizada que era la cola para el ponche. Las madres de las otras chicas ya lo sabían porque habían estado en funciones anteriores: los asistentes debían pasar entre varias mesas repletas de bizcocho, brazo gitano, sopa de almendras y dátiles rellenos, galletas de avena y pastas de té. Como tenían tanto para elegir, la cola avanzaba despacio, y llegaban en un hilillo hasta la mesa en la que los atendía yo. Una vez allí, daba bien abasto yo sola, pues Norma había declinado toda responsabilidad de colaborar conmigo en las labores de reparto del ponche, y llegó a la hora que quiso y se sentó tan pancha.

—¡Fíjate qué guapa! —dijo una voz familiar cuando estaba agachada detrás de la mesa para coger otra bandeja de tazas. Era Bessie, con uno de sus retoños a cada lado, los tres mirándome de arriba abajo sin dar crédito a sus ojos.

—¿Qué te has hecho? —preguntó el pequeño Frankie.

—¿Es que vas a salir en la obra? —preguntó Lorraine.

Bessie los amonestó con un pequeño empujón:

—¡A callar! Lo que pasa es que no habíais visto nunca a la tía Constance vestida de gala para ir al teatro. —Me lanzó una sonrisa cómplice y se echó a un lado para que pudiera seguir sirviendo el ponche—. ¿Lo ha cosido Fleurette? —susurró—. Tiene que haber sido ella, y lo del pelo también, ¿a que sí?

—Ella fue.

—Te queda perfecto —dijo Bessie—. Aunque no sé cómo te habrá convencido.

—No me convenció, me obligó.

—Bueno, pero te queda muy bien.

Nos llamaron para que pasáramos a ver la función justo cuando la perola de ponche se quedó vacía. Mi hermano llegó el último, derecho del trabajo. Hice cola como el resto y me senté con él, junto a Bessie y los niños. Norma tomó asiento a mi lado, y los que estaban reservados para los Heath y los Morris quedaron vacíos, pues cuando apagaron las luces todavía no habían llegado.

—¿Pasa algo en la cárcel? —preguntó Norma.

Dije que no con la cabeza:

—Lo de siempre con ese Von Matthesius.

Se abrió el telón, y vimos que el escenario estaba decorado como si fuera un castillo medieval: habían pintado el fondo de sillería, y colgaban tapices en las paredes. El señor y la señora del castillo —representados por un chico que no conocía y por Helen Stewart— ocupaban sendos sillones de respaldo alto y daban audiencia al resto de la corte, formados en ordenada hilera. Las damas de compañía hacían corro alrededor de Helen, y Fleurette era una de ellas. Los chicos vestían mallas y jubones, portaban tambores, cítaras, campanillas y trompetas.

—Va a ser una noche ruidosa —susurró Norma.

Y vaya si lo fue, pues el pianista no cejaba en su intento de llevar a lo más alto al estridente coro de músicos con números tan señalados como «Noche de paz» o «Campana de plata». Con cada villancico llegaban más miembros de la *troupe*, primero con el leño para encender el fuego, luego la cabeza de jabalí (confeccionada en cuero rosa y, gracias a los esfuerzos de Fleurette, de aspecto muy real), y luego, por fin, la perola del ponche y la entrada de Papá Noel.

Todavía me dolían las secuelas del combate de boxeo en el que me batí con Von Matthesius, y me removía inquieta en el asiento, o estiraba las piernas para aliviar el dolor de la rodilla. Tanto ajeteo molestó a Norma, quien me propinó un codazo en el costado que despertó otro dolor dormido e hizo que me costara más aún quedarme quieta.

Ya me iba a levantar para esperar detrás del escenario, cuando entró sigilosamente el *sheriff* Heath y ocupó la silla que estaba libre

al lado de la mía. Llevaba puesto todavía el traje de lana que gastaba a diario, o sea, que no había tenido tiempo de pasar por casa. La señora Heath y los niños debían de estar esperándolo, sin saber cuándo empezaría para ellos la Nochebuena. Iba a decirle que no tenía que haber venido, que se fuera a casa con su familia, pero no podía quitarme a Von Matthesius de la cabeza.

—¿Al final qué ha pasado? —pregunté, aunque ya me temía la respuesta, como un peso muerto que sentía en el pecho.

Él tenía la vista fija en los niños, que en ese momento bailaban una danza muy elaborada en la que tenían que darse las manos e improvisar una especie de vals en corro. Los mayores lo tenían bien ensayado y les salió a la perfección; pero los pequeños se olvidaron enseguida de lo aprendido y daban saltos a su aire sin parar de sonreír para la audiencia, que prorrumpió en una salva de aplausos y de risas. El *sheriff* Heath aprovechó para inclinarse un poco hacia mí y decir:

—El juez Seufert ha mandado al barón a Morris Plains, y se lo han llevado directamente allí. No quiero volver a verlo.

—Pero ¿cómo va a creer antes a un criminal que al doctor Ogden y a todos nosotros?

Norma me dio con el pie y se giró para mirar al *sheriff* Heath con toda la intención. Estuvimos un rato en silencio, mas aprovechando un clamor de las trompetas, dijo:

—Cuando lo llevaron de nuevo delante del juez, balbuceaba como un demente, y luego se quitó la ropa y se quedó casi desnudo allí delante del tribunal. Nos pusimos todos en pie y le dijimos al juez que era otro de sus números, pero ¿cómo demuestras que un hombre está en su sano juicio cuando se hace tan bien el loco?

Acabaron los clarines y sucedió el aplauso general de toda la concurrencia. Todos menos yo, pues no tenía fuerzas ni para juntar las manos.

—Antes de una semana estará libre —dije.

—Ya, pero esta vez la culpa será de ellos; así que tendrán que ser ellos los que vayan a buscarlo.

Cerré los ojos para no imaginarme la escena otra vez, para no ver a la enfermera, o al celador, o al guardia de turno que acabaría asumiendo la culpa por dejar escapar a Von Matthesius. El sentido de la responsabilidad que llevaba yo tanto tiempo arrastrando pasaría ahora, sin más, a ser de otra persona. Si lograba fugarse otra vez —y no tenía duda alguna de que lo lograría—, echarían siempre la culpa a otro por los fallos y errores en cadena que habrían propiciado esa huida, y ese otro viviría perseguido por la culpa tal y como yo había vivido.

—¿Y qué podemos hacer? —le susurré al *sheriff*.

Me dedicó la más leve de las sonrisas y rozó su brazo con el mío:

—Volver al tajo, ayudante de *sheriff*.

En el escenario se apagaron las luces, y un foco solitario alumbró a una niña de unos diez años que cantó los primeros compases de «Sucedió una noche de luna». La rodearon las otras niñas y se pusieron a tararear la melodía. Era un angelito caído del cielo con los rizos negros tan bien peinados y un lazo de terciopelo rojo en todo lo alto de la cabeza. Me recordó a Fleurette a esa misma edad, y a Norma debió de parecerle lo mismo, porque me miró y esbozó una leve sonrisa.

Solo hacía unos pocos años, Beatrice Fuller podría haber sido una de aquellas crías. Hasta Providencia Monafó fue así de niña algún día, y podría perfectamente haber formado parte de un coro de Navidad como el que componían ellas. Todas las mujeres que tenía a mi cargo, las carteristas, las pirómanas, las descarriadas, todas fueron algún día niñas como aquellas.

Iba cada una dando un paso al frente para cantar su parte, y a Helen le tocó la tercera estrofa:

*Cuánto ha sufrido el mundo con los males
terribles de las guerras y el pecado;
los ángeles se duelen, celestiales,
y aquí debajo dos mil años han pasado.*

Entonces se puso a su lado Fleurette, y retomó la canción por el siguiente verso. Cantaba alto y claro, con una compungida humildad que yo no le había visto nunca. El primer verso, lleno de ternura, parecía dedicado a cada uno de nosotros:

*Y el hombre, siempre con el hombre en guerra,
desoye así sus cantos amorosos.*

Cerré los ojos y me imaginé al barón Von Matthesius preparándose para pasar su primera noche en uno de los dormitorios comunes del manicomio de Morris Plains, tan desangelados. Ya habría tomado buena nota de dónde estaban las ventanas y las puertas; y haciéndose el dormido, memorizaría el paso de las enfermeras para saber su recorrido exacto en la vigilia.

Pero la voz de Fleurette me borraba de la mente todos los delincuentes y lunáticos, aunque fuera solo por una noche.

*Hombres, cesad el ruido, belicosos,
y oíd los ángeles que cantan en la tierra.*

NOTAS Y FUENTES HISTÓRICAS; AGRADECIMIENTOS

Al igual que el primer libro de la serie, *Una chica con pistola*, esta novela está basada en hechos y gente reales, pero es una obra de ficción, poblada de personajes ficticios inspirados en sus homónimos de carne y hueso. En esta ocasión, el título no lo he sacado de un titular de periódico real referido a Constance, sino que se inspira en titulares auténticos sobre mujeres que trabajaban como agentes del orden público en la época.

Según las noticias aparecidas en la prensa, el *sheriff* Heath le pidió a Constance Kopp que lo ayudara a dar con el paradero del recluso fugado doctor Von Matthesius, pero la fuga no se produjo por culpa suya. Por aquella época todavía no era ayudante de *sheriff*, aunque no sé cuál fue el motivo exacto por el que no la contrataron oficialmente. Es verdad que el estado de Nueva Jersey había aprobado una ley poco antes que permitía a las mujeres trabajar de policías, pero no hacía mención explícita del puesto de ayudante de *sheriff*. Es cierto también que el *sheriff* del condado de Nueva York quiso reclutar mujeres de ayudantes en 1912, pero se lo impidió la ley que obligaba a estos a tener derecho a voto. Dicha ley siguió en vigor hasta que, en 1917, cuando las mujeres lograron el derecho a sufragio en Nueva York, se convirtió en letra muerta.

De cualquier manera, la labor de Constance fue valiosísima para el *sheriff* Heath en el caso de Von Matthesius, y es real que detuvo a Felix, aunque desconozco los detalles del arresto. En la vida real, el hijo de Felix, Hans, también fue detenido en relación con el caso.

Todos los apuros que pasó el *sheriff* Heath por costear un dentista a los presos y la posibilidad de acabar en la cárcel, entre otras cosas, aparecieron publicados en los periódicos tal y como los he contado en este libro.

Es cierto que la policía de Nueva York llamó varias veces al *sheriff* porque creían que habían capturado al fugitivo, cuando se trataba en realidad de otro hombre. Y también lo es que el *sheriff* Heath y Constance trabajaran con el reverendo Weber en la elaboración de una carta que enviaron a través de la lista de correos. Reinhold Dietz y Rudy Schilga existieron en la vida real, y los papeles que desempeñaron en el caso se ajustan bastante a lo descrito aquí. La última noche en la persecución de Von Matthesius y su captura fueron exactamente tal y como lo he contado. También lo mandaron, de hecho, al sanatorio mental de Morris Plains (más tarde conocido como Greystone), pero en el caso histórico la sentencia no fue dictada hasta abril de 1916.

No he logrado averiguar cuál fue la verdadera naturaleza de los delitos cometidos por Von Matthesius. Los personajes de Beatrice Fuller y del doctor Rathburn son ficticios, pero los tres jóvenes que lo denunciaron se llamaban de verdad así: Louis Burkhart, Frederick Shipper y Adolfo Youngman. No tengo ningún dato biográfico suyo, o sea que todo lo que no sea el nombre es inventado.

Es ficticio el personaje de Henri LaMotte, aunque es verdad que había fotógrafos que se dedicaban a recabar pruebas. Son también invención mía las mujeres que Constance conoce en el Mandarin: Geraldine, Carrie y Ruth. Este hotel, el Mandarin, toma como base la existencia de hoteles reales en el Nueva York de la época. (De haberse hospedado en un hotel en el que también se alojaban hombres, Constance habría tenido que entrar por una puerta destinada solo a mujeres, con el fin de protegerlas contra la más mínima sospecha de falta de decoro).

Providencia Monafó disparó de verdad a su huésped Saverio Salino, pero que apuntara a su marido y quisiera quedarse en la cárcel por miedo a él es invención mía. Igualmente, en la vida real, cometió el crimen meses antes de lo que aparece en esta novela.

Muchos otros detalles de menor entidad son fieles a lo sucedido en la realidad, tal y como podrá comprobarse a continuación en la lista de fuentes. El *sheriff* Heath tuvo una criada de nombre Grayce van Horn a la que molestó un prisionero, aunque no fue Von Matthesius. El Murray's era un restaurante muy poco corriente, y dado al espectáculo, que había cerca de Times Square, y en el guardarropa se producía el intercambio de paquetes de la más variada condición. El servicio postal estuvo a punto de cerrar el sistema de lista de correos porque las mujeres lo usaban para enviar correspondencia ilícita a sus amantes. La historia de Ida Higgins es inventada, pero ilustra un hecho de la época que se ha olvidado: muchas veces se encarcelaba a la espera del juicio tanto a los acusados como a los testigos que iban a declarar contra ellos. A quien le interese el tema, le recomiendo encarecidamente que lea el estupendo artículo de Carolyn B. Ramsey «In the Sweat Box: A Historical Perspective on the Detention of Material Witnesses» [«En la celda de castigo: Una perspectiva histórica sobre la detención de testigos procesales»], *Ohio State Journal of Criminal Law* 6, número 2 (2009), página 681.

Y los amantes de la poesía habrán reconocido al doctor Williams. William Carlos Williams vivió en Rutherford por aquella fecha, ejerció la medicina en la casa que ocupó con vistas a Park Avenue, y se implicó activamente por aquella época en asuntos de salud pública. Si uno ojea los microfilmes de periódicos de la fecha, puede llevarse la grata sorpresa de toparse con alguna de las cartas al director que enviaba el doctor W. C. Williams, y en las que abogaba por la mejora en los centros de salud de la zona. No hay razón para pensar que llegara a conocer al doctor Von Matthesius, ni a Constance Kopp, pero cabría esa posibilidad. Invito a la lectura de su libro *Historias de médicos* a quien quiera conocer más detalles sobre lo que debió de ser para él la práctica de la medicina.

No sé a qué se dedicaron exactamente Norma y Fleurette en los meses que abarca el relato de estos hechos, pero sí es cierto que Fleurette cantó un solo para soprano en un concierto acompañada de una chica llamada Helen Stewart, y que se apuntó a concursos

de canto en Paterson. El interés de Norma por las palomas es, como en la novela anterior, pura invención.

El *New York Times* del 21 de julio de 1915 recoge el nombramiento de Belle Headison como la primera mujer policía de Paterson («Named First Policewoman» [«Nombrada la primera mujer policía»]). Y es cierto que no cobró por su trabajo. Las opiniones que vierte en las páginas 11 a 18 sobre el papel de la mujer en el cuerpo de policía las saqué de artículos de periódico en los que se recoge el sentir de la época sobre las mujeres policía, así como actas de conferencias y congresos dedicados al tema. *The Policewoman: Her Service and Ideals* [La mujer policía: Su trabajo y sus ideas], de Mary E. Hamilton (Frederick A. Stokes Company, 1924), constituye una fuente especialmente valiosa. Véanse las páginas 11 a 13 de ese libro para una versión más extensa del ideario que Belle Headison detalla en lo tocante al verdadero papel de la mujer policía.

La historia de Lettie y el señor Meeker (páginas 13 a 18) está inspirada en relatos parecidos incluidos en el excelente libro de Gloria Myers *A Municipal Mother: Portland's Lola Greene Baldwin, America's First Policewoman* [Madre municipal: Lola Greene Baldwin, de Portland, la primera mujer policía de los Estados Unidos] (OSU Press, 1995).

El asesinato de Saverio Salino a manos de Providencia Monafo (página 30) fue descrito en el *New York Times* el 14 de julio de 1915, en el artículo «Woman Shoots Boarder» [Una mujer mata de un tiro a su huésped].

«Prisoner Escapes by Ruse» [«Un preso da esquinazo a la policía»] (páginas 73-74), salió en el *New York Times*, el 8 de noviembre de 1915.

«Alligators Terrify Diners» [Unos caimanes siembran el pánico entre los asistentes a una cena] fue un titular literal aparecido el 16 de febrero de 1916 en el periódico *Jacksonville Dispatch*, encabezando un artículo sobre una cena que se les fue al traste a

las Hijas de la Revolución Estadounidense, debido a una invasión de saurios (página 83).

Una de mis más valiosas posesiones es *The Peace Officer's Telegraph Code: An Economical and Secret Telegraph Code for the Exclusive Use of All Peace Officers of the English-Speaking World* [El código telegráfico para los agentes del orden público: Un código sencillo y secreto para el uso exclusivo de todos los agentes del orden público en el mundo angloparlante], de H. M. van Alstine, publicado por la compañía homónima en 1911, y que Norma usa en la página 107.

Es cierto que hubo una serie de huelgas de sastres en la Quinta Avenida en el otoño de 1915 (página 120). Véase el *New York Times* del 25 de septiembre de ese año, «Row in Tailor's Strike» [Altercado en la huelga de sastres]; y «150,000 Tailors May Strike» [Puede que 150.000 sastres hagan huelga], del 26 de noviembre.

El incidente de las cenizas olvidadas en el guardarropa descrito en la página 124 apareció en un artículo del *New York Times*, el 29 de noviembre de 1915, titulado «“Bomb” in Murray's Is Mabel Hite's Urn» [La “bomba” del ropero del Murray's era la urna funeraria de Mabel Hite].

El artículo que tanto cautivó a Norma en la página 164 sobre las palomas mensajeras en Alemania que volaban con cámaras apareció en la página 30 de la edición de enero de *Popular Science*.

La discusión de la página 178 sobre la factura del dentista es descrita en el *Trenton Evening Times* del 5 de noviembre de 1915, en un artículo titulado «Fancy Dentistry Jail Attraction» [Operación dental de lujo en la cárcel].

La historia de Frieda Burkel, en la página 179, apareció en el *Daily Star* el 8 de diciembre de 1915, con el título inolvidable de «Tar Tries to Kill Old Playmate: Biff!» [Lobo de mar intenta matar a su antigua gatita, ¡y se lleva un coscorrón!].

«Girl Deputy Sheriff “Pinches” a Minister» [Una chica que trabaja de ayudante de *sheriff* «trinca» a un párroco] (página 213) salió en el *New York Times*, el 20 de diciembre de 1915. Las otras fuentes que se citan provienen del *New York Herald* del 20 de diciembre de

1915, «Girl Detective Seizes Fugitive in Subway» [Una mujer policía detiene a un fugitivo en el metro], y del *New York Tribune*, «Girl Captures Fugitive Parson, Who Fights Her» [Una chica detiene a un párroco en fuga, y él le planta cara], de la misma fecha.

Quiero dar las gracias a los voluntarios y empleados de las sociedades históricas de los condados de Bergen y Passaic, y al personal de las bibliotecas públicas de Johnson, Paterson y Ridgewood, donde me he pasado leyendo microfilmes más horas de las que quiero recordar, y a Billy Neumann por enseñarme la ciudad de Rutherford por dentro. Gracias asimismo a las familias O'Dell y Birgel, quienes han tenido la amabilidad de compartir conmigo el recuerdo de sus familiares para poder inspirarme en personas de carne y hueso a la hora de crear mis personajes. Estoy eternamente agradecida a Masie Cochran, mi agente, a Michelle Tessler, mi editora, a Jenna Johnson y al resto del personal de Houghton Mifflin Harcourt. Por último, todo mi amor y agradecimiento para mi marido, Scott Brown, quien lleva tanto tiempo como yo en compañía de las hermanas Kopp.

NOTAS

[1] Kopp se pronuncia igual que *cop*, «poli» en inglés coloquial.
(*N. del T.*)